

Sobre el Gobierno de Dios

(*De gubernatione Dei*)

Traducción del inglés al castellano de
José Francisco Escribano Maenza.

josefranciscoescribanomaenza.wordpress.com

Este documento es una versión
no definitiva de la traducción.

La versión definitiva ha sido publicada
por la *Editorial Bagauda* (2019).

editorialbagauda.com

“Salviano de Marsella, en francés Salvien de Marseille (latinizado *Salvianus massiliensis*), es un autor latinocristiano del siglo V.”

“La primera, su obra maestra, son ocho libros escritos entre 439 y 451 bajo el título de *De gubernatione Dei* («El gobierno de Dios») o, mejor, *De praesenti iudicio*, donde busca explicar la crisis del Imperio romano, en lucha contra los bárbaros, por un "plan universal de Dios" o Providencia que castigaría su decadencia moral, en Galia y África en particular, recompensando así la pureza moral de los bárbaros paganos, quienes, paradójicamente, llegaron a ser el modelo para los romanos cristianos; elogia la castidad de los vándalos, la piedad de los godos y las virtudes de los más rudos francos y sajones, así como ensalza también a otras tribus a las que, a pesar de ser herejes arrianas o no creyentes, Dios otorga la recompensa del Imperio (VII, 9, II, 21). Resulta extraño que Salviano no muestre odio alguno contra la heterodoxia de los bárbaros, como será común en la Galia setenta años después.”

Fuente:

es.wikipedia.org/wiki/Salviano_de_Marsella

Un tratado en el que se muestran con *Argumento y Ejemplos*
extraídos de la *Abandonada Sociedad* de la *Época*
los caminos de DIOS hacia *Sus Criaturas*

Redactado por

SALVIANO

Presbítero de Marsella y el Maestro de los Obispos
como una ADVERTENCIA y CONSEJO

Esta Controversia del Siglo Quinto Realizada en Inglés por

EVA M. SANFORD

Western Reserve University

Nueva York, Columbia University Press

M.CM.XXX

Derechos de autor 1930

COLUMBIA UNIVERSITY PRESS
Publicado en diciembre de 1930

Impreso en los Estados Unidos de América
The Torch Press, Cedar Rapids, Iowa

A MI PADRE

EDGAR LEWIS SANFORD

Y A LOS LEWIS Y SANFORDS ANTES DE ÉL, QUIENES COMO SALVIANO HAN
PREDICADO

SOBRE EL GOBIERNO DE DIOS Y SU JUICIO PRESENTE

CONTENIDOS

Introducción

- I. Tratado del Siglo Quinto en su época
- II. La vida de Salviano
- III. De Salviano Obra Literaria
- IV. *Sobre el Gobierno de Dios*
- V. El estilo y la latinidad
- VI. Las ediciones de los trabajos de Salviano
- VII. Las estimaciones del Trabajo de Salviano

Sobre el Gobierno de Dios

- Prefacio, a Salonius.

Que el propósito saludable de este trabajo debe expiar su falta de los adornos vanos de la retórica.

- **Libro I.**

El gobierno de Dios demostrado por la convicción general de la humanidad, y por su juicio recogido en los libros de Moisés.

- 1. Sobre la creencia general en el gobierno de Dios.
- 2. Que buenos cristianos no pueden ser miserables.
- 3. De las flaquezas de los santos. 4. La orientación y juicios de Dios sobre el mundo.
- 5. Sobre el significado de la oración. 6. Los primeros casos de juicio de Dios.
- 7. El juicio de Dios se muestra en el Diluvio.
- 8. Los ejemplos de Abraham, de Sodoma y Gomorra. 9. El Éxodo.
- 10. La ingratitud del hombre por sus bendiciones presentes.
- 11. Ejemplos de la misericordia de Dios y de su severidad.
- 12. Juicios de Dios sobre los hebreos.

● **Libro II.**

El juicio inmediato de Dios como se ve en la historia del Rey David.

1. De la presencia de Dios.
2. Cuidado vigilante de Dios.
3. Su venganza.
4. El castigo de David.
5. Exilio de David.
6. La inmediatez del juicio de Dios.

● **Libro III.**

Sobre las obligaciones de la vida cristiana.

1. La autoridad divina y la razón humana.
2. Creencia cristiana.
3. Las obligaciones de la vida cristiana.
por el apóstol.
4. La imitación de Cristo
5. Los servicios debido a Dios.
preceptos de Cristo.
6. Cómo los hombres siguen los
7. La necesidad de la obediencia imparcial.
8. Los comandos menores de Dios.
9. Los vicios de los cristianos.
ricos y los nobles.
10. La culpa de los hombres
11. Su vana esperanza de salvación.

● **Libro IV.**

En las opresiones acometidas por los nobles romanos y la culpa de los cristianos en comparación con los paganos.

1. La necesidad de la fe y las buenas obras.
2. La fe sin obras.
3. Los pecados de los esclavos en comparación con los de sus amos.
4. La opresión de los nobles.
crímenes.
5. La enormidad de sus
6. Los ricos en comparación con sus esclavos; las cargas de impuestos.
7. Las sanciones de la conversión.
8. Que los crímenes de los hombres son la causa de sus desgracias.
9. El amor del Padre por sus criaturas.
10. La plenitud del amor de Dios.
11. La ingratitud del hombre.
12. La culpa de los cristianos.
13. Comparación de los cristianos con los bárbaros.

14. La culpa peculiar de los cristianos.
15. Sus juramentos.
16. Sus transgresiones de la ley divina.
cristianos.
17. Ideas paganas de los cristianos.
18. Blasfemia.
19. La culpa de los cristianos en comparación con la de los paganos.

● **Libro V.**

Sobre la herejía y la opresión de los pobres por los poderosos durante todo el Imperio Romano.

1. Oposición de los hombres a la ley.
bárbaros.
2. Herejía entre los bárbaros.
3. Herejía entre los romanos.
por los pocos.
4. La opresión de los muchos por los pocos.
5. La trayectoria de los romanos a los bárbaros.
Bagaudas.
6. La revuelta de los Bagaudas.
7. La opresión de los pobres por los ricos.
8. Medios de alivio.
9. La injusticia aparente de la voluntad de Dios.
10. El carácter de un verdadero arrepentimiento.
significado del poder.
11. El verdadero significado del poder.

● **Libro VI.**

Sobre la influencia ruinosa de los circos y los espectáculos.

1. La infección del mal.
juegos públicos.
2. La mala influencia de los juegos públicos.
3. Los circos y teatros.
4. Odio de Dios a los teatros.
5. El contraste entre el circo y los preceptos de Cristo.
6. Sobre la renuncia del diablo y sus pompas.
7. Cómo los hombres abandonan las iglesias por los espectáculos.
8. En su locura en medio de la ruina.
9. Cómo los desastres de Roma no han podido traer arrepentimiento.
10. El deshonor a Dios no puede ser trivial.
11. Desprecio por los hombres de los dones de Dios.
12. El fracaso de la adversidad para enmendar la vida de los hombres.

13. La captura de Treveri.
ciudades.

14. La destrucción de otras

15. Destrucción y los circos.
paz.

16. Sobre la corrección de la

17. La gratitud debida a la paz.
romanos.

18. El cautiverio de los

• **Libro VII.**

Donde el vicio romano se contrasta con la virtud vándala.

1. Sobre la miserable alegría de Roma.
sur de la Galia.

2. Sobre la corrupción del

3. En las lujurias de sus hombres.
hogares.

4. La corrupción de sus

5. Que sus vicios se incrementan en su angustia.
los godos.

6. Sobre la castidad de

7. Los vándalos en Hispania.
presunción.

8. El castigo debido a la

9. Humildad y orgullo.
tiempo de la batalla.

10. El juicio de Dios en el

11. El juicio de Dios se muestra en la fuerza del enemigo.

12. Sobre las invasiones de los bárbaros.
África.

13. Los vándalos en

14. Su devastación de África.

15. La maldad de África.

16. Su obscenidad.
africanas.

17. La corrupción de las iglesias

18. La continuación de su culpabilidad general.
afeminamiento.

19. Su vicio frecuente de

20. El contraste entre los romanos y los vándalos.
los vándalos.

21. Sobre la disciplina de

22. Sobre la reforma de África.
del matrimonio.

23. Sobre la regulación

• **Libro VIII.**

Que los pecados de los romanos son los únicos responsables de su ruina

1. La responsabilidad de las desgracias de Roma. 2. Las blasfemias de
África.

3. De su daño a Dios.

4. Sobre la persecución.

5. En la recompensa esperada.

Bibliografía

Introducción

Salvus, incolumisque Salviano,
Magnus Scriptor, Episcopus Probatas,
Antiquum Reparato en decorem,
En lucem venit Omine auspicato,
Vitae Regula, Episcopon Magiter;
Dignus nomine, et hoc honore dignus
Scriptorum decus elegantiorum;
Dignus, las escuelas de quem, modisque cunctis
Mirentur, celebrent, legant frequentes
Quot sunt, aut erunt aliis en annis.
Hunc, lector, Precor, Accipe explicata
Fronte, hunc delicias tuas putabis.
Illum plus oculis UIS Amabis,
delicias Meras, Meros lepores,
Inscriptum simul et tibi dicatum,
Salvum, incolumemque Salvianum.

Brassicanus

I. Tratado del Siglo Quinto en su época

“! Avergüénzate, oh pueblo romano en todas partes, avergonzaos de la vida a la que inducís!... No es la fuerza de su cuerpo que hace que los bárbaros conquisten, ni la debilidad de nuestra naturaleza que nos hace sujetos a la derrota. Que nadie piense o engañe a sí mismo de lo contrario, son únicamente nuestras vidas viciosas que nos han conquistado.”¹

Estas son las palabras que Salviano habría hecho eco en todo el mundo romano, si le hubiera permitido su fragilidad humana, las palabras que le han valido el título de “Jeremías de su tiempo”. El problema de la decadencia del poder romano no estaba restringido a los historiadores de su tiempo, sino era la principal preocupación de todos los pensadores, y muchas soluciones fueron propuestas. Sucesivas invasiones y asentamientos de tribus bárbaras habían terminado con la pretensión de Roma de gobernar el mundo, mientras que al mismo tiempo las dificultades fiscales de la administración central habían aumentado los impuestos más allá de lo soportable. El mundo parecía estar muriendo de vejez, y el Imperio con él. La tendencia natural de glorificar el pasado fue intensificada por la profunda miseria del presente, y graves dudas surgieron en las mentes incluso de los fieles cristianos.

¹ Salviano *De gubernatione Dei* VII. 23.

“Las mismas personas que, como los paganos, conquistaron y gobernaron el mundo, están siendo conquistados y esclavizados, ahora que se han convertido en cristianos. ¿No es esto una evidencia clara de la negligencia de Dios en los asuntos humanos?”² La pregunta implicaba por sí misma no creer en Dios, pero su duda implícita sobre el gobierno y el juicio constante de Dios para con la humanidad puso en peligro los fundamentos de la fe cristiana. La respuesta de Salviano fue clara e intransigente “Estas palabras son duras y austeras,” escribió en otro sitio, “pero ¿qué vamos a hacer? No podemos cambiar la naturaleza de las cosas, y la verdad no se puede pronunciar de otra manera que como la esencia misma de la verdad exige. Los hombres piensan que mis palabras son duras. Lo sé suficientemente bien. Pero ¿qué vamos a hacer? Solo con sufrimientos hacemos nuestro camino hacia el Reino.”³ El tratado *Sobre el gobierno de Dios*, que es la obra más conocida de Salviano, es básicamente una exposición de esta tesis: que el declive del poder Romano en realidad demostró el gobierno de Dios y juicio de las acciones humanas, ya que los pecados de los Romanos, como siempre desde la caída de Adán, habían sido acompañados del castigo inmediato. Consiguientemente, los dos primeros libros de la discusión de Salviano son principalmente dedicados a las manifestaciones del juicio de Dios por medio de ejemplos extraídos de la autoridad del Antiguo Testamento. El tercer libro construye sobre este fundamento una exposición clara de la obligación cristiana de una vida recta al servicio de Dios. Sobre esta base Salviano luego procedió a contrastar las acciones vergonzosas de los romanos cristianos de su tiempo con su deber para con Dios con las virtudes de los bárbaros victoriosos. Aunque éstos, herejes o paganos, estaban bajo una menor obligación de una vida piadosa que los romanos ortodoxos. Para el propio autor, y sus compañeros de clero, los tres primeros libros bien pueden haber parecido la parte esencial del argumento; para nosotros el gran interés del trabajo radica en la imagen de los tiempos que se dan en los últimos cinco. Porque aquí hemos detallado las cuentas de los efectos de la carga de los impuestos sobre los pobres, a quien arruinó; a los ricos, quienes se las arreglaron para desviar su carga a los hombros más débiles; y sobre los curiales, que se vieron obligados a la tiranía por su responsabilidad con los agentes de la administración central respecto a las cantidades debidas. En este caso como en otros, la referencia a los decretos imperiales recogidos en los *Códices* prueba la verdad esencial del reporte de Salviano. Sidonio Apolinar nos ha dado en sus cartas descripciones encantadoras de la vida de los nobles ricos del sur de la Galia; Salviano mostró la otra cara de la moneda cuando describió los medios por los cuales algunos de estos mismos nobles habían adquirido las tierras de sus vecinos, y cuando él arremetió contra la corrupción de la vida doméstica en sus villas. Él ha demostrado claramente el desarrollo de la servidumbre bajo la presión de los impuestos y el patronato, y las otras alternativas que los pobres podían elegir, escapar a territorio bárbaro o revuelta armada contra el sistema romano. Y ha descrito en términos gráficos, en parte como un testigo presencial, los horrores que asistieron a la toma y el saqueo de las ciudades romanas adineradas, incluso a manos de los bárbaros a los que él creía mucho menos brutales y depravados que muchos Romanos. Ha representado el progreso triunfal de los Vándalos, reconocidos como los

más débiles de los enemigos de Roma, a través de las provincias más ricas de Occidente.

² *Ibid.*, VII. 1.

³ *Ad ecclesiam IV. 8.*

Mostró, seguro, sólo una cara de la vida. Las miserias de la época le provocaron las dudas que se comprometió a resolver; sólo con ellas estaba directamente concernido. Él raramente admitió que hubiera excepciones a la imperante corrupción de sus contemporáneos Romanos. Fue pertinazmente consistente con su tesis de que así debía ser, pues su libro fue esencialmente polémico. Es importante, sin embargo, notar a este respecto que sus declaraciones están muy rara vez en conflicto con otras evidencias de la época. Los pasajes en las cartas de Sidonio, en los sermones y cartas de sus amigos de Lérins, y de otros líderes de la iglesia, así como en los escritos de los paganos y en las leyes del imperio, corroboran regularmente el relato que hace de sus tiempos. Y él, a su vez, ocasionalmente confirma sus referencias a la belleza que aún permanecía en la vida, en sus pequeños vistazos de Provenza, con su agradable vida en el campo y ricas cosechas, “el único rincón donde el poder Romano todavía vive.”

II. La vida de Salviano

Como hemos visto, Salviano escribió “como quien tiene autoridad.” El hecho de que se había ganado el derecho de hablar está totalmente demostrado por el principal referente contemporáneo de su vida y obra. Genadio escribió de él, en su diccionario biográfico de los hombres ilustres:

Salviano, presbítero de Marsella, se enteró en letras humanas y divinas, y, si se me permite aplicar el título para él, maestro de obispos, escribió muchos libros en un estilo claro y académico. De ellos he leído lo siguiente: cuatro libros dirigidos a Marcelo el presbítero, Sobre el Valor de la Virginidad, y cuatro Contra la Avaricia; cinco libros Sobre el Juicio Presente, y un libro Por la Satisfacción de Éstos [Pecados], dirigidos al obispo Salonius; un libro en la exposición de la última parte del Eclesiastés, dirigida a Claudio, obispo de Vienne; un libro de cartas; un libro compuesto en verso como Hexameron a la manera griega, desde el principio del Génesis hasta la creación del hombre; muchas homilías escritas para los obispos; y sobre los sacramentos, libros cuyo número no recuerdo. Todavía vive hoy en día en una vejez excelente. ⁴

No conocemos otros apelativos de Salviano, debido principalmente al hecho de que las maneras del Siglo Quinto prohibían el uso de más de un nombre en la correspondencia amistosa, ⁵ pero el título de “maestro de los obispos” que Genadio le otorgó ha compensado sobradamente por la pérdida. El modesto oficio de presbítero en Marsella parece suficiente para refutar la afirmación de obispo *mitra* que los primeros editores usaron para él, incluso

sin la negativa evidencia de la omisión de su nombre de las listas episcopales.⁶ Pero el título de “maestro de obispos”, *magister episcoporum*, es suyo por derecho divino, y está inseparablemente conectado con su personalidad en la mente de todos los que han estudiado su obra. Vivió y trabajó durante algún tiempo en la guardería de niños del arzobispado, Lérins, donde fue elegido para enseñar a los dos hijos de Euquerio, quienes se convertirían en obispos más tarde.

⁴ Genadio, *Catalogus virorum illustrium*, c. 68; escrito alrededor de 490-495 DC.

⁵ Véase Símaco *Ep.* II. 35.

⁶ Estas infundadas reivindicaciones tienen un curioso eco en la sentencia de un autor reciente que Salviano fue “sacerdote y probablemente obispo” Holland, “The Crash of Empire” (La quiebra del imperio) *Dublin Review*, CLXXVII (1925), 2.

En Marsella continuó su enseñanza, componiendo muchas homilías para los obispos, como dijo Genadio. Aunque en sus libros *A la Iglesia contra la Avaricia*, habló de sí mismo como “el menor de los siervos de Dios”, él habló con voz de autoridad, y sus palabras fueron dirigidas principalmente a los grandes señores de la iglesia.

Muchos lo han referido con otro título, cuyo significado actual no podemos reclamar para él, pero que legítimamente disfrutó en su siglo quinto. *Sanctus* para él, como para todos los demás cristianos antes de que se consideró necesario determinar las categorías establecidas para la comunión de los santos, significaba un cristiano devoto. La palabra fue aplicada a él por sus contemporáneos, y se repite tan a menudo en sus libros que no es de extrañar que muchos de sus editores lo han canonizado informalmente, otros se han involucrado en los argumentos aprendidos para privarle de la santidad,⁷ y al menos una universidad continúa la buena tradición en su honor.⁸ Sin duda, como concluye Baluze, después de refutar sus peticiones a la canonización, “hay muchos santos en el cielo los cuales no recogemos en nuestros catálogos”.

De su vida personal se sabe muy poco, a pesar de que contribuye tanto a nuestro conocimiento de las circunstancias generales de su tiempo. Genadio lo describió en la última década del siglo quinto, como sigue vivo *bona senectute* (buena edad). No es posible para nosotros fijar la fecha exacta de su nacimiento, pero la amplia experiencia y la sabiduría madura que se muestra en su tratado *Sobre el Gobierno de Dios* indica al menos que él había alcanzado la madurez algún tiempo antes de que fuera escrito. Como este libro fue, evidentemente, compuesto entre los años 439 y 450 DC, es natural suponer que nació a finales del siglo IV o principios del quinto.⁹ Lo que sabemos de los acontecimientos de su vida pertenece en su totalidad al período anterior a la publicación de su obra principal. Los cuarenta años o más que siguieron deben ser llenados por la redacción de algunas de esas obras perdidas de las que Genadio habló, y las muchas actividades de un sacerdote y “maestro de los obispos” en uno de los centros principales de la iglesia Gala. Varios años antes de que Salviano se instalara en Marsella, un poeta arruinado por las incursiones Góticas buscó refugio allí, y encontró “muchos santos, mis queridos amigos”.¹⁰ Tal refugio

de las tormentas que aquejan al resto de la Galia tenía asegurada gran actividad para sus sacerdotes.

El lugar de nacimiento de Salviano ha sido muy discutido. Algunos editores tempranos asumieron que había nacido en África, una suposición natural en vista de su gráfica descripción de los pecados y la ruina de aquella provincia.¹¹ El relato de la captura de Treves en su sexto libro, sin embargo, deja claro que su distrito natal estaba cerca de la frontera del Rin.

⁷ Véase, por ejemplo, las notas de Baluze, *Salviani opera* (1742), p. 356.

⁸ Él regularmente aparece como “Santo Salvianus” en el catálogo de entradas del Harvard College Library.

⁹ Véase Zschimmer, *Salvianus* (Halle, 1875), p. 6.

¹⁰ Paulinus de Pella, *Eucharisticos*, 11.520-521.

¹¹ Véase el Libro VII. 12-13 y nota 44, *infra*. Su conocimiento de África y su preocupación por esta puede ser ampliamente entendida por su trágica historia reciente y también por la prominencia de la iglesia Africana. Los escritores cristianos, cuyo trabajo le influyeron principalmente, estaban todos conectados con la iglesia de África excepto aquellos a los que él conocía de Lérins y Marsella. Podría haber viajado a África.

Las reivindicaciones de ambas, Treves y Colonia han sido apoyadas por diversas autoridades. Pudo vivir en una de estas ciudades o en una finca en el campo cercano, pero su familiaridad con todo el distrito es incuestionable.

Treves fue el lugar, de todos los demás en el mundo occidental, en el que mejor podría haber estudiado la magnificencia fatal de los más altos funcionarios romanos frente a los ataques bárbaros. El prefecto pretoriano de la Galia y las provincias Hispanas mantuvo su residencia oficial allí, en un estado tal que apenas el emperador Constancio había logrado igualar cuando fijó su capital en esa ciudad un siglo antes. Así, Salviano debía haber observado con creciente preocupación el incremento de poder de los Francos. El autor del siglo doce del *Gesta Treverorum* nos dice que habían concebido una hostilidad especial para ésta, la más espléndida de las ciudades Galas, desde la época de su primer contacto con ella. Este distrito también proporcionó excelentes oportunidades para observar los crecientes embates de los Godos, Vándalos y Burgundios. El gran anfiteatro de Treves fue el escenario de muchos de los espectáculos públicos contra los que Salviano arremetió tan amargamente, y cuando el vándalo Crocus capturó la ciudad en el año 406 DC, las personas se salvaron sólo refugiándose dentro de sus fuertes muros.¹² Años más tarde, Salviano escribió desde Marsella a los monjes de Lérins, comendando a sus agradables oficinas un pariente joven, un refugiado de la ciudad capturada de Colonia. Escribió a los hermanos que el muchacho era “de una familia no oscura, de la que yo podría decir algo más, si no tuviera lazos conmigo”.¹³ Estas palabras confirman las conclusiones en cuanto a la familia y la posición de Salviano, que debemos sacar de forma natural a partir de sus escritos. Sus padres eran claramente de la aristocracia galo-romana: Salviano conocía

íntimamente la forma de vida de un hombre de posición y sustancia, por mucho que la desaprobaba. Sus ejemplos indican un considerable conocimiento de la vida en las grandes haciendas, los problemas de los amos con los esclavos y los inquilinos, los resultados del patronato, las diversas formas de cultivo empleadas, y al mismo tiempo una apreciación muy real de las bellezas naturales del país. Para los esclavos y los hombres pobres, y todos los que sufrieron la opresión, tenía una gran simpatía. Esto, sin embargo, no le cegó a la probabilidad de que serían tan malos como sus opresores si fuera al revés. No necesitamos la declaración de Genadio para demostrar que tenía una plena educación retórica de su tiempo. A pesar de los argumentos de algunos estudiosos de lo contrario, sus obras parecen indicar que había seguido leyendo extensamente en “letras humanas y divinas”. Al parecer no leyó griego y las obras de los filósofos que citó fue sólo de segunda mano. Él estaba encariñado con ejemplos extraídos de la práctica médica, pero estos son todos del tipo con los que cualquier hombre inteligente estaría familiarizado.

Su conocimiento de la ley era mucho más detallado, y sus escritos aportan un valioso comentario sobre los *Códices* romanos, que a su vez sirven como un control sobre sus declaraciones. Rittershausen concluyó que había tenido una formación legal sistemática; sin duda tenía una mente legal, y la fraseología legal se repite constantemente en sus discusiones. Pero parece igualmente probable, especialmente si su padre tenía una posición imperial, que su conocimiento jurídico sólo representa la realización de un ciudadano romano tanto en la compleja gestión de un estado considerable y en los asuntos de la administración gubernamental.

¹² *Gesta Treverorum*, ed. Waitz, MGH, *Scriptores*, VIII, 157.

¹³ *Ep.* 1. 5.

¹⁴ Véase Libro III. 10.

Que pertenecía a una familia imperial oficial se sugiere por su actitud hacia los funcionarios menores. Para los pobres oprimidos su simpatía es grande, pero para los funcionarios, los soldados y los recaudadores de impuestos, y para los curiales que formaron el miserable remanente de las aristocracias locales, parece haber sentido sólo desprecio y disgusto. Sus prejuicios aristocráticos fueron atenuados por la caridad cristiana en otros casos, pero no en su actitud hacia estos hombres. ¹⁴ Parece probable que él mismo se crió en la fe ortodoxa; al menos muestra poco de esa amargura hacia los paganos y herejes que los conversos recientes acostumbran a sentir. Para aquellos que se llamaban a sí mismos cristianos, pero sin embargo seguían las prácticas paganas su antipatía era muy fuerte. Su esposa, Palladia, había sido educada en el paganismo, pero sus padres, Hipatio y Quieta, parece que no hicieron ninguna objeción al matrimonio. Más tarde, sin embargo, fueron contrarios a la decisión de Salviano y Palladia de seguir un curso que estaba siendo adoptado por muchos otros matrimonios cristianos. Incapaces de soportar la sociedad romana como la encontraron, o reformarla desde dentro, determinaron dar sus bienes a la iglesia y no vivir como marido y mujer, sino como hermano y hermana en la comunión cristiana. Paulino de Nola, contemporáneo a cuyo ejemplo Salviano alude claramente,¹⁵ es el mejor ejemplo conocido de los que buscarían la paz en la pobreza cristiana,

lo que la riqueza romana no había podido dar. La ira de Ausonio por el curso de su amigo refleja una situación que debe de haberse repetido muchas veces. En este caso, sin embargo, culminó en una de las expresiones de la amistad más conmovedoras que el hombre ha escrito. ¹⁶

Después de un distanciamiento de sus padres que duró casi siete años, Salviano, Palladia y la pequeña hija Auspiciola intentaron una vez más lograr una reconciliación. Su carta, ¹⁷ que afortunadamente se ha conservado, parece demasiado educada y artificial para ser convincente, pero esta formalidad era una convención establecida en la redacción de cartas de la época. Sus motivos son sinceros y cariñosos, aunque sin ceder ni un ápice en cuanto a la rectitud esencial de su curso. La causa inmediata de la carta parece haber sido la noticia de la conversión de los padres al cristianismo, lo que parecería ir en favor de su caso. Palladia siguió los razonamientos de su marido aludiendo a los recuerdos de los días en que la llamaban “pequeña mariposa, dulce amor, cariñito”: suplicó con ternura, también por Auspiciola, que merecía el amor de sus abuelos.

De la resolución de este asunto no sabemos nada. Ellos se habían retirado de las inmediaciones de Treves, probablemente poco después de la destrucción de la ciudad que Salviano vio con sus propios ojos, y tan gráficamente describió. ¹⁸ Alrededor de 418 DC el prefecto pretoriano de la Galia parece que cambió su sede de Treves a Aries; quizás la de Salviano fue una de las familias romanas que se retiraron al poco tiempo, ya sea por razones oficiales o privadas. ¹⁹ No sabemos si fue antes o después de este traslado que fue tomada su resolución ascética; en todo caso, se fueron pronto a las islas de Lérins, que ofrecían monasterios, separados pero no a mucha distancia el uno del otro, para las familias en casos como el suyo.

¹⁵ Véase el Libro VII. 3 y la nota 6.

¹⁶ Paulino de Nola *Carmen* XI. 11. 49-68, en CSEL, XXX. 2.

¹⁷ *Ep.* IV.

¹⁸ Libro VI. 13.

¹⁹ Véase Haemmerle, *Studia Salviana* I (Landshut, 1893), 7.

No se sabe nada después de Palladia y Auspiciola; la vida de Salviano aparentemente se separa de la de ellas.

Lérins fue ese “paraíso terrenal” ²⁰ que proporcionó un refugio para muchos religiosos del día, y era tan poderoso estimulante para su fe, que de él salieron un flujo aparentemente interminable de hombres santos. Honorato y Hilary, Cesáreo y Virgilio fueron de Lérins al arzobispado de Aries; Máximo y Fausto a la sede de Riez; Lupus a Troyes. Euquerio vino a Lérins con su esposa Gala y sus dos hijos. Él mismo se convirtió en obispo de Lyon, sus hijos, Salonius y Veranus, fueron puestos bajo la tutela sucesiva de Honorato, Hilary, Salviano y Vicente, ²¹ y fueron obispos de Ginebra y Vence. Tres obispos pasaron de Lérins a Aviñón, y muchos otros pudieran ser nombrados. ²²

Honorato fue abad de Lérins en la época de Salviano y fue llamado por Euquerio “maestro de obispos, doctor de las iglesias”, siendo así el prototipo

de Salviano. Poco después del año 429 DC, Hilario de Arles predicó en Marsella un sermón sobre la vida de Honorato, en el que citó los escritos de “un hombre de no inmerecida distinción y el más bendecido en Cristo, el presbítero Salviano, uno de los queridos asociados de Honorato”.²³ Así que nos da no sólo una idea de la estima en la que se tenía a Salviano, sino un *terminus ante quem* para su ordenación. Desconocemos cuando Salviano se trasladó a Marsella, ni por qué. Ciertamente, no fue a través de ningún antagonismo en Lérins, pues en su primera carta, ya mencionada, expresa el máximo afecto por los hermanos de allí. El párrafo inicial, en la dulzura amarga del amor, que a veces obliga a preguntar a amigos queridos un favor que sin amor sería fastidioso, da testimonio de la profundidad de su sentimiento por los monjes. Sus palabras conclusivas dan testimonio de su alta estima por ellos: “Ciertamente, si hay buen carácter en este joven, su esperanza y salvación probaran de no ser de gran dificultad para ti, incluso si de hecho no recibe ninguna enseñanza, es suficiente para que él esté contigo”.

Los años en Lérins deben haber ejercido una gran influencia en el desarrollo del pensamiento y el estilo de Salviano. La estrecha comunión entre los monjes de la isla se demuestra constantemente con las semejanzas de ideas y redacción de los escritos de los muchos grandes hombres que allí recibieron su formación temprana. Partes de las homilías de Cesáreo de Aries, de Valerius y Hilarius contienen semejanzas llamativas a los pasajes de la obra de Salviano. El *Commonitorio* de Vicente ha sido debidamente incluido en muchas ediciones de Salviano, continuando así su antigua camaradería.

²⁰ *Vita S. hilarii Arelatensis*, 5 (Migne, PL, L, col. 1226).

²¹ Euquerio, en una carta a su hijo Salonius como prefacio a su *Instruktionen de quaestionibus difficilioribus veteris ac novi testamenti* (CSEL, XXXI 1, pp 65-66.), recordando la enseñanza de sus hijos, escribió: “Cuando tenías apenas la edad de diez años, ingresaste en el monasterio y fuiste sólo formado sobre la hermandad sagrada, pero criado bajo nuestro padre Honorato, primero padre de las islas y después también maestro de las iglesias. Allí las enseñanzas del más bendecido Hilario, entonces un novato de la isla, pero ahora un obispo muy venerado, te formó en todas las ramas de estudio espiritual; un trabajo completado por los santos Salviano y Vicente, preeminentes tanto en la elocuencia como el conocimiento”.

²² Cooper-Marsdin, *The History of the Islands of the Lérins (La historia de las islas de las Lérins)* (Cambridge, 1913), p. 49.

²³ Hilario, *Sermo de vita S. Honorati Arelatensis* (Migne, PL, L, col 1260.): el pasaje que cita no se encuentra en obras existentes de Salviano.

El libro *Sobre el Gobierno de Dios*, así como una obra perdida, fue dedicado a Salonius, quien Salviano cita en su novena carta como “principal y más bendito discípulo, padre e hijo, discípulo de instrucción, hijo por afecto, y padre por rango y honor”.

La vida de Cesáreo de Aries arroja alguna luz sobre la afirmación de que Salviano compuso muchas homilías para los obispos. Leemos de Cesáreo que:

Compuso también apropiados sermones para los días de fiesta y otras ocasiones, y sermones contra los males de la embriaguez y la lujuria, contra la discordia y el odio, contra la ira y el orgullo, contra los hombres y adivinos sacrílegos, contra los ritos paganos, contra los augures, los adoradores del bosque y los manantiales, y contra los vicios de diversos hombres. Tal fue el propósito de preparar estas homilías, que si cualquier visitante le preguntaba, lejos de negarse a prestárselas, se las ofrecía para copiarlas a la mínima sugerencia de una solicitud, y él mismo las corregía. Envió copias por medio de sacerdotes a hombres muy distantes en la tierra de los Francos, en la Galia, Italia, Hispania y diversas provincias, para ser predicadas en sus iglesias, que, dejando a un lado los intereses frívolos y transitorios, podrían, como el apóstol predicó, convertirse en seguidores de las buenas obras.²⁴ El énfasis de Genadio en las homilías de Salviano sugiere que su composición pudiera haber sido una de las principales preocupaciones de su vida en Marsella, y una fuente principal para su título de “maestro de los obispos.” Que muchos de sus sermones tomaron la forma de invectivas contra los vicios de su día puede suponerse a partir de los libros existentes *Contra la Avaricia* y *Sobre el Gobierno de Dios*. Ambos, en efecto, tienen el aire de haber sido compilados de sermones reales. La congregación se visualiza claramente, lo que puede explicar el frecuente uso de la segunda persona, y de un tono coloquial vívido.

Que sus ataques contra las debilidades de sus contemporáneos le causaron graves dificultades es resaltado por su constante reiteración de que sus palabras van seguramente a ofender a muchos, pero aun así deben ser dichas. Larinus Amatio dijo en su elogio de Salviano: “¿Porque si la ira engendra odio entre todos los hombres, y lo engendra especialmente entre los malvados, quien fue más odiado por la verdad que Salviano, pues nunca nadie ha expuesto más verdades que él?”²⁵

Desde el momento de su traslado a Marsella, todo lo que sabemos de la vida de Salviano es recopilado por Genadio. Las pocas cartas existentes son de un valor primordial por los detalles que ofrecen en su consideración acerca de la deferencia debida a los de más alto rango en la iglesia y el testimonio de su continua asociación con sus antiguos amigos y alumnos de Lérins. Un ejemplo es su carta a Euquerio, dándole las gracias por una copia de sus *Instrucciones Sobre las Preguntas más Difíciles del Antiguo y Nuevo Testamento*,²⁶ que el obispo había escrito para sus hijos, ya ellos mismos “maestros de las iglesias”. A falta de más pruebas de los últimos años de la vida de Salviano que la vejez hermosa que Genadio le atribuye, sólo podemos esperar que consiguiera el cumplimiento de la voluntad con la que su carta a Euquerio finaliza: “Que Dios en su misericordia me concediera a lo largo de los días de mi vida, o al menos cuando acaben, que aquellos que han sido mis discípulos puedan orar diariamente por mí”.

²⁴ Cipriano *Vita S. Caesarii* I. 5. 42 (Migne, PL, LXVII, Col 1021).

²⁵ *Salviani ópera* (Venecia, 1696), p. 3.

²⁶ Ep. 8; cf. nota 21, *supra*.

III. Obra Literaria de Salviano

La lista de Genadio muestra que, si bien gran parte de la obra de Salviano se ha perdido, los libros que quedan son probablemente los más individuales y los más interesantes para nosotros. Los escritos de otros diversos cristianos primitivos presentan títulos como *En el Valor de la Virginidad*, *Un Libro en la Exposición de la Última Parte del Eclesiastés*, y libros *Sobre los Sacramentos*. Un título es oscuro, el libro de Salonius *Pro eorum merito satisfactionis*, o *Pro eorum praemio satisfaciendo*. Las variantes en el texto de Genadio indican que la oscuridad es de gran presencia en la tradición manuscrita. En mi traducción he seguido la conjetura de Ebert de *peccatorum* para *eorum*, que al menos hace posible una traducción conjetural del título *Para la Satisfacción de Estos Pecados*,²⁷ un libro que pudiera concebiblemente haber sido un volumen que acompaña al *Sobre el Gobierno de Dios*.

De las homilías escritas por obispos y la influencia de la escritura de sermón en el estilo general de Salviano, ya he hablado. Es posible, como Peter Allix sugirió, que el poema anónimo en Génesis anteriormente atribuido a Tertuliano puede ser parte del perdido *Hexameron* de Salviano; el poema es, sin embargo, de poca importancia y su identificación como obra de nuestro autor sería principalmente valiosa como una indicación de su sabiduría en no publicar otros versos.²⁸ Sólo se conservan nueve de las cartas, de las cuales ya he hablado. La novena, dirigida a Salonius, es de especial interés, ya que explica el propósito de Salviano de escribir sus cuatro libros *Contra la Avaricia*, y sus razones para publicarlos de forma anónima. Salonius temía, ya que el trabajo se publicó como el *Discurso de Timoteo a la Iglesia Contra la Avaricia*, que pudiera ser confundido con una obra apócrifa del “Apóstol” Timoteo.

Al igual que el *Gobierno de Dios*, la invectiva *Contra la Avaricia* fue escrito por una profunda convicción de Salviano de los peligros inherentes a los vicios persistentes de los hombres que se llamaban a sí mismos cristianos. La avaricia es un pecado capital de muchos romanos, y había infectado no sólo a los miembros de la iglesia, sino a su clero, e incluso a los propios obispos. La negligencia resultante al verdadero servicio de Dios, y del bienestar espiritual y material de la iglesia, llevaron a Salviano a “estallar con palabras de lamentación” dirigidas a la iglesia a la que los delincuentes pertenecían. La determinación de no unir su nombre al libro se explica no sólo por su deseo de evitar la vanagloria de un servicio a Dios, sino también por su convicción de que la oscuridad de su nombre puede restar valor a la influencia de sus palabras. El seudónimo Timoteo (“Honrar a Dios”) fue elegido para indicar el motivo de la obra: “De hecho, el escritor pensó apropiadamente que, al escribir sus libros para el honor de Dios, debería consagrar el título a su honor divino”.²⁹

²⁷ Brakman sugiere la lectura de *Pro reorum merito satisfactionis librum unum*, lo que parece textualmente razonable. Él interpreta este título en el sentido de una “enseñanza de cuán loables son los pecadores que expían sus pecados para la satisfacción de Dios”. La referencia de Genadio a los trabajos de Casiano contiene un *De satisfactione Paenitentiae*, que es una simple declaración en la misma materia. *Mnemosyne*, LII (1924), p. 181.

²⁸ Véase Peter Allix, "Dissertatio de Tertulliani vita et scriptis" en Oehler, *Tertuliano*, III (Leipzig, 1853), 76.

²⁹ *Ep.* IX. 20.

A pesar de esta carta, y de la adscripción de Genadio a la obra de Salviano, su anonimato se ha conservado en los tiempos modernos, ya que fue publicada por Sichardus en Fol cerca de Basilea en 1528 como la obra del obispo Timoteo, en una colección titulada *Antídoto contra las Herejías de Todas las Edades*.

Mientras nadie que lea el tratado *Contra la Avaricia* puede dudar de la sinceridad y la profundidad de los sentimientos con el que fue escrito, la obra es un curioso documento de la época. La avaricia era considerada como uno de los pecados capitales. Pero es difícil ahora no ver un poco de interés propio por parte de la iglesia en las constantes exhortaciones a los ricos para dar todos sus bienes a la iglesia con el fin de ganar el perdón de sus pecados. En su forma más simple, esta es la amonestación de Cristo al joven rico: ya que se elabora para producir una convicción más firme en la mente de Midases del Siglo Quinto, que está peligrosamente cerca de la compra de la absolución. Algunos escritores modernos han pensado que el libro es más propenso a favorecer la avaricia de la iglesia que a desalentar la de los clérigos; otros han visto en ella una anticipación a las posteriores sátiras en contra de la avaricia del clero. ³⁰ La ironía que nunca está ausente en la escritura de Salviano es aún más marcada de lo habitual en esta acusación, pero el lector sin prejuicios, es probable que no vea en ella una intención de sátira. Tampoco es suficiente para descartarla, como lo hace Teuffel, simplemente como un *ballon d'essai*. ³¹ Fue escrito claramente con total seriedad, aunque con amargura de corazón, con la sincera esperanza de ejercer una influencia saludable en contra de un mal primordial de la época. El autor empleó los argumentos que la experiencia le había enseñado que eran los más propensos a ser efectivos.

Que esta obra fue escrita antes de la finalización del tratado *Sobre el Gobierno de Dios* se demuestra por la cita de ésta en las posteriores; puede que con alguna probabilidad se asigne a los años 435 a 439. ³² Las palabras de Timoteo a la iglesia debieron haber despertado gran indignación entre los líderes eclesiásticos, y al parecer este antagonismo hizo a Salviano bastante sensible a la crítica, aunque no menos determinado a atacar los vicios de su época. Que sus libros posteriores no serían menos temerosos de cualquier hostilidad que fuera despertada, lo mostró en sus párrafos finales, en los que no hay ni un poco de su propia biografía espiritual:

Todo el trabajo humano es indigno en comparación con la gloria futura. Así nada debe parecer duro y austero a los cristianos, pues todo lo que ofrecen a Cristo es a cambio de bendiciones eternas; lo que se da es vil cuando lo que se recibe es tan grande. Nada grande se paga a Dios por los hombres en la tierra, en comparación con el don supremo del cielo. Es difícil para los avaros que prodigan sus riquezas. ¿Qué es extraño en esto? Toda exigencia es dura para los no dispuestos. Casi cada palabra divina despierta animosidad; hay tantas escuelas hostiles como hay maestros.

³⁰ Zschimmer, pp 77-79.

³¹ *Geschichte der Literatur römischen* (6a ed., Leipzig, 1913), III, 465.

³² Véase H.K. Messenger, *De temporum et modorum apud Salvianum usu*, Prefacio, p. 1. La cita tiene lugar en el Libro IV. 1. Valran, *Quare Salviano episcoporum magister Dictus sit* (París, 1899), p. 5, sugiere que las dos obras pueden haber sido compuestas durante el mismo periodo.

Si el Señor ordena a los hombres ser generosos, el avaro está enojado; si él exige parsimonia, los pródigos maldicen. Los malvados consideran los discursos sagrados sus enemigos; los ladrones se estremecen ante lo que está escrito acerca de la justicia, los soberbios a preceptos de humildad; los borrachos se oponen a peticiones de sobriedad y los desvergonzados a comandos de castidad. Así que debemos no decir nada o esperar que lo que se diga disgustará a un hombre u otro. Cualquier hombre malvado execrará la ley antes que enmendar su carácter; preferiría odiar los preceptos a los vicios.

Mientras tanto, ¿qué hacen aquellos hombres que han recibido de Cristo el deber de hablar? Ellos desagradan a Dios si no dicen nada, a los hombres si hablan. Pero, como los apóstoles dijeron a los judíos, es mejor obedecer a Dios que a los hombres. Este es el consejo que ofrezco a todos aquellos a quienes la ley de Dios parece pesada y onerosa, incluso si no se niegan a recibirla, a fin de que esas cosas puedan agradarles, pues Dios lo ordena. Todos los que odian los sagrados mandamientos tienen la causa de su odio dentro de sí mismos. La aversión de cada hombre por la ley no se debe a sus preceptos, sino a su propia vida; la ley de hecho es buena, pero sus hábitos son malos. Así que los hombres deben cambiar su actitud y su punto de vista. Si hacen sus hábitos dignos de aprobación, nada que prohíba la buena ley les disgustará. Porque cuando un hombre ha empezado a ser bueno, no puede evitar amar la ley de Dios, que tiene en ella lo que los santos hombres tienen en sus vidas. ³³

IV. Sobre el Gobierno de Dios

El trabajo en el que depende para nosotros el interés real de la vida y el pensamiento de Salviano, es el que Genadio citó como cinco libros *Sobre el Juicio Presente*, pero que los manuscritos nos ofrecen como ocho libros *Sobre el Gobierno de Dios*. En este tratado Salviano discute la derrota de Litorius en 439 DC, pero no menciona el saqueo vándalo de Roma en 455, que debió haberle impresionado profundamente. En vista de la descripción que da de la captura de los Vándalos de Cartago, difícilmente habría omitido su incursión en Roma. Así que podemos suponer razonablemente que el libro fue publicado entre los años 439 y 455. Probablemente podemos limitar el período un poco más por el supuesto de que la gran batalla entre los Romanos y los Hunos se habría mencionado si el tratado se hubiera terminado después de 451. El argumento del silencio es menos plausible en este caso, debido a la inclusividad general de Salviano de las alusiones a asuntos contemporáneos relevantes a su propósito, ya que estos grandes acontecimientos, sin duda lo habrían

sido. Cualquiera que sea la fecha de su publicación, el libro es el producto maduro de algunos años de predicación.

Es evidente que sólo el tercero y el quinto de los libros marcan desarrollos distintos en el argumento. Algunos afirman que en otros lugares la división en libros es puramente arbitraria y no revela ninguna intención establecida por parte del autor. Desde que Genadio habla de *cinco*, y no *ocho* libros, se ha supuesto que una nueva división se hizo, tal vez como una cuestión de conveniencia de los escribas, después de que Genadio lo escribió. Brakman, sin embargo, sugirió con cierta plausibilidad que Genadio en realidad pudo haber escrito VIII, y un escriba copió mal las letras como IIIII, lo que sería un error natural, si el V fuera imperfecto. Y la longitud de los libros individuales varía demasiado para una división puramente arbitraria, mientras que para este caso se puede hacer para la lógica de la presente distribución.³⁴

³³ *Ad ecclesiam Ad IV. 9.*

³⁴ "Anexo de Gennadii capite lxxviii", *Mnemosyne*, LII (1924), 180.

Para el lector moderno el interés principal de la obra de Salviano radica en la descripción de la vida de la época en los últimos libros. La construcción cuidadosa de la evidencia de las autoridades sagradas para el juicio de Dios sobre el mundo parece tediosa y repetitiva. Nos inclinamos a rebelarnos a la constante referencia de la autoridad en los tres primeros libros. No es extraño preferir el mismo Antiguo Testamento a la reelaboración de Salviano de los mismos temas con abundancia de citas. El centón (*pieza literaria compuesta de frases y fragmentos ajenos*) ya no es una forma literaria favorecida, y citar abundantemente, al menos cuando es reconocido abiertamente, no suele estar bien considerado. Pocos de nosotros somos propensos a estar en la posición de los hombres del siglo V que encontraron difícil elegir entre varias pobres interpretaciones del Antiguo Testamento, dado que la versión de Jerónimo estaba empezando a hacer su camino en la Galia, o de procurarse una copia completa cuando el obstáculo inicial de elección fuese superado. El lector que desee que su interés sea prontamente despertado, que fuera a leer el pasado a la luz de su propia experiencia, debería empezar con el cuarto libro. Una generación atrás hubiera sido natural remarcar que en el tratado de Salviano de sus propios tiempos en estos últimos libros hay mucho que podría aplicarse con pocos cambios en nuestros días. Tal declaración no sería menos cierta ahora, si fuese la costumbre presente de los historiadores estudiar los registros pasados como fuente de ejemplos morales para la era actual.

Excepto que evitar el riesgo de tedio omitiendo los tres primeros libros es perder gran parte de la esencia de la obra, y de la forma de pensar del siglo quinto. Salviano no escribió para nosotros, sino para sus contemporáneos. Históricamente, por lo tanto, es de utilidad para observar la forma en que construyó su demostración de un principio fundamental: el constante gobierno de Dios y el juicio inmediato de su pueblo. No sólo paganos, sino hombres que se llamaban a sí mismos cristianos, fueron conducidos por una lectura errónea de la época a cuestionar este principio de la fe cristiana. Los cristianos debían ser puestos en conocimiento de que esas dudas estaban directamente en contradicción con el testimonio de la Biblia sobre la que descansaba su fe. De ahí la prueba plena de las Escrituras fue puesta ante

la corte antes de que el testimonio de la vida contemporánea fuera convocado. Es fútil decir que Salviano estaba simplemente tratando de probar el juicio de Dios reiterando su afirmación de que Dios siempre ve y juzga a su pueblo, o, como algunos lo pusieron, que cita la autoridad de las Escrituras en apoyo de esa autoridad. No hay ninguna indicación de que sus oponentes habían cuestionado la autoridad de la narrativa bíblica. Ellos habían, de hecho, cuestionado una doctrina fundamental del Cristianismo, teniendo lo que parecía ser una buena razón para este tipo de dudas en la angustia en la que, a pesar de un pueblo cristiano, habían caído. La validez de la estimación de la injusticia de Dios hacia ellos era una cuestión secundaria para Salviano. La primera necesidad era recordarles que sus dudas en cuanto a la justicia completa e inmediata de Dios en el gobierno del mundo estaban constantemente desmentidas por la autoridad de las escrituras. Dado que se habían mostrado ignorantes u olvidadizos de la evidencia de la Biblia sobre esta materia, debía ser recapitulado para ellos. La base de este modo establecida, estarían con un encuadre del entendimiento a la hora de considerar cómo la aparente injusticia de sus desgracias actuales podría ser ajustada con la justicia invariable del Dios al que adoraban. Somos demasiado propensos a olvidar que sus palabras fueron dirigidas no a los paganos o herejes, sino a los cristianos ortodoxos, y para ellos el primer elemento esencial era la plenitud de la comprensión de su propia fe: su aplicación a sus circunstancias transitorias era secundario.

Para muchos de sus primeros lectores la última parte de la obra puede haber parecido un anticlímax irrelevante para el argumento real, puesto que dependía en menor medida de la autoridad bíblica para su sustancia y de Lactancio para su estructura, y se ocupaba de asuntos de interés efímero.

Al igual que Agustín, Salviano estaba angustiado por la “falsa opinión sostenida por muchos” en su tiempo, que el contraste entre la pobreza y el cautiverio del Imperio Romano Cristiano y la dominación próspera de la Roma pagana demostró que Dios no se preocupaba por el mundo que había creado, ni lo gobernaba o juzgaba, salvo por un juicio demasiado lejano en el futuro para no permitir satisfacción presente para los justos o miedo para los malvados. A tales ataques contra el cristianismo Agustín había contestado con su contraste, una generación antes, entre la ciudad efímera de este mundo y la ciudad eterna de Dios. Otra parte de su respuesta había sido asignada a Orosio, en su *Historia contra los Paganos* para demostrar que los males en el que el Imperio Romano Cristiano habían caído fueron menores que los de las generaciones pasadas y paganas. Incluso se atrevió a recordar a sus lectores que las conquistas más gloriosas de Roma habían proporcionado mucha mayor miseria, desgracia y sufrimiento a sus enemigos derrotados que los propios romanos ahora sufrían, y para profetizar que los que ahora parecían destructores bárbaros de un poderoso imperio serían algún día honrados como héroes por las naciones que estaban fundando. La minimización de Orosio de los peligros de Roma era posible, aunque algo fantástica, incluso después del saqueo Godo de la ciudad en el año 410 DC. Cuando Salviano escribió que esa actitud no era razonable por más tiempo. Orosio había profetizado que las nuevas naciones tomarían el lugar de Roma; Salviano, concebía el Imperio como

una gran fuerza de cohesión en el mundo occidental, vio las naciones Teutónicas establecidas dentro de sus fronteras. Godos, Vándalos, Burgundios y Francos habían establecido sus propios reinos, y si alguno de ellos perdió terreno, no fue debido a la superioridad de los romanos, sino de los otros bárbaros. Bastante antes Roma había tratado de suprimir la revuelta Bagauda de los campesinos, pero sin éxito duradero, y esta situación se había prestado a ser más grave por el hecho de que la causa de la rebelión fueron los impuestos opresivos para las que no se encontró ninguna solución viable. Bretaña fue desconectada de Roma por las incursiones Sajonas y por sus propias disensiones. Los Vándalos se encontraban en posesión de la antigua provincia de África, el granero de Roma y el gran centro de enseñanza cristiana. La deuda de Salviano hacia Tertuliano, Cipriano, Lactancio y Agustín fue tan grande que, recordó con dificultad que muchos de sus lectores pensaron que el hogar de estos Padres era remoto para ellos, y estaban poco preocupados en su ruina.³⁵ La propia casa de Salviano en Renania había sido varias veces devastada por los Francos. El éxito de Aecio en el control de la desintegración durante los años de su liderazgo parecía debido en no pequeña parte a su astucia en las alianzas y su discreción en el otorgamiento de condiciones favorables a los Godos y los Vándalos por seguridad frente a una agresión que no podría ser capaz de hacer frente directamente. Su éxito estuvo más de una vez en peligro por la falta de prudencia y cooperación entre sus subordinados.³⁶

*La propia Roma abrió sus puertas a los satélites vestidos con pieles,
y fue cautiva ere su captura.*³⁷

³⁵ Véase el Libro VI. 12-13.

³⁶ Libro VII. 9-10.

³⁷ Rutilio Namatianus *De reditu suo* II. . 11 49-50.

En todas partes la creciente desproporción entre los gastos y los ingresos del Imperio condujo a impuestos que habrían sido pesados bajo las circunstancias más favorables. Con las oportunidades de privilegio y soborno que los nobles de la jerarquía imperial siempre podían encontrar, contra las que el más humilde sólo podía forcejear con impotencia, esto se convirtió en insoportable. La imagen de Salviano de la época no es la única con parecidas características: es sombría en comparación con la de Sidonio Apolinar en sus cartas, y sin embargo, Sidonio da amplia evidencia para confirmar gran parte de los detalles de Salviano. Es más sombría que la de Ausonio en sus versos, pero un hombre que había renunciado a todo lo que tenía para buscar la paz de Dios, difícilmente podía esperarse que encontrara la continuidad de los elegantes placeres de la sociedad en el sur de la Galia motivo de despreocupación. También debemos recordar que las cosas habían mejorado algo, aunque temporalmente, en la generación entre el libro de Salviano y las cartas de Sidonio.³⁸ Las simpatías de Salviano por los pobres y oprimidos eran muy grandes, tanto mayor cuanto que él mismo se había vuelto pobre, a pesar de que la opresión no podía tocarle personalmente en ningún aspecto que ahora le importaba. Desde su nuevo punto de vista, los hombres buenos en las órdenes superiores en Roma eran demasiado pocos para contarlos. El mejor de los que aún vivían en el mundo estaban muy lejos de seguir las enseñanzas de Cristo. Que los hombres

pobres y esclavos pueden ser tan malos como los ricos, si con un acceso repentino de fortuna lo hiciera posible, no alteraría la realidad de la opresión que sufrían. Esa falta de una clase media robusta, la importancia de que durante el período de decadencia del poder Romano Rostovtzeff ha enfatizado tan vivamente, se ilustra abundantemente en el curioso retrato hecho por Salviano de la sociedad de su tiempo.

Él emprendió, en un momento en que la tarea era tan difícil como en cualquier período de la historia del mundo, para justificar los caminos de Dios hacia el hombre, probar su constante gobierno del mundo y su juicio inmediato. Esto involucró la prueba no sólo de que los romanos ortodoxos merecían sus desgracias, también que los paganos y herejes bárbaros merecían sus éxitos. Además requirió una respuesta satisfactoria a la pregunta de por qué Dios había tratado a los romanos mejor cuando eran paganos de lo que hizo ahora que eran cristianos. Esta última cuestión es en realidad nunca retomada, aunque Salviano prometió al comienzo del séptimo libro contestarla al final de su obra, si Dios lo permitía. Pero el final está perdido.

Es inapropiado juzgar las pruebas que Salviano da del justo juicio de Dios a la luz de la argumentación racional o crítica histórica. Él mismo circunscribía cuidadosamente su audiencia; sus palabras fueron dirigidas a los romanos cristianos, no a los paganos, herejes o bárbaros. *“Porque si me dirijo a los cristianos, no me cabe duda de que voy a probar mi caso. Pero si hablo a los paganos, debería despreciar el intento, no por ninguna falta de pruebas, sino porque pierdo esperanza de cualquier beneficio en mi discurso. Seguramente, es infructuoso y trabajo perdido, cuando un oyente pervertido no está abierto a la convicción”*.³⁹

El cristianismo y el racionalismo eran para él términos contradictorios y mutuamente excluyentes: *“Yo soy un hombre, yo no entiendo los secretos de Dios”*⁴⁰ Si sus argumentos parecen a veces formar un círculo vicioso, es porque él inevitablemente asumió como su base los mismos puntos que él estaba tratando de demostrar.

³⁸ Heitland; *Agricola* (Cambridge, 1921), pp. 426-432.

³⁹ Libro III. 1.

⁴⁰ *Ibíd.*

La gran realidad del mundo, reconocido por los filósofos paganos y los teólogos cristianos por igual, era que Dios constantemente gobernaba y lo juzgaba; Lactancio había elaborado pruebas filosóficas y teológicas de esto en sus *Instituciones Divinas*. Salviano adoptó deliberadamente la base proporcionada por su predecesor e hizo su endeudamiento evidente después a la manera clásica por directas aunque no reconocidas citas. Lo estaba llevando a cabo para tranquilizar a los cristianos, no para instruir y convertir a los paganos o herejes; para posibilitar a los cristianos ajustar su punto de vista de sí mismos y de Dios para la dispensación bajo la que vivían, y para efectuar tal reforma personal que quitaría la necesidad de castigo futuro.⁴¹

Los dos primeros libros forman la base para la totalidad, siguiendo a Lactancio estrechamente en la forma y dibujo en la mayoría de sus citas no

bíblicas de él. Esta parte preliminar de la obra es en gran parte homilética en carácter, demostrando el gobierno y el juicio de Dios por medio de ejemplos extraídos de los primeros libros del Antiguo Testamento, y por los “testimonios” de la Biblia en su conjunto. En el tercer libro Salviano definitivamente se comprometió a responder a la pregunta “¿por qué nosotros, los cristianos, que creemos en Dios, somos más desgraciados que el resto de los hombres?” La respuesta en diversas formas ocupó el resto de su obra, que llegó a ser más y más un estudio de la sociedad y los acontecimientos contemporáneos a medida que avanzaba. Pues él vio las calamidades y los desastres del mundo como los juicios de Dios sobre la burda inmoralidad del pueblo romano. No sólo eran los triunfantes bárbaros menos malos que los romanos, sino ya fueran paganos o herejes, merecían indulgencia por los pecados cometidos en la ignorancia, no en pleno conocimiento de la ley Cristiana. Como materia hábilmente señalada, la acusación de Salviano a los cristianos proporcionó material abundante a los paganos para los ataques contra el cristianismo,⁴² pero Salviano podría haber respondido que no era la acusación, sino el crimen que hizo este tipo de ataques posibles. Su ideal era de Cristiandad ascética, de pobreza en esta vida por el bien de la salvación eterna, pero él no era uno de los que esperaban un final rápido del mundo y la llegada del juicio final. Vio un mundo continuador, que el juicio inmediato y constante de Dios ya no se veía afectado para continuar como lo había hecho cuando el Imperio estaba intacto, en el que un nuevo y potencialmente mejor régimen gradualmente se estaba formando. Entre los antiguos romanos para quien “todo lo desconocido parecía glorioso” era una vieja tradición que los bárbaros estaban más libres de vicio que los hombres civilizados.

⁴¹ Bury, en su apéndice a Gibbon (*La Decadencia y Caída del Imperio Romano* [Londres, 1901], III, 490), dice: “Por lo que se refiere a los argumentos de Salviano, no hay nada que añadir a las críticas de Gibbon (xxxv cap., nota 12) que Salviano ha intentado explicar el gobierno moral de la Deidad; una tarea que puede realizarse fácilmente suponiendo que las calamidades de los malvados son *juicios*, y las de los justos *pruebas*”. No puedo sentir que esto es un verdadero sumario del caso. Concedido que Salviano escribió en completa aceptación de la fe cristiana y de la autoridad de las escrituras, ha logrado su objetivo muy claramente; que no seamos convencidos por el mismo medio puede que sea pérdida o ganancia nuestra, de acuerdo con el punto de vista, pero difícilmente puede afectar a su éxito; parecería probable que su discusión tendría un efecto favorable alentando a aquellos para los que fue escrito. Una discusión completa de la teología de Salviano se encuentra en G. Bruni, *Un apologista della Provvidenza* (Roma, 1925).

⁴² *Histoire universelle de l'Eglise chrétienne*, I, 455.

Si Salviano a veces parece exagerar esta visión, tenía algún apoyo no sólo en la facilidad con que los hombres en territorio conquistado se adaptaban a un régimen menos opresivo que el anterior, sino también en huida real de muchos romanos a la protección de los bárbaros de las demandas de los agentes fiscales de Roma. No era el único en sentir que había compensaciones en la descomposición parcial del antiguo sistema. Paulino

de Pella había sido uno de los lujosos, egocéntricos Aquitanos del tipo que Salviano había acusado; sus lapsos de virtud fueron considerables, aunque no como para ocasionar censura entre sus iguales. Cuando sus grandes propiedades se perdieron y estaba viviendo en pobreza relativa y completo arrepentimiento, escribió su autobiografía en verso como una acción de gracias por la misericordia de Dios hacia él.⁴³ Una actitud similar se encuentra en el poema de un marido a su mujer, y también en una canción en la providencia divina, ambos formalmente atribuidos a Próspero de Aquitania.⁴⁴ Salviano estaba tratando de llevar a los demás a un mismo enfoque depensamiento.

Agustín había empleado el mismo argumento en su *Sermo de tempore barbarico*, una breve homilía muy estrechamente relacionada con el libro de Salviano, y con la misma conclusión: las calamidades del mundo se debieron a la ira de Dios, que nos advierte que no debemos descuidar la expiación por nuestros pecados. El tema no es infrecuente en otros lugares.

En sus libros *Contra la Avaricia* Salviano insistía constantemente en la necesidad de arrepentimiento y caridad por el peligro inminente de la muerte: en su tratado *Sobre el Gobierno de Dios* él se preocupaba en cambio de la enmienda y la reforma necesaria para la vida continua. De una cosa está seguro, que el verdadero cristiano no puede ser horrible, y por lo tanto una más completa Cristiandad es la única solución real del problema. Sus argumentos son de ninguna manera exentos de contradicciones de detalle. En una ocasión, por ejemplo, los esclavos se describen como generalmente mejor que sus amos, mientras que en otra nos enteramos de que los mejores amos suelen tener malos esclavos. Pero no hay ninguna inconsistencia en la tesis fundamental.

La violencia de sus sentimientos le hizo no respetuoso de personas; a pesar de su deseo declarado de considerar a los sacerdotes de Dios como irreprochables, es tan amargo en sus denuncias de la maldad dentro de la iglesia que Belarmino dijo de él: “*Su exageración de los vicios de los cristianos y especialmente del clero de su tiempo parecería excesivo, si sus palabras no procedieran desde el verdadero celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas*”.⁴⁵ Y Guillon encontró la acusación a la iglesia en el noveno capítulo del tercer libro tan violenta que apenas se atrevía a transcribirlo, y finalmente efectuó un compromiso entre la lealtad a su iglesia y su conciencia erudita copiando la traducción de Père Bonnet, y ganando así su sanción piadosa por palabras demasiado atrevidas.⁴⁶

⁴³ Paulino de Pella, *Eucharisticos*.

⁴⁴ *Poema coniugis ad uxorem* (Migne, PL, LI, coll. 611-615); *Carmen de providentia divina*

(*Ibíd.*, 617-638).

⁴⁵ *De scriptoribus ecclesiasticis* (Bruselas, 1719), p. 168.

⁴⁶ *Bibliothèque des Pères choisie* (Lovaina, 1832), XXIV, 118.

La ironía de Salviano es muy marcada, sobre todo en el tratado *Contra la Avaricia*. El abad De la Rue, en uno de sus sermones de Cuaresma, seguido

de una cita de Saivian por las palabras: "*Voilà l'ironie de Salvien, mais discrète et caritative*".⁴⁷ Los amigos de Salviano, sin embargo, probablemente temían que carecía de discreción, y aquellos contra los que se volvió muy probablemente lo sentían débil en la caridad; pero rara vez era amargo. No es inapropiado que la última frase del tratado *Sobre el Gobierno de Dios* que ha llegado hasta nosotros despliega una ironía tan pronunciada que los editores recientes la han destruido mediante la inserción de un negativo.⁴⁸

V. Estilo y Latinidad

El estilo de Salviano justifica el elogio de Genadio. Si bien no está del todo libre de los defectos del gusto retórico de su época, nunca es oscuro y rara vez sobrecargado. En su prefacio enfatizó la importancia del tema en comparación con el estilo, y declaró que su trabajo estaba destinado a ser beneficioso y no elocuente. Este énfasis en el contenido en lugar de la forma no produjo crudeza pero servía en general como un elemento de control en contra de los excesos de la retórica. Es aficionado a la antítesis, de figuras del lenguaje y una serie de frases equilibradas; tiene una marcada predilección por la aliteración, la asonancia y la rima, impulsada por su amor por los juegos de palabras.⁴⁹ Su gran defecto es una repetición tediosa, una falta, sin embargo, que no surge tanto de la falta de cuidado en el estilo como de la ansiedad de remachar un punto. Él se queda sin palabras por su reiteración de un tema, y utiliza el mismo hasta que se desgasta raído, aun así es un alivio de las frases variadas artificialmente con las que los redactores de cartas de su tiempo los sustituirían. Ciertamente, sus propias cartas son mucho más artificiales que sus otras obras. Era consciente de su palabrería, que puede haber sido en parte debido a su predicación, y habla más de una vez de su temor de que la prolijidad de su estilo puede despertar disgusto en sus lectores.⁵⁰ Es por lo menos, como Gregoire señaló, suficiente para aterrorizar a los más intrépidos de los traductores, pero Joseph Scaliger correctamente pudo exclamar de la obra de Salviano: "*Le beau livre que c'est, et une belle simplicité*"⁵¹

El vocabulario de Salviano era la fuente de muchas discusiones entre los editores tempranos. Habiéndolo alabado en su introducción como un segundo Demóstenes o Cicerón, y explorado la historia de la retórica para las frases en su honor, se vieron obligados, cuando cambiaron de lo general a lo particular, justificar su uso de palabras que Cicerón no había nunca utilizado. Finalmente explicaron el considerable número de palabras Latinas tardías por la influencia de su tema y de sus muchas citas bíblicas. La mayoría de las palabras en Latín tardío y eclesiásticas en su vocabulario se encuentran también en Tertuliano, Lactancio, Hilario, Cipriano y Sidonio Apolinar; otras reflejan el lenguaje de los juristas.

⁴⁷ Citado por Guillon, *op. cit.*, p. 203, de de la Rue, *Carême*, II, 418.

⁴⁸ Ver HK Messenger, *op. cit.*, sec. 48, y el Libro VIII. 5.

⁴⁹ Véase Wölfflin, "Allitteration und bei Reim Salviano," *Archiv für lat. Lexikographie*, XIII (1902-4), 41-49.

⁵⁰ Por ejemplo, el Libro VIII. 1.

⁵¹ Gregoire et Collombet, *Oeuvres de Salvien* (París, 1833), Introd., p. lix: *Scaligerana* (Amsterdam, 1740), p. 544.

Al igual que los otros escritores de su época, muestra una fluidez notable pero no excesiva en la formación de palabras, una afición por los adjetivos negativos y por diminutivos, estos últimos por lo general para dar un sentido de humildad o de simpatía y compasión. Algunas de ellas son formaciones *sesquipedales* (polisilábicas), como *excusatiuncula* y *deprecatiuncula* del segundo capítulo del tercer libro *Contra la Avaricia*.

Un estudio completo reciente de su uso de los modos y tiempos dio lugar a la conclusión de que, a pesar de las frecuentes salidas de la norma clásica pura, Salviano no puede ser acusado de negligencia o falta de habilidad; que siguió las reglas fijas, aunque no siempre aquellas de la mejor Latinidad clásica. ⁵²

Una gran parte de su material se extrae de la Biblia o de su propia y contemporánea experiencia. Aparte de su uso directo y propuesto de Lactancio en los dos primeros libros ⁵³ y de reminiscencias naturales de Lactancio y Tertuliano al escribir de una materia que habían considerado desde el mismo punto de vista como el suyo (por ejemplo, en los juegos), parece deliberadamente evitar citas evidentes y menciones que no sean las de la Biblia. Con todo, existe una amplia evidencia de que su memoria estaba bien abastecida con literatura pagana y patrística temprana. Su reticencia a citar autores seculares es claramente contraria a la costumbre de su época, y se corresponde con sus críticas generales sobre el ideal retórico de la composición literaria. Cita a Virgilio y Cicerón como los autores de las citas sólo cuando estas se extraen de Lactancio, aunque en otros lugares existen claras reminiscencias de ambos. Su conocimiento de las obras de Séneca está indicado por varios pasajes en los que el parecido entre el pensamiento y las ideas de los dos autores es inusualmente llamativo. Rittershausen cita paralelos de Minucius Félix casi tan a menudo como de Séneca, pero para la mayoría de estos igualmente estrechos paralelismos puede encontrarse en Lactancio, por lo que no es necesario considerar ninguna otra fuente. La extensión obvia de la educación de Salviano convierte en una tensión innecesaria creer como algunos comentaristas que todas las similitudes de pasajes conocidos de las obras de autores paganos se deben al azar, y no a su conocimiento personal de los libros en cuestión.

El resultado de su método de alusión es muy satisfactorio; reminiscencias clásicas son evidentes para el lector con una mente bien provista, pero no molestan a los menos informados, para distraer su atención del argumento. Tampoco había ningún riesgo de parecer establecer escritores paganos a la altura de la autoridad bíblica. Las frecuentes citas bíblicas son traídas con mayor frecuencia a partir de las viejas versiones *Itala*, pero Salviano también utilizó la traducción de Jerónimo ocasionalmente; de hecho, con su amigo Euquerio él estaba entre los primeros de los escritores cristianos de la Galia en emplear el nuevo texto. ⁵⁴ Sus citas son bastante vagas, y donde el mismo pasaje es citado más de una vez, en ocasiones hay variaciones en la redacción. La traducción de sus numerosas citas bíblicas presenta alguna dificultad. Es, por supuesto, natural y casi inevitable utilizar el familiar y

hermoso texto de la versión King James, y en general he hecho esto, incluso en algunos casos en que la redacción de Salviano podría sugerir una interpretación ligeramente diferente.

⁵² HK Messenger, *op. cit.*

⁵³ Zschimmer, pp 61 ff.

⁵⁴ Fr. Kaulen, *Geschichte der Vulgata* (Mayenee, 1868), p. 197. El artículo de Ulrich, *De Salviani Scripturae sacrae versionibus*, Neostadii ad H., 1892, no he sido capaz de consultar.

En varios pasajes, sin embargo, bien marcadas las diferencias entre el texto de Salviano de la Biblia y en el que se basa la versión King James, o sus adaptaciones más libres del texto para su encaje en su argumento, han requerido cambios correspondientes en las interpretaciones en inglés.

VI. Las Ediciones de las Obras de Salviano

Schoenemann distingue tres épocas en las ediciones de Salviano; ⁵⁵ la primera, desde 1528 hasta 1580, es aquella en la que se publicaron las dos obras principales. El tratado *Contra la Avaricia* fue publicada por Sichardus en Fol cerca de Basilea en 1528: dos años después Brassicanus publicó en la misma ciudad sus *editio princeps* de los libros *Sobre el Gobierno de Dios*, basada al parecer en el manuscrito existente de Viena del siglo quince (MS Vindobonensis 826). El siguiente período, desde 1580 hasta 1663, estuvo dominado por las ediciones de Pierre Pithou, la primera de las cuales, publicada en París en 1580, estaba tan demandada que pronto llegó, como dijo Baluze, a tener casi la rareza de un manuscrito. Esto fue de lo más desafortunado, ya que las varias reimpressiones fueron inferiores. ⁵⁶ En 1611 Conrad Rittershausen publicó una edición en Altdorf, con más abundantes notas que las de los editores anteriores. Él parece haber sido el primero en encontrar mucho espacio para el comentario sobre otros puntos que el establecimiento del texto, e incluyó referencias literarias y jurídicas de gran interés y valor. Su edición, sin embargo, fue poco utilizada fuera de Alemania.

En el tercer período, como dice Schoenemann, *solus regnat Baluzius*. Stephen Baluze publicó su primera edición de las obras de Salviano junto con el *Commonitorio* de Vincent de Lérins en 1663, y esto rápidamente reemplazó las ediciones anteriores. Usando el manuscrito del siglo décimo de Corbie (París, Bibl. Nat. MS Lat. 13385), de lejos el mejor de los manuscritos existentes, fue capaz de construir un texto superior a cualquiera previamente publicado. El comentario de Baluze ha formado la base, a menudo no reconocida, de muchas notas en Salviano, ya que era una fuente de información de la que uno no podía permitirse el lujo de pasar por alto. Su trabajo es principalmente citado ahora en la cuarta edición, publicada en 1742 en Stadtamhof.

Aquí terminan las tres épocas de Schoenemann; pero en lo que se refiere al texto, Baluze ha sido destronado en nuestra época actual, primero por Halm en 1877 y luego por Pauly en 1883.⁵⁷

⁵⁵ *Bibliotheca historico-literaria Patrum*, II (Leipzig 1794), 826.

⁵⁶ Sin embargo, tal es la poca demanda actual de las ediciones de Salviano, que la edición original de Pithou podría conseguirse recientemente a un precio más bajo que las ediciones oscuras con mejores encuadernaciones.

⁵⁷ C. Halm, *Salviani presbyteri Massiliensis libri qui supersunt*, MGH, *Auctores Antiquissimi*, I, 1, Berlin, 1877; Fr. Pauly, *Salviani presbyteri Massiliensis opera quae supersunt*, CSEL, VIII, Vienna 1883. He utilizado el texto de Pauly de principio a fin, excepto por enmiendas ocasionales propuestas por HK Messenger, *De temporum et modorum apud Salvianum usu*.

Dado que las notas en estas ediciones modernas se limitan al *apparatus criticus*, Baluze todavía reina en el campo del comentario. Mientras tanto, desde el siglo dieciséis hasta principios del diecinueve, ha habido numerosas ediciones menores, frecuentemente pirateadas de aquellas más famosas.⁵⁸

VII. Las Estimaciones de la Obra de Salviano

Cuando Brassicanus publicó su primera edición del tratado de Salviano *Sobre el Gobierno de Dios*, se encontró con muy receptivos aplausos por su logro en el rescate de una obra tan grande del polvo y telarañas de mil años; la ocasión era la apropiada para aquellas odas que a sus contemporáneos tanto les encantaba escribir. Quizás su historia romántica de los manuscritos que había encontrado en Buda en la librería de su amigo Mateo Corvino, rey de Bohemia, justo antes de su destrucción por los Turcos, absorbió el interés de sus amigos tan lejos que se olvidaron de los escribas que habían hecho esta edición posible por sus copias anteriores del libro. Si bien no tenemos otra evidencia para la lectura de los libros de Salviano entre la fecha del aporte de Genadio, lo que parece ser la fuente de las insuficientes posteriores menciones, y la publicación de Sichardus de *Contra la Avaricia* en 1528, los manuscritos dieron su testimonio de que las copias fueron hechas, corregidas, y, presumiblemente leídas, en el siglo diez, y en el duodécimo, decimotercero y decimoquinto también. Los eruditos del siglo dieciséis no eran como algunos en nuestros días al considerar a aquellos la edad oscura de la que sabían poco.

Una vez impresas, sin embargo, las obras de Salviano gozaron de gran popularidad. Juristas, incluyendo Sirmond, Cujas, Godofredo y Rittershausen, cuyas notas en Salviano están llenas de referencias legales, consultaron sus libros y los citaron ampliamente en sus estudios de los códigos Romanos. El clero Francés durante cuatro siglos encontró que él proporcionó material de manera tan adecuada a los vicios personales y los

trastornos sociales de su propia época que emularon a los obispos anteriores de la Galia en la predicación de los sermones de Salviano en lugar de escribir los suyos propios.⁵⁹

⁵⁸ Para adiciones a las ediciones citadas arriba, ver G. Bruni, *Un apologista della Provvidenza* (Roma, 1925), 68-79, o Schoenemann, *op. cit.*, pp. 825-833, reimpresso en Migne, PL, LIII, cols. 13-24. Para traducciones ver también Ceillier, *Histoire générale des Auteurs sacrés*, XV (París, 1748), p. 81, y Gregoire et Collombet, Introd. pp. Ixiii-Ixvii. Las más útiles de las traducciones son: S. Carlo Borromeo, *Libro di Salviano Vescovo di Marsiglia contra gli Spettacoli altre ed Vanità del Mondo*, Milán, 1579; Pere Bonnet, *Nouvelle Traduction des Oeuvres de Salvien, et du Traite de Vincent de Lérins contre les Heresies*, París, 1700; P.P. Gregoire et F.Z. Collombet, *Oeuvres de Salvien*, París, 1833; A. Helf, *Des Salvianus acht Bücher über die göttliche Regierung*, Kempten, 1877. En Inglés, una parte del sexto libro apareció en 1580 como “una segunda oleada de retiro de lugares y teatros”; una traducción de toda la obra que no he podido consultar, fue publicada en Londres en 1700.

⁵⁹ Guillon, *op. cit.*, cita Bossuet, Le Jeune, Joli, Massillon, Saurin, Cheminai, de la Rue y otros por haber hecho un uso extensivo de Salviano. Gregoire y Collombet en sus notas citan largos pasajes de los sermones de de la Rue que se toman tácitamente de obras de Salviano. De hecho, Guillon dice que “los ha transportado casi enteros a sus sermones” (p. 143).

Cuando Bossuet le llamó “*le saint et éloquent prêtre de Marseille*” sus lectores clericales debían haber asentido con la debida gratitud. Un traductor alemán también elogia su utilidad para los *clérigos* en suministrarles una fuente tan rica de *Schönheiten* y sugerencias prácticas, que nunca deberían dejar que sus obras escaparan de sus manos.⁶⁰ Los historiadores encontraron su obra de gran valor, sobre todo cuando la interpretación actual de la historia era más simpática a su constante reiteración: “Es sólo nuestra vidas viciosas que nos han conquistado”. Así Johannes Jovianus Pontanus señaló la distinción especial de Salviano en que, mientras escribía de Cristo y de los temas cristianos, además conectó a estos “muchísimas historias y acontecimientos de su propia época, y comentó sabiamente sobre ellos en el curso de su trayectoria”.⁶¹ Zschimmer cita una larga lista de historiadores que han hecho un amplio uso de él; de éstos Guizot y Gibbon son los más conocidos para nosotros ahora, pero muchos no nombrados por Zschimmer necesitarían ser añadidos para poner la lista al día.⁶² Ciertamente en los últimos años Salviano parece haber sido citado más que leído. Es difícil encontrar una historia de la época que no se refiera a él, o un libro de consulta y referencia de la historia antigua o medieval que no cite al menos uno de media docena de pasajes famosos, aunque el texto en sí es poco leído.

Que este abandono ha sido una evidente pérdida para los estudiantes, de los últimos días del poder Romano en el oeste, será, confío, aparente incluso para aquellos que hacen su conocimiento de Salviano por medio de una traducción. Dado que, sin embargo, un estudio de sus obras engendra inevitablemente el hábito de la referencia a la “autoridad”, no dejaría a

nuestro autor sin este apoyo. Sepan, pues, que Pierre Pithou llamó a Salviano “más excelente autor”, Joseph Scaliger le nombró “el escritor más Cristiano”. Rittershausen, uno de los más entusiastas editores, consideró sus opiniones no sólo sanas y santas ⁶³, sino completamente apostólicas, y juzgó, por tanto, que Salviano debería considerarse maestro no sólo de los obispos, sino de todo el mundo Cristiano también.

⁶ A. Helf, *Des Salvianus acht Bücher über die Göttliche Regierung* (Kempten, 1877), p. 13.

⁶¹ Citado entre los *elogia* en la edición de Rittershausen.

⁶² *Salviano*, p. 54, nota 1.

⁶³ *Sanas et sanctas*, la aliteración legalmente nace de la mucha lectura de Salviano.

Prefacio

AL SANTO OBISPO SALONIUS, SALVIANO ENVÍA SALUDOS EN EL NOMBRE DEL SEÑOR

Prácticamente todos los hombres que han optado por algún tipo de composición literaria, como adecuada expresión de su genio innato, han experimentado penurias, ya sea escribiendo de temas útiles y dignos, o de inútiles e indignos, para aligerar el orden de su discurso con el brillo de su lenguaje, y para iluminar con su estilo las cuestiones sometidas a debate. Es el estilo, por tanto, a lo que la mayoría de los escritores sobre temas seculares, ya sea en prosa o en verso, han puesto más atención, no teniendo suficientemente en cuenta la necesidad de elegir temas dignos de aprobación, a condición de que todo lo que dijeran fuera coreado ya sea en verso suave y elegante, o narrado en distinguida prosa.¹

Estos autores han buscado sus propios fines, y mirando hacia su alabanza individual más que el beneficio de los demás, no han tratado de ser considerados saludables y serviciales, sino retóricos y elocuentes. Por lo tanto, sus escritos están hinchados de vanidad, tristemente célebres por su falsedad, manchados de suciedad o viciados debido a sus obscenos temas. Traficar de un modo tan indigno para comprar elogios por medio del ingenio, me parece menos una glorificación que una condena de la genialidad de uno. Puesto que, por el contrario, somos amantes de hechos en lugar de palabras,² buscamos utilidad en lugar de aplausos.

No se trata, pues, de adornos vanos y mundanos por lo que solicitamos la alabanza, sino por recetas saludables. En nuestros escritos, por insignificantes que sean, no deberán estar presentes encantos banales sino remedios reales, calculados no para agradar a oídos ociosos sino para beneficiar a las mentes de los enfermos. Así esperamos obtener nuestra recompensa completa del cielo.

Ahora, si esta gracia salutífera nuestra cura la opinión desfavorable de ciertos hombres para con nuestro Dios, no será pequeña la recompensa si así he ayudado a muchos. Pero si tal beneficio no se acumula, el mismo hecho de que haya tratado de ser servicial puede que no sea infructuoso. Para una mente dedicada a un buen trabajo y un fin caritativo, aunque no haya logrado un éxito completo en su empresa, todavía está recompensada por su buena intención. En este punto, pues, comenzaré.

¹ Como suele ser el caso con los escritores formados en las escuelas retóricas Romanas tardías, la negación de Salviano de cualquier interés en el estilo retórico le lleva a utilizar una fraseología elaborada en su prefacio, algo en desacuerdo con su habitual estilo más simple y coloquial.

² Véase Séneca *De tranquillitate vitae* I. 1, y IV. 1, infra. En estas notas, las referencias sin título son a Salviano, *De gubernatione Dei* (Sobre el Gobierno de Dios): *Ad ecclesiam* se refiere al tratado *A la Iglesia Contra la Avaricia*; *Ep.* a las *Cartas*.

Libro Primero

El gobierno de Dios demostrado por la convicción general de la humanidad, y por su juicio recogido en los libros de Moisés

1. Ciertos hombres dicen que Dios es descuidado y negligente con las acciones humanas, sobre la base de que él no protege a los hombres buenos ni restringe a los impíos; y afirman que es por eso que en la actualidad los buenos son generalmente miserables y los malvados felices. Dado que tratamos con cristianos, las Sagradas Escrituras por sí solas deberían bastar para refutar esta acusación. Los muchos que todavía están de algún modo infectados por la incredulidad pagana pueden, quizás, estar convencidos por el testimonio de los más grandes filósofos paganos. Permítanme, pues, demostrar que ni siquiera estos hombres tenían ninguna concepción de un Dios descuidado y negligente del mundo, a pesar de que no tenían medios para realmente conocer a Dios, ya que estaban fuera de la verdadera fe y eran ignorantes de la ley a través de la cual es aprehendido.

El filósofo Pitágoras, a quien la filosofía misma considerada como su maestro, dijo en su discurso sobre la naturaleza y las obras benéficas de Dios: “El Alma se mueve de un lado a otro y se difunde a través de todas las partes del mundo, y de ella todos los seres vivos reciben su vida...”³

Entonces, ¿cómo se puede decir de Dios que descuida el mundo por el que muestra su amor tan lejos que incluso extiende su propio ser a través de toda su masa? Platón y toda la escuela Platónica confiesan que Dios es el controlador de todas las cosas. Los estoicos testifican que él permanece siempre como timonero dentro de lo que él guía. ¿Qué mayor verdad o concepción más religiosa podrían haber tenido del cuidado amoroso de Dios que esta comparación con un timonel? Porque ellos entendieron claramente que como el timonel nunca aparta la mano del timón, así Dios nunca, en lo más mínimo, retira su atención del mundo; y como el piloto cuando captura las brisas, evitando las rocas, mirando las estrellas, está completamente absorbido, cuerpo y alma, en su tarea, así nuestro Dios nunca vuelve sus más misericordiosos ojos de toda la extensión del mundo, ni abandona el poder rector de su providencia, ni retira la indulgencia de su más tierno amor. De donde proviene también ese antiguo refrán místico por el cual Maro quiso probar que no era menos filósofo que poeta: “Porque Dios hace su camino a través de todas las tierras y los caminos de la mar y los altos cielos”⁴ Tully también dice: “Ni tampoco de hecho puede Dios mismo, quien es conocido por nosotros, conocerse en ningún otro modo que con una mente suelta y libre, y separada de toda la materia mortal comprendiendo todas las cosas y moviéndolas.”⁵ En otra parte, afirma que no hay nada más inmediatamente presente que Dios;⁶ por él, el mundo está necesariamente gobernado. Dios, por tanto, no está sujeto ni es obediente a cualquier fuerza natural; él mismo gobierna toda la naturaleza. ¡A menos que en verdad seamos guiados por nuestra gran sabiduría para creer que él, por quien decimos que todas las cosas se rigen, al mismo tiempo las gobierna y descuida!

³ Véase Cicerón *De natura deorum* l. 11. 27. Salviano, sin embargo, citó el pasaje de Lactancio *Institutiones divinae* l. 5. 17. La mejor discusión de los

préstamos que Salviano toma de Lactancio se encontrará en Zschimmer, *Salvianus und seine Schriften*, p. 62.

⁴ Citado por Lactancio *op. cit.* I. 5. 12 de Virgilio *Geórgicas* IV. 221-222.

⁵ *Ibíd.* I. 5. 25, citado de Cicerón *Disputationes Tusculanae* I. 27. 66.

⁶ Citado por Lactancio *op. cit.* I. 5. 24 de Cicerón *De natura deorum*, pero el pasaje no se encuentra allí.

Dado que incluso los hombres fuera de nuestra fe se han visto obligados por pura necesidad a decir que todas las cosas son conocidas por Dios y son movidas y gobernadas por él, ¿cómo es que algunos piensan ahora que él es descuidado y negligente con el mundo? ¿No es él quien comprende toda la creación por la finura de su percepción, la mueve con su fuerza, la gobierna con su poder, y la protege por su bondad?

Ya os he contado lo que hombres preeminentes tanto en filosofía como en elocuencia han pensado sobre la majestad y el gobierno del Dios Altísimo. Además, he citado expresamente a los maestros más nobles de estas dos artes supremas para facilitar mi prueba que todos los demás o han estado de acuerdo, o, si han estado en desacuerdo, lo han hecho sin ningún tipo de autoridad. Y de hecho, no puedo encontrar ninguno que haya discrepado en este juicio, a excepción de los desvaríos delirantes de los Epicúreos y algunos de sus imitadores. ⁷ Estos últimos han asociado a Dios con el descuido y la pereza, tal como han relacionado el placer con la virtud; por tanto, parece que aquellos que abrigan esta idea son propensos a seguir los vicios de los Epicúreos, junto con su opinión y doctrina.

2. No creo que también necesitemos utilizar la palabra divina para probar un caso tan evidente, especialmente dado que los escritos sagrados proporcionan tan abundante y abierta refutación de todas las afirmaciones de los hombres impíos que, conociendo aquellas viles acusaciones que profesan, hemos de ser capaces de refutar más plenamente aquellas ya mencionadas. Dicen que Dios nos deja de lado enteramente, ya que no restringe a los malvados ni protege a los buenos, y por lo tanto en este mundo la condición de los mejores hombres es sustancialmente peor. Ellos contrastan la pobreza de los hombres buenos con la riqueza de los malvados, su debilidad con la fortaleza de los malvados, su pena constante con la alegría perpetua de los otros, su miseria y estado humilde con los honores y la prosperidad de los pecadores.

Deseo, en primer lugar, preguntar a los que lloran por este estado de las circunstancias, o basan sus acusaciones en éste, ésta pregunta: ¿Es su pena por los santos, es decir, los verdaderos y fieles Cristianos, o por los falsos impostores? Si es por los falsos, es una pena innecesaria que se lamenten por la infelicidad de los malvados, ya que, sin duda, todos los hombres malos se hacen peores por el éxito en sus empresas, y se regocijan en el cambio de suerte de su insensatez. Sin embargo, ellos deberían ser lo más miserables a fin de que puedan dejar de ser impíos, para que puedan dejar de aplicar el nombre de la religión a sus más malvadas ganancias y otorgar el título de santidad a sus tratos sórdidos; en tal caso, verdaderamente, una comparación de las desgracias de los pecadores con sus fechorías muestra que son menos desafortunados de lo que merecen, pues las máximas

desgracias que puedan sufrir todavía les deja menos miserables que malvados son. Es absurdo afligirse por su falta de riqueza y felicidad. Mucho menos debemos lamentarlo en el caso de los santos, pues de cualquier manera que puedan parecer infelices a los hombres que no entienden su condición, es imposible para ellos ser otra cosa que felices.

⁷ La actitud de los primeros Cristianos hacia los Epicúreos era regularmente hostil, en notable contraste con su dispuesto reconocimiento de la afinidad entre la filosofía Estoica y el Cristianismo. La negación Epicúrea de cualquier gobierno divino del mundo era de por sí suficiente para llevar a Salviano a condenar sus doctrinas.

Además, es superfluo pensar en ellos como desgraciados a causa de la enfermedad o la pobreza, o cualquier desgracia similar, en medio de las cuales se ven a sí mismos felices; pues ningún hombre es desgraciado por el juicio de otros hombres, sino solamente por el suyo propio. ⁸

Así que aquellos que son verdaderamente felices en su propia estimación no pueden ser infelices a través de la falsa concepción de cualquier otro hombre; pues ningunos, creo, son más afortunados que aquellos que viven y actúan de acuerdo a su propia determinación y compromisos. Los hombres religiosos son humildes, desean ser así; pobres, se deleitan en la pobreza; sin ambición, la desdeñan; modestos, huyen de honores; se lamentan, pero buscan la ocasión para lamentarse; son débiles, no, ellos se regocijan en la debilidad. Pues el apóstol dijo: "porque cuando soy flaco, entonces soy poderoso." ⁹ Tampoco esta opinión fue sostenida inmerecidamente por el hombre a quien Dios mismo habló de este modo: "Mi gracia te basta, pues mi fuerza se perfecciona en la debilidad." ¹⁰

Es inútil que lamentemos esta aflicción de enfermedad corporal, la cual sabemos que es la madre de la fuerza. Por lo tanto, cualesquiera que hayan sido sus penas, cualquiera que sea verdaderamente religioso debería ser llamado feliz, ya que en medio de las penurias o dificultades cualesquiera, ningunos son más felices que aquellos que son lo que desean ser. Aunque todos conocemos individuos cuyos propósitos son viles y vergonzosos, que se creen felices en la obtención de sus deseos, sin embargo, en realidad esos hombres no son felices, porque no deberían desear lo que hacen. Además, los religiosos son más felices que todos los demás en esto, que tienen lo que desean y al mismo tiempo les es imposible desear nada mejor que lo que tienen. ¹¹ Pues esfuerzo, ayuno, pobreza, humildad y flaqueza no son una carga para todos los que los sufren, sino sólo para aquellos que no están dispuestos a aguantarlos. Pues la mente del sufridor determina si sus problemas son ligeros o pesados de soportar. Del mismo modo que ninguna tarea es tan ligera que no es pesada para el hombre que lo realiza de mala gana, ninguna es tan pesada que no parece ligera para el que la realiza de buena gana. ¹²

⁸ Véase Séneca *De remediis fortuitorum* XVI, final: "El hombre feliz no es el que parece como tal a los demás, sino a sí mismo."

⁹ II Corintios 12. 10.

¹⁰ *Ibíd.* 12. 9.

¹¹ Una concepción de la vida religiosa común a través de la Edad Media, y reflejo para los santos en esta vida de los futuros goces del paraíso. Compárese con la línea conocida del himno de Pedro Damiani:

"Avidi et semper pleni, desiderant habent quod".

¹² Véase Salviano *Ad Ecclesiam* IV. 9. 49: "Toda orden que se da es difícil para los hombres no dispuestos."

¿O quizás debamos pensar que eran una carga los antiguos modelos de virtud, para los Fabii, Fabricii y Cincinnati, que ellos, que no desearon riquezas, eran pobres? ¹³ Recordad que dirigieron todos sus esfuerzos, toda su labor, para el bien común, y por su pobreza individual contribuyeron al crecimiento de la riqueza del estado. Seguramente no creen que fue con lamentos y tristeza que soportaron su famosa vida de economía aldeana, cuando comían su comida barata del campo antes de que el fuego con el que la cocinaban se apagara, y retrasaban incluso esta pobre comida hasta la noche. ¿Se pusieron enfermos para que no acumularan talentos de oro en la búsqueda de riqueza miserable, cuando incluso estaban aprobando leyes para restringir la circulación de la plata? ¿Podían los hombres, que juzgaron a un patricio indigno del Senado porque había querido aumentar su riqueza a la suma de diez libras de plata, posiblemente creer que una sanción por su avaricia ilícita fuera que no tuvieran sus monederos llenos de oro? ¹⁴

En aquellos días, creo, los hombres no despreciaban los modos de vida humildes, cuando llevaban sólo una prenda corta y basta, cuando eran llamados desde el arado a la presencia de los *fasces* del dictador, y justo antes de ganar fama en las túnicas consulares, muy probablemente limpiaron su sudor polvoriento en esas mismas togas imperiales que estaban a punto de ponerse. En su tiempo los magistrados eran pobres, pero el estado rico, mientras que ahora la riqueza de los funcionarios hace al estado pobre. ¿Qué locura, les pregunto, o qué ceguera, lleva a los hombres a pensar que las fortunas privadas pueden sobrevivir en medio de la necesidad y la mendicidad del estado? Tales eran los antiguos Romanos; por lo que en su día despreciaron las riquezas, aunque no conocían a Dios, al igual que en los nuestros los hombres que siguen al Señor todavía las desprecian.

Pero, ¿por qué hablo de esos hombres que en su deseo de extender el poder Romano convirtieron su desprecio de las ganancias particulares en enriquecimiento público, y aunque individualmente pobres todavía tenían abundancia en la riqueza común del estado? Incluso los filósofos Griegos sin ningún interés en ganancia pública, a través de pura codicia de gloria han sido conocidos por despojarse de casi todos los artículos de uso común, y no contentos con esto, han exaltado su credo a la alta cúspide del desprecio del sufrimiento y de la muerte, diciendo que incluso en cadenas y castigo un hombre sabio sigue siendo feliz. ¹⁵ Ellos sostendrían que el poder de la virtud es tan grande que un buen hombre nunca puede dejar de estar

satisfecho. Si, entonces, ciertos hombres sabios piensan ahora que esos hombres no eran infelices, a pesar de que no recibieron ninguna recompensa por sus esfuerzos excepto alabanza transitoria, ¿por cuánto más los hombres religiosos y santos deberán ser considerados desdichados, quienes ambos disfrutaban en este tiempo presente de las delicias de su fe, y van a alcanzar además la recompensa de la felicidad eterna?

¹³ Estos fueron algunos de los ejemplos más conocidos de la temprana virtud romana; cf. H.W. Litchfield, "National *Exempla Virtutis* en Literatura Eoman (Romana)", *Estudios de Harvard en Filología Clásica*, XXV (1914), 1-71. Todos estos son citados en Valerius Maximus IV. 3-4, como ejemplos de abstinencia, continencia y pobreza, y fueron utilizados por los escritores cristianos desde Agustín y Orosio a los tiempos modernos para ilustrar las mismas virtudes. El contraste entre la ambición Romana y Griega que sigue fue también un lugar común antes de los tiempos de Salviano, y ha sido desde entonces.

¹⁴ Véase la historia de Cornelio Rufino en Valerius Maximus II. 9. 4; Tertuliano *Apologeticum* 6.

¹⁵ Una típica descripción de la sabiduría Estoica y Epicúrea: cf. Séneca *Epistulae morales* lxvi. 18; Cicerón *Disputationes Tusculanae* II. 7. 17, *De finibus* 11.27.

3. Uno de esos de los que nos quejamos dijo a un hombre santo, quien seguía la doctrina verdadera, es decir, que Dios gobierna todas las cosas y templa su gobierno y dirección de acuerdo a su conocimiento de las necesidades humanas, lo siguiente: "¿Por qué entonces, pregunto, tú mismo eres endeble?" Su línea de razonamiento, supongo, era la siguiente: "¿si Dios, como piensas, gobierna todo en esta vida presente, si reparte todas las fortunas, entonces cómo es que un hombre que yo sé que es un pecador está fuerte y sano, mientras que tú, cuya santidad no cuestiono, estás endeble?"

¿Quién no se maravilla de la profundidad de los sentimientos de alguien que considera los méritos y virtudes de un hombre de Dios dignos de tan gran recompensa, que piensa que deberían ser recompensados en esta vida presente con la fuerza juvenil del cuerpo? Yo respondo, por tanto, no en el nombre de cualquier santo sino en el de todos ellos: "¿Preguntas, por tanto, quien quiera que seas, cómo es que los hombres santos llegan a ser débiles? Mi respuesta es breve: se hacen a sí mismos endebles por la razón expresa de que si son fuertes, ellos difícilmente pueden ser santos". ¹⁶ Creo que los hombres ganan fuerza enteramente a través de su comida y bebida, y están débiles a través de la abstinencia, la sed y el ayuno. Por lo tanto, no es extraño que sean débiles aquellos que desprecian el uso de los medios por los que otros se hacen fuertes. Y hay una buena razón para tal desprecio, de acuerdo con las palabras del apóstol Pablo, cuando dijo: "Antes hiero mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre; no sea que, habiendo predicado a otros, yo mismo venga a ser reprobado." ¹⁷ Si el mismo apóstol consideraba la debilidad del cuerpo un fin que se debería buscar, ¿quién actúa sabiamente al evitarlo? Si el apóstol temía la fuerza de la carne, ¿quién presume con razón de ser fuerte? Esto, pues, es la razón por la cual los hombres que se han entregado a Cristo tanto son como desean ser

débiles. Lejos de nosotros está el pensar que los hombres santos son abandonados por Dios por la misma razón por la cual, confiamos, son los más amados por él. Leemos que el apóstol Timoteo era debilísimo en la carne.¹⁸ ¿Fue esto un signo del abandono de Dios, o falló Timoteo a través de su debilidad en agradar a Cristo, dispuesto como estaba a ser débil con el fin de complacerlo? Aun así, el apóstol Pablo, aunque Timoteo padecía de graves dolencias, solo le permitió tomar y sorber únicamente un poco de vino; es decir, deseaba tener en consideración su debilidad pero no tanto como para que alcanzara todo su vigor.¹⁹ ¿Y por qué era esto? ¿Qué otra razón puede haber sino la que él mismo ha dado? “Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí,” él dice, “para que no hagáis lo que quisierais.”²⁰

¹⁶ Véase Salviano *Ep. V. 3*: “Aunque no creo que incluso esta flaqueza de tu embarcación terrenal ha sido perjudicial para ti, pues su fuerza, como sabes, es siempre hostil a la mente; de modo que estoy en lo correcto al creerte tanto más fuerte ahora en espíritu, como has comenzado a ser más débil en la carne”.

¹⁷ I Corintios 9. 27.

¹⁸ Al igual que otros de su tiempo, Salviano usaba el término “apóstol” de manera más flexible de lo que hacemos ahora.

¹⁹ Véase I Timoteo 5. 23. Un excelente ejemplo de la ocasional disposición de Salviano a distorsionar las Escrituras para su propósito, quizás justificable en este caso debido al frecuente mal uso del mismo texto por otros autores, con el fin apoyar a ambos lados del mismo argumento.

²⁰ Gálatas 5. 17.

No fue sin perspicacia lo que un determinado autor²¹ dijo a este respecto, que si la fuerza del cuerpo nos impide hacer lo que queremos, la carne debe ser debilitada con el fin de que podamos lograr nuestros deseos. Pues él dice: “La debilidad de nuestra carne agudiza el vigor de la mente, y cuando se debilitan nuestras extremidades la fuerza corporal se transforma en virtud espiritual. Entonces nuestras partes más íntimas ya no hierven con pasiones vergonzosas, y los deseos secretos ya no encienden una mente enferma; nuestros sentidos no vagan lascivamente sobre varias tentaciones, pero sólo el alma se exulta, regocijándose en la debilidad del cuerpo como en un adversario derrotado.”

Esto, como ya he dicho, es la causa a la que los hombres religiosos atribuyen sus flaquezas, y usted, creo, ya no puede negar su validez.

4. Pero quizá tienen, decís, otros y mayores sufrimientos, es decir, aguantan muchas pruebas duras y amargas en esta vida; son capturados, torturados y masacrados. Eso es cierto, pero ¿qué vamos a hacer con el hecho de que los profetas fueron llevados al cautiverio y que los apóstoles también sufrieron tormentos? Seguramente no podemos dudar de que Dios tenía la mayor preocupación por ellos, ya que era por Dios que ellos cargaron con estas aflicciones. Pero tal vez afirméis esto como una prueba adicional de que Dios deja de lado todo lo que pasa en esta vida y reserva toda su atención para el juicio venidero, ya que los buenos siempre han sufrido, como los malvados han realizado, todas las cosas malas. Esta idea no parece ser la

de un no creyente, pues especialmente admite el futuro juicio de Dios. Pero, nosotros decimos que la raza humana ha de ser juzgada por Cristo, mientras que todavía mantenemos que ahora también Dios gobierna y ordena todas las cosas de acuerdo con su razón. Mientras que declaramos que juzgará en el futuro, también enseñamos que siempre nos ha juzgado en esta vida. Como Dios siempre gobierna, también él siempre juzga, pues su gobierno es en sí mismo juicio.

¿De cuántas formas desea que sea esto probado, por la razón, con ejemplos, o por medio de las autoridades? Si lo desea probado por la razón, ¿quién es tan carente de inteligencia humana ordinaria y tan absolutamente contrario a la verdad de la que hablamos, que no reconoce y ve que la belleza incomparable del mundo creado, la grandeza inestimable de los cielos arriba y de las regiones por debajo están regidos por el mismo poder que las creó? Él quien concibió sus elementos será él mismo su gobernador. Él guiará todas las cosas con una providencia y razón consecuentes con el poder majestuoso con el que las fundó. Y con toda certeza, dado que incluso en aquellas materias que son realizadas por la actividad humana, absolutamente nada existe sin razón, y todas las cosas derivan su seguridad de la providencia, así como el cuerpo deriva su vida del alma; pues en este mundo no sólo imperios y provincias, asuntos civiles y militares, sino también los oficios menores y hogares privados, las mismas ovejas y los tipos más pequeños de animales domésticos que son controlados por ningún otro medio que no sea la ordenanza y sabiduría humana, como por una mano que guía el timón. Todo esto sin lugar a dudas está en conformidad con la voluntad y el juicio del Dios Altísimo, que todo el género humano debería gobernar las partes menores, o extremidades del mundo, siguiendo el ejemplo del gobierno de Dios de todo el cuerpo del universo.

²¹ Salviano, en *Ep. V. 4*, su carta a la “hermana Cattura”, en la que la congratula no sólo por la recuperación de una enfermedad, sino también por la propia enfermedad, que había fortalecido su alma a costa de su cuerpo. Véase también la nota 14.

Pero, ustedes sugieren, que al comienzo el gobierno de sus criaturas estaba claramente decidido y dispuesto por Dios; sin embargo, después de que él hubiera formado y perfeccionado todo el esquema de las cosas, él abdicó, y renunció a la administración de los asuntos terrenales. Supongo que intentan sugerir que él huyó de la idea de trabajo y la repudió, que él trató de evitar la molestia del esfuerzo constante. ¿O fue que, ocupado con otros asuntos, abandonó una parte de sus asuntos, ya que no podía atender la totalidad?

5. Dios entonces pone lejos de sí mismo, decís, todo pensamiento de los hombres mortales. En ese caso, ¿qué base racional hay para nuestra creencia en su divinidad? ¿Qué razón hay para adorar a Cristo, o qué esperanza en ganar su favor? Pues si Dios en esta vida desatiende el género humano, ¿por qué diariamente extendemos nuestras manos hacia el cielo? ¿Por qué oramos tan a menudo por la misericordia de Dios? ¿Por qué

nos apresuramos a las iglesias? ¿Por qué arrodillarse en oración delante de los altares? No hay ninguna razón para orar si la esperanza de una respuesta a la oración se nos quita. Veis que vano disparate radica en la insistencia de esta idea; realmente, si es aceptada, nada de nada queda de nuestra religión. Pero tal vez te refugias en el argumento de que honramos a Dios en el temor de un juicio futuro, y realizamos todo el ritual de nuestra adoración diaria para ganar la absolución después del día del juicio. En ese caso, ¿cuál fue el significado de la predicación diaria de Pablo el apóstol en la iglesia, y su mandato que ofrezcamos constantemente a Dios nuestras oraciones, nuestras súplicas, nuestras peticiones y nuestros agradecimientos?

¿Cuál es el propósito de todo esto? ¿Qué más que, como él mismo dice, “para que vivamos quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad”?²² Para nuestras necesidades actuales, como vemos, él nos ordena orar y suplicar al Señor. Seguramente no mandaría esto si no estuviera seguro de que Dios escucha las oraciones. ¿Cómo alguien puede suponer que los oídos de Dios están abiertos para la concesión de favores en algún momento futuro, pero sordos y bloqueados contra las peticiones inmediatas? O, ¿qué nos lleva a rezar en la iglesia para pedir a Dios la seguridad presente si pensamos que no escucha en absoluto nuestras oraciones? En ese caso no deberíamos hacer ninguna promesa para nuestra seguridad y prosperidad.

Tal vez, a fin de que la modestia de la solicitud pueda ganar el favor de la voz del peticionario, deberíamos más bien orar así: “Señor, no buscamos la prosperidad en esta vida, ni te suplicamos por favores inmediatos, pues sabemos que tus oídos están cerrados a tales peticiones y que no escuchas tales oraciones, pero solamente pedimos por los favores que se nos concederán después de nuestra muerte.”

Seguro que tal petición no carece de valor, ¿sobre qué base racional descansa? Porque si Dios no tiene interés en esta vida, y cierra los oídos a las oraciones de sus suplicantes, entonces, sin duda, el que no escucha nuestras súplicas presentes es sordo también a nuestras oraciones para el futuro. ¿Hemos de creer que Cristo escucha o niega su atención de acuerdo a la naturaleza diversa de nuestras oraciones, que yace cerrando sus oídos cuando pedimos presentes favores, y los abre cuando pedimos bendiciones por venir? Pero basta de esto. Los argumentos son tan estúpidos y frívolos que uno tiene que tener cuidado para que lo que se ha dicho por el honor de Dios, no le parezca injurioso. Pues tan grande y terrible es la reverencia debida a su sagrada majestad que no sólo deberíamos no estremecernos ante los argumentos de nuestros adversarios, sino también deberíamos hacer nuestra defensa de la religión con el debido temor y circunspección.

²² I Timoteo 2. 2.

Si, por lo tanto, es estúpido e impío creer que el amor divino desprecia el cuidado de los asuntos humanos, entonces Dios no lo desprecia; es más, si él no lo menosprecia, él gobierna; si él gobierna, él juzga por el ejercicio mismo de su gobierno, ya que no puede haber gobierno sin el ejercicio constante de juicio por parte del gobernante.

6. Quizá alguien pueda pensar que es una prueba demasiado insegura que se apoya solo en la razón, sin el respaldo de la autoridad. Vamos a ver cómo Dios ha gobernado el mundo desde el principio; por lo que demostrando que él siempre ha gobernado el universo, demostraremos que ha realizado al mismo tiempo juicio.

¿Cuál es el testimonio de las Escrituras? “Formó, pues, Jehová Dios al hombre del polvo de la tierra, y alentó en su nariz soplo de vida”. ¿Y que siguió? “Él lo colocó en un paraíso de placer.”²³ ¿Qué siguió? ¿Qué más que le dio la ley, lo proveyó con sus órdenes, lo formó por su instrucción? Pero, ¿qué pasó entonces? El hombre transgredió la ordenanza sagrada, fue sometido a juicio, perdió el paraíso y sufrió la pena de la condenación. ¿Quién puede dejar de ver a Dios como ambos, gobernador y juez, en esta completa consideración? Porque él puso a Adán en el paraíso en inocencia; él le expulsó en culpa. En el establecimiento de Adán vemos la ordenanza divina; en su expulsión, el juicio divino. Porque cuando Dios puso al hombre en un lugar de deleite, él ordenó su forma de vida; pero cuando le expulsó en culpa de ese reino, él ejerció juicio. Esta es, pues, la historia del primer hombre, es decir, del padre.

¿Qué pasa con el segundo, el hijo? “Y aconteció andando el tiempo”, dicen las Sagradas Escrituras, “que Caín trajo del fruto de la tierra una ofrenda a Jehová. Y Abel trajo también de los primogénitos de sus ovejas, y de su grosura. Y miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda; Mas no miró propicio a Caín y a la ofrenda suya.”²⁴

Antes de hablar del juicio más obvio de Dios, creo que incluso en la cuenta que acabamos de dar hay una cierta indicación de juicio; pues en el acto de recibir el sacrificio de un hermano y rechazar el otro, Dios dio un veredicto más abierto en cuanto a la justicia de uno y la injusticia del otro. Pero esto no fue suficiente. A partir de entonces Caín allanó el camino para sus crímenes posteriores llevando a su hermano a terreno retirado; en la protección amistosa del desierto él cometió su asesinato. Se demostró a sí mismo ser a la vez el más malvado y más estúpido de los hombres, dado que pensó que guardaba suficiente secreto para el acto más malvado y repugnante si evitaba los ojos de los hombres, cuando iba a cometer fratricidio con Dios como su testigo.

Y por consiguiente, yo creo que él tenía esta misma idea que ahora es tan prevalente, que Dios no contempla las cosas hechas en la tierra y no ve ninguno de los actos de los hombres impíos. Tampoco hay ninguna duda de esto, ya que cuando fue admitido a hablar con Dios después de la comisión del crimen, respondió que él no sabía nada de la muerte de su hermano. Estaba tan seguro de la ignorancia de Dios de su acción, que él pensó que el más mortal mal podía ser ocultado con una mera mentira.

²³ Génesis 2. 7-8. (Nota del traductor: La segunda parte de la cita no se corresponde con las versiones modernas de la Biblia KJV o católicas).

²⁴ *Ibíd.* 4. 3-5.

Pero el evento se demostró contrario a lo que él anticipó. Porque aunque él pensaba que su fratricidio no fue visto por Dios, su condena le enseñó que Dios lo había visto. Ahora tengo una pregunta que hacer a los que niegan que los asuntos humanos son considerados por Dios o gobernados, o juzgados por él: ¿son todas las circunstancias diferentes en estas consideraciones que hemos dado? Pues yo creo que él está presente, quien está concernido en el sacrificio; él gobierna, quien reprende a Caín después de su sacrificio; él está ansioso, quien requiere la víctima del asesino; él juzga, quien condena al asesino malvado con un veredicto justo.

En este incidente, de hecho, aún hay otro punto conveniente para nuestro argumento. Seguramente no debemos asombrarnos de que los santos hombres ahora estén sufriendo algunas dificultades, ya que vemos que incluso Dios en ese tiempo permitió que los primeros de sus santos fueran lo más perversamente sacrificados. En cuanto a la razón por la que permite tales acciones, no está dentro del poder de la debilidad humana el descubrirlo plenamente, ni es esta una ocasión apta para tal discusión. Por el momento es suficiente para probar que hechos de este tipo no se producen debido a la negligencia o falta de atención de Dios, sino que se permiten por la dispensación de su sabiduría. Asimismo, no podemos de ninguna manera llamarle injusto, pues la voluntad de Dios es la justicia más alta; ni tampoco una acción divina deja de ser justa porque el hombre sea incapaz de comprender el funcionamiento de la justicia divina. Pero volvamos al argumento principal.

7. Hemos visto en las consideraciones ya dadas que no se hace nada sin el cuidado de Dios, sino que algunas de estas acciones estaban bien dispuestas por su sabiduría divina, algunas soportadas por su indulgencia, algunas castigadas con su sentencia. Ciertas personas, tal vez, piensan que estos pocos casos no establecen suficientemente nuestra afirmación; vamos a ver si lo podemos dejar totalmente claro a través de la experiencia de todos los hombres.

Cuando, por lo tanto, la raza humana ha aumentado y multiplicado por igual en número y en maldad, como dice la Sagrada Escritura: “Y vio Jehová que la malicia de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal. Y arrepintiéndose Jehová de haber hecho hombre en la tierra, y pésole en su corazón”, y él dijo: “Raeré los hombres que he criado de sobre la faz de la tierra.” ²⁵

Veamos cómo tanto el cuidado de Dios como su severidad se muestran por igual en la completa consideración. Pues primero leemos: “Asimismo Dios viendo”; en segundo lugar, “pésole en su corazón”; y en tercer lugar, “Raeré los hombres que he criado”. En la primera declaración, que Dios ve todas las cosas, su cuidado se muestra; en la declaración en que él se aflige se muestra el terror de su ira; que él castiga, su severidad como juez. “Por lo tanto, Dios arrepintiéndose”, dice la Sagrada Escritura, “de haber hecho hombre en la tierra”; esto no indica que Dios está sujeto al arrepentimiento o cualquier otra emoción, sino que la palabra divina, para mejorar nuestra comprensión del verdadero significado de las Escrituras, nos habla en términos de sentimiento humano y muestra la fuerza de la ira de Dios bajo

el nombre del arrepentimiento; es más, la ira divina es el castigo del pecador.

²⁵ *Ibíd.* 6. 5-7.

¿Que siguió a continuación? Cuando Dios vio que la tierra estaba corrompida, dijo a Noé: “El fin de toda carne ha venido delante de mí; porque la tierra está llena de violencia a causa de ellos; y he aquí que yo los destruiré con la tierra.”²⁶ ¿Qué pasó después? “aquel día fueron rotas todas las fuentes del gran abismo, y las cataratas de los cielos fueron abiertas; y hubo lluvia sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches.”²⁷ Y un poco después: “Y murió toda carne que se mueve sobre la tierra”. Y de nuevo: “y quedó solamente Noé, y lo que con él estaba en el arca.”²⁸

Ahora quiero preguntar a los que dicen que Dios deja de lado las fortunas humanas, ¿si creen que en este momento se preocupó por los asuntos terrenales y los juzgó? Creo que no meramente juzgó sino que dio un doble juicio; pues al preservar a los buenos él demostró ser un dador generoso de recompensas, y en la destrucción de los malvados, un juez severo.

Quizás estos casos a estúpidos listillos les puedan parecer que carecen de autoridad, ya que ocurrieron antes del Diluvio; en otra época, por así decirlo. ¡Como si pudiéramos asumir que Dios era diferente en ese momento, y después cesó de desear ejercer el mismo cuidado del mundo! Ciertamente, por la gracia divina podría probar mis afirmaciones con ejemplos de todas las generaciones desde el diluvio, pero su gran número lo prohíbe. Sin embargo, algunos de los casos más importantes serán suficientes dado que Dios es indudablemente el mismo en los casos mayores y menores, los menores puedan inferirse de los mayores.

8. Después del Diluvio, Dios bendijo a la generación de los hombres, y cuando esta bendición había dado lugar a una inconmensurable multitud de hombres, Dios habló a Abraham desde el cielo, ordenándole abandonar su propia tierra e ir a un país extraño. Él fue llamado, él siguió; él fue guiado y establecido; de hombre pobre se convirtió en rico; de hombre poco conocido, poderoso. Aunque reducido por su viajes al más bajo patrimonio, vino a ser el más alto en honor. Sin embargo, con el fin de que los previos dones de Dios hacia él no debieran parecer generosidad inmerecida, él quien se regocijó en la prosperidad fue puesto a prueba en la adversidad. Entonces vino el trabajo, el peligro y el miedo; fue irritado por los viajes, agotado por el exilio, visitado con vergüenza, y privado de su esposa. Dios le ordenó que sacrificara a su hijo; el padre ofreció a su hijo, y por lo que se refiere a la resolución de su corazón, realizó el sacrificio. De nuevo llegaron períodos de exilio, de nuevo el miedo, el odio de los Filisteos, la rapiña de Abimelec; muchos males, pero compensados por iguales consolaciones, pues a pesar de que estaba afligido por muchas cosas, él fue recompensado por todas ellas.

¿Qué conclusión debemos sacar? En todos los eventos que hemos relatado, ¿no es Dios visto examinando a Abraham, invitándolo y guiándolo, ansioso por él, su patrocinador, protector, benefactor, probándolo y exaltándolo, a la vez su vengador y su juez? Seguramente él lo examinó, pues lo escogió como el mejor hombre de todos ellos; lo invitó, pues él lo llamó; él era su guía, conduciéndole en seguridad a tierras desconocidas; ansioso por él, pues él lo visitó junto al roble; su patrocinador, en las promesas de las cosas por venir; su protector, que lo custodiaba entre las razas bárbaras; su benefactor, en que le enriqueció; su examinador, en que quería ponerlo a prueba con duras pruebas; su exaltador, pues él le hizo poderoso por encima de todos los hombres; su vengador, pues él se vengó de sus adversarios; su juez, pues en vengarle ejerció juicio.

²⁶ *Ibíd.* 6. 13.

²⁷ *Ibíd.* 7. 11-12.

²⁸ *Ibíd.* 7. 21, 23.

Además, Dios a la vez añadió otro elemento a esta historia cuando dijo: “Por cuanto el clamor de Sodoma y Gomorra se aumenta más y más, y el pecado de ellos se ha agravado en extremo”.²⁹ El clamor de Sodoma y Gomorra, dijo, se aumenta más y más. Él dijo bien que los pecados claman, porque sin duda el clamor de los pecadores es genial, ya que asciende desde la tierra al cielo. ¿Por qué habla de los pecados de los hombres como clamando? Ciertamente, porque se refiere a que sus oídos son prendados por los gritos de nuestros pecados, para que el castigo de los pecadores no se pueda retrasar. En verdad, es un clamor, y un gran clamor, cuando el amor paternal de Dios es superado por los gritos del pecado, de modo que él se ve obligado a castigar a los pecadores.³⁰

Dios mostró cómo de mala gana castiga incluso al peor de los pecadores, cuando dijo que el clamor de Sodoma ascendió hasta él. Es decir: “Mi misericordia en verdad me persuade a perdonarlos, no obstante el clamor de sus pecados me obliga a castigar.” Y habiendo dicho esto, ¿qué resultó? Ángeles fueron enviados a Sodoma; partieron, y entraron en la ciudad; fueron tratados hospitalariamente por los buenos e injuriosamente por los malvados; los malvados fueron cegados y los buenos salvados. Lot, con sus seres queridos que honraban a Dios, fue llevado fuera de la ciudad; Sodoma misma fue quemada con sus malvados habitantes.

Les pregunto en este momento si, ¿fue de acuerdo con la justicia o contrario a ella que Dios quemara a estos hombres malvados? El que diga que los Sodomitas fueron castigados injustamente por Dios le acusa de injusticia; si, por el contrario, Dios destruyó justamente a esos hombres malos, él los juzgó.

Seguramente él los juzgó, y de hecho su juicio anunciaba claramente lo que está por venir. Pues es bien sabido que en tiempos venideros Gehena estará en llamas para el castigo de los malvados, al igual que las llamas del cielo entonces consumieron la ciudad de Sodoma y sus vecinos. Es más, Dios deseaba su acción inmediata para prefigurar ese juicio venidero, cuando envió a Gehena descender del cielo sobre la gente impía. De modo que el apóstol dice también que Dios condenó a las ciudades de Sodoma y

Gomorra por su derrocamiento, convirtiéndolas en un ejemplo para aquellos que en lo sucesivo vivieran impíamente,³¹ aunque su acción en esa ocasión tenía más de misericordia que de severidad. Puesto que, el tan prolongado retraso de su castigo se debió a su misericordia; que finalmente les castigara, a su justicia. Pues cuando Dios envió a sus ángeles a Sodoma, quiso demostrarnos que él es reacio a castigar incluso a los hombres malvados; a fin de que cuando leyéramos qué insultos soportaron los ángeles de la gente de Sodoma, y ver claramente la enormidad de sus crímenes, el carácter vergonzoso de sus vicios y la obscenidad de sus lujurias, podría demostrarnos que no deseaba destruirlos, pero ellos mismos le forzaron a realizar su destrucción.

²⁹ *Ibíd.* 18. 20.

³⁰ Rittershausen, *Salviani ópera* (Altdorf 1611), *ad loc*, cita un verso listando los cinco pecados que fueron proverbialmente dichos para clamar por justicia al cielo:

“Clamitat in caelum vox sanguinis, et Sodomorum,
vox oppressorum, viduae, pretium famulorum.”

³¹ II Pedro 2. 6.

9. Podría mencionar un sinnúmero de otros ejemplos, pero me temo que en mi esfuerzo por dar una prueba adecuada puedo parecer haber compuesto una historia entera. Moisés pastando sus ovejas en el desierto vio una zarza ardiente, oyó a Dios desde en medio de la zarza y recibió sus órdenes. Él fue exaltado en poder y fue enviado al Faraón; habló con él, fue despreciado, pero conquistó. Egipto fue abatido, la desobediencia del Faraón fue afligida, y no en una forma sola, sino muchas, a fin de que éste tuviera que ser torturado por una diversidad de castigos en consideración con la grandeza de su sacrilegio. ¿Cuál fue el resultado? Diez veces se rebeló; diez veces que fue afligido. ¿Cuál es nuestra conclusión? Creo que hay que reconocer que en todos estos casos Dios muestra igualmente su atención a los asuntos humanos y su juicio sobre ellos.

En Egipto, en efecto, el juicio de Dios en ese momento, evidentemente, no fue único, sino múltiple. Pues cada vez que afligió a los egipcios rebeldes, tantas veces los juzgó. Pero después de los acontecimientos ya contados, ¿qué pasó? Israel fue separado; después de celebrar la Pascua ellos despojaron a los egipcios y partieron en riqueza. El Faraón se arrepintió, reunió a su ejército, rebasó a los fugitivos, acamparon junto a ellos, estaba separado de ellos por la oscuridad; el mar se secó, Israel cruzó y por la cordial retirada de las olas fue puesto en libertad. El Faraón siguió, el mar se dio la vuelta y fue ahogado por las envolventes olas.

Creo que el juicio de Dios ha quedado claro en estos eventos, y verdaderamente no sólo su juicio, sino también su moderación y paciencia. Pues se debió a la paciencia que los egipcios en su rebelión fueran a menudo afligidos, a su juicio que por su terquedad persistente fueran condenados a muerte. Por lo tanto, después de esta serie de aventuras de

la raza de los hebreos, victoriosos sin guerra, entraron en el desierto. Ellos siguieron un curso desconocido, viajeros sin sendero, con Dios para liderar el camino, honrados por su camaradería divina, poderosos a través de su líder divino, siguiendo una columna móvil de nubes de día, de fuego de noche, que asumió intermitentes cambios de color para adaptarse a los cielos cambiantes, para que su aburrida oscuridad pudiera destacarse en contraste con la fuerte luz del día y su flamante esplendor iluminara con su claro resplandor las nieblas de la noche.

Añádase a esto los manantiales que de repente brotaron, agregue las aguas amargas dadas y cambiadas, manteniendo su antigua apariencia, pero cambiando su carácter. Añadir picos de montaña con grietas abiertas con arroyos brotando, campos polvorientos echando espuma con nuevos torrentes. Añádase bandadas de pájaros enviados al campamento de los peregrinos, ya que Dios en su amor más indulgente atendió no sólo a las necesidades sino también a los paladares de su pueblo; la comida asegurada por espacio de cuarenta años por el ministerio diario de las estrellas, el rocío de dulces bocados derramado de los polos, ofreciendo abundancia no sólo para alimentarse, sino para el deleite. Añade que los hombres no experimentaron en ninguna parte de su cuerpo el crecimiento o las pérdidas naturales a los seres humanos, sus uñas no crecieron ni los dientes decayeron, su cabello siempre permaneció de igual longitud, sus pies no se deterioraron por la marcha, su ropa no fue hecha andrajos, sus zapatos sin romper, y por tanto el honor concedido a los propios hombres fue incluso suficiente para dignificar sus humildes vestiduras.³²

³² Otro ejemplo de detalles añadidos sin autoridad bíblica: de hecho, los casos de lepra y muerte entre los israelitas durante la marcha parecen directamente en contradicción con las declaraciones de Salviano.

Añádase a todo esto Dios descendiendo a la tierra para instruir a su pueblo, prestándose él mismo, Dios el Hijo,³³ a vista terrenal, las innumerables multitudes de personas admitidas a trato familiar con él, creciendo con fuerza en el poder de su intimidad sagrada.

Añadan a esto los truenos, los relámpagos, las explosiones terribles de trompetas celestiales, el terrible estruendo sobre todo el cielo, los polos retumbando con un sonido sagrado, los fuegos, las nieblas y las nubes llenas de la presencia misma de Dios, Dios hablando al hombre cara a cara, la ley resonando de sus santos labios, las letras inscritas con precisión milimétrica en la página de piedra por el dedo de Dios, la piedra se convierte en un rollo escrito, las personas aprendiendo y Dios enseñando en una escuela del cielo y de la tierra mezclados, casi una unión de hombres y ángeles.

Pues está escrito que cuando Moisés había llevado las palabras del pueblo a Jehová, el Señor le dijo: "He aquí, yo vengo a ti en una nube espesa, para que el pueblo oiga mientras yo hablo contigo".³⁴ Y un poco más adelante: "que vinieron truenos y relámpagos, y espesa nube sobre el monte".³⁵ Una vez más: "Y descendió Jehová sobre el monte de Sinaí, sobre la cumbre del monte".³⁶ Una vez más: "Y cuando Moisés entraba en el tabernáculo, la columna de nube descendía, y poníase a la puerta del tabernáculo, y Jehová

hablaba con Moisés. Y viendo todo el pueblo la columna de nube, que estaba a la puerta del tabernáculo, levantábase todo el pueblo, cada uno a la puerta de su tienda y adoraba. Y hablaba Jehová a Moisés cara a cara, como habla cualquiera a su compañero.”³⁷

En vista de todo esto, ¿parece Dios tener algún pensamiento hacia los hombres, dándoles tan grandes dones, ayudándoles tanto, compartiendo su discurso con un vil mortal, como si le admitiera a conversar en su comunión sagrada, abriendo ante él sus manos llenas de riquezas inmortales, nutriéndole con una copa de néctar, alimentándole con comida celestial? ¿Qué mayor atención, me pregunto, podría su guía permitirse, qué mayor amor podría mostrar que la posesión en el curso de esta vida presente de tal espejo de bienaventuranza futura?

10. Quizás a estas alturas puedan replicar que Dios una vez tuvo tal cuidado por los hombres, pero ahora no lo hace en absoluto. ¿Por qué deberíamos creer esto? ¿Porque ahora no comemos maná a diario como lo hicieron los Israelitas? Pero cosechamos campos llenos de grano en la cosecha. ¿Porque no atrapamos codornices que vuelan a nuestras manos? Pero devoramos todo tipo de aves, ganado y bestias. ¿Porque no nos son concedidas las aguas que brotan de las grietas abiertas en las rocas? Pero vertemos los frutos de nuestras viñas en nuestras bodegas.

³³ Otra vez una adición no justificada por las palabras del Antiguo Testamento. Salviano, al igual que otros escritores cristianos, no con poca frecuencia nombra a Cristo cuando deberíamos esperar el nombre de Dios en su lugar. Y las “multitudes de personas” fueron expresamente excluidas del trato familiar con Dios; cf. Éxodo 19. 21-24; 24. 1-2.

³⁴ Éxodo 19. 9.

³⁵ *Ibíd.* 19. 16.

³⁶ *Ibíd.* 19. 20.

³⁷ *Ibíd.* 33. 9-11.

Tengo más que añadir: nosotros mismos, quienes decimos que los hijos de Israel en aquel tiempo estaban al cuidado de Dios pero que somos descuidados por él, rechazaríamos absolutamente la elección de su condición si pudiéramos recibir sus favores pasados a cambio de nuestros beneficios actuales. Pues no deberíamos estar dispuestos a perder lo que tenemos ahora con el fin de obtener lo que entonces disfrutaron, no es que estemos en mejor situación que los Israelitas estaban, pero que ellos también, quienes fueron alimentados diariamente por el ministerio de las estrellas y de Dios, prefirieron el viejo forraje habitual para sus vientres a los favores que disfrutaron. De hecho, ellos estaban tristes por sus viles recuerdos de los alimentos carnales, languideciendo con un anhelo vulgar por cebollas y ajo, no porque su dieta anterior fuera más sana, sino porque actuaron tal como nosotros lo hacemos ahora. Ellos odiaban lo que tenían y anhelaban lo que les faltaba. Preferimos elogiar días pasados que presentes,

no que preferiríamos revivir el pasado si la elección nos la ofrecieran, sino porque es un defecto conocido de la mente humana siempre desear lo que le falta, y, como el proverbio dice, “Los bienes de los otros nos agradan, y los nuestros agradan más a otros.” ³⁸

A esto se añade un rasgo compartido por casi todos, el de ser siempre desagradecidos con Dios, y todos a su vez están vinculados por el vicio arraigado e innato de menospreciar las bendiciones que Dios da, a fin de que ellos no se sientan obligados a buscar en sí mismos como sus deudores.

Pero basta de esto: permítannos por fin volver a nuestra proposición inicial. Creo que no hemos hecho un pequeño progreso para probar que es así; aun así, quiero añadir un caso más, si son tan amables, ya que es mejor probar un asunto más plenamente de lo que es necesario, que arriesgarse a quedarse corto en convicción. ³⁹

11. Liberados del yugo del Faraón, el pueblo Hebreo pecó cerca del monte Sinaí, y fue a la vez afligido por el Señor por su transgresión. Pues está escrito: “Y Jehová hirió al pueblo, porque habían hecho el becerro que formó Aarón.” ⁴⁰ ¿Qué mayor y más claro juicio podía Dios dar sobre los pecadores que ese castigo debería alcanzarlos de inmediato en medio de su pecado? Pero dado que todas las personas eran culpables, ¿por qué la destrucción no visitó a todos por igual? Seguramente porque el Señor, amándolos, hirió a algunos con la espada de su condena, a fin de corregir a los demás con su ejemplo, y para demostrar a todos al mismo tiempo su censura en castigar su pecado y su afecto perdonándolos. Pues su censura fue mostrada en el castigo, su misericordia en el perdón, aunque de manera desproporcionada, pues en aquella ocasión brindó a más a la misericordia que a la severidad.

Sin duda, pues, ya que nuestro más indulgente Señor siempre se muestra más propenso a la misericordia que al castigo, a pesar de que al castigar a una parte de la multitud Judía con su censura divina, él dio cierto margen para el juicio y la severidad, aún su amor se promulgó a la mayor parte de las personas; un acto especial y peculiar de misericordia para con un sinnúmero de hombres que el castigo pudiera no haber destruido a todos los que estaban implicados en la culpabilidad.

³⁸ Publio Ciro, versículo 28. El texto de Salviano aquí está influido por Séneca *De ira* 3. 31. 1.

³⁹ Rittershausen, *ad loc*, cita el proverbio: *Superflua no nocent*. La redacción sugiere una connotación legal, en relación con la cual él cita a Paulus y Ulpiano sobre el valor de una mayor cantidad de testigos de la requerida para un testamento, o más evidencia escrita que de hecho se necesita para probar un caso.

⁴⁰ Éxodo 32. 35.

Pero hacia ciertas personas y familias, como se lee, la censura de Dios fue inexorable. Tal ejemplo es el del hombre que, cuando el pueblo reposó el día del Sabbat, presumió de recoger leña y fue asesinado. Pues aunque su acción parecía inofensiva en sí misma, sin embargo, la observancia de la fecha la hizo pecaminosa. O la vez en que dos hombres estaban disputando entre sí, y uno, ya que había blasfemado, fue castigado con la muerte. Pues

está escrito: “En aquella sazón el hijo de una mujer Israelita, el cual era hijo de un Egipcio, salió entre los hijos de Israel; y el hijo de la Israelita y un hombre de Israel riñeron en el real. Y el hijo de la mujer Israelita pronunció el Nombre, y maldijo: entonces le llevaron a Moisés.” Y un poco más adelante: “Y pusieronlo en la cárcel, hasta que les fuese declarado por palabra de Jehová. Y Jehová habló a Moisés, diciendo: “Saca al blasfemo fuera del real, y todos los que le oyeron pongan sus manos sobre la cabeza de él, y apedréelo toda la congregación.” ⁴¹

¿No fue el juicio de Dios inmediato y evidente y su sentencia pronunciada como si la decisión celestial siguiera las formas de nuestro procedimiento legal? Primero, el hombre que había pecado fue arrestado, luego fue llevado, por así decirlo, ante la silla del juez, en tercer lugar, acusado y luego puesto en la cárcel, por último castigado por la autoridad del juicio divino; además, no sólo fue castigado, sino castigado de acuerdo con las pruebas presentadas, por lo que la justicia de Dios, y no solamente su poder, fue visto al condenar su culpabilidad. Esto verdaderamente fue presentado como un ejemplo hecho para la corrección de todos los hombres, para que a partir de entonces nadie debiera cometer el acto que todas las personas habían castigado en una sola persona. Por esta razón y por este juicio, el Señor hace todas las cosas y siempre las ha hecho, para que cualquiera de los castigos que los individuos tienen que soportar deba servir para la corrección de todos.

Así también fue cuando Abiú y Nadab, hombres de sangre sacerdotal, fueron consumidos por el fuego del cielo, en cuyo caso, sin duda, el Señor quiso mostrar no meramente juicio sino juicio inmediatamente inminente. Pues está escrito que cuando el fuego enviado por el Señor había consumido la ofrenda: “Y los hijos de Aarón, Nadab y Abiú, tomaron cada uno su incensario, y pusieron fuego en ellos, sobre el cual pusieron perfume, y ofrecieron delante de Jehová fuego extraño, que él nunca les mandó. Y salió fuego de delante de Jehová que los quemó, y murieron delante de Jehová.” ⁴² ¿Qué más deseaba él que mostrar su mano derecha extendida sobre nosotros, y su espada siempre amenazando? Pues castigó los errores de los hombres mencionados a la vez, en su mismo acto, y el crimen de los pecadores apenas se había cometido antes de que el castigo fuera exigido por sus fechorías.

Aunque no sólo se logró esto en su caso, sino muchas otras cosas, pues, como en estos hombres no una intención perversa sino solamente un impulso equivocado fue castigado, el Señor seguramente dejó claro qué castigo merecería cualquiera que cometiera un pecado a través de desacato del poder divino, ya que incluso aquellos que habían pecado sólo a través de la irreflexión fueron derribados por Dios; o cuán culpable serían quienes actuaran en contra de su mando, cuando aquellos que meramente actuaban sin su mando fueron así atacados. Dios también deseaba promover nuestra corrección con un saludable ejemplo, que todos los laicos deberían entender lo mucho que deben temer la ira de Dios, ya que ni los méritos del sumo sacerdote rescataron a sus hijos del castigo instantáneo, ni el privilegio del ministerio sagrado los redimió.

⁴¹ Levítico 24, 10-14.

⁴² *Ibíd.* 10. 1-2.

Pero, ¿por qué hablo de hombres cuyas mal asesoradas acciones realmente en alguna medida afectaron a Dios e hirieron su divinidad? María habló en contra de Moisés y fue castigada; ella no sólo fue castigada, sino castigada al debido tiempo del juicio. Primero fue llamada a la justicia, luego acusada, y en tercer lugar castigada. En la acusación aprendió toda la fuerza de su sentencia, y en su lepra pagó plena expiación por su crimen; sin embargo, este castigo no sólo humilló a María, sino también a Aarón. Pues, a pesar de que no era apropiado para el sumo sacerdote ser deformado por la lepra, aun así la corrección del Señor también le atormentó. Esto no fue todo. En el castigo que sufrió María, Aarón también estuvo envuelto, como partícipe de su culpabilidad; María de hecho fue castigada para que Aarón pudiera ser puesto en confusión.

Además, para que podamos reconocer en los casos individuales que la forma del juicio divino es inexorable, Dios ni siquiera cedió a la intercesión de la parte perjudicada. Pues leemos que el Señor habló así a Aarón y a María:

“¿Por qué pues no tuvisteis temor de hablar contra mi siervo Moisés?” Y la ira del Señor se encendió contra ellos, y se fue. Y he aquí que María cogió la lepra y blanca como la nieve; y Moisés clamó al Señor, diciendo: “Ruégote, oh Dios, que la sanes ahora.” Y el Señor dijo a Moisés: “Pues si su padre hubiera escupido en su cara, ¿no se avergonzaría por siete días?; sea echada fuera del real por siete días, y después se reunirá.” ⁴³

Estas cosas que hemos contado deberían ser suficientes para esta división del argumento y por esta parte de nuestro trabajo; pues es una tarea sin fin discutir todos los casos; de hecho, sería demasiado largo simplemente enumerarlos sin ninguna discusión. Pero permítanme añadir un ejemplo más.

12. El pueblo de los hebreos se arrepintió de haber salido de Egipto; fueron derribados; luego lloraron por el esfuerzo y el hastío del viaje, y fueron afligidos; desearon carne, y fueron afligidos. Y porque, comiendo maná diario, deseaban saciar las ansias de sus estómagos con alimentos ilícitos, ciertamente fueron saciados en su codicia apasionada, pero torturados en esa misma saciedad. “Aún estaba su vianda en su boca,” dicen las Escrituras, “cuando vino sobre ellos el furor de Dios, y mató los más robustos de ellos, y derribó los escogidos de Israel.” ⁴⁴

Og se rebeló contra Moisés: él fue destruido. Coré se burló de él: él fue aplastado. Dathán y Abiram murmuraron contra él: ellos fueron sepultados. “Abrióse la tierra, y tragó a Dathán, y cubrió la compañía de Abiram.” ⁴⁵ Doscientos cincuenta líderes del pueblo también, como la narración sagrada testifica, quienes fueron llamados por su nombre para hablar en el momento del consejo, se levantaron contra Moisés. “Y se juntaron contra Moisés y Aarón, y les dijeron: Básteos, porque toda la congregación, todos ellos son santos, y en medio de ellos está Jehová: ¿por qué, pues, os levantáis vosotros sobre la congregación de Jehová?” ¿Y qué

pasó después de esto? “Y salió fuego de Jehová, y consumió los doscientos y cincuenta hombres que ofrecían el sahumero.” ⁴⁶

⁴³ Números 12. 8-15, condensada. Tenga en cuenta que Salviano utiliza el nombre de María para la Miriam bíblica.

⁴⁴ Salmos 78. 30-31.

⁴⁵ *Ibíd.* 106. 17.

⁴⁶ Números 16. 3, 35.

Cuando se cometieron tales actos, la misericordia divina no sirvió de nada. La corrección se administró una y otra vez, sin embargo después no mejoró. Pues así como estamos castigados una y otra vez, y no mejoramos, pues ellos también, aunque constantemente fulminados, no enmendaron su camino. Pues, ¿qué está escrito? “El día siguiente toda la congregación de los hijos de Israel murmuró contra Moisés y Aarón, diciendo: Vosotros habéis muerto al pueblo de Jehová.” ⁴⁷

¿Qué pasó entonces? Catorce mil setecientos hombres fueron fulminados a la vez y consumidos por el fuego divino. Dado que toda la multitud del pueblo pecó, ¿por qué el castigo no cayó sobre todos por igual? Sobre todo porque, como he dicho antes, nadie escapó de la sedición del Corán. ¿Por qué Dios en la ocasión anterior deseó que toda la asamblea de los pecadores fuera asesinada, pero esta vez sólo una parte? Seguramente porque el Señor está lleno de justicia y misericordia y, por tanto, su indulgencia causa muchas concesiones a su amor, y su disciplina a su severidad. Y así, en una ocasión le dio el primer lugar a la disciplina para que el castigo de todos los culpables pudiera redundar en el mejoramiento general; en el otro cedió precedencia a la misericordia, para que todo el pueblo no pereciese. A pesar de que actuó con tanta misericordia, porque el castigo tan repetido para una parte de las personas no les aprovechó, finalmente los condenó a todos a muerte. Este ejemplo debe contribuir a nuestro miedo y nuestra corrección por igual, para que nosotros, fallando a ser mejorados por su ejemplo, no vengamos a ser castigados por una destrucción como la de ellos.

No hay duda de cuál fue su fin. Aunque toda la raza de los hebreos salió de Egipto para entrar en la tierra prometida, aún ninguno de ellos entró en ella excepto dos hombres santos. Pues está escrito: “Y Jehová habló a Moisés y a Aarón, diciendo: ¿Hasta cuándo oiré esta depravada multitud que murmura contra mí, las querellas de los hijos de Israel, que de mí se quejan? Diles: Vivo yo, dice Jehová, que según habéis hablado a mis oídos, así haré yo con vosotros: En este desierto caerán vuestros cuerpos;” ¿Y que siguió? “Mas vuestros chiquitos”, dijo, “de los cuales dijisteis que serían por presa, yo los introduciré, y ellos conocerán la tierra que vosotros despreciasteis. Y en cuanto a vosotros, vuestros cuerpos caerán en este desierto.” ¿Y entonces qué? “Aquellos varones que habían hablado mal de la tierra, murieron de plaga delante de Jehová.” ⁴⁸

¿Qué detalle falta en esta completa consideración? ¿Veríais un gobernante? Contempladle, corrigiendo los pecados presentes y disponiendo el futuro. ¿Veríais un juez severo? Contemplad, él castiga a los culpables. ¿Veríais un juez justo y tierno? Contemplad, perdona a los

inocentes. ¿Veríais al juez de todo el mundo? Contemplad, su juicio está en todos los lugares. Pues como juez él acusa y, como juez gobierna; como juez dicta sentencia; como juez destruye a los culpables, y como juez premia a los inocentes.

⁴⁷ *Ibíd.* 16. 41.

⁴⁸ *Ibíd.* 14. 26-29, 31-32, 37.

Libro Segundo

El juicio inmediato de Dios como se ve en la historia del Rey David

1. Los ejemplos citados anteriormente son prueba suficiente, por tanto, que nuestro Dios actúa constantemente como el más ansioso observador, un tiernísimo gobernante, y el más justo juez. Pero quizás, alguno de mis lectores menos ilustrados está pensando: "Si ahora todas las cosas son dirigidas por Dios como lo fueron en aquellos días, ¿por qué es que los malos prevalecen mientras los buenos son afligidos, y mientras que en el pasado los malos sentían la ira de Dios, y los buenos su misericordia, ahora, por algún extraño revés, los buenos parecen experimentar su ira y los malos su favor?" Estas preguntas las contestaré enseguida, pero ahora ya que he prometido demostrar tres puntos, a saber, la presencia de Dios, su gobierno y su juicio, con tres métodos, es decir, con la razón, por medio de ejemplos y con la autoridad, y como ya he dado prueba suficiente de ellos con la razón y ejemplos, me resta verificarlos con la autoridad. Aun así, los ejemplos que he dado deberían figurar como autoridad, dado que este término es aplicado correctamente a los medios por los que se establece la verdad de los asuntos en discusión.

¿Cuál, entonces, de los puntos antes mencionados debería en primer lugar ser probado con la autoridad sagrada; su presencia, su gobierno, o su juicio? Su presencia, creo, porque él que ha de gobernar o juzgar sin duda debe estar presente, con el fin de ser capaz de gobernar o juzgar cualquier cosa que sea.

Hablando a través de los Libros Sagrados, la Palabra Divina dice: "Los ojos de Jehová están en todo lugar, mirando a los malos y a los buenos." ¹ Aquí se encuentra a Dios presente, mirándonos, sus ojos viéndonos donde quiera que estemos. Si la Palabra Divina nos asegura que Dios observa a los buenos y a los malvados, es expresamente para probar que nada escapa a su vigilante escrutinio. Para su más plena comprensión, escuchad el testimonio del Espíritu Santo en otra parte de las Escrituras, cuando dice: "He aquí, el ojo de Jehová sobre los que le temen, sobre los que esperan en su misericordia; para librar sus almas de la muerte, y para darles vida en el hambre." ² Esta es la razón por la que se dice que Dios vela por los justos, que él puede ampararles y protegerles. Pues la propicia supervisión de su divinidad es la salvaguardia, de nuestra vida mortal. ³ En otro lugar el Espíritu Santo habla de la misma manera: "Los ojos de Jehová están sobre los justos, y atentos sus oídos al clamor de ellos." ⁴

Ved con qué tierna bondad la Escritura dice que el Señor trata a su pueblo. Pues cuando dice que los ojos del Señor están sobre los justos, se muestra su amor vigilante; cuando dice que sus oídos están siempre atentos a sus oraciones, su disposición a escuchar es indicada. Que sus oídos están siempre abiertos a las oraciones de los justos demuestra no sólo la atención de Dios, sino, uno casi podría decir, su obediencia. Pues, ¿cómo están los oídos del Señor abiertos a las oraciones de los justos?

¹ Proverbios 15. 3.

² Salmos 33. 18-19.

³ Nótese lo opuesto de esta declaración ya dado en 1.7 *supra*: “La ira divina es el castigo del pecador.”

⁴ *Ibid* 34. 15.

¿Cómo, salvo que él escucha siempre, siempre con claridad, siempre reconoce fácilmente las súplicas que ha escuchado, confiere a la vez a los hombres lo que claramente a oído que le piden? Así que los oídos de nuestro Señor están siempre dispuestos a escuchar las oraciones de sus santos, siempre atentos. ¡Cuán felices deberíamos todos ser si nosotros mismos estuviéramos tan dispuestos a escuchar a Dios tal como él está para escucharnos!

Pero tal vez digan que la prueba de la custodia de Dios de los justos es inútil para nuestro argumento, ya que esta no es una vigilancia general del poder divino, sino simplemente un favor especial concedido a los justos. Notad, sin embargo, que la Palabra Sagrada testificó anteriormente que los ojos del Señor velan por los buenos y los malos. Si aún se desea discutir el punto, considere esto, pues en el texto sigue: “La ira de Jehová contra los que mal hacen, para cortar de la tierra la memoria de ellos.” ⁵

Ya ven que no tienen motivo de queja de que Dios no mira también a los injustos, ya que saben que él mira a todos los hombres, pero con diferente efecto a causa de la desigualdad de sus méritos. Los buenos ciertamente son vigilados para que puedan ser protegidos, los malos para que puedan ser destruidos. Ustedes mismos, que niegan que Dios mire a los hombres, tienen su lugar con estos últimos; sepan pues que no sólo son claramente vistos por Dios, sino que están sin duda en peligro inminente. Pues da que el rostro del Señor está sobre aquellos que hacen mal, para cortar de la tierra su memoria, tú, que malvadamente dices que los ojos del Señor no te ven, debes aprender a través de tu destrucción la ira de un omnividente Dios. Estos argumentos, pues, son suficientes para probar la presencia y la vigilancia de Dios.

2. Veamos ahora si él quien nos mira también nos gobierna, aunque, en verdad, su vigilancia en sí misma implica gobernanza como su motivo, a menos que él nos mire para descuidarnos después. Seguramente el hecho de que él se digna a mirarnos es en sí mismo una indicación de su cuidado por nosotros, especialmente porque la Palabra Sagrada ha dado testimonio, como he demostrado anteriormente, que los malvados son observados por Dios para su destrucción, y los buenos para su salvación. Ciertamente, este hecho muestra la guía divina, pues de hecho está controlando con un gobierno justo y tratando con los hombres individualmente según sus varios méritos.

Escuchad, sin embargo, un más completo testimonio sobre este punto. El Espíritu Santo habló así a Dios Padre en un salmo: “OH Pastor de Israel, escucha”. ⁶ Israel significa “Ver a Dios”, ya que de hecho los cristianos creen fielmente verlo con fe en sus corazones. Aunque Dios es el gobernador de

todas las cosas, su gobierno todavía es dicho como estando principalmente destinado a aquellos que merecen especialmente la guía divina. Por tanto, también vosotros, quienquiera que seáis, si sois cristianos, debéis necesariamente creer en el gobierno de Dios. Sin embargo, si usted se niega totalmente a creer que usted, junto con otros cristianos, está gobernado por Dios, usted debe reconocer que no pertenece al cuerpo del cristianismo.

Pero si, como hemos sugerido anteriormente, están más interesados en el caso de los hombres en general, que únicamente en el de los cristianos, vean cómo claramente el Libro Sagrado dice que todas las cosas son diariamente gobernadas por la voluntad divina y el mundo entero incesantemente guiado por Dios, pues dice:

⁵ *Ibid* 34. 16.

⁶ *Ibid* 80. 1.

“Él mismo ama el consejo y la disciplina.” ⁷ “Fuera de ti, no hay otro dios al cuidado de todos, para que puedas mostrar que no juzgas injustamente; eres justo, gobiernas el universo con justicia y juzgas indigno de tu poder condenar a quien no merece castigo. Pero tú, dueño de tu fuerza, juzgas con moderación y nos gobiernas con mucha indulgencia”. ⁸

Aquí tienes a Dios constantemente disponiendo, constantemente gobernando; sin embargo, en el pasaje citado no sólo su gobierno divino, sino también es declarado el alto honor del hombre. Pues las palabras, “nos gobiernas”, muestran el poder de su gobierno divino, pero las palabras, “con mucha indulgencia”, muestran la culminación del honor humano. En otro lugar también se lee en las palabras del profeta: “¿No hincho yo, dice Jehová, el cielo y la tierra?”. ⁹ Y él mismo nos dice por qué llena todas las cosas: “porque con vosotros estoy yo para salvaros”.¹⁰ Luego obviamente Dios nos muestra no sólo su gobierno y la plenitud de su poder, sino también la fuerza y los beneficios que resultan de su plenitud. Pues la plenitud de la divinidad porta consigo este fruto, que salva todas las cosas que llena. Así, en los Hechos de los Apóstoles, el más bendito Pablo dijo: “Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos”. ¹¹ Sin duda, él es más que el controlador de nuestras vidas, en las que es la fuente misma de la vida. Pues Pablo no dijo que somos movidos por Dios, sino en él, nos enseña, seguro, que nuestra verdadera sustancia tiene sus raíces dentro de sus atributos sagrados, ya que verdaderamente vivimos en él, de quien recibimos nuestro ser.

El Salvador mismo dijo también en el Evangelio: “y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.” ¹² Él no sólo dijo que está con nosotros, sino que él está con nosotros todos nuestros días. ¿Ustedes entonces, más ingratos de los hombres, dicen que él que está constantemente con nosotros no tiene preocupación o pensamiento para con nosotros? Entonces, ¿qué es lo que hace en nuestra compañía? ¿Puede usted posiblemente pensar que él está con nosotros con el fin de descuidarnos y pasarnos por alto? ¿Y cómo puede otorgar constantemente su presencia a nuestra virtud y descuidar nuestro vicio? “y he aquí,” dice,

“yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.”

Verdaderamente tenemos una maravillosa comprensión del amor de Dios, si decimos falsamente que él es constantemente negligente con nosotros mientras nos dice que él está constantemente con nosotros. A través de esto, desea mostrar que su amor y su protección están constantemente con nosotros, ya que su sola presencia no nos deja. Pero volvemos la caridad divina en desprecio; cambiamos las indicaciones de su amor en pruebas de odio. Pues tratamos de ver evidencia de odio y no de amor cuando dice que él está con nosotros. Si el Señor hubiera dicho que permanecería apartado de nosotros, quizá tuviéramos menos ocasiones de chismorrear sobre su falta de atención, en su ausencia. El descuido constante es una prueba de mayor desprecio y desdén de uno que nunca nos deja.

⁷ Ecclesiasticus 39.10; Salviano tiene *diliget* para el *diriget* de la Vulgata, aunque esta última lectura expresaría su idea mejor que el verbo que utiliza.

⁸ Sabiduría 12. 13, 15.18.

⁹ Jeremías 23. 24.

¹⁰ *Ibíd.* 42. 11.

¹¹ Hechos 17. 28.

¹² Mateo 28. 20.

Hay más odio en permanecer siempre con nosotros si, mientras nunca privándonos de su presencia, él continuamente nos deja fuera de su cuidado amoroso.

Pero lejos esté de nosotros creer que nuestro amoroso y misericordioso Dios hubiera deseado estar siempre cerca de nosotros en aras de aumentar con su presencia el aparente desprecio de su abandono: lejos esté de nosotros ni siquiera decir tal, cosa malvada. Pues yo creo que no hay nadie en toda la raza humana que sea tan malo que desee estar con un hombre porque no le guste, o desee emplear su presencia únicamente para lograr una mayor satisfacción de su odio por medio de despreciarle cara a cara. Dejemos que la propia naturaleza humana nos enseñe y convenza de que queremos estar con un hombre u otro porque nos encanta el uno cuya compañía deseamos. Y sólo porque amamos a un hombre, queremos que nuestra presencia sea de beneficio para él a quien amamos. Así que lo que no podemos negar incluso para un criminal, lo negamos a Dios, y le hacemos parecer peor que el peor de los hombres, si pensamos que él prometió estar con nosotros con el fin de mostrar un mayor desprecio por nosotros con su posterior abandono. Pero basta de esto.

3. Ya hemos probado por el testimonio sagrado que todas las cosas son a la vez vigiladas y gobernadas por Dios; ahora queda demostrar que la mayor parte también son juzgadas por su poder divino en este mundo.

Cuando el bendito David había sufrido el insultante desprecio de Nabal el Carmelita, ya que él mismo pospuso la venganza, él recibió su venganza a la vez de la mano de Dios. Así que cuando, poco después, su enemigo había

sido aplastado y asesinado por la mano del Señor, él habló así: "Bendito sea Jehová que juzgó la causa de mi afrenta recibida de la mano de Nabal," ¹³ De la misma manera, cuando su rebelde hijo le había expulsado de su reino, el Señor como su juez en un breve espacio de tiempo le compensó, y más abundantemente de lo que él mismo deseaba.

Dios quiso demostrar que la aflicción de aquellos que sufrieran injusticia era mayor en sus ojos que en los de ellos mismos. Pues cuando un hombre toma venganza más allá de la voluntad de la persona herida, ¿qué otra cosa puede significar sino que él está también actuando en su propia cuenta? De modo que cuando, por su intento de parricidio, el hijo de David estaba colgado en una cruz no hecha por manos, la Palabra divina nos cuenta de la siguiente manera cómo cayó el castigo divino sobre él: "Reciba nueva mi señor el rey, que hoy Jehová ha defendido tu causa de la mano de todos los que se habían levantado contra ti." ¹⁴

4. Ved cómo los libros sagrados prueban por medio de divinos testimonios que Dios juzga no sólo por los hechos, como hemos dicho más arriba, y por ejemplos, sino por el mismo nombre y los términos de la sentencia, incluso en nuestra época actual. Tal vez usted piensa que fue como un favor especial concedido por Dios a un hombre santo, que enjuició en el acto a los enemigos de David. El día no sería suficiente si os contara sobre sus sentencias y juicios inmediatos en este mundo. Sin embargo, para que puedan entender claramente que no es tanto en la consideración de las personas afectadas como de sus acciones que él ejerce su censura sagrada, escuchad cómo Dios nuestro juez, quien constantemente dio su veredicto inequívoco a favor de su siervo David, muchas veces juzgó al mismo David.

¹³ I Samuel 25. 39.

¹⁴ II Samuel 18,31.

Y de hecho esto se produjo no en un asunto concerniendo a muchos hombres, ni, siendo lo que más hubiera exacerbado a Dios, afectando a hombres santos, sino en el caso de un solo individuo, un bárbaro, ¹⁵ un caso en el que no era la persona concernida la que exigía venganza, sino la acción. Pues cuando David había matado a Urías el hitita, un hombre perteneciente a un pueblo impío y una nación hostil, él fue al instante así acusado por la voz divina: "A Uría Hetheo heriste a cuchillo, y tomaste por tu mujer a su mujer, y a él mataste con el cuchillo de los hijos de Ammón. Por lo cual ahora no se apartará jamás de tu casa la espada; por cuanto memenospreciaste, y tomaste la mujer de Uría Hetheo para que fuese tu mujer. Así ha dicho Jehová: He aquí yo levantaré sobre ti el mal de tu misma casa, y tomaré tus mujeres delante de tus ojos, y las daré a tu prójimo, el cual yacerá con tus mujeres a la vista de este sol." ¹⁶

¿Qué respuesta tiene usted a esto, que creen que Dios no sólo es incapaz de juzgar cada una de nuestras acciones, sino que no nos considera en absoluto? ¿Ve usted que los ojos del Señor no estaban de ningún modo apartados del único secreto pecado que una vez cometió David? Por lo cual, también vosotros, quien, como consuelo, supongo, por vuestros pecados, pensáis que nuestros actos no son observados por Dios, aprended de este

mismo caso que siempre sois vistos por Cristo, y sabed que debéis recibir castigo, tal vez muy pronto. Pues veis que incluso el bienaventurado David fue incapaz de ocultar su propia fechoría en los lugares secretos de sus cámaras más internas, y clamar la exención del castigo inmediato por el indudable mérito de sus grandes obras. Pues, ¿qué le dijo el Señor? “tomaré tus mujeres delante de tus ojos, y ahora no se apartará jamás de tu casa la espada.” Vosotros veis qué juicio inmediato sufrió un hombre tan grande a la vez por un pecado. La condena siguió de cerca los pasos de la falta, una condena castigando inmediatamente y sin reservas, y arrestando al infractor en el lugar, no posponiendo la acusación para más tarde.

Por lo tanto, él no dijo: “Por haber hecho esto, sepa que el juicio del Señor vendrá y serás torturado en adelante por las llamas del infierno.” No; él dijo: “Sufrirás la tortura de una vez, y sentirás ya la espada de la justicia divina en tu garganta.”

¿Y que siguió? El hombre culpable reconoció su culpa, fue humillado, atormentado por el remordimiento, confesó y lloró su pecado. Se arrepintió y suplicó perdón, renunció a sus joyas reales, dejó de lado sus túnicas de oro labrado, dejó el púrpura, renunció a la gloria de su corona, cambió por completo su hábito, desechó todos los aspectos de la realeza con sus trampas, y se puso bajo la apariencia de un fugitivo penitente, asumiendo con entusiasmo una miseria que debería suplicar en su defensa; se consumió por el ayuno, se marchitó por la sed, agotó por el llanto, auto-encarceló en soledad. Y sin embargo, este rey de tan gran reputación, mayor en santidad que en mero poder temporal, superando a todos los hombres en los favores obtenidos por sus antiguos méritos, aunque buscó perdón con tanta rectitud, no escapó al castigo. El fruto de tan gran penitencia fue realmente suficiente para ganar la remisión de la expiación eterna, pero no para ganar el perdón en el momento. Por último, ¿qué dijo el profeta al penitente? “Mas por cuanto con este negocio hiciste blasfemar a los enemigos de Jehová, el hijo que te ha nacido morirá ciertamente.” ¹⁷

¹⁵ Es decir, no es un hebreo.

¹⁶ II Samuel 12. 9-12.

¹⁷ *Ibid* 12. 14.

Además de la amarga pérdida de su hijo, Dios quiso que el padre amoroso sufriera también por el conocimiento de la extensión total de su castigo, que él mismo había causado la muerte del hijo claramente amado por quien lloraba, cuando el niño nacido del crimen de su padre fue asesinado por el mismo delito que lo había engendrado.

5. Este es el primer caso de castigo divino; el primero, seguro, pero no el único, pues una larga serie de grandes dolores continuaron y una sucesión casi interminable de desgracias atormentaron su casa. Tamar fue seducida por el loco acto de Amnón, y Amnón asesinado por Absalom. Ciertamente un gran crimen fue cometido por el primer hermano, pero su retribución por el otro fue peor. En estas acciones el padre David fue castigado por igual por ambos delitos de sus hijos. Dos hijos pecaron, pero tres fueron arruinados por los pecados de dos; pues Tamar sufrió la pérdida de su

virginidad, mientras que Amnón también lloró la destrucción de Absalom. Y, en verdad no se puede saber por cuál de los dos hijos tan amoroso padre más lamentablemente lloró, el muerto en este mundo por la mano de su hermano, o el otro que por su propia mano se condenó para siempre.¹⁸ A partir de este momento verdaderamente los males se acumularon de manera incalculable, de acuerdo a la palabra de Dios. El padre siempre sufrió la traición de su hijo, fue expulsado de su reino, y buscó en el exilio un escape de la muerte. ¿Qué fue peor, el vicio o la sed de sangre de su hijo? Por el incesto deshonró a su padre cuando su intento de parricidio falló, y por su diligente acumulación de delitos alcanzó un incesto pasando los límites del incesto, cometiendo en público, a mayor vergüenza de su padre, un crimen abominable incluso en secreto. Fue un pecado mortal que llevó a cabo en contra de su padre en el exilio, pero peor aún fue el daño causado por su incesto público ante los ojos de todo el mundo.

¿Debemos añadir a esto el espectáculo de la patente huida de David? Imagínense a este poderoso rey, tan grandemente reconocido, superior en honor a todos los demás, más grande que el mundo mismo, huyendo de todo su pueblo con un pequeño grupo de esclavos. En comparación con su estado anterior estaba realmente necesitado; en comparación con su acostumbrado séquito¹⁹ se fue sólo. Él huyó con miedo, deshonra y pena; “subió la cuesta”, dicen las Escrituras, “llevando la cabeza cubierta, y los pies descalzos.”²⁰ Él había sobrevivido a su estado anterior, exiliado de sí mismo, casi uno podría decir, que sobreviviendo su propia muerte. Se hundió tan bajo como para merecer el desprecio de sus propios siervos, o, lo que es aún más difícil de soportar, su pena. Así Siba estuvo inclinada a darle de comer, y Semei no temió maldecirlo públicamente. El juicio de Dios le cambió tanto de su antiguo ser que soportó los abiertos insultos de un sólo enemigo; ¡él quien había hecho temblar el mundo!

6. ¿Quién niega ahora que Dios vigila las acciones humanas? ¡Contemplad con qué frecuencia las Escrituras han demostrado, en el caso de un hombre, que Dios no sólo observó, sino que también juzgó sus actos! Y, ¿por qué? ¿Por qué verdaderamente, excepto que debiéramos entender que el veredicto y la coerción del Señor son siempre ejercidos en este mundo como lo eran entonces?

¹⁸ Aquí Salviano parece pasar por alto II Samuel 13. 39: “Y el rey David deseó ver a Absalom: porque ya estaba consolado acerca de Amnón que era muerto.”

¹⁹ Aquí he seguido la conjetura de Pauly: in comparatione comitatus sui soliti solus.

²⁰ II Samuel 15. 30.

Así leemos que incluso los hombres santos fueron castigados en tiempo pasado por el juicio de Dios, para enseñarnos que también nosotros siempre debemos ser juzgados en nuestra vida presente por Dios. Pues así como Dios siempre es, lo es su justicia eterna. Como la omnipotencia de Dios es infalible, lo es su veredicto inmutable. Siempre que su ley perdura, tanto que su justicia se mantendrá. Por tanto, todos sus santos en sus libros

sagrados, entre el temor inminente del martirio y las espadas de los perseguidores, demandan que se establezca el juicio inmediato de Dios. Pues así dijo el hombre justo en un salmo: “JUZGAME, oh Dios, y aboga mi causa: Líbrame de gente impía”. Y para que esto no pudiera interpretarse como una referencia a algún juicio futuro de Dios, añadió de inmediato: “del hombre de engaño e iniquidad.”²¹ Sin duda, es el juicio inmediato de Dios lo que exige quien pide ser liberado de manos del perseguidor. En su conciencia de una causa justa, el salmista hizo bien en orar por la justicia de Dios en lugar de por su favor, pues el mejor veredicto se da siempre a la causa justa si el caso se lleva a cabo con justicia.

En otro lugar también el salmista habló muy claramente, diciendo: “DISPUTA, oh Jehová, con los que contra mí contienden; pelea con los que me combaten. Echa mano al escudo y la espada, y levántate en mi ayuda.”²² Ved en este caso que no demanda la severidad de un futuro juicio, sino el veredicto de la justicia inmediata.

¿Para qué son sus palabras? “Echa mano al escudo y la espada”, el escudo, por supuesto, para la protección y la espada para la venganza, no que el juicio de Dios necesita tales armas, sino porque en este mundo los nombres de armas terribles son los instrumentos de juicios terribles. Hablando a la inteligencia humana con figuras extraídas de la vida humana, ya que él estaba orando por el juicio y por la venganza de sus adversarios, él expresó el poder del castigo de Dios en términos de los instrumentos de venganza terrenal.

Por último, el mismo profeta mostró en otra parte la gran diferencia entre el presente y los futuros juicios de Dios. Pues, ¿qué le dijo al Señor acerca de su veredicto en el presente juicio? “Sentástete en silla juzgando justicia.” ¿Y qué sobre el futuro y eterno juicio de Dios? “Y él juzgará el mundo con justicia;” y otra vez: “y juzgará los pueblos con rectitud.”²³ Por estas palabras seguramente él hizo una clara distinción en el tiempo entre el presente y los futuros juicios de Dios. Pues para indicar el presente, escribió, “juzgando”, y para distinguir el futuro del presente, agregó, “juzgará”.

Suficiente prueba del cuidado de Dios hacia nosotros y de su gobierno y juicio ha sido dado por la razón, por medio de ejemplos y por la autoridad,²⁴ especialmente porque los libros que siguen están todos relacionados con la misma prueba. Ahora si recibimos de Dios, cuyo trabajo estamos llevando a cabo, la fuerza para completar nuestra tarea, trataremos de sacar a la luz y de refutar los argumentos habituales opuestos por nuestros adversarios a estas doctrinas esenciales.

²¹ Salmos 43. 1.

²² *Ibíd.* 35. 1-2. (Nota del traductor, en KJV aparece pavés, escudo grande que cubría el cuerpo, pero en el párrafo siguiente Salviano se refiere sin duda a espada)

²³ *Ibíd.* 9. 4, 8.

²⁴ Véase II. 1 *supra*.

Libro Tercero

Sobre las obligaciones de la vida cristiana

1. Así es: los cimientos se han sentado ¹ para un trabajo llevado a cabo por motivos de piedad y de amor de un deber sagrado; no se han establecido en terrenos pantanosos o contruidos de piedra perecedera, sino que son fortalecidos por los tesoros sagrados utilizados en su construcción y por la habilidad de su arquitecto divino. Estas fundaciones, como dice el mismo Dios en su Evangelio, no pueden ser sacudidas por vientos furiosos, socavadas por inundaciones de los ríos, o arrastradas por lluvias. ² Dado que los escritos divinos prestaron su ayuda en cierto modo a la construcción de esta estructura, y las Sagradas Escrituras ejecutaron la tarea de la carpintería, el trabajo en sí debe, a través de la ayuda del Señor Jesucristo, ser tan fuerte como sus creadores. Así este edificio recibe su carácter de su matriz, y no puede ser sacudido mientras los constructores sigan siendo sólidos.

Igual que nadie puede derribar los muros de las casas terrenales sin destrozarse sus piedras y mortero, nadie puede destruir esta estructura nuestra a menos que primero destruya los materiales de los que se compone. Ya que estos ciertamente no pueden de ninguna manera ser debilitados, podemos asumir con seguridad la permanencia de un edificio cuya fortaleza es asegurada por la ayuda inmortal.

La pregunta que surge es: ¿por qué, si todo en este mundo es controlado por el cuidado y el gobierno y juicio de Dios, la condición de los bárbaros es mucho mejor que la nuestra? ¿Por qué entre nosotros la fortuna de los hombres buenos es más difícil que la de los malvados? ¿Por qué los hombres de bien se enferman y los réprobos se recuperan? ¿Por qué todo el mundo cae preso de poderes en su mayor parte injustos? Tal vez una respuesta racional y bastante coherente sería: “No lo sé.” Pues yo no conozco los secretos de Dios. El oráculo de su palabra celestial es prueba suficiente para mí en este caso. Dios dice, como ya he probado en mis libros anteriores, que todas las cosas están sujetas a su supervisión, su gobierno y su juicio. Si deseáis saber qué doctrinas debe aceptar, dispone de las escrituras sagradas: el rumbo perfecto es mantenerse fiel a lo que ha leído en ellos.

Además, no me deberíais pedir que diera cuenta de las acciones de Dios en los casos de los que hablo. Yo soy un hombre; no entiendo los secretos de Dios, ³ no me atrevo a descubrirlos, temo fisgonear en ellos, pues tratar de saber más de lo que está permitido es, en sí mismo, una especie de sacrilegio temerario. ⁴ Dios dice que mueve y ordena todas las cosas: esto es suficiente. ¿Me preguntáis por qué un hombre es más grande y otro menos, uno desventurado y otro feliz, uno fuerte y otro débil?

¹ Véase Lactancio *op. cit.* VII. 1.1: *Bene habet, iacta sunt fundamenta, ut ait eximius orator...*; donde Lactancio está citando a Cicerón *Pro Murena* 6. 14.

² Mateo 7. 25.

³ Las tan citadas palabras de Terencio (*Heauton. Timoroumenos* 77) aquí adquieren un nuevo significado, desde la connotación cristiana. “Yo soy un hombre, nada humano me es ajeno”; el gran corazón de Salviano resuena continuamente en el espíritu de estas palabras, pero los secretos de Dios, dice, sobrepasan la comprensión del hombre. La relación de Salviano con Terencio se indica por el uso de una línea del *Andria* en *Ad Ecclesiam* III. 12.

⁴ Véase Lactancio *op. cit.* II. 5. 2-3; 8. 69, 71.

El por qué de hecho Dios hace tales cosas lo desconozco, pero la prueba de que él es la fuente de todas las acciones debería convencerles completamente. Ya que Dios es mayor que la suma total de la razón humana, nuestro conocimiento de que todo es hecho por él debe tener más peso para nosotros que la razón por sí sola. No es necesario, por lo tanto, oír ningún nuevo argumento sobre este punto; dejemos que la autoridad de Dios se establezca por encima de toda razón de cualquier fuente que sea.

No tenemos la libertad de decir de las acciones de la voluntad divina si una es justa y otra injusta, ya que todo lo que veis es hecho por Dios, cualquier cosa de la que estéis seguros es hecha por él, así que debéis confesar que es más que apropiado. Tanto es lo que se puede decir del gobierno y la justicia de Dios sin más debate y sin incertidumbre. No necesito probar con argumentos lo que es probado por sus propias palabras. Cuando leemos que Dios dice que constantemente ve toda la tierra, tenemos prueba de que él lo ve, ya que lo dice. Cuando leemos que gobierna toda la creación, tenemos prueba de que él gobierna, porque así lo afirma. Cuando leemos que ordena todas las cosas con su juicio inmediato, su juicio es claramente probado por su propio testimonio. Todas las demás declaraciones, hechas en términos humanos, necesitan pruebas y testigos, mientras que el discurso de Dios es su propio testimonio, ya que las palabras de verdad perfecta deben ser perfecto testimonio de la verdad. Pero dado que nuestro Dios deseaba que a través de las Sagradas Escrituras supiéramos ciertas cosas, como si fuera de los archivos de su espíritu y mente, ya que los pronunciamientos de las Sagradas Escrituras son ellos mismos en una forma la mente de Dios, no ocultaré nada de lo que Dios quiso que su pueblo conociera y predicara.

Una cosa, sin embargo, me gustaría saber antes de empezar, que es si voy a dirigir mis palabras a los cristianos o paganos. Si a los cristianos, no tengo duda de que voy a probar mi caso. Pero si hablo a los paganos, debería despreciar el intento, no por cualquier falta de pruebas, sino porque pierdo la esperanza del beneficio de mi discurso. Sin duda, es tarea inútil y perdida cuando un oyente perverso no está abierto a convicción. Pero porque creo que no hay nadie que pertenezca al nombre cristiano que no desee al menos parecer un cristiano, dirigiré mis palabras a los cristianos, pues por muchos paganos que todavía se adhieren a su incredulidad impía, es suficiente para mí probar mis argumentos a una audiencia cristiana.

2. Aunque seguís poniendo en discusión la cuestión de por qué nosotros los cristianos que creemos en Dios somos más miserables que todos los demás hombres. Las palabras del apóstol a las iglesias puede proporcionar una respuesta suficiente a esto: “Para que nadie se conmueva por estas

tribulaciones; porque vosotros sabéis que nosotros somos puestos para esto.”⁵ Puesto que el apóstol dice que estamos destinados a soportar privaciones, miserias y tristezas, ¿por qué es extraño que suframos todos los males, quienes estamos luchando por soportar todas las adversidades? Dado que, sin embargo, muchos no aprecian esto, sino que creen que los cristianos deberían recibir de Dios, como pagos debidos a su fe, mayor fuerza que todas las otras razas, porque son más religiosos que todos los demás, permitámonos estar de acuerdo con su opinión y argumentación.

⁵ I Tesalonicenses 3. 3.

Veamos lo que significa creer firmemente en Dios. Nosotros quienes deseamos que nuestra recompensa por nuestra creencia y fe en esta vida sea tan grande, debemos considerar qué tipo de creencia y fe deberíamos tener. ¿Qué es creencia y qué es fe? Yo creo que es que un hombre crea en Cristo con fidelidad, que sea fiel a Dios, es decir, que fielmente guarde los mandamientos de Dios.⁶ Pues como los esclavos de los hombres ricos o de los funcionarios del gobierno, a quienes caros mobiliarios y valiosos almacenes son confiados, no pueden ser llamados fieles si han consumido los bienes que se les han encomendado; así los cristianos también son probados infieles si han corrompido las cosas buenas que les ha otorgado Dios.

Tal vez usted pregunte, ¿cuáles son los bienes que Dios concede a los hombres cristianos? ¿Qué otra cosa sino toda la sustancia de nuestra fe, todas esas cosas a través de las cuales somos cristianos? En primer lugar la ley, después los profetas, tercero los Evangelios, en cuarto lugar la lectura de los apóstoles, y finalmente, el don de fresca regeneración, la gracia del santo bautismo, la unción del crisma divino. Recordad en la antigüedad a los hebreos, el pueblo especialmente escogido por Dios, cuando la función de los jueces había pasado al poder de los reyes, Dios llamó a los hombres más excelentes y acreditados para reinar a través de la unción real. Así todo cristiano, habiendo realizado todos los mandamientos de Dios después de haber recibido el crisma de la iglesia, será llamado al cielo para recibir la recompensa de su labor. Ya que estos son los elementos de nuestra fe, veamos quién mantiene estos grandes sacramentos de manera tal como para ser juzgados fieles, pues, como ya he dicho, los infieles deben ser aquellos que pierden su confianza. Y, de hecho, no pido que un hombre realice todos los mandamientos del Antiguo y Nuevo Testamento: Yo le eximo del poder de censura de la antigua ley, las amenazas de los profetas, incluso de la más estricta interpretación de los libros apostólicos o la plena doctrina de los Evangelios en su completa perfección, aunque estos últimos no admiten ninguna excepción. Sólo pido que viva de acuerdo con el menor número de mandamientos de Dios. No me refiero a aquellos que muchos evitan porque están casi malditos. El honor y la reverencia de Dios han avanzado tanto entre nosotros que las cosas a las que nuestra falta de devoción nos lleva a menospreciar, consideramos dignas incluso de odio.

Por ejemplo, ¿quién se dignaría siquiera a escuchar las órdenes de nuestro Salvador de no tener pensamiento en el mañana? ¿Quién obedece su orden de contentarse con una sola túnica? ¿Quién piensa que el comando de caminar descalzo es posible o incluso tolerable seguir? Estos preceptos, por tanto, los paso por alto. Pues aquí nuestra fe, en la que confiamos, se queda corta, por lo que juzgamos superfluos los preceptos del Señor que propuso para nuestro beneficio. “Amad a vuestros enemigos,” dijo el Salvador, “benedicid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen”.⁷ ¿Quién podría mantener todos estos mandamientos? ¿Quién se dignaría a seguir los mandamientos de Dios con respecto a sus enemigos, no digo en deseos, sino siquiera en palabras? Incluso si un hombre se obliga a sí mismo a hacerlo, bloquea sus labios en ese acto, y no su mente; presta el servicio de su voz a la acción sin cambiar el sentimiento de su corazón. Por lo tanto, incluso si se obliga a decir una oración por su adversario, sus labios se mueven, pero realmente no reza.

⁶ La definición se repite en IV. 1 *infra*.

⁷ Mateo 5. 44.

Discutir todos estos casos sería demasiado largo; pero añadiré un punto, para que sepamos que no sólo no somos capaces de acceder a todos los comandos de Dios, sino que de hecho no obedecemos casi ninguno de ellos. Es por esto que el apóstol proclamó: “Porque el que estima de sí que es algo, no siendo nada, a sí mismo se engaña.”⁸ Agreguemos a esto nuestros pecados, que a pesar de que somos culpables en todos los aspectos, todavía nos creemos ser puros y santos. Así, los delitos de nuestra iniquidad se amontonan por una falsa asunción de rectitud. “Cualquiera que aborrece a su hermano,” dice el apóstol, “es homicida”.⁹ Podemos aprender de esto que hay muchos asesinos que piensan de sí mismos inocentes, porque, como vemos, el asesinato es cometido no sólo por la mano de aquel que mata, sino también por el corazón de aquel que odia. Por esta razón, el Salvador añadió a este precepto un decreto aún más riguroso, diciendo: “cualquiera que se enojare locamente con su hermano, será culpado del juicio”.¹⁰ La ira es la madre del odio. De ahí que el Salvador quiso dejar fuera la ira, para que el odio no pudiera surgir de ella. Si, pues, no sólo el odio, sino incluso la ira nos hacen culpables a juicio de Dios, vemos claramente que ya que nadie en el mundo es libre de ira, nadie puede estar libre de convicción de pecado. Además, Dios parece seguir cada fibra de ese precepto hasta su fin, y cortar todos sus frutos y ramas, cuando dice: “Mas yo os digo, cualquiera que dijere, Fatuo, será culpado del infierno del fuego; y cualquiera que dijere a su hermano, Raca, será culpado del concejo”. Muchos no saben qué tipo de peligro está involucrado en *Raca*, pero saben muy bien con qué intenciones calumniosas los hombres son acusados de locura.¹¹ Así, usando su conocimiento en lugar de su ignorancia, prefieren expiar en los fuegos divinos la culpa incurrida por una forma de abuso la cual comprenden, más que expiar ante concejos humanos por una que no conocen.

3. Dado que esto es cierto, y ya que estos mandamientos del Señor no sólo fracasan al ser llevados a cabo por nosotros, sino que son prácticamente todos contrariados, ¿cuándo obedeceremos sus preceptos mayores? El Salvador dijo: “Así pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo... Y el que no toma su cruz, y sigue en pos de mí, no es digno de mí.”¹² El que se llama a sí mismo cristiano debe andar como Cristo anduvo. Ciertamente, no sólo aquellos que siguen los placeres y pompas del mundo, sino incluso aquellos que abandonan los intereses mundanos no cumplen con estos requisitos. Aquellos que convierten en un espectáculo el renunciar a su riqueza no parecen hacer su renuncia completa, y aquellos que creen estar llevando su cruz, la llevan pues para ganar más honor en nombre de la cruz en lugar de sufrir su pasión. A pesar de que todos estos hombres deberían de buena fe cumplir estos preceptos en alguna medida, aún es cierto que ninguno de ellos podría tener éxito en caminar por los senderos de la vida como el Salvador anduvo. Pues el apóstol dice: “El que dice que está en él, debe andar como él anduvo.”¹³

⁸ Gálatas 6. 3.

⁹ I Juan 3. 15.

¹⁰ Mateo 5. 22.

¹¹ *Ibid.* 5. 22. Véase también Gregorio *Moralia* 21. 5: “*Raca*, ciertamente, en la lengua hebrea es la exclamación del hombre enojado, que muestra su intención sin expresar plenamente su ira con palabras.” Para otras discusiones contemporáneas cf. Baluze *ad loc.*

¹² Lucas 14. 33; Mateo 10. 38.

¹³ I Juan 2. 6.

4. Tal vez algunos hombres piensan que los comandos del apóstol son duros. Es evidente que deberían ser considerados difíciles, si los apóstoles exigieron a otros la ejecución de los deberes que no se impusieron a sí mismos. Pero si, por el contrario, exigieron a los demás deberes muchos más suaves que a sí mismos, en lugar de ser considerados severos maestros, deberían ser considerados los padres más indulgentes, quienes, por su celo religioso, ellos mismos con indulgente amor soportan las cargas que sus hijos deberían acarrear.

¿Qué fue lo que dijo uno de ellos a la gente de la iglesia? “Hijitos míos, que vuelvo otra vez a estar de parto de vosotros, hasta que Cristo sea formado en vosotros;”. Y también: “SED imitadores de mí, así como yo de Cristo.”¹⁴ Este es su mandamiento, que le imitemos a él quien se entregó a la imitación de Cristo. De hecho, nadie puede dudar de que él mismo imitó a Cristo. Como el mismo Cristo por nuestro beneficio se sometió al mundo, así lo hizo Pablo por el beneficio de Cristo. Como Cristo por nosotros soportó los dolores y trabajos más pesados, así lo hizo Pablo por Cristo. Como Cristo por nosotros sufrió el desprecio y la burla, así lo hizo Pablo por Cristo. Como Cristo por nosotros soportó su pasión y muerte, así lo hizo Pablo por Cristo. Por lo tanto, no sin razón, consciente de sus propios méritos, dijo: “He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia”.¹⁵

Siendo así que siguió a Cristo, consideremos cuál de nosotros parece ser un verdadero seguidor del apóstol. Escribe de sí mismo en primer lugar, que nunca ofendió a nadie, pero en todas las cosas se mostró como ministro de Dios, en momentos de paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en golpes, en cárceles, en azotes.¹⁶ En otro lado, comparándose a sí mismo con los demás, dice: “Empero en lo que otro tuviere osadía (hablo con locura), también yo tengo osadía. (Como poco sabio hablo) yo más: en trabajos más abundante; en azotes sin medida; en cárceles más; en muertes, muchas veces. De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno. Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio”.¹⁷

Seguramente, incluso si dejamos fuera de consideración las demás virtudes apostólicas que enumera, cuando el apóstol dice que ha sufrido un naufragio en tres ocasiones, en esto por lo menos podemos superarlo. Nosotros no hemos simplemente naufragado tres veces, sino que toda nuestra vida es un continuo naufragio; de hecho, todos los hombres están viviendo tan viciosas vidas que no parece haber ningún cristiano que no naufrague constantemente.¹⁸

5. Alguien puede objetar que no es propio de nuestro tiempo presente soportar por Cristo tales sufrimientos como hicieron los apóstoles de la antigüedad. Es cierto que ya no hay príncipes paganos, ni perseguidores tiránicos; la sangre de los santos no es derramada ahora ni su fe juzgada con torturas.

¹⁴ Gálatas 4. 19; I Corintios 11. 1.

¹⁵ II Timoteo 4. 7-8.

¹⁶ II Corintios 6. 4-5.

¹⁷ *Ibíd.* 11. 21, 23-25.

¹⁸ Aquí Salviano hace uso de su tesis fundamental, que los desastres de los romanos se deben a sus pecados. La primera parte de esta frase sugeriría a sus lectores las pérdidas debidas a las invasiones de los bárbaros; en la conclusión les recuerda el verdadero peligro que enfrentan.

Nuestro Dios está contento con el servicio de nuestra paz, le agradamos simplemente con la pureza de nuestros actos impecables y la santidad de una vida sin mancha. Le debemos sobre todo nuestra fe y devoción porque nos demanda servicios menores y ha renunciado a las mayores exacciones. Puesto que incluso nuestros príncipes son cristianos, no hay persecución y la religión no es molestada, nosotros, quienes no somos forzados a poner a prueba nuestra fe por severas pruebas, sin duda debemos buscar agradar a Dios al máximo en las cosas pequeñas. Pues aquel cuyas pequeñeces realiza debidamente, prueba que si surge la ocasión será capaz de grandes gestas.

6. Pasemos por alto, pues, las pruebas del más bendito Pablo, omitamos incluso las consideraciones que leemos en los libros posteriormente escritos acerca de nuestra fe, de los sufrimientos soportados por casi todos los cristianos, quienes, amontonándose a las puertas de los palacios celestiales por sus torturas, hallaron el camino para su ascenso desde los mismos

cadalsos y ruinas. Veamos si en esas observancias menores y ordinarias de devoción religiosa que todos como cristianos podemos realizar en absoluta paz en todo momento, realmente estamos tratando de acceder a los mandamientos del Señor.

Cristo nos ordena no pelear. ¿Quién obedece esta orden? No sólo da la orden, sino insiste en ella tanto que nos manda renunciar a esas cosas sobre las que la disputa ha surgido, con tal de que así podamos acabar el pleito. “Y al que quisiere ponerte a pleito y tomarte tu ropa, déjale también la capa”.¹⁹ Pregunto, ¿quiénes hay que cedan a los intentos de sus adversarios para despojarlos; aún más, quiénes hay que a cambio no tratan de robar a sus oponentes? Pues estamos tan lejos de dejarles otra propiedad, además de los abrigos, que, si podemos encontrar alguna manera de hacerlo, también les quitamos las capas y los abrigos a nuestros enemigos. De hecho, tan ansiosamente obedecemos los mandamientos del Señor que no nos satisface ceder a nuestros adversarios ni la menor parte de nuestras prendas, a menos que les robemos todo lo que sea posible en la medida que las circunstancias lo permitan.

Además, hay un segundo mandamiento similar unido a éste, en el que el Señor dice: “antes a cualquiera que te hiriere en tu mejilla diestra, vuélvele también la otra”.²⁰ ¿Cuántos hombres creemos que hay que escucharían cortésmente tales palabras, o estarían de acuerdo con ellas en sus corazones, incluso si pretendieran escuchar? ¿Con qué frecuencia encontrarías a un hombre que no devuelve muchos golpes por uno que haya recibido? Está tan lejos de volver la otra mejilla al hombre que le golpea, que piensa que está ganando cuando ha superado a su adversario, no en ser golpeado, sino en golpear. El Salvador dijo: “Así que, todas las cosas que quisierais que los hombres hiciesen con vosotros, así también haced vosotros con ellos”.²¹ Una parte de este dicho la conocemos tan bien que nunca la pasamos por alto; otra parte la omitimos tan constantemente que no la conocemos en absoluto. Pues sabemos muy bien lo que deseamos que otros hagan por nosotros, pero no sabemos lo que nosotros mismos debemos hacer por ellos. ¡Ojalá realmente no lo supiéramos! Pues nuestra culpa sería menor si fuera debida a la ignorancia, de acuerdo con el dicho: “Porque el siervo que entendió la voluntad de su señor, y no se apercibió, ni hizo conforme a su voluntad, será azotado mucho. Mas el que no entendió, e hizo cosas dignas de azotes, será azotado poco”.²²

¹⁹ Mateo 5. 40.

²⁰ *Ibíd.* 5. 39.

²¹ *Ibíd.* 7. 12.

²² Véase Lucas 12. 47-48.

Pero ahora nuestra ofensa es mayor porque valoramos una parte de esta orden sagrada debido a su utilidad para nuestra conveniencia, y pasamos por alto una parte de ella en perjuicio a Dios. El apóstol Pablo también suma a esta palabra del Señor en su predicación, diciendo: “Ninguno busque su propio bien, sino el del otro.” Y de nuevo: “No mirando cada uno a lo suyo propio, sino cada cual también a lo de los otros.”²³

Vosotros veis pues cuan fielmente llevó a cabo los preceptos de Cristo, cuando, como el Salvador nos pidió pensar en los demás del mismo modo que lo hacemos en nosotros mismos, nos ordenó tener en cuenta el bienestar de los demás más que el nuestro, probándose a sí mismo, para estar seguro, un buen siervo de un buen maestro y un glorioso discípulo de un maestro ejemplar. Así siguió los pasos del Señor, que sus propias huellas hicieron de alguna manera las de su maestro más evidentes y más claramente formadas.

¿Cuáles de éstos, nosotros cristianos obedecemos, el mandamiento de Cristo o el de su apóstol? Creo que no obedecemos ninguno. Pues estamos tan lejos de hacer cualquier cosa que nos incomode, que elegimos, en cambio, proveernos en primer lugar para nuestra propia conveniencia, sea cual sea el malestar que esto implique para los demás.

7. Tal vez puedes pensar que estamos eligiendo sólo los mayores mandamientos, que nadie sigue, y que, como los propios cristianos piensan, no se pueden seguir de manera alguna, y pasamos por alto otros que pueden ser y de hecho son seguidos por todos. Pero este punto debe ser considerado en primer lugar, que no se permite a ningún esclavo elegir de acuerdo a sus propios deseos cuales de las órdenes de su amo va a llevar a cabo y cuales no hará, ni por un abuso de lo más insolente asumir la tarea que le agrada y rechazar el resto. Ciertamente los amos humanos piensan que es imposible tolerar reposadamente a esclavos que escuchan parte de sus órdenes y desprecian el resto, quienes, de acuerdo con sus propios deseos, llevan a cabo las órdenes que ellos piensan que se deberían realizar y pisotean aquellas que creen que merecen tal trato. Si los esclavos obedecen a sus amos solamente de acuerdo a su propia voluntad, ellos no están rindiendo obediencia verdadera, incluso cuando parecen obedecer. Cuando un esclavo obedece exclusivamente las órdenes de su amo que le placen, ya no lleva a cabo la voluntad de su amo, sino la suya propia. Si, pues, nosotros, quienes somos no más que pequeños débiles hombres, estamos completamente en contra de que nuestros esclavos, quienes son iguales a nosotros en su humanidad común, aunque inferiores en su condición de servidumbre, deberían depreciarnos, ¡cuán injustamente, en verdad, menospreciamos a nuestro Maestro celestial, ya que, siendo nosotros mismos hombres, sin embargo, pensamos que no debemos ser despreciados por hombres de nuestra misma condición!²⁴

²³ I Corintios 10. 24; Filipenses 2. 4.

²⁴ Véase Cipriano *Ad Demetrianum* 8: “Tú mismo obtienes servidumbre de tu esclavo, siendo un hombre, obligas a un hombre a obedecerte, aunque seáis partícipes de una misma suerte de nacimiento, la misma condición de la muerte, como sustancia corporal, la misma estructura mental, y con el mismo derecho y el mismo gobierno vienen a este mundo y luego lo dejan. Sin embargo, a menos que te sirva de acuerdo a tu voluntad, a menos que esté al servicio de tus caprichos, actúas como imperioso y ultra exigente amo, afligiendo y torturándole a menudo con azotes, latigazos, hambre, sed, desnudez y espada, con cadenas y prisión. ¿Y tú no reconoces a tu Dios y amo, quien tú mismo ejerces dominio de esta manera?”

A menos que quizá poseamos tal sabiduría y honda inteligencia que nosotros, quienes no estamos dispuestos a escuchar ningún insulto de nuestros esclavos, deseemos que Dios sea objeto de insultos por nuestra parte, y creamos que se merece soportar de nosotros un trato tal, el cual no consideramos soportable para los humanos.

Por esta razón, para volver a nuestro tema anterior, cualquiera que piense que estoy hablando de los grandes mandamientos de Dios y omitiendo los menores, tiene que reconocer la sin razón de su queja. No hay ninguna razón justa para preferir algunos comandos, cuando todos deben ser realizados. Como ya he dicho, al igual que a los siervos de los amos carnales de ninguna manera se les permite elegir cuál de los preceptos de su amos van a realizar y cuáles no, así nosotros, quienes somos los siervos de nuestro Señor, no debemos considerar en absoluto permisible el complacernos a nosotros mismos eligiendo los comandos que nos agradan, o por una abusiva indulgencia de nuestro orgullo pisotear los que nos desagradan.

8. Lleguemos, sin embargo, a un acuerdo con aquellos que no quieren que hablemos de los mayores mandamientos del Señor, por la razón que quizás se creen que están cumpliendo sus preceptos menores, aunque no es suficiente para la salvación llevar a cabo los mandamientos menores, mientras que se desprecian los mayores. Está escrito: "Porque cualquiera que hubiere guardado toda la ley, y ofendiere en un punto, es hecho culpado de todos." ²⁵ Aunque por esta razón no es suficiente para nosotros obedecer todos los pequeños y menores mandamientos de Dios, aun estoy de acuerdo en hablar sólo de éstos, con el fin de demostrar que la mayoría de los cristianos no han realizado ni las más menores y leves de sus obligaciones.

Nuestro Salvador ordenó que los cristianos no deben blasfemar. Los hombres que cometen perjurio diariamente son más numerosos que los que no blasfeman en absoluto. Ordenó que nadie debe maldecir. ¿Quién hay que con su lenguaje no maldiga? Pues las maldiciones son siempre el primer instrumento de la ira; cualquier cosa que en nuestra debilidad no podemos realizar la deseamos ardientemente en nuestro enfado, y así, en cada impulso de nuestros iracundos corazones utilizamos los malos deseos como nuestras armas. ²⁶ Por tanto, cada hombre muestra claramente que cualquier deseo sobre lo que le ocurra a sus adversarios, lo haría realidad si pudiera. Ya que afligimos utilizando nuestras lenguas para este cruel uso a la menor provocación, nuestra indiferencia de la voluntad del Señor muestra que creemos que Dios, quien dio estas órdenes, lo tendrá poco en cuenta. Pero la Sagrada Escritura dice: "los maldicientes no heredarán el reino de Dios." ²⁷ De esto podemos juzgar qué tan grave y mortal crimen es maldecir, que por sí mismo cierra la puerta del cielo a un hombre, incluso a pesar de que el resto de su vida pueda haber sido buena.

Cristo ordenó que la envidia debe estar lejos de nosotros, pero, en contra de su enseñanza, envidiamos no simplemente a extraños, sino incluso a nuestros amigos. Este es el vicio dominante en los corazones de casi todos: nuestra gula por comer tiene sus límites, pero nuestra codicia por calumniar a otros no tiene fin; nuestro apetito por la comida llega a saciarse, pero nuestro apetito por dañar no.

²⁵ Santiago 2. 10.

²⁶ Rittershausen, al comentar el “elegante estilo” de esta frase, cita a Petronio *Carmen de bello civili* 228: *Absentem votis interficit hostem*.

²⁷ I Corintios 6. 10.

¿Acaso el castigo por esta falta es uno leve? “El hombre calumnioso”, dice la Sagrada Escritura, “no será firme en la tierra”. ²⁸ Sin duda que es un castigo grave y terrible, sin embargo, no sirve para reformarnos. Cada uno de nosotros piensa que vale la pena ponerse en peligro a sí mismo siempre y cuando pueda seguir dañando a otros. La retribución por este vicio es claramente adecuada, ya que ataca sólo al hacedor; no daña en absoluto a la persona calumniada, sino sólo castiga al hombre de cuyos labios el libelo viene.

Supongo que parezco estar perdiendo el juicio al repetir estas palabras, y puedo fácilmente soportar la apariencia de locura en un caso así. Pues el Señor no estaba hablando sin sentido cuando nos ordenó a través de su apóstol: “Toda amargura, y enojó, e ira, y voces, y maledicencia sea quitada de vosotros, y toda malicia”. ²⁹ Ambos de estos males están ciertamente siempre presentes con nosotros, pero la malicia más que la maledicencia. La maledicencia en verdad no está siempre en nuestros labios, pero la malicia está siempre en nuestros corazones. Entonces, creo que se la maledicencia cesara de entre nosotros, aún la malicia se mantendría hasta el final.

Nuestro Dios también nos ordena vivir sin murmuraciones y sin quejas. ³⁰ ¿Cuándo en la historia de la raza humana han sido éstos desconocidos? Cuando hace calor nos quejamos de la sequía, en tiempo de lluvia de las inundaciones; si se trata de una mala temporada para los cultivos nos quejamos de la escasez, en una buena temporada, de los precios bajos. Anhelamos la plenitud, y cuando la conseguimos nos oponemos a ella. ¿Qué podría ser más perverso o más vergonzoso que esto? Nos quejamos de la misericordia de Dios incluso en esto, que nos da lo que pedimos.

Dios ordenó a sus siervos mantener todo el escándalo fuera de su vista por completo, y por tanto dijo: “Mas yo os digo, que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón.” ³¹ De esto podemos entender completamente cuán castos deseaba que fuéramos nuestro Salvador, que incluso excluyó el libertinaje de nuestros ojos. Sabiendo que nuestros ojos son de alguna forma las ventanas de nuestras almas, ³² y que todos los malos deseos se abren camino hasta el corazón a través de los ojos como sus naturales pasajes, nos deseó destruir tales deseos completamente mientras aún estaban fuera, para que no pudieran crecer dentro de nosotros y extender su raíces mortales en el alma, una vez germinados en nuestra vista. ³³ Por tanto, el Señor dijo que las miradas lascivas de los hombres lujuriosos son adúlteras, indicando que un hombre que realmente quiere rehuir el adulterio debe mantener vigilados sus ojos. El Salvador, de hecho, con el deseo de cultivar una santidad más genuina y perfecta en sus fieles, les ordenó evitar escrupulosamente incluso las menores ofensas, con motivo de que conforme a la limpieza de su vista, así también es la pureza de la vida cristiana.

²⁸ Véase Romanos 1. 30-32; Salmos 140. 11; Proverbios 21. 28.

²⁹ Efesios 4. 31.

³⁰ Filipenses 2. 14-15.

³¹ Mateo 5. 28.

³² Véase Lactancio *De opificio Dei* 8. 11: "La mente es la que ve a través de los ojos, colocados frente a ella, como si a través de ventanas cubiertas con vidrio translúcido o mica."

³³ Entre los análogos citados por Rittershausen *ad loc*, nótese especialmente Seneca *De Remediis fortuitorum* 12.

Así como el ojo de un hombre no podría recibir una mota de polvo sin perjudicar su vista, nuestra vida no debería permitir ninguna mancha de deshonor en ella. De donde vienen las siguientes palabras del Señor: "Si tu ojo te fuere ocasión de caer, sácalo y échalo de ti, y si tu mano te fuere ocasión de caer, córtala y échala de ti; mejor te es, que uno de tus miembros perezca, que teniendo todo tu cuerpo ser echado en el infierno del fuego." ³⁴ Si, por tanto, conforme a la palabra de Dios, somos arrastrados al infierno por acciones escandalosas, seguramente es correcto sacrificar nuestros ojos y manos con el fin de escapar de este castigo. Ningún hombre debería privarse de sus miembros, pero en la comodidad de ciertas relaciones domésticas, tan necesarias para nosotros que hemos llegado a considerarlas como ojos o manos, es acertado privarnos de su servicio presente con el fin de escapar de la tortura del fuego eterno. Cuando la elección reside entre la comodidad y la vida, es sin duda mejor para el cristiano perder su conveniencia y ganar la vida.

9. En todos los puntos de los que hemos hablado, nuestro Señor nos ha ordenado obedecerle, pero, ¿dónde están aquellos que obedecen todas sus ordenanzas o incluso unas pocas de ellas? ¿Dónde están aquellos que aman a sus enemigos o hacen el bien a aquellos que les persiguen, o vencen al mal haciendo el bien, que vuelven sus mejillas a aquellos que les golpean, que ceden sus propiedades sin un juicio a aquellos que les roban? ¿Quién hay que no se permite calumnia en absoluto, que no hiere a nadie con un lenguaje maligno, que mantiene sus labios en silencio para que no rompan en amargas maldiciones? ¿Quién hay que mantenga estos mandamientos menores, por no hablar de aquellos mayores que mencioné hace un momento?

Dado que este es el caso, y dado que no mantenemos ninguno de los mandamientos del Señor, ¿por qué nos quejamos de Dios, quien tiene mucho más derecho a quejarse de nosotros? ¿Por qué debemos lamentar que no nos escucha, cuando nosotros mismos no le escuchamos? ¿Qué derecho tenemos a cuchichear que Dios no se fija en la tierra, cuando nosotros mismos no miramos al cielo? ¿Qué razón tenemos para estar disgustados de que nuestras oraciones sean despreciadas por el Señor, cuyos comandos despreciamos?

Supongamos que somos iguales a nuestro Señor; ¿qué posibilidad hay de justa denuncia cuando cada lado recibe el mismo tratamiento que da? Y esto pasa completamente por alto un punto fácilmente probado, que

estamos muy lejos de recibir lo que damos, ya que Dios realmente nos trata mucho más amablemente de lo que nosotros lo hacemos. Por el momento, sin embargo, vamos a actuar en el supuesto que propuse. El Señor mismo habló así: “Por cuanto llamé, y no quisisteis; extendí mi mano, y no hubo quien escuchase; Entonces clamarán a Jehová y no les responderá”.³⁵ ¿Qué es más justo y equitativo que esto? No hemos escuchado, por lo tanto, no nos oye. No le hemos tenido presente, por lo tanto, no nos considera. ¿Qué maestro mortal, me pregunto, se contenta con tratar a sus subordinados conforme a esta regla, que les menospreciará sólo en proporción a su desprecio hacia él? Y, sin embargo, no nos detenemos con tal injurioso menosprecio hacia Dios como los amos mortales reciben de sus esclavos, ya que el mayor desprecio que un esclavo puede mostrar es el de no hacer lo que se le ha ordenado. Nosotros, sin embargo, dirigimos todos nuestros esfuerzos y energía no sólo a descuidar nuestras órdenes, sino incluso a actuar directamente en contra de ellas. Pues Dios nos manda amarnos los unos a los otros, pero nos desgarramos en odio mutuo.

³⁴ Véase Marcos 9. 43-47; Mateo 18. 8-9.

³⁵ Véase Proverbios 1. 24; Miqueas 3. 4; Salmos 18. 41; Jeremías 11. 11; Zacarías 7. 13.

Dios nos ordena dar nuestros bienes a los pobres, pero en cambio saqueamos los bienes ajenos. Dios ordena a todos los cristianos mantener los ojos puros; ¿cuántos hombres hay que no se regodeen en la inmundicia de la fornicación?

¿Qué más puedo decir? Es una carga pesada y dolorosa la que debo llevar: la misma iglesia, que debería esforzarse para apaciguar a Dios en todas las cosas, ¿qué otra cosa hace, sino despertar su ira? Salvo muy pocos individuos que rehúyen el mal, ¿qué otra cosa es toda la congregación de los cristianos, sino la misma escoria del vicio? ¿Con qué frecuencia encontrareis a un hombre en la iglesia que no es un borracho o glotón o adúltero o fornicador o ladrón o gandul o bandido u homicida? Y lo que es peor de todo, que cometen estos crímenes sin fin. Apelo a la conciencia de todos los cristianos; de estos crímenes y fechorías que acabo de nombrar, ¿quién no es culpable de alguna parte, quién no es culpable de todos? Encontrarían más fácilmente a un hombre culpable de todos ellos que de ninguno. Y debido a lo dicho, tal vez pueda parecer demasiado severa la acusación si voy mucho más lejos y digo que podríais encontrar más fácilmente a hombres culpables de todos los males que de unos pocos, más fácilmente encontrar a hombres culpables de faltas mayores que de menores. Es decir, es más fácil encontrar hombres que han cometido los pecados más grandes con algunos pequeños, que pequeños sin los grandes. Pues casi todo el cuerpo de la iglesia se ha reducido a tal depravación moral que entre todo el pueblo cristiano el estándar de la santidad es simplemente ser menos pecadores que los demás. Algunos tienen las iglesias, que son los templos y altares de Dios, en menor reverencia que las casas de los menos importantes magistrados municipales. El común de los hombres en verdad no presume de entrar por las puertas, no diré de ilustres potentados, sino incluso de los gobernadores

o funcionarios que presiden, a menos que el oficial les haya llamado o concertado negocios con ellos, o a menos que el honor debido a su posición particular permita su entrada. Si alguien entra sin el debido motivo, él es azotado o bruscamente expulsado o castigado con alguna humillación o indignidad personal.³⁶ Pero a los templos, o más bien a los altares y santuarios sagrados de Dios, todos los hombres malos y horribles acuden violentamente, enteramente sin reverencia por su honor sagrado. No pretendo negar que todos debieran apresurar el diezmo para orar a Dios, pero aquel que entra para ganar el favor de Dios no debería salir para despertar su enfado. La misma acción no debería demandar su indulgencia y provocar su ira. Es una cosa monstruosa que los hombres sigan cometiendo los mismos pecados que lamentan haber cometido, y que entren en la iglesia para llorar por sus antiguas fechorías para salir (a cometer otras nuevas).³⁷

Salir, ¿dije? Por lo general, planean nuevos crímenes en medio mismo de sus oraciones y súplicas. Mientras las voces de los hombres hacen una cosa, sus corazones hacen otra; mientras sus palabras lamentan sus fechorías pasadas, sus mentes planean posteriores males, y así sus oraciones incrementan su culpabilidad en lugar de ganar el perdón por ellas. Así que la maldición bíblica verdaderamente se cumple en ellos, que a partir de sus propias oraciones se condenan y su petición se convierte en pecado.³⁸

³⁶ Rittershausen cita esto como un pasaje utilizado por Cujas y otros juristas en sus comentarios sobre el *Corpus Juris*. Cf. Cód. Just. XII. 19 a cerca de aquellos que tienen el derecho de acceso a los oficiales del más alto grado.

³⁷ La ligera laguna en los MSS (manuscritos) es cubierta de acuerdo con la conjetura de Pauly.

³⁸ Véase Salmos 109. 7.

Finalmente, si alguien desea saber en qué piensan los hombres de este tipo en la iglesia, que considere lo siguiente. Cuando sus deberes religiosos han concluido, en seguida se apresuran a sus ocupaciones habituales, algunos, por ejemplo, a robar, otros a emborracharse, otros a fornicar, otros a asaltar en caminos; por tanto, es perfectamente obvio que han pasado su tiempo en el interior del templo planificando lo que harán cuando salgan.

10. Sin duda algunos hombres piensan que todos estos males y todo el vicio infame de los que he hablado anteriormente pueden certeramente adscribirse a los esclavos o a los hombres de baja calaña, mientras que la reputación del hombre libre no es salpicada con la mancha de tales actos vergonzosos. Sin embargo, ¿qué otra cosa es la vida de todos los hombres de negocios sino el fraude y perjurio, la de los curiales sino la injusticia,³⁹ la de pequeños funcionarios sino la calumnia, la de todos los soldados sino la rapiña?

Quizá piensen que uno no tiene por qué oponerse a tal acusación contra personajes de este tipo. Pues decís que sus acciones se ajustan a sus profesiones, por lo que no es de extrañar que actúen de acuerdo a sus oficios en la vida; como si, en efecto, Dios quiere que cualquier hombre haga o profese el mal. O, ¿no es ofensa a Su Divina Majestad que las clases bajas sean conocidas por cometer los mayores crímenes, sobre todo

cuando, con mucho, la mayor parte de la raza humana pertenece a este grupo? Sin duda, el insulto que su divinidad sufre es proporcional al número de pecadores.

¿Decís que los nobles están exentos de estos crímenes? Como mucho esto es sino una pequeña ganancia, pues todos los nobles en el mundo parecerían no más que un hombre entre una gran multitud de personas. ¿Está incluso este pequeño grupo libre de culpa? En primer lugar vamos a considerar lo que la Palabra Divina dice de los hombres de este tipo. Recordad que el apóstol, dirigiéndose al pueblo de Dios, habló así: “Hermanos míos amados, oíd: ¿No ha elegido Dios los pobres de este mundo, ricos en fe, y herederos del reino que ha prometido a los que le aman? Mas vosotros habéis afrentado al pobre. ¿No os oprimen los ricos, y no son ellos los mismos que os arrastran a los juzgados? ¿No blasfeman ellos el buen nombre que fue invocado sobre vosotros?”⁴⁰

El testimonio del apóstol es poderoso, a menos que quizás los nobles piensen que están exentos de su acusación, ya que sólo nombró a los ricos. Los nobles, sin embargo, son idénticos a los ricos, o, si hay hombres ricos que no se encuentran entre ellos, están prácticamente en la misma categoría, pues tan grande es la miseria de nuestro tiempo que nadie es considerado del rango más elevado que el que tiene las mayores riquezas. Poco importa a cuál de estos se refirió el apóstol, o si estaba hablando de ambos; ya que sus palabras ciertamente se aplican a ambos, los ricos y los nobles, no importa cuál de los dos tenía en mente. ¿Qué noble o qué hombre rico alguna vez tuvo algún horror al crimen?

³⁹ Sobre los curiales cf. V. 4 *infra*. Los curiales, una vez honrados como la aristocracia local, constituidos como el principal órgano de gobierno de los municipios del Imperio, los *curia*, ahora se habían convertido, a través de las restricciones financieras de la administración, en una clase tanto oprimida por los agentes financieros imperiales como odiados por aquellos de quienes ellos mismos recaudaban pagos. El requisito de que los curiales de un distrito deben hacer frente con sus propias fortunas a cualquier déficit en los pagos debidos, había hecho cada vez más difícil el no retrasarse en el numerario requerido, y la injusticia de la que hablaba Salviano obró en más de una dirección. Las cargas y dificultades de la función se ilustran mejor en las 192 secciones de Cód. Theod. XII. 1.

⁴⁰ Santiago 2. 5-7.

Con todo, mi pregunta no es correcta; muchos en verdad lo temen, pero pocos lo evitan. Ellos temen de otros los crímenes que ellos mismos cometen constantemente, siendo de una manera extraña tanto acusadores como hacedores de los mismos males. Denuncian en público lo que hacen en secreto, y por esa razón cuando piensan que están emitiendo juicios sobre otros se condenan a sí mismos aún más por su censura.

Vamos a pasar por alto aquellos hombres que tienen la mayor culpa, y preguntar, ¿qué hombre rico o noble hay que preserve su inocencia y mantenga sus manos limpias de toda clase de crimen? Fue insensato decir de toda clase, ¡Quisiera Dios estuvieran limpias de los más grandes! Los grandes hombres parecen considerar su prerrogativa personal el cometer delitos menores como algo habitual. Así que no voy a decir nada de sus

fechorías más comunes. Vamos a ver si alguno de ellos está libre de los dos delitos que consideramos capitales, es decir, el homicidio y el vicio sexual. ¿Cuál de ellos no está bien apestando a sangre humana o manchado con la suciedad de una vida impura? Cualquiera de estos es suficiente para condenarle al castigo eterno, pero difícilmente hay un hombre rico que no haya cometido ambos.

11. Tal vez alguno de éstos esté pensando para sí: “Yo no hago tales cosas ahora.” Te elogio si no las haces, sin embargo, probablemente lo hiciste en el pasado, y haber parado no es equivalente a no haberlos hecho en absoluto. Pero si lo fuera, ¿qué valor habría en que un hombre desistiera de la maldad cuando tantos persisten en su crimen? La conversión de un hombre no expía los pecados de muchos, ni es suficiente para apaciguar a Dios que un hombre deje de pecar mientras que toda la raza humana le ofende. Considerad también que aquel que se convierte en aras de escapar de la muerte eterna, ciertamente gana una gran recompensa por su conversión en esta huida. De ninguna manera podría tener éxito en apartar el castigo de la condenación de los demás. Es una señal de presunción intolerable, y una enorme maldad, que un hombre se piense a sí mismo tan santo que incluso supone que los hombres malvados puedan encontrar la salvación a través de él. Así habló Dios de cierta tierra y un pueblo pecador: “Si estuvieren en medio de ella estos tres varones, Noé, Daniel, y Job; ni a sus hijos ni a sus hijas librarán; ellos solos serán libres”. ⁴¹

Nadie, creo, será tan descarado como para atreverse a compararse a sí mismo con tales hombres. Por mucho que ahora un hombre pueda tratar de agradar a Dios, con todo, afirmar su propia moralidad es un ejemplo de la mayor injusticia. Así es destruida nuestra confianza en la falsa noción de que una innumerable multitud de pecadores puede ser salvada de los males que les amenazan por la intercesión de unos pocos hombres buenos. Pues ya que nadie es igual a los tres hombres mencionados arriba, ¿qué esperanza puede tener nadie de que innumerables hombres malvados puedan ser salvados por unos pocos hombres buenos sin relación con ellos, cuando esos santos, quienes estaban cerca de Dios, no merecieron del Señor que sus propios miembros, sus mismos hijos, fueran salvados? Está bien que esto sea así. Aunque todos los hijos parecen ser miembros de sus padres, sin embargo, no deben ser considerados miembros de aquellos cuyo amor han comenzado a dejar de lado, tanto en que la maldad de sus vidas degeneradas ha degradado sus dotes naturales. Así, ocurre que incluso nosotros, que decimos ser cristianos, perdemos la virtud de tan gran nombre por nuestros malvados vicios. No sirve de nada tener un nombre santo sin moralidad, pues una vida que niega nuestra profesión cristiana cancela el honor de un glorioso rango por la bajeza de las acciones indignas.

⁴¹ Ezequiel 14. 14, 16.

Puesto que no vemos prácticamente ningún grupo entre todos los cristianos, ningún rincón en cualquier iglesia, que no esté lleno de todo tipo de delito y manchado con cada pecado mortal, ¿por qué deberíamos engañarnos a nosotros mismos con el nombre de cristianos? Sin duda nuestra culpa se hace mayor por este nombre, el más sagrado, si lo defraudamos con nuestra conducta. El nombre de cristiano agrava nuestras ofensas contra Dios, ya que continuamos nuestros pecados en el seno mismo de la iglesia.

Libro Cuarto

En las opresiones acometidas por los nobles romanos y la culpa de los cristianos en comparación con los paganos

1. Dejemos pues esa prerrogativa del nombre cristiano de la que hablé anteriormente, por la cual consideramos que debido a que somos más religiosos que los demás debemos ser más fuertes. Puesto que, como he dicho, la fe de un cristiano es creer fielmente en Cristo,¹ guardar los mandamientos de Cristo, se deduce fácilmente que el hombre que es infiel no tiene fe, que aquel que aplasta bajo sus pies los mandamientos de Cristo no cree en Cristo. Toda la cuestión se centra en este punto, que aquel que no lleva a cabo las obras de un cristiano parece no ser uno, pues el nombre sin sus apropiados actos y función no es nada. Cierta hombre² dice en sus escritos: “¿Qué más es un alto cargo sin nobles méritos sino un título honorable sin el hombre honrado, o qué es noble rango sin valía sino un adorno en medio de la inmundicia?”.

Por tanto, para utilizar la misma frase nosotros mismos, ¿qué más es un nombre sagrado sin mérito sino un adorno en medio de la inmundicia? La palabra sagrada dio testimonio de esto en los escritos divinos, diciendo: “Zarcillo de oro en la nariz del puerco, Es la mujer hermosa y apartada de razón”³ Así también entre nosotros el nombre de cristiano es como un ornamento de oro; si lo utilizamos indignamente nos hacemos parecer cerdos vistiendo joyas.

Finalmente, cualquiera que desee una prueba más completa de que las meras palabras no son nada sin acciones, debería considerar cómo innumerables pueblos al fracasar en buenas obras han perdido los nombres que les dieron. Las doce tribus de los hebreos, cuando fueron el antiguo pueblo elegido por Dios, recibieron dos santos nombres, pues fueron llamados el pueblo de Dios e Israel. Leemos: “Oye, pueblo mío, y hablaré: Escucha, Israel, y testificaré contra ti”⁴ Una vez los Judíos portaron estos dos títulos, ahora no tienen ninguno. Ellos, que largo tiempo atrás dejaron la adoración de Dios, no se pueden llamar el pueblo de Dios, ni tampoco pueden quienes negaron a su Hijo ser dados un nombre que significa “Ver a Dios”. Así está escrito: “Israel no conoce, mi pueblo no tiene entendimiento.”⁵

Por esta razón, en otra ocasión, nuestro Dios habló del pueblo de los hebreos al profeta, diciendo: “Y dijo Dios: Ponle por nombre Lo-ammi.” Y hablando a los mismos judíos: “porque vosotros no sois mi pueblo, ni yo seré vuestro Dios.”⁶ Además, él mismo mostró claramente por qué habló así acerca de ellos, pues dijo: “porque dejaron la vena de aguas vivas, a Jehová.”⁷

¹ Véase III. 2, *supra*.

² Salviano *Ad Ecclesiam* II. 37; una obra publicada de forma anónima como discurso de Timoteo a la iglesia sobre la avaricia, pero aceptada por

Salviano como suya en *Ep. IX*, a Salonijs. La publicación anónima explica la forma de la referencia en este caso. En este pasaje cf. también *Ep IX. 9*: “Los nombres de las cosas no sirven de nada sin la sustancia, y las palabras de virtud no son nada sin su fuerza activa.”

³ Proverbios 11. 22.

⁴ Salmos 50. 7; cf. Salmos 81. 8.

⁵ Isaías 1. 3.

⁶ Oseas 1. 9; Romanos 9. 25. (N.T. *Lo-ammi* se traduce como no querido).

⁷ Jeremías 17. 13.

Y de nuevo: “he aquí que aborrecieron la palabra de Jehová; ¿y qué sabiduría tienen?” ⁸

Pero en verdad me temo que esto sea cierto ahora para nosotros no menos que lo era para ellos, ya que no obedecemos las palabras del Señor, y nuestra desobediencia ciertamente muestra que no hay sabiduría en nosotros. A no ser que quizá creamos que actuamos sabiamente al menospreciar a Dios, y consideremos como un signo de la mayor prudencia el despreciar los mandamientos de Cristo. Existen motivos para pensar que sostenemos esta opinión, pues todos nosotros pecamos con un acuerdo tal como si lo estuviéramos haciendo en pos de un programa elaboradamente planeado.

Dado que este es el caso, ¿qué razón lógica tenemos para engañarnos a nosotros mismos con una falsa noción en la creencia de que el buen nombre de cristianos nos puede ser de ayuda de cualquier manera en los males que cometemos? El Espíritu Santo dice que ni siquiera la fe sin las buenas obras puede ayudar a los hombres cristianos. Aunque, sin duda, tener fe requiere mucho más que sólo un nombre, pues el nombre es el mero instrumento por el cual dirigirse a un hombre, mientras que la fe es el fruto del espíritu. Sobre que este mismo fruto de la fe sea inútil sin buenas obras, el apóstol da testimonio cuando dice: “La fe sin obras es muerta.” Y otra vez dice: “Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras es muerta.” ⁹ Y añade también ciertos dichos más duros para la confusión de aquellos que se engañan a sí mismos con sus falsas afirmaciones de la fe cristiana.

2. “Pero alguno dirá: Tú tienes fe, y yo tengo obras: muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras.” ¹⁰ Con esto, en efecto, muestra que los buenos actos sirven también como testigos de la fe cristiana, porque a menos que un cristiano haya realizado buenas obras no puede demostrar su fe en absoluto, y ya que no puede probar que existe, tiene que ser considerado como totalmente inexistente. ¹¹ Pues a la vez muestra que no debe ser considerado en absoluto en sus adicionales palabras a los cristianos: “Tú crees que Dios es uno; bien haces: también los demonios creen, y tiemblan.” ¹² Consideren lo que el apóstol quiere decir con esto. No nos enojemos con el testimonio divino, sino asintámoslo; no hablemos en su contra, sino beneficiémosnos de él. “Tú crees”, dice la Palabra Divina al cristiano, “que Dios es uno; bien haces: también los demonios creen, y tiemblan.” ¿No estaba el apóstol equivocado cuando

comparó la fe de un cristiano con la de un diablo? Seguramente no, sino que deseaba demostrar lo que dijo anteriormente, que sin buenas obras un hombre no debe reclamar ningún mérito por el orgullo de su fe, por esta razón dijo que los demonios también creen en Dios. La intención es, por supuesto, que como los demonios, aunque crean en Dios, todavía persisten en su maldad, la clase de fe que tienen es como la de ciertos hombres quienes, al tiempo que afirman su creencia en Dios, siguen sin cesar haciendo el mal. Además, el apóstol añade, para la confusión y la condena de los pecadores, que los demonios no sólo creen en el nombre de Dios, sino que le temen y tiemblan ante él.

⁸ *Ibíd.* 8. 9.

⁹ Santiago 2. 20, 26.

¹⁰ *Ibíd.* 2. 18.

¹¹ Rittershausen sugiere que aquí Salviano alude a la palabra de los jurisconsultos: “No ser, y no parecer, o no ser susceptible de prueba, son una y la misma cosa.”

¹² Santiago 2. 19.

Que es tanto como decir: “¿Por qué te adulas, oh hombre, quienquiera que seas, por tu creencia, la cual sin miedo y obediencia a Dios no es nada? Los demonios tienen alguna ventaja sobre ti en esto. Pues tienes una sola cosa y ellos tienen dos: tienes tu creencia, pero no miedo, ellos tienen creencia y miedo por igual.” ¿Por qué os asombráis de que seamos castigados, que se nos entregue en manos de los enemigos, que seamos más débiles que el resto de los hombres? Nuestras miserias, nuestras debilidades, nuestra derrota, nuestros cautiverios y los castigos de nuestra malvada esclavitud son la prueba de que somos malos servidores de un buen amo. ¿Cómo somos malos servidores? Porque, sin duda, nuestros sufrimientos son sólo en proporción a nuestros desaciertos. ¿Cómo somos los siervos de un buen maestro? Debido a que muestra lo que nos merecemos, a pesar de que no inflige en nosotros el castigo debido, pues preferiría corregirnos con el más amable y misericordioso castigo que permitirnos perecer. En lo que se refiere a nuestras fechorías, merecemos la pena de muerte, pero él, dando más importancia a la misericordia que a la severidad, prefiere mejorarnos misericordiosamente atemperando su censura que matarnos por la imposición de un castigo justo.

Yo sé muy bien que somos desagradecidos por los golpes que recibimos. Pero, ¿por qué nos asombramos de que Dios nos golpee por nuestros pecados, cuando nosotros mismos golpeamos a nuestros esclavos por los suyos? Como jueces injustos, nosotros insignificantes hombres no estamos dispuestos a ser azotados por Dios, a pesar de que azotamos a hombres de nuestra propia condición. No me sorprende que seamos tan injustos en este caso, pues nuestra propia naturaleza y maldad son de carácter servil. Deseamos hacer el mal y no ser golpeados por ello. En esto tenemos las mismas características que nuestros pobres esclavos. Todos deseamos pecar sin castigo. Llamo a todos los hombres a atestiguar si yo miento: Declaro que no hay nadie, por grande que sea su culpa, que admita

que merece tortura. De esto podemos observar cuan injusto y sumamente malvado es que seamos más severos con los demás, pero lo más indulgentes con nosotros mismos; duros con los demás, pero laxos con nosotros mismos. Por los mismos delitos castigamos a los demás y nos dejamos ir libres; verdaderamente un signo de indulgencia ¹³ intolerable y presunción. No queremos reconocer culpa alguna en nosotros mismos, pero nos atrevemos a reclamar el derecho de juzgar a otros. ¿Qué puede ser más injusto o más perverso que manifestarnos así? El mismo crimen que consideramos justificable en nuestro propio caso lo condenamos severamente en otros. Así que no es sin razón que el apóstol nos clama: “Por lo cual eres inexcusable, oh hombre, cualquiera que juzgas: porque en lo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo; porque lo mismo haces, tú que juzgas.” ¹⁴

3. Pero un hombre rico puede decir: “Nosotros no hacemos las mismas cosas, en absoluto las mismas cosas, que los esclavos hacen, pues los esclavos se convierten en ladrones y fugitivos; los esclavos viven sólo para sus apetitos voraces.” Es cierto que estos son vicios característicos de los esclavos, pero sus amos, aunque no todos ellos, tienen más y mayores faltas. Algunos de ellos ciertamente deben ser exceptuados, aunque muy pocos, los cuales no nombro por temor a que al hacerlo parezca menos que les alabo y más que calumnio a aquellos que no nombro.

¹³ La lectura en el MS (N.T. manuscrito) *incontumaciae*, la única aparición de esta palabra, fue antiguamente cuestionada, pero Pauly ahora la acepta, siguiendo a Hartel, como equivalente de *aobsequium*.

¹⁴ Romanos 2. 1.

Antes de todo, los esclavos, si son ladrones, por lo general se ven obligados al robo por necesidad, ya que a pesar de que las dietas habituales les son proporcionadas, estas se ajustan más a la costumbre que a la suficiencia, y así cumplir con el canon ¹⁵ sin satisfacer las necesidades de aquellos que las reciben. Su necesidad hace que la falta en sí sea menos censurable, ya que un ladrón convicto que parece obligado al robo contra su voluntad merece perdón. Las Escrituras mismas parecen paliar la maldad de los hombres necesitados cuando dice: “No tienen en poco al ladrón, cuando hurtare para saciar su alma teniendo hambre.” ¹⁶ Roba para saciar su alma; es por esta razón por la que pensamos que no podemos acusar con suficiente fuerza a aquellos que son perdonados por la Palabra Divina. En cuanto a la huida de los esclavos, lo citamos de la misma manera que a sus robos; pero, en verdad, con aún más justificación en este caso, ya que no sólo su condición miserable sino también sus castigos les conducen a tratar de escapar. Temen a sus supervisores, temen a los designados para mantener el silencio entre ellos, temen a los agentes de sus amos. Entre todos estos no hay prácticamente nadie que parezca pertenecer a nadie más que a sus propietarios; son golpeados y descompuestos por todos ellos. ¿Qué más se puede decir? Muchos esclavos se refugian con sus amos por el temor de sus compañeros esclavos. No debemos responsabilizar a los esclavos que intenten escapar, sino a aquellos que les fuerzan a hacer el intento. Nuestros esclavos trabajan bajo una tristísima compulsión; anhelando servir,

no tienen más remedio que huir. No tienen ningún deseo de dejar el servicio de sus amos, pero la crueldad de sus compañeros no les permite continuarlo.

Se les llama mentirosos también. No obstante, son conducidos a la falsedad por la brutalidad del castigo inminente, mienten con la esperanza de escapar de la tortura. ¿Por qué es extraño que un esclavo aterrorizado prefiera mentir que ser azotado? Se les acusa de tener bocas y estómagos codiciosos, pero esto no es nada nuevo; el hombre que a menudo ha aguantado el hambre tiene el mayor deseo de saciedad. Aun suponiendo que no le falta el pan seco, todavía tiene hambre de delicias, y así debe ser perdonado si busca con más avidez lo que carece constantemente.

Pero tú que eres noble, tú que eres rico, que tienes abundancia de todas las bondades, quien debe de honrar a Dios el que más, ya que disfrutas de sus beneficios sin fin, veamos cuáles son tus acciones, que no podré llamar santas, ni incluso inofensivas. ¿Qué hombre rico, para repetir mi pregunta anterior, salvo unos pocos, no está manchado por toda clase de malas acciones? Y cuando exceptuó a unos pocos, ¡ojalá que pudiera incluir a muchos más en la excepción!, porque entonces la inocencia de la mayoría podría ser la salvación de todos. Ahora no me estoy refiriendo a ninguno salvo al hombre que reconoce que mis palabras se aplican a él. Si lo que digo se encuentra fuera de su conciencia, mi acusación no le hará ningún descrédito. Si, por el contrario, su corazón admite la verdad de mis palabras, debería darse cuenta de que no es mi lengua la que le acusa, sino su propia conciencia.

Para dar cuenta en primer lugar de los vicios característicos de los esclavos: si un esclavo es un fugitivo, tú también, aunque seas rico y noble; pues todos los hombres que abandonan la ley del Señor están huyendo de su señor. ¿Qué culpa honestamente puedes encontrar en el esclavo? Haces lo mismo que él hace.

¹⁵ Es decir, la asignación habitual de los esclavos. El lenguaje parece estar tomado del Cód. Just. XII. 23: *De canone frumentario urbis Romae* Cf. Gregoire et Collombet *ad. loc.*

¹⁶ Proverbios 6. 30.

Él huye de su amo, y tú del tuyo; pero con esto incurres en mayor culpa que él, pues con toda probabilidad está huyendo de un mal amo mientras que tú huyes de uno bueno. En el esclavo criticas la avaricia incontinente. Esta es una falta poco habitual en él por falta de medios para satisfacerla, pero una diaria en ti debido a tu abundancia. Por consiguiente ves que las palabras del apóstol te censuran más que a él; es más, te censuran solo a ti, pues “en lo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo; porque lo mismo haces, tú que juzgas.”; ¹⁷ más aún, no es lo mismo, sino mucho más importante y más malvado. En el esclavo castigas una indulgencia poco frecuente del apetito, mientras que constantemente distiendes tu propio vientre con alimentos indigestos. Crees que el robo es una falta servil, pero tú también, Oh hombre rico, cometes robo cuando usurpas cosas prohibidas por Dios. Verdaderamente, todo hombre que lleva a cabo acciones ilícitas es culpable de robo.

4. ¿Por qué me detengo en estos detalles insignificantes y hablo en una especie de modo alegórico, cuando los crímenes absolutamente inocultables dejan claro que los ricos no cometen meros robos sino asaltos a gran escala? ¿Con qué frecuencia encontraréis al vecino de un hombre rico que no sea pobre, o que esté realmente seguro en sus actos y posición? De hecho, por los hurtos de los hombres demasiado poderosos, ¹⁸ los débiles pierden sus propiedades o incluso su libertad junto con sus bienes, por lo que no fue sin razón que la Palabra Sagrada aludió a los dos, diciendo: “Los asnos salvajes en el desierto son presa de los leones: así los pobres son pasto de los ricos.” ¹⁹ Y, sin embargo, no sólo los pobres, sino casi toda la raza humana está sufriendo esta tiranía. ¿Qué otra cosa es la carrera oficial de los hombres eminentes sino la confiscación de todas las propiedades de sus estados? ¿Qué otra cosa es la prefectura de ciertos hombres, cuyos nombres me callo, sino el saqueo? ²⁰ Nada provoca mayor devastación en las haciendas más pobres que los altos funcionarios.

¹⁷ Romanos 2. 1.

¹⁸ Incluso las haciendas imperiales sufrieron tales hurtos; cf. el decreto de Arcadio y Honorio, 399 d.c., provee la restitución de bienes injustamente incautados en las haciendas imperiales, y con una doble sanción si la restitución se demoraba más allá de un plazo de tres meses, aplicable también a los que habían huido, a menos que regresaran a devolver la propiedad robada. La pena se aplicaba también a los jueces si aportaban pruebas contra los *exactores* y *compulsores* que eran culpables. Cabe señalar que el decreto afirmaba que sin la clemencia imperial debería exigirse una pena cuádruple; una sospecha más de la impotencia en lugar de la clemencia como la razón de la multa más ligera. (Cód. Theod. X. 1. 10). Sobre la situación en general, cf. V. 8. *infra*.

¹⁹ Eclesiástico 13. 19.

²⁰ Compárese la descripción de Arvandus, prefecto del pretorio de la Galia, dada por Sidonio Apolinar *Ep.* I. 7.3, “Gobernó su primera prefectura con gran distinción, y su segunda con gran destrucción.” De nuevo, en *Ep.* V. 13 Sidonio describió al “monstruo” Seronatus, “agotando a los individuos dispersos fuera de las ciudades con inauditas formas de imposiciones, y atrapándoles por medio de los sinuosos engaños de sus calumnias.” El mismo Seronatus (*Ep.* II. 1) “recauda tributos como un amo, exige pagos como un juez, calumnia como un bárbaro..., llena el bosque a diario con los fugitivos, las villas con enemigos, los altares con hombres acusados, las cárceles con el clero.” Conocemos, sin embargo, de *Ep.* VII. 7. 2 que fue por fin llevado ante la justicia y condenado a muerte, aunque el gobierno vaciló en actuar contra él.

El honor es comprado por unos pocos para ser pagado con la opresión de los muchos, ¿qué podría ser más vergonzoso o más injusto que esto? Los hombres desdichados pagan el precio de honores que no compran para sí mismos; no tienen nada que ver con el trato, pero conocen muy bien los pagos efectuados; ²¹ el mundo se pone patas arriba para que unos pocos hombres puedan ser glorificados; el honor de un hombre es la ruina de la raza humana. ²²

Para concluir, las provincias hispanas saben de lo que hablo, pues no les han dejado nada excepto su nombre; ²³ las provincias de África lo saben, cuya existencia misma está acabada; ²⁴ las tierras de la Galia lo saben, pues están devastadas, pero no por todos sus funcionarios, así que todavía respiran el escaso aliento de vida en unos pocos rincones lejanos, ya que la integridad de unos pocos ha mantenido durante un tiempo a aquellos a quienes la rapiña de los muchos ha empobrecido. ²⁵

5. Pero mi dolor me ha llevado a divagar demasiado lejos. Para volver a mi antiguo tema: ¿hay algún aspecto en que incluso los nobles no estén contaminados por los vicios serviles, o tengan, en verdad, el derecho a cometer los pecados que castigan en sus esclavos? Un esclavo ni siquiera puede soñar con tales estragos que estos nobles realizan. Esto, sin embargo, no es del todo cierto, pues algunos de los esclavos, ganando noble rango, cometen similares pecados, o incluso peores. Aun así, los esclavos restantes apenas pueden ser considerados responsables por el hecho de que unos cuantos afortunadamente hayan perdido la condición de servidumbre.

El homicidio es raro entre los esclavos debido a su pavor y miedo a la pena de muerte, mientras que entre los ricos es constantemente cometido por su confiada esperanza de inmunidad. Tal vez esté cometiendo una injusticia al considerar las acciones de los ricos como pecados, pues cuando matan a sus pobres esclavos lo consideran un acto de justicia, no un crimen. ²⁶

²¹ Así Sidonio, *Ep.* V. 13, dijo de Seronatus: “Algunos son liberados por su venalidad, otros por su vanidad, ninguno por su misericordia.”

²² En todo este pasaje cf. Haemmerle, *Studia Salviana*, I. 4, pp. 29-33.

²³ Debido a que la Galia fue invadida por los bárbaros antes que Hispania, esta última provincia sufrió una mayor carga de tributos a manos de los prefectos imperiales, quienes trataron de compensar el déficit Galo en la imposición imperial de esta fuente. Cf. Orosio VII. 41. 7: “Hay ciertos romanos entre ellos que prefieren padecer la pobreza en libertad entre los bárbaros que la opresión constante de los impuestos entre los romanos.”

²⁴ África, estando bajo el prefecto del pretorio de Italia, como Hispania estaba bajo el de la Galia, también sufrió el aumento de los impuestos para compensar las pérdidas en Italia.

²⁵ Véase Sidonio *Ep.* III. 6. 3: “Ciertamente, las provincias enfrentan un gran debate, un buen año no depende tanto de los cultivos como de los funcionarios.” De nuevo, en *Ep.* IV. 24. 5, Sidonio ilustró la “integridad de unos pocos” persuadiendo a un amigo funcionario a concederle la inmunidad de un año de los impuestos, y la cancelación de los intereses debidos, a una contribución menor, para liberarlo “de las demandas bárbaras de los recaudadores ladrando a su alrededor”.

²⁶ Esta actitud, sin embargo, fue en desafío a un decreto de Constantino de 319 d.c. (Cód. Just. IX. 14.1), el cual convertía a un amo que intencionalmente mataba a un esclavo culpable de homicidio, cualquiera que fuera el método utilizado.

Esto no es todo; también abusan de sus privilegios en sus viles incumplimientos de la castidad. ¿Qué hombre rico mantiene sus votos de matrimonio, quién entre ellos no se sumerge de cabeza en la lujuria apasionada, quién no utiliza a sus esclavas domésticas como ramera y ejerce su locura contra cualquiera que encienda el calor de sus malos deseos? Ellos ilustran bien las palabras de las Sagradas Escrituras acerca de tales hombres: “Como caballos bien hartos fueron a la mañana, cada cual relinchaba a la mujer de su prójimo.”²⁷ ¿No es una prueba de lo que acabo de decir que el hombre promedio se lava para hacerse con la unión física que sus ojos han contemplado con deseo? Utilizar el término concubina puede quizás parecer injusto, ya que en comparación con los vicios antes mencionados, parece casi una forma de castidad el contentarse con unas pocas compañeras y restringir las propias concupiscencias a un número fijo de esposas.²⁸ Digo “esposas” deliberadamente, porque hemos llegado a tal punto que muchos consideran a sus criadas como esposas reales. ¡Ojalá se contentaran con tener sólo a aquellas a quienes así consideran! Pero la verdad es de largo más repugnante y detestable; pues ciertos hombres que han contraído matrimonios honorables toman esposas adicionales de rango servil, deformando la santidad del santo matrimonio con viles y despreciables uniones, no ruborizándose al convertirse en consortes de sus mujeres esclavas, derrumbando la noble estructura del matrimonio por las viles camas de esclavas, probándose ellos mismos valedores del rango de aquellas a las que juzgan dignas de su abrazo.

6. Sin duda, muchos de aquellos que son o desean ser nobles escucharon con altivo desprecio mi afirmación de que algunos esclavos son menos reprobables que sus amos. Pero dado que no hice esta observación sobre todos ellos, sino sólo para aquellos a los que se ajusta, nadie tiene ningún motivo de cólera si se tiene a sí mismo como un tipo de hombre muy diferente, pues su enfado sería suficiente para delatar su pertenencia al grupo del que hablaba.²⁹ Por otra parte, cualquier noble que abominara esta maldad debería estar enojado con hombres como éstos, que difaman el nombre mismo de la nobleza con la extrema bajeza de sus fechorías. Porque, si bien, los hombres de ese tipo son una pesada carga para todo el pueblo cristiano, aún con su vileza contaminan especialmente a los miembros de su propia clase. Por lo tanto, he dicho que ciertos nobles son peores que los esclavos, y así he abierto el camino a la contradicción, a menos que pueda aducir pruebas para mis palabras.

Tomemos por ejemplo este crimen, uno muy grande en verdad, del que casi toda la masa de esclavos es inocente.

²⁷ Jeremías 5. 8.

²⁸ El aumento del concubinato en el siglo cuarto condujo a la legalización progresiva de la institución. Constantino en el año 326 d.c. lo prohibió incondicionalmente (Cód. Just. V. 26.); Arcadio y Honorio en el 405 limitaron estrictamente la herencia de concubinas y sus hijos (*Ibíd.* 27. 2); Teodosio y Valentiniano en el 443 (*Ibíd.* 27. 3), siempre que los hijos naturales pudieran tener derecho a la herencia completa si entraban en la clase curial, y las hijas naturales si se casaban con curiales. El último decreto ilustra también

cómo las necesidades fiscales llevaron al aumento de la indulgencia por parte del gobierno hacia las debilidades de la clase propietaria, especialmente cuando resultara directamente beneficioso para la tesorería.

²⁹ Véase Jerónimo *Adv. Rufinum* I. 11: “Cuando el vicio es atacado anónimamente, el hombre se enoja por el ataque se acusa a sí mismo. Sería de hombre prudente, por tanto, aunque molesto, ocultar su culpa y cubrir su corazón nublado con una brillante fachada.”

¿Tiene algún esclavo miríadas de concubinas, es alguno de ellos negado por la mancha de la poligamia o creen que puedan vivir como perros o cerdos con tantas esposas como hayan sido capaces de someter a su lujuria? La respuesta, supongo, es obvia, que los esclavos no tienen tales oportunidades, pues seguramente las aprovecharían si las tuvieran. Esto es lo que creo, pero no puedo considerar acciones que no veo realizadas cuando han tenido lugar. Por muy deshonorosas que sean sus intenciones, por muy malvados que sus deseos puedan ser, nadie es culpable por los crímenes que no comete. Se conviene generalmente que los esclavos son malvados y valedores de nuestro desprecio. Pero, sea como fuere, los hombres de noble rango nacidos libres son a los que más hay que reprochar si en su condición más honorable son peores que los esclavos. Por tanto, la conclusión inevitable no es que los esclavos deban ser absueltos de la responsabilidad de sus malas acciones, sino que a la mayoría de los ricos se les debe condenar más en comparación con los esclavos.

¿Quién puede encontrar palabras para describir la enormidad de nuestra situación actual? Ahora, cuando la República Romana, ya extinta o al menos aspirando su último aliento en aquel rincón donde aún parece conservar un poco de vida, está muriendo,³⁰ estrangulada por las cuerdas de la tributación como si fueran las manos de los bandidos, todavía se encuentran a un gran número hombres de ricos que son la carga de los tributos que tienen que soportar los pobres; es decir, se encuentran a muchísimos hombres ricos cuyos impuestos están asesinando a los pobres.³¹ Muchísimos, dije: Me temo que podría verdaderamente decir todos; pues tan pocos, si los hay, están libres de este mal, que podemos encontrar prácticamente a todos los ricos en la categoría a la que acabo de asignar a muchos de ellos.

Piensen un minuto en los remedios recientemente dados a algunas ciudades. ¿Qué han hecho sino hacer a todos los ricos inmunes y amontonar los impuestos de los miserables?³²

³⁰ Esta mención de la idea, prevaleciente en el siglo quinto, de la vejez del poder romano está algo en desacuerdo con el punto de vista habitual de Salviano. Sidonio utilizó “la vejez del mundo” de forma común (cf. *Ep.* VIII. 6.3); Cipriano (*Ad Demetrianum* 4) la convirtió en la respuesta principal a las acusaciones habituales contra los cristianos: “Culpáis a los cristianos porque mientras el mundo envejece sus partes se debilitan.” Salviano, por otro lado, vio al antiguo régimen continuando con nuevo vigor, obtenido de los bárbaros, para ocupar el lugar de los viejos vicios.

³¹ Los esfuerzos del gobierno central para acabar con tales desigualdades son ilustrados mediante el decreto de Graciano, Teodosio y Valentiniano, 383 d.c. (Cód. Theod XI. 13. 1): “Que todos los privilegios concedidos a unos

pocos individuos para la destrucción de los muchos sean anulados, y todos los que han recibido inmunidades de este tipo por cualquier medio se reduzcan a la misma parte que los demás provincianos...”; por el decreto de los mismos emperadores en el 385 (*Ibíd.* l. 20) se establece que todos estén obligados “a una misma forma igualitaria de impuesto”; y por el de Arcadio y Honorio en el 399 (*Ibíd.* l. 26) eliminando todo privilegio, haciendo a todos los hombres por igual sujetos a tributación, sobre todo en “aquellas provincias en las que la queja aparezca.” La repetición de tales disposiciones ilustra con bastante claridad la futilidad de su promulgación, que aumentó en el siglo quinto.

³² Véase V. 8 *infra*. También se nos recuerda, sin embargo, cuánto los ricos tuvieron que quejarse de las cargas de impuestos, por la descripción (Sidonio *Ep.* V. 17. 5) de un festival eclesiástico en el cual el placer supremo era la conversación de Sidonio y sus amigos ricos sin “ninguna mención de los oficiales imperiales o de los impuestos, ni una palabra sea revelada, y nadie lo revele.”

Para liberar a los ricos de sus viejos honorarios han añadido nuevas cargas a los de los pobres; han enriquecido a los ricos mediante la eliminación de sus obligaciones más leves y afligido a los pobres multiplicando sus muy duros pagos. Así, los ricos se han convertido en más ricos por la disminución de las cargas que soportaban con facilidad, mientras que los pobres están muriendo por la subida de los impuestos que ya encontraban demasiado difíciles de aguantar. Así que el remedio cacareado exaltó más injustamente a un grupo y asesinó más injustamente a otro; para una clase fue una gran maldita recompensa y para la otra un gran maldito veneno. Por lo tanto, yo digo que nada puede ser más perverso que los ricos estén asesinando a los pobres con sus llamados remedios, y nada más desafortunado que para los pobres, incluso la panacea general les trae la muerte.

7. Entonces, ¡menudo estado de cosas que es éste, menuda santa condición de las circunstancias, que, si un noble comienza a convertirse a Dios, a la vez pierde su noble rango! ¿Qué honor se paga a Cristo entre un pueblo cristiano en cuyos ojos la religión hace a un hombre innoble? Pues tan pronto como un hombre ha hecho un intento de mejorarse a sí mismo, conoce el desprecio abusivo de los hombres peores, y así todos se ven obligados a un cierto grado de mal vivir para que no puedan ser considerados despreciables. No sin razón el apóstol clamó: “Todo el mundo está puesto en maldad.” ³³ Habló de verdad, pues es correcto decir que el mundo entero yace en la maldad cuando el bien no puede mantener su lugar en él. De hecho, todo está tan lleno de iniquidad que, o bien todos los que viven son malvados, o los pocos que son buenos son torturados por la persecución de los muchos. Por lo tanto, como he dicho, si algún hombre de honorable rango se dedica a la religión, a la vez deja de ser honrado. Pues cuando un hombre ha cambiado sus vestidos, ³⁴ inmediatamente cambia su rango; si ha sido de alto nivel, se convierte en despreciable; si ha sido muy glorioso, se convierte en el más vil de los viles; si ha sido del todo lleno de honor, se convierte por completo miserable en aspecto.

Sin embargo, ciertos hombres mundanos y no creyentes se preguntan por qué sufren la ira de Dios y su odio, cuando le persiguen en los cuerpos de todos sus santos; pues todas las cosas son perversas y contrarias a las

costumbres del pasado. Si hay algún buen hombre, es despreciado como si fuera el mal: si un hombre es malo, es honrado como si fuera bueno.

³³ I Juan 5. 19.

³⁴ Véase V. 10, *infra*: “Pensando que el servicio a Dios depende más del traje que de las acciones, han cambiado sus ropas, pero no sus corazones.” Cesáreo de Arles, que de él dice Cipriano (*Vita* 1. 1. 11) que nunca ha renunciado en lo más mínimo a las costumbres de los hermanos de Lérins, dijo en el primer capítulo de su *Regula ad monachos* (Migne, PL, LXVII, col. 1099): “En primer lugar, si cualquier hombre viene a la conversión... dejad sus prendas laicas sin cambiar, a menos que primero haya hecho escrituras de venta para sus bienes.” En otra parte dijo (*Epistola ad germanos*, *ibíd.* col. 1155): “Dejar a un lado las prendas seculares y ponerse las religiosas es esfuerzo de un momento.... Que no se acostumbre a llevar un estilo de ropa demasiado humilde, o mostrar orgullo por cambio frecuente, o de una elegancia ruinosa.” Evidentemente, entonces, su idea de un hábito religioso no era un uniforme fijo, sino uno distinguido de la ropa secular principalmente por su simplicidad. El énfasis puesto por éste prominente antiguo alumno del monasterio de Lérins sobre el cambio de ropa como una indicación de la adopción de una vida religiosa, parece adecuado para resolver la muy debatida cuestión entre los editores de Salviano, que si el cambio de ropa en el presente pasaje debe ser tomado literalmente o figurativamente.

Entonces, ¿es extraño que nosotros, quienes empeoramos diariamente, soportemos peores torturas diarias? ³⁵ Pues los hombres todos los días inventan nuevos males y no abandonan los viejos; brotan frescos crímenes, pero los viejos no se abandonan.

8. ¿Hay lugar para continuar la discusión? Por muy dura y amarga que nuestra parte sea, todavía sufrimos menos de lo que merecemos. ¿Por qué deberíamos quejarnos de que Dios nos trata con dureza? Nosotros le tratamos mucho más groseramente. Le enfadamos con nuestros actos impuros y le obligamos, a pesar de ser reacio, a castigarnos. Y aunque el espíritu y la majestad de Dios son tales que no es movido por ninguna pasión o ira, tal es la agravación de nuestros pecados, que le conducen a la ira. Si se me permite decirlo, sometemos su misericordia a fuerza, y parecemos poner las manos violentas en su misericordia. Pues aunque él es tan delicado que le gustaría perdonarnos constantemente, nuestra perversidad le obliga a castigar nuestros pecados. Como aquellos que bloquean ciudades bien fortificadas o intentan capturar y socavar sus bastiones poderosos, los cuales habitualmente los asedian con todo tipo de máquinas y armas, así atacamos la misericordia de Dios con toda clase de pecados espantosos, como si nosotros, también, estuviéramos usando máquinas de asedio. Entonces pensamos que Dios nos hiere, aunque estemos actuando de lo más injuriosamente hacia él. De hecho cada falta de cada cristiano es un insulto a su divinidad. Cuando llevamos a cabo aquellos actos que están prohibidos por Dios, pisoteamos las órdenes que nos prohíbe. Es impío culpar de severidad a Dios por nuestras desgracias: deberíamos en cambio acusarnos a nosotros mismos. Pues cuando cometemos los pecados que causan nuestra tortura, nosotros mismos somos los autores de nuestros tormentos. ¿Por qué entonces nos quejamos

de la amargura de nuestros castigos? Cada uno de nosotros se castiga a sí mismo.

Es por esto que el profeta nos dijo: “He aquí que todos vosotros encendéis fuego, y estáis cercados de centellas: andad a la luz de vuestro fuego, y a las centellas que encendisteis.”³⁶ Pues toda la raza humana está lanzándose de cabeza al castigo eterno por el mismo proceder que las Escrituras describen. Primero encendemos el fuego, a continuación añadimos leña al fuego, y por último entramos en las llamas que hemos preparado. ¿Cuándo enciende el hombre por sí mismo el fuego eterno por primera vez? Seguramente la primera vez que comienza a pecar. Pero, ¿cuándo le echa leña al fuego? Cuando amontona pecados sobre pecados. ¿Cuándo entrará en el fuego eterno? Cuando ya ha completado la cuenta irrevocable de maldades por el aumento de sus pecados, como dijo nuestro Salvador a los líderes de los judíos: “¡Vosotros también henchid la medida de vuestros padres! ¡Serpientes, generación de víboras!”,³⁷ los hombres a quienes el Señor mismo dijo tomar como ejemplo no estuvieron lejos de completar el número total de sus pecados. Debido a que ya no eran dignos de la salvación, completaron el número de pecados por los que iban a perecer. De ahí también, que cuando la antigua Ley recordó que los pecados de los Amorreos³⁸ fueron completados, se dice que los ángeles hablaron al bienaventurado Lot, diciendo:

³⁵ Véase Cipriano *Ad Demetrianum* 10: “¿Y te asombras de que la ira de Dios castigue cada vez más a la raza humana, cuando los pecados a castigar se incrementan a diario?”

³⁶ Isaías 50. 11.

³⁷ Mateo 23. 32-33.

³⁸ Es decir, la gente de Sodoma y Gomorra; cf. I.8, *supra*.

“todo lo que tienes en la ciudad, sácalo de este lugar, por cuanto el clamor de ellos ha subido de punto delante de Jehová; por tanto Jehová nos ha enviado para destruirlo.”³⁹ Durante mucho tiempo, en verdad, las personas más pecaminosas habían estado encendiendo los fuegos por los que perecieron, y así, cuando la historia de sus iniquidades fue completada, se quemaron en las llamas de sus propios crímenes. Pues se merecían un mal tal de Dios, que sufrieron en este mundo la Gehena que está por venir en el juicio posterior.

9. Pero, decís, ahora nadie se merece el final de aquellos hombres, pues nadie puede ser comparado con ellos, en el mal hacer. Tal vez eso es cierto, aun así, ¿qué hacemos con el hecho de que el Salvador mismo dijo que todos los que han rechazado su Evangelio son peores que ellos? Y en Cafarnaúm, dijo: “porque si en los de Sodoma fueran hechas las maravillas que han sido hechas en ti, hubieran quedado hasta el día de hoy. Por tanto os digo, que a la tierra de los de Sodoma será más tolerable el castigo en el día del juicio, que a ti.”⁴⁰ Si dijo que la gente de Sodoma son menos a condenar que todos los que desatienden los Evangelios, entonces nosotros, que en la mayoría de nuestras acciones demostramos nuestro descuido de las enseñanzas del Evangelio, estamos en grave peligro, sobre todo porque

no estamos dispuestos a contentarnos con los crímenes de siempre familiares, que parecen una parte de nuestra vida diaria. Muchos no están satisfechos con los vicios habituales, con el litigio, la calumnia y la rapiña, con la embriaguez y los atracones en las fiestas, con las falsificaciones y el perjurio, con el adulterio y el homicidio. Finalmente, por muy inhumanas las atrocidades implicadas, todos los delitos que involucran el daño a sus semejantes no son suficientes para ellos, sino que también tienen que dirigir la violencia blasfema de sus locas mentes contra el Señor. Pues está escrito de los impíos: “Ponen en el cielo su boca, y su lengua pasea la tierra...Y dicen: ¿Cómo sabe Dios? ¿Y hay conocimiento en lo alto?” Y otra vez: “Y dijeron: No verá JAH, Ni entenderá el Dios de Jacob.” ⁴¹

Para tales hombres este dicho profético bien se puede aplicar: “Dijo el necio en su corazón: No hay Dios.” ⁴² Porque aquellos que declaran que nada es visto por Dios están muy cerca de negar de su propia substancia al negar su vista, y cuando dicen que no ve nada, niegan su existencia.

Aunque ninguna mala acción tiene un fundamento racional, ⁴³ ya que no hay vínculo entre la razón y la maldad, con todo, ninguna blasfemia, al menos en mi opinión, es más irracional o insensata que ésta. ¿Qué hay más descabellado que un hombre, quien no niega que Dios creó el mundo entero, niegue que lo gobierna? ¿Cómo puede uno admitir que Dios es su creador, y negar que cuide lo que ha hecho? ¿Como si su intención al crear el universo fuera abandonarlo cuando estuviera terminado! Yo digo que se preocupa tanto por sus criaturas que puedo probar que se preocupaba por ellas incluso antes de su creación; de hecho, el acto mismo de la creación deja esto claro.

³⁹ Génesis 19. 12-13.

⁴⁰ Mateo 11. 23-24; cf. Lucas 10. 12-15.

⁴¹ Salmos 73. 9, 11; 94. 7.

⁴² *Ibíd.* 53. 1.

⁴³ En el período clásico éste ya era un proverbio popular: *Scelera non habent consilium*; cf. Quintiliano *Institutio oratoria* VII. 2. 44.

No habría creado el mundo si su atención no hubiera precedido al acto, sobre todo porque sabemos que en nuestra especie humana apenas hay algún hombre tan estúpido que lleve a cabo una tarea hasta su finalización sin la intención de cuidar de ella cuando haya terminado. Puesto que un hombre que cultiva un campo lo hace con el fin de conservarlo para su uso después de ser cultivado; el que planta una viña tiene la intención de cuidarla cuando la ha plantado; el que reúne el grueso de un rebaño se propone ejercitar su habilidad en aumentarlo. El que construye una casa o pone sus cimientos, incluso sin todavía haber terminado la morada, aún plasma en el edificio, que está tratando de levantar, las esperanzas de un futuro hogar.

Sin embargo, ¿por qué debería hablar sólo de hombres, cuando incluso los tipos más pequeños de animales hacen todas las cosas con miras a su uso

futuro? ⁴⁴ Las hormigas, ocultando varios tipos de grano de (los campos) ⁴⁵ en despensas subterráneas, se llevan y almacenan sus provisiones porque las aprecian en su deseo de vivir. ¿Por qué las abejas, cuando ponen los cimientos para el panal o arrancan a su prole de las flores, ⁴⁶ buscan tomillo sino por su ansioso deseo por la miel, o algunas otras florecillas sino por el amor de las crías que van a encontrar allí?

Entonces, ¿ha inculcado Dios este amor de sus propias funciones en incluso el más pequeño de los seres vivos, y privado a sí mismo del amor de sus obras? ¿Habéis pensado en que todo nuestro amor por las cosas buenas ha llegado hasta nosotros desde su buen amor? Él mismo es la fuente y origen de todos nuestros beneficios, y puesto que, como está escrito: “en él vivimos, y nos movemos, y somos,” ⁴⁷ de él seguramente hemos recibido todo el cariño que damos a nuestros hijos; pues todo el mundo y toda la raza humana somos los descendientes de su creador.

Por lo tanto, por ese mismo amor que nos ha hecho sentir por nuestros hijos, desea que sepamos lo mucho que amaba a los suyos. Pues leemos, igual que “las cosas invisibles de él, se echan de ver desde la creación del mundo, siendo entendidas por las cosas que son hechas”, ⁴⁸ aun así deseaba que su amor por nosotros fuera conocido por el amor que nos dio hacia nuestra propia parentela. Como está escrito que deseaba que toda paternidad en el cielo y en la tierra fuera nombrada después de él, ⁴⁹ así nos deseó reconocer su amor paternal. Sin embargo, ¿por qué digo paternal?, pues su amor es mucho mayor que el de un padre. Esto es probado con las palabras del Salvador en el Evangelio, cuando dijo:

⁴⁴ Cf. Lactancio *De ira Dei* 10. 44: “Tampoco es probable que los animales más pequeños y humildes tuvieran un gobierno de la vida, mientras que los más grandes e importantes lo carecieran.”

⁴⁵ Parece haber una leve laguna en el texto, a menos que, como Hartel conjetura (cf. nota de Pauly *ad loc*), la preposición *ex*, para la que se suministra aquí un objeto, se haya deslizado en el texto del MS desde una nota marginal, *ex* en lugar de *exempla*.

⁴⁶ Véase Virgilio *Geórgicas* IV. 200.

⁴⁷ Hechos 17. 28.

⁴⁸ Romanos 1. 20.

⁴⁹ Efesios 3. 15.

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.” ⁵⁰ Pero el apóstol también dice: “El que aun a su propio Hijo no perdonó, antes le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” ⁵¹

10. Esto confirma mi anterior declaración, que Dios nos ama más que un padre ama a su hijo. Está claro que su amor supera el amor de un hombre por sus hijos, ya que por nuestra causa no perdonó a su propio hijo. Mejor dicho, digo aún más, no perdonó a su honrado Hijo, a su Hijo unigénito, su

Hijo, que es Dios mismo. ¿Qué más se puede decir? Y esto fue hecho por nosotros, esto es, por los hombres malvados, injustos y más irreverentes. ¿Quién puede justificar este amor de Dios para con nosotros, salvo que su justicia sea tan grande que no haya sombra de injusticia que pueda caer sobre él? En lo que se refiere a la razón humana, cualquier hombre habría actuado injustamente si hubiera tenido a su buen hijo condenado a muerte por sus peores esclavos. Pero por esta misma razón, el amor de Dios es el más incomparable y su bondad la más maravillosa, que, en lo que se refiere a la debilidad humana, la grandeza de su justicia casi da la apariencia de injusticia. Por lo tanto, el apóstol, para indicar tanto como le fue posible la infinita misericordia de Dios, dijo: “Porque Cristo, cuando aún éramos flacos, a su tiempo murió por los impíos. Ciertamente apenas muere alguno por un justo”.⁵² Ciertamente en esta frase nos mostró el amor de Dios. Pues si apenas nadie asume la muerte por la mayor justicia, Cristo, muriendo por nuestra iniquidad, probó qué amor nos daba. Por qué Dios debería haber hecho esto, el apóstol nos lo comenta ya mismo en las siguientes palabras, diciendo: “Mas Dios encarece su caridad para con nosotros, porque siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Luego mucho más ahora, justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira.”⁵³ Él demuestra su amor para con nosotros cuando murió por los pecadores; pues un beneficio es mucho más valioso cuando se da a hombres indignos de él.

Por eso dice: “Mas Dios encarece su caridad para con nosotros”. ¿Cómo la encarece? Seguramente que la ofrece a los indignos. Si la hubiera dado a los hombres santos que merecen su bien, no parecería haber dado lo no comprometido, sino lo que les debía.

¿Qué, pues, hemos dado a cambio de esta gran bendición, o qué respuesta debiéramos dar por ello? Primero de todo, lo que testifica el más bendito profeta que debe y dará, diciendo: “¿Qué pagaré a Jehová por todos sus beneficios para conmigo? Tomaré la copa de la salud, e invocaré el nombre de Jehová.”⁵⁴ Este es el primer pago, en el que devolvemos muerte por muerte, y todos morimos por él quien murió por nosotros, a pesar de que nuestra muerte es de mucha menos importancia que la suya. De donde viene que incluso si llega la muerte sobre nosotros, no podemos por estos medios pagar nuestra deuda. Pero ya que no podemos recompensarle más enteramente, parecemos estar pagando la totalidad si le devolvemos todo lo que podemos. Este, por lo tanto, como ya he dicho, es nuestro primer pago.

⁵⁰ Juan 3. 16.

⁵¹ Romanos 8. 32. Tenga en cuenta que la lectura de la Vulgata es el futuro, *donabit*, mientras Salviانو tenía *donavit*. (N.T. He preservado la K.J.V.)

⁵² Romanos 5. 6-7.

⁵³ *Ibíd.* 5. 8-9.

⁵⁴ Salmos 116. 12-13.

El segundo es, si no pagamos nuestra deuda con la muerte, pagarla con amor. El Salvador mismo, como dice el apóstol, con su muerte deseaba encomendarnos su amor a todos nosotros, para guiarnos con el ejemplo de su amoroso cuidado para hacer un retorno apropiado de tan gran afecto. Y al igual que cuando uno pone ciertas maravillosas gemas naturales, aunque sean del tipo más duro, en contacto con el hierro, éste las mantiene en suspenso por una atracción que las hace parecer realmente poseídas de vida, así también él, la mayor y más gloriosa joya del reino celestial, quiso bajar del cielo para acercarse más a nosotros, para atraernos, a pesar de nuestra dureza, a su cuidado, como si por las manos de su amor, reconociendo sus dones y beneficios pudiéramos llegar a saber lo que nos correspondería hacer por tan buen maestro, cuando había hecho tanto por sus malvados siervos. Entonces deberían cumplirse las palabras del apóstol, que deberíamos morir cada instante por su amor, y ni la tribulación, ni la angustia, ni la persecución, ni el hambre, ni la desnudez, ni la espada deberían ser capaces de separarnos del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, el Señor. ⁵⁵

11. Dado que nuestra deuda con Dios está claramente establecida, vamos a ver qué retribución le damos por todo lo que le debemos. ¡Qué retorno, de hecho, sino todas las acciones de las que he hablado antes, es decir, todo lo que es indecente, lo que es indigno, cualquier cosa que hiera a Dios, malas acciones, hábitos vergonzosos, borracheras, manos manchadas de sangre, viles lujurias, locas pasiones y cualquier cosa que se pueda evaluar mejor con la conciencia que con palabras! “Porque”, dijo el apóstol, “torpe cosa es aun hablar de lo que ellos hacen en oculto.” ⁵⁶ Y esto no es todo, ya que aún siendo una vieja acusación, no pertenece menos a la época actual que al pasado. Más grave y lamentable es el hecho de que estemos agregando nuevos pecados a los viejos, pecados no sólo nuevos, sino de una clase monstruosa y pagana, como antes no se habían visto en las iglesias de Dios. Blasfemamente insultamos a Dios, diciendo que es un Dios que no se preocupa por nosotros, un Dios que no nos presta atención, un Dios que nos deja de lado, que no nos gobierna, y por lo tanto, que es implacable y obstinado, inhumano, áspero y cruel. Pues, ya que es descrito como si no nos tuviera en consideración, como descuidado y negligente, ¿qué nos queda sino llamarle áspero, cruel e inhumano? ¡Qué ciega insolencia! ¡Qué sacrílego descaro! Sin embargo no nos es suficiente, ya que, unidos en nuestros innumerables pecados, siendo culpables de todas las cosas ante Dios, también queremos ser sus acusadores. Pero, ¿qué esperanza, pregunto, tendrá un hombre, quien, mientras se enfrenta a su propio juicio, acusa a su juez?

12. Alguien puede decir: si Dios considera los asuntos humanos, si se preocupa por nosotros, nos ama y nos guía, ¿por qué permite que seamos los más débiles y más miserables de todas las naciones? ¿Por qué permite que seamos conquistados por los bárbaros? ¿Por qué permite que estemos sujetos al gobierno de nuestros enemigos? ⁵⁷ Para responder muy brevemente, como ya he dicho, permite que soportemos estas pruebas porque nos merecemos soportarlas. Consideraremos los hábitos vergonzosos, vicios y crímenes del pueblo Romano, como los hemos descrito anteriormente, y entonces entenderemos si podemos tener alguna queja sobre su protección cuando vivimos en tal impureza.

⁵⁵ Romanos 8. 35-36, 39.

⁵⁶ Efesios 5. 12.

⁵⁷ Esta pregunta es respondida de una manera similar en la homilía de san Agustín, *De tempore Barbarico*.

Si examinamos desde este punto de vista nuestro argumento habitual, de que nuestra miseria y debilidad demuestran la negligencia de Dios de los asuntos humanos, ¿qué merecemos realmente? Si nos permitió vivir con tal vicio y maldad para ser extremadamente fuertes, prósperos y completamente felices, entonces tal vez podría haber algún motivo para sospechar que Dios no vio la maldad de los romanos, si permitió a tales malvados y abandonó a los hombres para ser felices. Dado que en cambio decide que tales hombres viciosos y malvados sean los más abyectos y miserables, es perfectamente evidente que somos vistos y juzgados por Dios, pues nuestros sufrimientos son totalmente merecidos.

Nosotros, por supuesto, no creemos que los merezcamos, y consecuentemente somos los más culpables y reprobables por no reconocer nuestros desiertos. La principal acusación de los infractores es su orgullosa afirmación de inocencia. Entre un número de hombres acusados del mismo crimen, ninguno es más culpable que el que no reconoce su culpabilidad, incluso en sus propios pensamientos. Tenemos, por lo tanto, esta simple adición que aportar a nuestros errores, que nos consideremos libres de culpa.

Pero, podéis objetar, asumiendo que seamos pecadores y malos, sin duda no se puede negar que somos mejores que los bárbaros, y sólo esto, deja claro que Dios no atiende los asuntos humanos, pues nosotros, quienes somos mejores, somos sometidos a hombres peores que nosotros. Si somos mejores que los bárbaros, lo consideraremos ahora; ciertamente no puede haber duda de que tenemos que ser mejores. Y por esta misma razón somos peores que ellos, a menos que en realidad seamos mejores, pues la posición más honorable hace cualquier falta doblemente censurable. Cuanto mayor es la dignidad personal del pecador, mayor es el odio de su pecado.⁵⁸ El robo por ejemplo, es un delito grave en cualquier hombre, pero un senador ladrón es, sin duda, mucho más condenable que alguien de las clases más bajas. La fornicación está prohibida para todos, pero es un vicio mucho más grave en uno de los clérigos que en otra persona. Así también nosotros, quienes decimos ser cristianos y católicos, si somos culpables de vicios iguales a los de los bárbaros, pecamos más gravemente que ellos, pues los pecados cometidos por hombres que reclaman un nombre santo son los más abominables. Cuanto más elevado nuestro reclamo al honor, mayor es nuestra culpa; la misma religión que profesamos acusa nuestras faltas; una promesa de castidad aumenta el pecado de la lujuria; la embriaguez es más repugnante en aquel que hace gala de sobriedad. Nada es más vil que un filósofo que persigue una vida viciosa y obscena, ya que además de la bajeza natural de sus vicios, está además marcado por su reputación de sabiduría. Nosotros, por lo tanto, quienes entre toda la raza humana hemos profesado la filosofía cristiana, por esta razón, debemos ser creídos y considerados peores que todas las demás naciones, ya que, viviendo bajo tan gran profesión de fe, en el seno mismo de la religión, todavía pecamos.

13. Ya sé que a la mayoría de los hombres les parece intolerable que seamos llamados peores que los bárbaros. ¿Qué posible bien nos hace que esto nos parezca intolerable? Nuestra condición se hace tanto más seria si somos peores que ellos y, sin embargo, insistimos en creernos mejores. “Porque el que estima de sí que es algo,” dijo el apóstol, “no siendo nada, a sí mismo se engaña. Así que cada uno examine su obra”.⁵⁹ Debemos poner nuestra confianza en nuestras obras, no en nuestra opinión; en la razón, no lujuria; en la verdad, no sólo en nuestra voluntad.

⁵⁸ Véase Juvenal *Sát.* 8. 141-142.

⁵⁹ Gálatas 6. 3-4.

Dado, pues, que algunos hombres piensan que es insoportable el que debiéramos ser declarados peores, ni siquiera no mucho mejores que los bárbaros, consideremos de qué manera somos mejores, y en relación a qué bárbaros. Porque hay dos clases de bárbaros en el mundo, es decir, herejes y paganos.⁶⁰ Para todos ellos, en cuanto a la ley divina se refiere, declaro que somos incomparablemente superiores; en cuanto a nuestra vida y acciones se refiere, afirmo con pesar y lamentación que somos peores. Sin embargo, como he dicho antes, no hagamos esta declaración de todo el conjunto de los romanos sin excepción. Pues exceptúo primero a todos esos hombres que se han dedicado a la vida religiosa, y luego a algunos laicos que son iguales a ellos; o, si eso es mucho decir, al menos muy similares en sus acciones integras y honorables. En cuanto al resto, todos o casi todos son más culpables que los bárbaros. Y ser más culpables es ser peores.

Por lo tanto, dado que algunos hombres piensan que es irracional y absurdo que seamos juzgados como peores, o incluso no mucho mejores que los bárbaros, veamos, como he dicho, cómo somos peores, y en relación a qué bárbaros. Ahora digo que, excepto por esos romanos solamente, a quienes he mencionado hace un momento, los otros son todos o casi todos más culpables que los bárbaros, y más criminales en sus vidas. Vosotros que leéis estas palabras quizás estéis enojados y condenéis lo que leísteis. No me encojo por vuestra censura; condéneme si no consigo probar mis palabras; condéneme si no demuestro que las Sagradas Escrituras también han dicho lo que ahora clamo. Yo mismo quien digo que nosotros los romanos, quienes nos juzgamos a nosotros mismos muy superiores a todas las demás naciones de la tierra, somos peores en muchos aspectos, no niego que en ciertas áreas somos superiores. Porque mientras nosotros somos, como he dicho, peores en nuestra forma de vida y en nuestros pecados, sin embargo, viviendo bajo la ley católica somos incomparablemente superiores. Pero debemos considerar esto, que si bien no es nuestro mérito que la ley sea buena, es nuestra culpa que vivamos mal. Sin duda, de nada sirve que nuestra ley sea buena, si nuestra vida y conversación no lo son; pues la buena ley es el don de Cristo, mientras que la vida defectuosa es nuestra propia responsabilidad. Por el contrario, somos más culpables si la ley que adoramos es buena y nosotros que la adoramos somos malos. No, no la adoramos si somos malos, pues no se puede decir adecuadamente que un adorador malvado adore en absoluto. El

que no adora sagradamente aquello que es santo no adora en absoluto, y por medio de esto la misma ley que poseemos nos acusa.

14. Si no tenemos en cuenta, por tanto, el privilegio de la ley, que ni nos ayuda ni trae justa condenación sobre nosotros, comparemos las vidas, los objetivos, las costumbres y los vicios de los bárbaros con los nuestros. Los bárbaros son injustos y nosotros también; son avariciosos y nosotros también; son infieles y nosotros también; en suma, los bárbaros y nosotros mismos somos culpables por igual de todos los males y las impurezas.

Quizá la respuesta pueda ser: si somos iguales a ellos en crueldad, ¿por qué no somos también iguales a ellos en fuerza? Puesto que su maldad es como la nuestra, y su culpabilidad idéntica, o deberíamos ser tan fuertes como ellos, o ellos tan débiles como nosotros. Eso es cierto, y la conclusión natural es que nosotros, quienes somos más débiles somos los más culpables. ¿Qué pruebas tenemos? La prueba de ello está, por supuesto, inherente en mi demostración de que Dios hace todo de acuerdo a juicio.

⁶⁰ Los Godos y los Vándalos se habían convertido al Arrianismo; cf. Libro IV. 14, 17 *infra*, para la consideración de Salviano sobre los paganos entre los bárbaros.

Pues si, como está escrito: “Los ojos de Jehová están en todo lugar, Mirando a los malos y a los buenos.” ⁶¹ y en las palabras del apóstol: “Mas sabemos que el juicio de Dios es según verdad contra los que hacen tales cosas”, ⁶² nosotros, quienes no dejamos de hacer el mal, vemos que es por el juicio de un Dios justo que sufrimos las penas por nuestra maldad. Pero, objetáis que los bárbaros cometen los mismos pecados, y sin embargo no son tan miserables como nosotros. Existe esta diferencia entre nosotros, que incluso si los bárbaros hacen las mismas cosas que nosotros hacemos, nuestros pecados son aún más graves que los de ellos. Pues nuestros vicios y los suyos pueden ser iguales, sin que su culpa sea tan grande como la nuestra. Todos ellos, como ya he dicho antes, son paganos o herejes. Trataré los paganos primero, ya que el suyo es el más antiguo engaño: entre ellos, la nación de los Sajones es salvaje, los Francos traicioneros, los Gépidos despiadados, los Hunos lascivos; por tanto, vemos que la vida de todos los bárbaros está llena de vicio. ¿Se puede decir que sus vicios implican la misma culpa que la nuestra, que la lascivia de los Hunos es tan pecaminosa como la nuestra, la traición de los Francos tan merecedora de acusación, la embriaguez de los Alamanes tan reprehensible como la de los Cristianos, la codicia de un Alan debe ser condenada tanto como la de un creyente?

Si un Huno o un Gépido son mentirosos, ¿qué asombro puede haber si aquellos son totalmente ignorantes de la culpabilidad implicada en la mentira? Si un Franco jura en falso, ¿qué es extraño en su acción, ya que piensa que el perjurio es una figura retórica, y no un crimen? Y, ¿por qué es extraño que los bárbaros tengan este grado de vicio, ya que no conocen la ley de Dios, cuando la mayoría de los Romanos, quienes saben que están pecando, tienen la misma actitud?

Por no hablar de cualquier otro tipo de hombre, consideremos sólo las multitudes de comerciantes Sirios que se han apoderado de la mayor parte de todas nuestras ciudades, ¿son sus vidas algo más que intrigas, engaño y el uso de la mentira trillada? ⁶³ Piensan que las palabras son prácticamente desperdiciadas sino traen algún beneficio a su hablante. Entre estos hombres la prohibición de Dios de un juramento se tiene en tan alta estima, que consideran todo tipo de perjurio realmente rentable para ellos. Lo asombroso es, pues, que los bárbaros, que no saben que la mentira es un pecado, ¿practican el engaño? Ninguna de sus acciones se debe al desprecio de las ordenanzas divinas, pues no conocen los preceptos de Dios. Un hombre ignorante de la ley no puede actuar en desafío de la misma. Esta es nuestra peculiar culpa, quien lee la ley divina y constantemente viola sus términos, quien dice que conoce a Dios y, sin embargo, pisotea sus mandamientos y preceptos; y por lo tanto, dado que despreciamos en quien creemos y ostentamos que adoramos, la apariencia misma de la adoración es agravio hacia él.

15. Por último, para no hablar de nuestros otros pecados, ¿quién hay entre los laicos, excepto unos pocos, que no tiene constantemente el nombre de Cristo en los labios para jurar por él? De ahí que éste es el juramento más comúnmente utilizado por nobles y plebeyos por igual: “Por Cristo, hago esto...; por Cristo actúo así...; por Cristo no voy a decir nada más..., por Cristo no voy a hacer nada más.” ¿Y qué resulta?

⁶¹ Proverbios 15. 3.

⁶² Romanos 2. 2.

⁶³ La estimación de Salviano de sus números parece justificada por las numerosas inscripciones de los Sirios y otros orientales encontradas en la Galia; cf. *Corpus Inscriptionum Latinarum* XII, XIII.

El abuso se ha llevado tan lejos que, como hemos dicho antes acerca de los bárbaros paganos, ahora el nombre de Cristo no parece ser un juramento de obligación sino una mera interjección. Pues entre la gran mayoría este nombre se considera tan trivial que los hombres nunca tienen menos intención de hacer una cosa que cuando juran hacerla por Cristo. Aunque está escrito: “No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano,” ⁶⁴ la reverencia por Cristo ha caído tan bajo que entre todas las vanas palabras de esta época casi ninguna parece más vanamente utilizada que el nombre de Cristo.

Entonces muchos juran por el nombre de Cristo para hacer cosas no sólo triviales y tontas sino incluso criminales. Porque esta es su forma habitual de hablar: “Por Cristo, robaré eso...; por Cristo heriré a ese hombre...; por Cristo le mataré.” Se ha llegado a tal extremo que se sienten obligados por la religión a cometer los delitos que han jurado en nombre de Cristo.

Por último, permítanme contarles una experiencia propia. Hace poco tiempo, conquistado por las súplicas de un pobre hombre, rogué a un hombre de considerable influencia que no tomara del pobre desgraciado su propiedad y sustancia, para no eliminar el único apoyo y ayuda con la que soportaba su pobreza. Entonces él, quien se había tragado los bienes del pobre hombre con prisa voraz, y ya había devorado a su presa con la mayor

codicia y ardiente ambición, me miró con ojos centelleantes como si pensara que yo podría tomar de él algo que no hubiera logrado mangando al otro, y dijo que no podía hacer lo que le pedía, ya que estaba actuando de acuerdo a un mandato sagrado o decreto que de ninguna manera no podía pasar por alto. Cuando le pregunté la razón, dijo muy enfáticamente sin tolerar contradicción: “He hecho un voto para apoderarme de las propiedades de ese hombre. Considere, pues, si podría o debería dejar de cumplir lo que he jurado por el nombre de Cristo.” Luego le dejé, habiendo escuchado el motivo de su tan piadoso crimen, pues, ¡qué otra cosa iba a hacer, cuando se demostró que su acción era tan justa y sagrada!

16. En este punto les pregunto a todos los que estén en su sano juicio: ¿quién se imaginaría que la codicia humana llegaría a tal extremo de audacia, que alguna vez despreciaría a Dios tan abiertamente que los hombres dirían que es por el amor a Cristo que pretenden hacer un acto que su misma ejecución es un insulto a Cristo? ¡Qué inconcebible y monstruoso crimen! ¿De qué osadía no son capaces las mentes perversas de los hombres? Se arman para robar en nombre de Dios; le hacen de alguna manera responsable de sus crímenes, y aunque Cristo prohíbe y castiga todo pecado, afirman que llevan a cabo sus malvados actos por su bien.

Aun así, quejándonos de la injusticia del enemigo, decimos que los bárbaros paganos son culpables de perjurio. ¡Cuán culpables pueden ser los que juran en falso por los demonios, comparados con nosotros quienes juramos por Cristo! ¡Cuánto menos serio es un crimen que toma el nombre de Júpiter en vano, que el que toma el de Cristo! En el primer caso se trata de un hombre muerto por el que juran,⁶⁵ en el otro, el Dios vivo por cuyo nombre juran falsamente. En el primer caso ya ni siquiera es un hombre; en el segundo, el Dios Altísimo; aquí, ya que el juramento fue realizado en el nombre más vinculante, la mayor culpa y perjurio deben estar involucrados; allí, ya que por lo que juran apenas existe, claramente no hay perjurio, pues dado que el Dios por quien juran no existe, no hay perjurio cuando el juramento se rompe.

⁶⁴ Éxodo 20. 7.

⁶⁵ Un ejemplo característico de evemerismo cristiano.

⁶⁶ Romanos 3. 19; 4. 15.

Finalmente, permitamos al que quiera saber la verdad sobre esta materia escuchar el bendito apóstol Pablo profiriendo los mismos argumentos que estoy dando. Estas son sus palabras: “Empero sabemos que todo lo que la ley dice, a los que están en la ley lo dice”. Y de nuevo: “porque donde no hay ley, tampoco hay transgresión.”⁶⁶ En estas dos declaraciones, ¿acaso no deja claro que hay dos divisiones de la raza humana, aquellas que viven sin la ley, y aquellas que viven bajo ella? ¿Qué hombres son aquellos que ahora viven bajo la ley? ¿Quién en verdad sino los cristianos? Tal fue el mismo apóstol, que dijo de sí mismo: “no estando yo sin ley de Dios, mas en la ley de Cristo”.⁶⁷

¿Quiénes, pues, están fuera de la ley de Cristo? ¿Quiénes sino los paganos ignorantes de la ley del Señor? Por lo tanto, es sobre ellos que dice: “Donde no hay ley, tampoco hay transgresión.” Con estas solas palabras muestra

que sólo los cristianos transgreden la ley cuando pecan, pero los paganos que no conocen la ley pecan sin transgresión, ya que nadie puede transgredir en una cuestión de la que es ignorante. Por lo tanto, solamente nosotros somos transgresores de la ley divina, quienes, como está escrito, leemos la ley y no la seguimos. De ahí que nuestro conocimiento nos traiga nada más que culpa, ya que su resultado únicamente es ejercer una mayor ofensa por nuestros pecados, pues lo que sabemos de nuestra lectura y en nuestros corazones, lo desdeñamos en nuestro desenfreno y desprecio.

Así que las palabras del apóstol a todo cristiano fueron muy justamente dichas: “¿Tú, que te jactas de la ley, con infracción de la ley deshonoras a Dios? Porque el nombre de Dios es blasfemado por causa de vosotros entre los Gentiles, como está escrito.”⁶⁸

Los delitos por los cuales los cristianos son culpables pueden ser comprendidos por este hecho, que difamen el nombre de Dios. Y aunque se nos ha acusado de “hacedlo todo a la gloria de Dios”⁶⁹ nosotros, por el contrario, hacemos todo para su agravio. Aunque el Salvador nos llama a: “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras obras buenas, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.”⁷⁰ Nosotros, por otra parte, vivimos para que los hijos de los hombres vean nuestras malas obras y blasfemar a nuestro Padre que está en los cielos.

17. Siendo este el caso, es posible que nos engatusemos a nosotros mismos con las grandes prerrogativas del nombre de cristianos, quienes actuamos y vivimos de un modo tal que por el mismo hecho de que se nos llame un pueblo cristiano, parecemos ser un reproche a Cristo. Por otro lado, ¿qué similitudes encontramos entre los paganos? ¿Se puede decir de los hunos: “Vean qué tipo de hombres son estos que son llamados cristianos”? ¿Se puede decir de los Sajones o los Francos: “Vean lo que hacen estos hombres quienes claman adorar a Cristo”? ¿Puede ser culpada la ley sagrada por las salvajes costumbres de los Moros? ¿Traen los ritos más inhumanos de los Escitas o de los Gépidos maldiciones y blasfemias en el nombre del Señor, nuestro Salvador?

⁶⁷ I Corintios 9. 21.

⁶⁸ Romanos 2. 23-24.

⁶⁹ I Corintios 10. 31.

⁷⁰ Mateo 5. 16.

¿Se puede decir de cualquiera de estos: “dónde está la ley católica en la que creen; dónde están los mandamientos de piedad y castidad que aprenden; leen el Evangelio, y son castos; escuchan a los apóstoles, y se emborrachan; siguen a Cristo, y saquean; llevan vidas deshonorosas, y dicen que siguen una ley honorable”? ¿Pueden tales cosas decirse de cualquiera de estas naciones? Por supuesto que no, pero todas ellas son verdaderamente dichas de nosotros: en nosotros Cristo sufre reproche; en nosotros, la ley cristiana es maldita. De nosotros se dicen las palabras citadas arriba: “Vean qué tipo de hombres son los que adoran a Cristo. Están claramente mintiendo cuando dicen que aprenden cosas buenas, y se

jactan de que guardan los mandamientos de la ley sagrada. Porque si hubieran aprendido cosas buenas, serían buenos. Su religión debe ser como sus seguidores: sin duda son lo que se les enseña a ser. Así, parece que los profetas que tienen enseñan la impureza; y los apóstoles a los que leen han autorizado la maldad, y el Evangelio del que han aprendido predica las acciones que llevan a cabo; en fin, las vidas de los cristianos serían santas, si Cristo hubiera enseñado santidad. Así pues, el objeto de su adoración debe ser juzgado por sus adoradores. ¿Cómo puede el maestro ser bueno cuando sus pupilos que vemos son tan malos? En él son cristianos; oyen a Cristo mismo y leen sus palabras. Es fácil para todos nosotros aprender las enseñanzas de Cristo. Vean lo que hacen los cristianos, y discernirán con claridad las enseñanzas de Cristo.”

Finalmente, que los paganos siempre han tenido nociones distorsionadas y malvadas sobre los sacramentos del Señor se muestra por las sangrientas inquisiciones de los perseguidores brutales, quienes creyeron que en los servicios cristianos sólo viles y abominables ritos eran llevados a cabo. Incluso los orígenes de nuestra religión se pensaba que surgieron a partir de dos grandes crímenes, el primero el asesinato y el segundo el incesto, el cual es peor que el asesinato. Tampoco eran estos mero asesinato e incesto, sino una cosa más malvada que la abierta comisión de cualquiera de estos delitos, el incesto de madres santas, y el asesinato de bebés inocentes, quienes, pensaban, los cristianos no sólo asesinaron, sino, lo que es más abominable, devoraron.

Todo esto se suponía que se hizo para apaciguar a Dios, ¡como si algún otro mal le causaría mayor ofensa! Como una ofrenda para expiar el pecado, ¡como si cualquier otro pecado pudiera ser mayor! Para hacerle que vea con buenos ojos los sacrificios, ¡como si cualquier otro acto pudiera de mejor manera despertar su aversión y horror! Para ganar el derecho a la vida eterna, ¡como si en efecto, aun suponiendo que se pudiera ganar con tales acciones, mereciera la pena conseguirlo por medio de tales atroces crímenes!

18. De esto podemos comprender lo que los paganos han llegado a creer acerca del carácter de los cristianos, quienes adoran a Dios en tales sacrificios, y qué clase de Dios creen que pudiera haber enseñado tales cosas como ritos sagrados. Sin embargo, ¿cómo surgió esta creencia? De qué otro modo sino a través de los que se llaman cristianos, pero no lo son; quienes por sus vidas vergonzosas y deshonorosas mancillan el nombre de su religión; quienes, como está escrito, “Profésanse conocer a Dios; mas con los hechos lo niegan, siendo abominables y rebeldes, reprobados para toda buena obra”, ⁷¹ por quienes, como se lee, “el camino de la verdad será blasfemado” ⁷² y el nombre sagrado de Dios violado por la blasfemia de hombres sacrílegos.

⁷¹ Tito 1. 16.

⁷² II Pedro 2. 2.

En cuanto a la gran dificultad de expiar por someter el nombre de la divinidad a la maledicencia de los paganos, se nos enseña con el ejemplo

del más bendito David. Por el sufragio de sus antiguos actos de justicia se mereció conseguir alivio, por medio de un solo acto de confesión, del castigo eterno por sus ofensas. Sin embargo, incluso la penitencia que rogó por él, no valió para ganar el perdón, de este grave pecado. Para cuando el profeta Natán le había oído confesar su culpa, le dijo: “también Jehová ha remitido tu pecado: no morirás”, agregó a la vez: “Mas por cuanto con este negocio hiciste blasfemar a los enemigos de Jehová, el hijo que te ha nacido morirá ciertamente.” ⁷³

¿Y qué siguió? Dejó a un lado su diadema, desechó sus joyas, se quitó el púrpura, renunció a todo el esplendor de su estado de realeza, y por el contrario, se encerró solo en luto, suciamente vestido con tela de saco, empapado con sus lágrimas y ensuciado con cenizas. Sin embargo, aunque solicitó la vida de su niño con tales lamentaciones y súplicas, y se esforzó por mover el tierno corazón de Dios con tales oraciones fervientes, todas sus súplicas y protestas no pudieron obtener su perdón, a pesar de que había creído firmemente que debía obtener lo que solicitaba de Dios, que es la mayor ayuda para aquellos que oran. De esto aprendemos que no hay absolutamente ningún pecado que sea más difícil expiar que aquellos que dan ocasión a los paganos de blasfemar. Porque cualquiera que ha pecado gravemente sin causar a otros blasfemar lleva condenación sólo a sí mismo, pero aquel que ha hecho que otros blasfemen, arrastra a muchos hombres a la muerte con él, y debe responder por todos a los que ha implicado en su culpa. Esto no es todo; cuandoquiera que un hombre peque; de tal manera que su acción no de ocasión a que otros blasfemen, su pecado le hiere solamente a aquel que lo ha cometido, pero no insulta el santo nombre de Dios por las maldiciones sacrílegas de la blasfemia. Pero si su mal ha causado a otros blasfemar, su pecado debe ser inmensamente grande, más allá de los límites de la culpa humana, pues por los denuestos de muchos ha causado incalculables insultos a Dios.

19. Además, como ya he dicho, este mal es propio de nosotros, los cristianos, porque Dios es blasfemado sólo a través de la agencia de aquellos que conocen el bien y hacen el mal; quienes, como está escrito: “Profésanse conocer a Dios; mas con los hechos lo niegan”; ⁷⁴ quienes, como el mismo apóstol dice: “estás reposado en la ley y sabes su voluntad, y apruebas lo mejor, instruido por la ley; que tienes la forma de la ciencia y de la verdad en la ley; ¿Tú, que predicas que no se ha de hurtar, hurtas?; ¿Tú, que dices que no se ha de adulterar, adulteras?; ¿Tú, que te jactas de la ley, con infracción de la ley deshonoras a Dios?” ⁷⁵

Los cristianos son peores que otros hombres por el mismo motivo que deberían ser mejores. No justifican su profesión de fe, pero la iluminan en su contra con sus malas vidas. Pues el mal hacer es lo más condenable en contraste con un título honorable; y un nombre sagrado se convierte en un crimen en un hombre impío. Por lo tanto, nuestro Salvador también dice en el Apocalipsis a un tibio Cristiano: “¡Ojalá fueses frío, o caliente! Mas porque eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca.” ⁷⁶

⁷³ II Samuel 12. 13-14.

⁷⁴ Tito 1. 16.

⁷⁵ Romanos 2. 17-23, selecciones.

⁷⁶ Revelaciones 3. 15-16.

El Señor mandó a todos los cristianos ser fervientes en la fe y el espíritu. Pues está escrito: “En el cuidado no perezosos; ardientes en espíritu; sirviendo al Señor”. ⁷⁷ En este fervor de espíritu, el ardor de la fe religiosa se da a conocer; aquel que tiene la mayor proporción de tal ardor se reconoce como ferviente y fiel, mientras que aquel que no tiene nada es conocido por ser frío y un incrédulo. Pero aquel que está entre lo uno y lo otro, es un cristiano tibio y odioso para el Señor, quien por lo tanto, le dice: “¡Ojalá fueses frío, o caliente! Mas porque eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca.” Es decir: “¡Ojalá tuvieras bien el calor y la fe de los buenos cristianos o la ignorancia de los paganos! Pues entonces, bien tu cálida fe te haría agrandar a Dios, o al menos por el tiempo de tu ignorancia de la ley te daría un algún nivel de excusa. Pero la verdad es que, ya que tú conoces a Cristo, y desatiendes a quien conoces, tú quien, por así decirlo, has sido recibido en la misma presencia de Dios por el reconocimiento de la fe, eres expulsado debido a la tibieza.”

El bendito apóstol Pedro también dejó esto claro cuando dijo de los tibios y viciosos Cristianos, es decir, aquellos que viven vidas perversas: “Porque mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia, que después de haberlo conocido, tornarse atrás del santo mandamiento que les fue dado. Pero les ha acontecido lo del verdadero proverbio: El perro se volvió a su vómito, y la puerca lavada a revolcarse en el cieno.” ⁷⁸

Para dejar claro que esto fue dicho de los que viven bajo el nombre de cristianos en la vileza y la suciedad del mundo, escuchad lo que dice de tales hombres en el mismo pasaje: “Ciertamente, si habiéndose ellos apartado de las contaminaciones del mundo, por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo, y otra vez envolviéndose en ellas, son vencidos, sus postrimerías les son hechas peores que los principios.” ⁷⁹ Esto, en efecto, el bienaventurado Pablo lo repite de la misma manera: “Porque la circuncisión en verdad aprovecha, si guardares la ley; mas si eres rebelde a la ley, tu circuncisión es hecha incircuncisión.” ⁸⁰ Él mismo muestra muy claramente lo que el Cristianismo debe entender por circuncisión, cuando dice: “Porque nosotros somos la circuncisión, los que servimos en espíritu a Dios, y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne.” ⁸¹ Por esto vemos que está comparando a los malos cristianos con los paganos, y no meramente comparándolos, sino casi clasificándolos de menor consideración, cuando dice: “De manera que, si el incircunciso guardare las justicias de la ley, ¿no será tenida su incircuncisión por circuncisión? Y lo que de su natural es incircunciso, guardando perfectamente la ley, te juzgará a ti, que con la letra y con la circuncisión eres rebelde a la ley.” ⁸²

⁷⁷ Romanos 12. 11.

⁷⁸ II Pedro 2. 21-22.

⁷⁹ *Ibíd.* 2. 20.

⁸⁰ Romanos 2. 25.

⁸¹ Filipenses 3. 3.

⁸² Romanos 2. 26-27.

De esto aprendemos, como he dicho antes, que somos mucho más merecedores de culpa, quienes tenemos la ley y la rechazamos, que aquellos que ni la tienen en absoluto, ni la conocen, pues nadie desprecia lo que no conoce. “Empero yo no conocí el pecado”, dice el apóstol: “si la ley no dijera: No codiciarás.” ⁸³ Ni tampoco los hombres transgreden la ley la cual no conocen, porque, como está escrito: “donde no hay ley, tampoco hay transgresión.” ⁸⁴ Si los hombres no quebrantan la ley que no tienen, ni desprecian los términos de la ley que no tienen, pues nadie, como ya he dicho, puede despreciar lo que no conoce.

Nosotros, por lo tanto, somos tanto burladores como transgresores de la ley, y así somos peores que los paganos, porque ellos no conocen las ordenanzas de Dios, pero nosotros las conocemos; no las poseen, pero nosotros sí; no realizan preceptos que no han oído hablar, pero nosotros los leemos y pisoteamos bajo nuestros pies. De ahí que, lo que con ellos es ignorancia, con nosotros transgresión, ya que hay menos culpabilidad en la ignorancia de la ley que en el desprecio de la misma.

⁸³ *Ibíd.* 7. 7.

⁸⁴ *Ibíd.* 4. 15.

Libro Quinto

Sobre la herejía y la opresión de los pobres por los poderosos durante todo el Imperio Romano

1. Sé que hay hombres, totalmente carentes de fe y vacíos de verdad divina, que piensan que tienen una respuesta fácil a mis argumentos. Dicen que si la culpa de los cristianos infieles es tan grande que pecan más al ignorar las órdenes del Señor, las cuales conocen, que las tribus paganas en su ignorancia, entonces la ignorancia se ha probado de mayor beneficio para los paganos que el conocimiento, y el conocimiento de la verdad es solamente un obstáculo para los cristianos.

Mi respuesta debe ser esta: no es la verdad la que se interpone en nuestro camino, sino nuestros propios vicios; no es la ley la que nos hace daño, sino nuestros malos caminos. En suma, dadnos buenos caminos para vivir y los decretos de la ley estarán a nuestro favor; quitadnos nuestros vicios y la ley nos ayudará. “Sabemos empero”, dijo el apóstol, “que la ley es buena, si alguno usa de ella legítimamente; conociendo esto, que la ley no es puesta para el justo”. Por lo tanto, comienza a ser justo, y serás libre de la ley, porque la ley no puede actuar en contra de la vida santa, en la cual consiste. “Sabemos empero”, dijo, “que la ley es buena, si alguno usa de ella legítimamente; conociendo esto, que la ley no es puesta para el justo, sino para los injustos y para los desobedientes, para los impíos y pecadores, y para los profanos, y si hay alguna otra cosa contraria a la sana doctrina”. ¹ Así que la ley no está tanto luchando contra ti, mi amigo, como tú contra la ley, ni tampoco por sus buenos preceptos toma medidas contra ti, sino tú contra ella con tu mala vida. De hecho, está de tu lado, pero tú estás contra ella. Te da buen consejo con palabras santas, mientras que luchas contra ella con malas acciones, y sin embargo, no tanto contra ella como contra ti mismo. Oponerse a ella es oponerte a ti mismo, ya que en ella reside tu vida y seguridad. Cuando abandonas la ley divina, abandonas tu propia salvación. Así, nuestras quejas de la ley del Señor son como las de un inválido impaciente contra un doctor excelente. Cuando su propia culpa ha aumentado su enfermedad, acusa a su médico de incompetencia. Como si, realmente, las recetas pudieran curar cualquier enfermedad si el paciente no las obedeciera, o el régimen ordenado por el médico produjera una cura si el paciente no lo siguiera. ¿Qué bien pueden hacer al estómago cervezas amargas de barril si se toman otras dulces inmediatamente después? ¿Qué bien puede hacer al paciente delirante, cuyos propios desvaríos le están matando, el silencio de aquellos que le rodean? ¿De qué beneficio será el antídoto si el veneno se vierte sobre él?

Ahora en nuestro caso la ley es el antídoto, el veneno nuestra maldad. El antídoto de la ley no nos puede curar a quienes estamos siendo asesinados por el veneno de nuestro propio vicio. Pero de estas cuestiones ya he dicho suficiente anteriormente, y si la ocasión se presenta, hablaré más tarde con la ayuda de Dios.

2. Mientras tanto, ya he mencionado previamente que hay dos clases o sectas de bárbaros, a saber, paganos y herejes, y ya he dicho, creo, suficiente de los paganos, permítanme añadir lo necesario acerca de los herejes. Pues mi oponente puede decir: “Incluso si la ley divina no consigue que los paganos guarden los mandamientos que no conocen, ciertamente consigue esto de los herejes, quienes los conocen; pues leen los mismos libros que nosotros; tienen los mismos profetas, los mismos apóstoles, los mismos evangelistas, y por lo tanto, no son menos culpables que nosotros de la negligencia de la ley. Su negligencia es mucho peor que la nuestra, pues aunque sus Escrituras son las mismas, sus acciones son mucho peores.”

¹ 1 Timoteo 1. 8-10.

Consideremos ambos puntos. Decís que leen los mismos libros que nosotros. ¿Cómo pueden sus libros ser los mismos, estando malamente interpolados y falsificados por hombres sin escrúpulos? No son los mismos en absoluto, pues no se puede decir que mantengan su identidad sin cambios si están corrompidos en cualquier parte. Después de haber perdido su completa integridad no están intactos, y siendo privados de la fuerza de los sacramentos no mantienen su valor real. Nosotros solos, por lo tanto, tenemos las Sagradas Escrituras en su integridad, invioladas y completas, quienes, o bien las bebemos de su fuente, o al menos sacadas de la fuente más pura por la agencia de una traducción incorrupta; sólo nosotros las leemos bien. ¡Ojalá las hiciéramos realidad así como las leemos! Pero me temo que nosotros, quienes erramos al seguirlas, tampoco las leemos correctamente. Pues hay menos culpa en no leer las santas palabras que en leerlas y violarlas. Las otras naciones, o bien no poseen la ley de Dios o la tienen en una forma cambiada y atenuada, y, como he dicho, tenerla en tal condición es lo mismo que no tenerla en absoluto.

Si hay algunos entre los bárbaros que parecen poseer en sus libros las Sagradas Escrituras menos interpoladas y cortadas en mil pedazos que el resto, aún permanecen las corrupciones en sus textos debidas a la tradición de sus primeros maestros, cuyos discípulos siguen más a su tradición que a la propia Escritura. Pues no obran de acuerdo con las instrucciones de la verdadera ley, sino por las interpolaciones de una perversa y distorsionada interpretación.

Los bárbaros, de hecho, carentes de la formación romana o cualquier otro tipo de educación civilizada, no sabiendo absolutamente nada a no ser que lo hayan escuchado de sus maestros, siguen ciegamente lo que escuchan. Tales hombres, completamente ignorantes de literatura y de sabiduría, están seguros de aprender los misterios de la ley divina a través de la instrucción en lugar de la lectura, y conservan las doctrinas de sus maestros en lugar de la propia ley. Así, entre ellos la interpretación y la doctrina de sus maestros han usurpado la autoridad de la ley, ya que únicamente conocen lo que se les enseña. Por lo que son herejes, pero sin darse cuenta.² De hecho, es sólo entre nosotros que son herejes, y no entre ellos mismos, porque están tan seguros de su propia ortodoxia, que nos calumnian a su vez con la acusación de herejía. Como lo son para nosotros, así somos nosotros para ellos. Nosotros estamos convencidos de que dañan la encarnación santa llamando al Hijo inferior al Padre: ellos

piensan que dañamos al Padre en la creencia de que los dos son iguales. La verdad está de nuestro lado, pero ellos se la reclaman para sí. Nosotros verdaderamente honramos a Dios, pero ellos creen que su creencia honra más su divinidad. No están a la altura de su deber cristiano, aunque a través de lo que creen que es su máximo desarrollo; su falta de reverencia les parece la verdadera piedad. Así que yerran, pero con las mejores intenciones, no por odio, sino por amor a Dios, creyendo que le honran y le aman. A pesar de que no tienen la verdadera fe, sin embargo, piensan que poseen el perfecto amor de Dios. Cómo serán castigados por el error de su falsa opinión en el día del juicio, nadie puede saber sino el Juez.

² El resto de este capítulo está citado en una traducción abreviada por Voltaire en su *Dictionnaire philosophique*, s.v. "Hérésie", con el comentario preliminar que es el ataque más prudente al espíritu de intolerancia que se pueda encontrar. Aparentemente Voltaire había olvidado o no leído el tratado de Agustín *Contra epistolam Manichaei* (Migne, PL, XLII, col. 173), en el que (c. 1) reza por "una mente calmada y tranquila, pensando más en tu corrección que en tu subversión. Pues aunque el Señor por medio de sus siervos derroca los reinos del error, sin embargo, manda a los hombres mismos, en tanto que hombres, ser enmendados en lugar de destruidos".

Mientras tanto, creo que Dios tiene paciencia con ellos porque ve que a pesar de que no tienen la verdadera fe, con todo, su error es debido al amor de lo que les parece ser la verdad, sobre todo porque sabe que su maldad es debida a la ignorancia, mientras que entre nosotros los hombres desatienden aquello que creen. Así que su pecado es culpa de sus profesores, mientras que la nuestra es propia; la de ellos es cometida en la ignorancia, la nuestra con pleno conocimiento; hacen lo que creen correcto, pero nosotros lo que sabemos que es perverso. Por lo tanto, con justo juicio, la paciencia de Dios le permite sobrellevarles, pero nos castiga, porque la ignorancia puede ser perdonada por un tiempo, pero el desprecio no merece indulgencia. Pues está escrito: "Porque el siervo que entendió la voluntad de su señor, y no se apercibió, ni hizo conforme a su voluntad, será azotado mucho. Mas el que no entendió, e hizo cosas dignas de azotes, será azotado poco". ³

3. No nos asombremos de que seamos azotados mucho, ya que no erramos por ignorancia sino por medio de la rebelión. Pues conociendo el bien no lo realizamos, y conociendo la distinción entre el bien y el mal, perseguimos el mal. Leemos la ley y pisoteamos lo que es legal; aprendemos los decretos de las sagradas ordenanzas sólo para aumentar la gravedad de nuestros pecados después de su prohibición; decimos que adoramos a Dios, pero servimos al diablo. Después de todo esto, deseamos recibir buenos dones de Dios, mientras que continuamente amontonamos mal sobre mal; deseamos que Dios haga nuestra voluntad, aunque no estamos dispuestos a hacer la suya. Nos tratamos con él como sus superiores; deseamos que acceda a nuestros deseos constantemente, a pesar de que constantemente luchamos contra los suyos.

Pero él es justo, por muy injustos que nosotros podamos ser; pues castiga a aquellos que cree que merecen castigo, y aguanta con aquellos que piensa

que merecen su paciencia. En cada caso, su fin es el mismo, que su castigo de los ortodoxos pueda contener su lujuria por el pecado, y su paciencia al fin lleve a los herejes a reconocer la plena verdad de la fe, sobre todo porque sabe que esos hombres no suelen ser indignos de la fe católica, a quienes ve superiores a los ortodoxos en su manera de vivir. Todos aquellos de quienes hablo son o bien Vándalos o Godos, ⁴ pues no digo nada de la multitud de herejes Romanos, y no los compararé con los Romanos ni con los Bárbaros, ya que su falta de fe les hace peores que los Romanos, y su vergonzosa vida peores que los bárbaros. Que los hombres de quienes hablo son Romanos, lejos de ayudarnos, hace nuestro caso aún peor. Es fácil estimar lo que merece todo el estado Romano, cuando una parte de los Romanos ofenden a Dios con su forma de vida, la otra parte con su falta de fe y también con su forma de vida.

³ Véase Lucas 12. 47-48.

⁴ La consideración de Orosio de la conversión de los Godos, aunque está de acuerdo con Salviano sobre la responsabilidad de los Romanos por la herejía de los Godos, resalta, en contraste, la comprensión y la simpatía con la que Salviano declara la inexistencia de responsabilidad moral por parte de los bárbaros por una herejía que a ellos les parecía ortodoxa. La actitud de Salviano es de lo más notable, en alguien cuya devoción a Cristo es tan fuerte que, a veces, tiene a Cristo eclipsando a las otras Personas de la Trinidad. Orosio dice (VII. 33. 19): “Antes de esto, los Godos enviaron embajadores para pedir que fueran enviados obispos, de los cuales pudieran aprender los preceptos de la fe Cristiana. El emperador Valente, con condenable perversidad, envió maestros del credo Arriano. Los Godos han persistido con las instrucciones de la primera fe que recibieron. Así, por un justo juicio de Dios, quemaron vivo al hombre gracias al cual eran culpables, cuando mueran, están condenados a arder por su error atroz”.

Añádase que las mismas herejías de los bárbaros brotan originalmente de la falsa enseñanza que recibieron de los Romanos, y el inicio de la herejía entre ellos se convierte en otra dura acusación contra nosotros. ⁵

4. Pero en cuanto a la forma de vida entre los Godos y los Vándalos, ¿en qué simple respecto podemos considerarnos superiores a ellos, o incluso dignos de comparación? Déjeme hablar primero de su afecto y caridad, los cuales el Señor nos enseña que son las principales virtudes, y que nos encomienda no sólo a través de las Sagradas Escrituras, sino también en sus propias palabras, cuando dice: “En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros.” ⁶ Ahora casi todos los bárbaros, al menos aquellos que pertenecen a una tribu, bajo el gobierno de un rey, se aman unos a otros, mientras que casi todos los romanos están en contienda unos con otros. ¿Qué ciudadano hay que no envidie a sus semejantes? ¿Quién muestra caridad completa a sus vecinos? Todos están, de hecho, muy lejos de sus vecinos en el afecto, no obstante cerca en el lugar; aun viviendo lado a lado, están muy separados en espíritu. Si bien este es un mal gravísimo, desearía que fuera cierto sólo de ciudadanos y vecinos. Pero la situación es aún más grave, pues ni siquiera las relaciones preservan los lazos de parentesco. ¿Quién presta un servicio fraternal con sus familiares cercanos? ¿Quién paga al afecto familiar la deuda que sabe que es debida al nombre que lleva? ¿Quién está tan estrechamente

relacionado con sus afectos como con la sangre? ¿Quién no se enciende con una pasión oscura de mala voluntad? ¿Quién no tiene emociones que son presa de la envidia? ¿Quién no ve la buena fortuna del otro como su propio castigo? ¿Quién no considera el bien ajeno como el mal propio? ¿Quién encuentra su propia buena fortuna tan amplia que se dispone para que otro pueda ser afortunado también? La mayoría de los hombres están sufriendo un mal extraño e incalculable, ya que no es suficiente para cualquier hombre ser feliz por sí mismo, a menos que otro con ello sea miserable. Menuda situación es esta, qué salvaje, cómo de arraigada en la misma impiedad la cual deploramos, qué extraño para los bárbaros y familiar para los romanos, quienes proscriben los unos a los otros por exacciones mutuas. Mis últimas palabras, tal vez, dan una impresión equivocada, ya que sería mucho más tolerable si cada hombre soportara lo que él mismo hubiera infligido a otros. La situación actual es más difícil de soportar, pues los muchos están proscritos por los pocos, quienes usan las levass públicas para su beneficio particular, y convierten las cuentas de endeudamiento con las arcas públicas para su beneficio privado.⁷ No sólo son los altos funcionarios quienes hacen esto, sino los menores también en casi igual medida; no sólo los jueces, sino sus obedientes subordinados también.⁸

⁵ Véase IV. 2 *supra*. Como Zschimmer (*op. cit.*, 58 n.1.) señala, esta es una declaración muy notable. Salviano entiende claramente la conexión histórica del Arrianismo Romano con el de los Germanos; ya sea que en realidad sabía que Ulfilas en su traducción de la Biblia hizo modificaciones para convenir con las doctrinas Arrianas, o simplemente se limita a repetir algunos de los cargos habituales presentados por contemporáneos de la fe ortodoxa contra Ulfilas y otros misioneros Arrianos.

⁶ Juan 13. 35.

⁷ Sobre los esfuerzos del estado para prevenir tal injusticia, cf. especialmente Cód. Theod. XI. 1. 20, 26.

⁸ Véase Cód. Theod. XI. 7. 16, 20; 11.1, para las penas por agresión indebida por parte de funcionarios menores.

Pues, ¿qué ciudades, o municipios y aldeas, hay en los que no haya tantos tiranos como curiales?⁹ Aún, quizás, se pavoneen por su título, ya que parece ser uno de poder y honor. Los bandoleros normalmente se alegran y se regocijan por ser considerados algo más crueles de lo que realmente son. ¿Qué lugar hay, como he dicho antes, en el que el alma misma de las viudas y los huérfanos no es drenada por los líderes de sus estados, y con ellos la de todos los hombres devotos? Pues estos últimos se sitúan con las viudas y los huérfanos, ya que no están dispuestos a protegerse a sí mismos, por devoción a sus votos, o no pueden debido a su sencillez y humildad. Por lo tanto, ninguno de ellos está seguro, en verdad casi nadie está a salvo, excepto los más poderosos, del saqueo y la ruina de este bandidaje universal, u otros que estén a la altura de los mismos bandidos. Las cosas han llegado hasta tal funesto punto, a tal condición criminal, que sólo los hombres malvados pueden encontrarse a sí mismos seguros.¹⁰

5. Pero sin duda, objetáis que, a pesar de que haya tantos que persiguen a los hombres de bien, debe haber algunos que vengan al rescate de las personas en peligro, y, como está escrito, “Librad al afligido y al necesitado: Libradlo de mano de los impíos.” ¹¹ “No hay quien haga bien, no hay ni siquiera uno”: ¹² como el profeta mostró con estas palabras, los hombres buenos son tan raros que apenas uno parece permanecer entre nosotros.

⁹ Véase III. 5 *supra*. Para una consideración distinta, nótese el texto del decreto contemporáneo de Teodosio y Valentiniano emitido en 443 d.c. (Cód. Just. V. 27. 2.) que comienza: “Si algún hombre, ya sea libre o atado en las redes de la curia...” En sus propios ojos el curial se había convertido en un esclavo más que un tirano, y en los del gobierno también, pero la necesidad de tiranía hacia los contribuyentes fue de ese modo incrementada. Para las obligaciones del cargo y la dificultad de ocuparlo en este tiempo, consulte Cód. Theod. XII. 1, *De decurionibus*.

¹⁰ Que condiciones similares prevalecieron también en la parte oriental del imperio en este tiempo, se muestra por la consideración del régimen Romano emitida por el Griego a quien Prisco encontró en la corte de Atila (Prisco, “Historia Gothica”, en De Boor, *Excerpta Constantiniana I*, 135-138; véase también Bury, *Historia del Bajo Imperio Romano*, I, 213-223): “Sus opresiones en tiempo de paz son mucho más amargas que las calamidades debidas a la guerra, tanto a causa de los duros tributos como por la opresión de los malvados, ya que las leyes no se aplican para todos por igual. Si un hombre rico o poderoso las transgrede, no paga la pena por su fechoría; pero si un hombre necesitado, quien no sabe cómo dirigir sus asuntos, transgrede, debe esperar la sanción ordenada por la ley; a menos que tal vez, antes de que se decida la sentencia, cuando mucho tiempo se ha gastado en el pleito continuo y grandes cantidades de dinero gastado bajo mano, termine su vida. Pero las peores injusticias de todas son que la ley y la justicia han de obtenerse sólo mediante la negociación y el soborno. Pues nadie abrirá los tribunales a cualquier hombre dañado, antes de que entregue su dinero para el uso del juez y sus ayudantes.” Priseus contestó con una descripción de la justicia general de la ley y el gobierno Romano, a la que el exiliado respondió que las leyes del estado Romano eran realmente buenas y el imperio gloriosamente constituido, pero los magistrados, menos dotados de espíritu público que los antiguos, estaban debilitándola y pervirtiéndola.

¹¹ Salmos 82. 4.

¹² *Ibíd.* 14. 3.

¿Quién ofrece ayuda a aquellos que están en dificultades y sufrimiento, cuando incluso los sacerdotes del Señor no hacen resistencia a la violencia de los inescrupulosos? La mayoría del clero o bien no dicen nada, o, si hablan, sus palabras no son más efectivas que el silencio. Con muchos de ellos no es la falta de resolución, sino lo que consideran una prudente discreción que recomienda este rumbo. ¹³ No están dispuestos a declarar la verdad abiertamente, pues esto, los sensibles oídos de los malvados no lo pueden soportar. No contentos con rehuir la verdad, nuestros opresores la odian y la maldicen, no dan señales de ninguna reverencia o respeto cuando

escuchan la verdad, y muestran total desprecio por ella, en su engreimiento contumaz y rebelde. Por lo tanto, incluso aquellos que tienen ocasión de hablar, permanecen en silencio y se abstienen de ataques inmediatos sobre aquellos que saben que son culpables. No se atreven a hacer pública toda la verdad abiertamente por temor a aumentar la opresión por una insistencia demasiado enfática.

Mientras tanto a los pobres se les roba, las viudas se quejan, los huérfanos son pisados, por lo que muchos, incluso las personas de buena cuna, quienes han disfrutado de una educación liberal, buscan refugio con el enemigo ¹⁴ para escapar de la muerte bajo los procesos de la persecución general. Buscan entre los bárbaros la misericordia romana, ya que no pueden soportar la bárbara crueldad que encuentran entre los romanos. ¹⁵

Aunque estos hombres difieren en costumbres y lengua de aquellos con quienes se han refugiado, ni tampoco están acostumbrados, si se me permite decirlo así, a los olores nauseabundos de los cuerpos y las ropas de los bárbaros, ¹⁶ sin embargo, prefieren la extraña vida que allí encuentran a la abundante injusticia entre los romanos.

¹³ En otra parte Salviano habla en el mismo sentido (*Ad Ecclesiam* IV. 8): “En tal situación, ¿qué hacen esos hombres a quienes Cristo ha designado hablar? Desagradan a Dios si son silenciosos; a los hombres si hablan. Pero, como dijo el apóstol en respuesta a los Judíos, es más oportuno obedecer a Dios que a los hombres”.

¹⁴ Un pedazo importante de evidencia contemporánea de un paso fundamental en la transición del régimen Romano en los distritos rurales al feudalismo.

¹⁵ Una similar declaración de Orosio en el caso de Hispania ya ha sido citada; cf. IV. 4 *supra*. Sidonio (*Ep.* V. 7) habla de los funcionarios cuya opresión de la Galia se destaca en marcado contraste con la clemencia de los bárbaros circundantes. La consideración aportada por Paulino de Pella de la vida romana entre los invasores Godos corrobora las declaraciones de Salviano, en una situación en la que la victoria de los Godos y el saqueo antes de su partida hizo su favorable consideración de lo más notable. Lamentó (*Eucharisticos* 285-290) la desventaja de no haber tenido Godos alojados en su casa para protegerle de los estragos cuando su tribu se retiró: “pues sabemos que algunos de los Godos funcionaron con la mayor humanidad en beneficio de sus anfitriones para su protección”. Más tarde, su oración (*Ibíd.* 424-425) que “alguna parte de mi ancestral fortuna pudiera quedar del saqueo bárbaro por derecho de guerra, y del crimen romano, el cual ha engordado libremente en diversas temporadas a costa de mis pérdidas, contra toda justicia” fue respondida con el pago que recibió de un Godo por una parte de su antigua hacienda, la cual había recaído a manos del honesto bárbaro como parte de su botín.

¹⁶ Un disgusto similar es expresado por Sidonio (*Carmen* XII) en su descripción de las dificultades de componer versos de seis pies cuando los bárbaros de siete pies (N.T. de altura) exhalan cebollas y ajo en tu rostro al amanecer.

Así que encuentras hombres pasando por todas partes, ahora a los Godos, ahora a los Bagaudas, o cualquiera de los otros bárbaros que hayan establecido su poder en algún lugar,¹⁷ y no se arrepienten de su expatriación, porque preferirían vivir como hombres libres, aunque en aparente cautiverio, que como cautivos en aparente libertad. De ahí que el nombre de ciudadano romano, una vez no sólo muy valorado, sino comprado muy caro,¹⁸ es ahora repudiado y apartado voluntariamente, y se tiene como no meramente carente de valor, sino incluso casi aberrante. ¿Qué puede ser una mayor prueba de la injusticia romana que el que muchos dignos nobles, para quienes sus estatus romano deberían haber sido la mayor fuente de fama y honor, sin embargo, han sido llevados a tal punto por la crueldad de la injusticia romana, que ya no desean ser romanos?

El resultado es que incluso aquellos que no se refugian con los bárbaros están, con todo, obligados a ser ellos mismos bárbaros; pues este es el caso de la mayor parte de los Hispanos, no pequeña proporción de los Galos, y, en fin, todos aquellos que a lo largo del mundo romano su ciudadanía romana se ha reducido a nada por la extorsión romana.

6. Ahora debo hablar de los Bagaudas,¹⁹ quienes, despojados, afligidos, y asesinados por los magistrados malvados y sanguinarios, después de haber perdido los derechos de los romanos, los ciudadanos, perdieron también el honor del nombre romano. ¡Nosotros transformamos sus desgracias en crímenes, les etiquetamos con un nombre que recuerda sus pérdidas, con un nombre que nosotros mismos hemos ingeniado para su vergüenza! Llamamos a esos hombres rebeldes y totalmente abandonados, a quienes nosotros mismos hemos forzado al crimen.²⁰

¹⁷ Estrictamente hablando los Bagaudas no eran bárbaros, sino campesinos rebelados de la ciudadanía romana, cuyas largamente continuadas revueltas les había convertido a los ojos romanos con un carácter quasi-bárbaro; para los otros bárbaros nótese que en la VII. 15 los Francos se describen como especialmente hospitalarios.

¹⁸ Así, el tribuno de los soldados en Jerusalén dijo a Pablo: “Yo con grande suma alcancé esta ciudadanía”, es decir, la ciudadanía romana. (Hechos 22. 28.)

¹⁹ La revuelta de los Bagaudas, análoga en muchos aspectos a la de la Jacquerie en el siglo 14, se desató en la Galia en el año 283-4 d.c. debido a la opresión en esa provincia, debido sobre todo a una muy pesada tributación. El imperio estaba ocupado en la guerra contra los usurpadores, y la revuelta se extendió rápidamente. Maximiano ganó grandes elogios por suprimirla, pero los Bagaudas continuaron saqueando los distritos rurales y pueblos, y se extendieron a través de la Galia e Hispania, dificultando seriamente la vigilancia de las fronteras. Su revuelta del siglo quinto de nuevo asumió proporciones graves; sus tropas eran ahora ejércitos regulares y sus unidades locales estrechamente equivalentes a las de los estados individuales germanos en cuanto a la amenaza para la unidad del imperio, engendrando un creciente descontento hacia la opresión oficial. La última mención de los Bagaudas en la Crónica de Idacio es en el año 449 d.c., y el movimiento parece haber llegado a su fin poco después de

esto. Para las referencias contemporáneas, de las cuales la consideración de Salviano es la más detallada, cf. Seeck, s.v. "Bagaudas," en Pauly-Wissowa, *Real-Encyclopädie*.

²⁰ Que un hombre no debe ser considerado responsable por un delito cometido bajo coacción, es reconocido por un decreto de Honorio y Teodosio en el 416 d.c. (Cód. Theod. XV. 14. 14) que prohíbe pleitos para los crímenes cometidos durante las incursiones bárbaras, "ya sea por pelea o por el agrupamiento conjunto de los refugiados... pues un acto hecho para escapar de la muerte no se considera un crimen."

Pues, ¿debido a qué otras causas fueron hechos Bagaudas ²¹ salvo por nuestros actos injustos, las perversas decisiones de los magistrados, la proscripción y la extorsión de aquellos quienes han volcado las exacciones públicas al aumento de sus fortunas privadas y hecho las indicciones de impuestos su oportunidad para el saqueo? ²²

Como bestias salvajes, en vez de gobernar a aquellos puestos bajo su poder, los funcionarios les han devorado, nutriéndose no sólo de sus pertenencias como los bandidos comunes lo harían, sino incluso de su carne desgarrada y su sangre. Así, ha llegado a pasar que los hombres que fueron estrangulados y medio muertos por exacciones brutales comenzaron a ser realmente bárbaros, ya que no se les permitía ser Romanos. Estaban satisfechos de convertirse en lo que no eran, puesto que ya no se les permitía ser lo que habían sido; y se vieron obligados a defender sus vidas lo mejor que podían, ya que vieron que ya habían perdido por completo su libertad.

¿Cómo nuestra situación actual difiere de la de ellos? Aquellos que antes no se habían unido a los Bagaudas, ahora se ven obligados a unirse a ellos. Los daños aplastantes que los hombres pobres sufren les obligan a desear convertirse en Bagaudas, pero su debilidad se lo impide. Así que son como cautivos oprimidos por el yugo de un enemigo, soportando las torturas de la necesidad, no de su propia elección; en sus corazones anhelan la libertad mientras que sufren los extremos de la esclavitud.

7. Tal es el caso entre casi todas las clases bajas, pues las mismas circunstancias les fuerzan entre dos alternativas muy diferentes. Están extremadamente obligados a desear la libertad, pero la compulsión que sufren les priva de poder llevar a cabo su deseo. Tal vez se pueda afirmar que los mismos hombres que tienen estos deseos, desearían nada mejor que ser libres de sentirlos nunca, pues lo que desean es la mayor desgracia. Estarían mucho mejor si no tuvieran necesidad de tales ambiciones. ¿Pero qué otro deseo pueden tener estos pobres infelices? Tienen que resistir la frecuente, incluso continua, ruina de las requisas estatales, siempre amenazados por la proscripción severa y constante; abandonan sus hogares para evitar ser torturados en ellos, y van voluntariamente al exilio para escapar del duro castigo. Para tales hombres el enemigo es más amable que los recaudadores de impuestos. Esto se demuestra por sus acciones, pues huyen hacia los enemigos para evitar la opresión de los gravámenes. ²³

²¹ Salviano utiliza el término *Bagaudas*, al parecer, una palabra de origen celta, para la cual Seeck sugiere el significado “bélico”, como equivalente a “rebeldes fuera de la ley”.

²² Los diez hombres principales de cada ciudad eran los responsables de entregar a los agentes del gobierno central todo lo que se debía de su distrito en el pago de la *indicción*, término utilizado desde la época de Diocleciano para el impuesto provincial general sobre la base de la cantidad de tierra arable, el ganado y los trabajadores de cada localidad. Las revisiones periódicas de la propiedad sujeta a impuestos también dependían en gran medida de los oficiales de la ciudad, y por lo general causaron mucha opresión a los contribuyentes más pobres, como aquí dice Salviano. En este caso, también, como en tantos otros, los ricos con el soborno podían obtener más fácilmente un alivio sustancial que lo que podían los pobres.

²³ Véase Cód. Theod. XI. 1. 7 para el decreto de Constancio y Constante en el año 361 d.c., desgravando de los pagos *pro his qui aufugerint* a cualquiera de los senadores que pudieran demostrar que no poseían ninguna de las propiedades de los fugitivos titulares; y XI. 1. 31 para el decreto similar de Honorio y Teodosio en 412 d.c. La descripción de Salviano es estrechamente paralela con el pasaje de Prisco, citado en la nota 10.

Tal imposición en sí misma, por dura y brutal, aún sería menos grave y dolorosa si todos la compartieran en conjunto por igual. Pero la situación se hace más vergonzosa y desastrosa por el hecho de que no todos soportan las cargas juntos; los tributos adeudados por los ricos son extorsionados a los pobres, y los más débiles llevan las cargas de los más fuertes. La única razón por la que no soportan toda la carga es que las exacciones son mayores que sus recursos. Están sufriendo las más diversas y disímiles desgracias, la envidia y la necesidad. Pues la envidia está involucrada en el pago y la necesidad en los medios por los cuales se hace. Si se tiene en cuenta la cantidad que pagan, se pensará de ellos como ricos; pero si se tiene en cuenta lo que tienen, se los encontrará en extrema necesidad. ¿Quién puede cuadrar las cuentas de tal injusticia? Hacen los pagos debidos a los ricos mientras sufren la pobreza de los mendigos.

Mi siguiente punto es aún más grave. Los ricos mismos de vez en cuando hacen adiciones a la cantidad de los impuestos exigidos a los pobres. Se pueden preguntar cómo es esto posible, que los ricos puedan desear aumentar el total, cuando su tasación ya ha alcanzado una cifra máxima y los pagos por ellos a realizar son muy grandes. Pero no he dicho que aumenten sus propios pagos, ya que permiten el aumento, simplemente porque no les cuesta nada adicional.

Me explico. Frecuentemente provienen de los más altos funcionarios imperiales los nuevos embajadores, los nuevos portadores de despachos, enviados bajo la recomendación de unos pocos hombres de altura, para la ruina de muchos. En su honor se decretan nuevas contribuciones y gravámenes fiscales. Los poderosos determinan qué sumas los pobres pagarán; el favor de los ricos decreta lo que las masas de los humildes perderán; pues ellos mismos no están en absoluto implicados en estas exacciones. ²⁴ ¿Decís que es imposible no dar el debido honor y

entretenimiento a los embajadores enviados por nuestros superiores? Entonces sé el primero en contribuir, tú hombre de riqueza, quien eres el primero en pasar tales decretos; sé el primero en prodigar tu propiedad, quien eres el primero en generosidad de las meras palabras. Tú que das, da de lo mío y lo tuyo por igual; aunque la justicia absoluta requeriría que cualquiera que desee exclusiva reclamación en el favor resultante, también debería asumir los gastos solo. Sin embargo, nosotros, los hombres pobres accedemos a los deseos de los ricos. Lo que pocos de vosotros ordenáis, todos lo pagamos. ¿Qué es tan justo y humano como esto? Tu decreto nos agobia con nuevas deudas; al menos que este endeudamiento se comparta entre nosotros. ¿Qué puede ser más injusto e indigno que sólo tú deberías estar libre de deuda, quien nos estás haciendo a todos deudores?

Los pobres, de hecho, en los extremos de su miseria, pagan todas las exacciones de las cuales he hablado, en completa ignorancia del objeto o la razón de los pagos. Pues, ¿a quién se le permite discutir los pagos, o inquirir sobre las razones de las cantidades adeudadas? La suma se publica abiertamente sólo cuando los ricos se pelean unos con otros, y algunos de ellos se sienten desairados porque se enteran de que han pasado evaluaciones sin su asesoramiento y gestión. Entonces oír a algunos de ellos decir: “¡Qué crimen más inconcebible! ¡Dos o tres deciden la ruina de la mayoría; unos pocos hombres poderosos determinan lo que se debe pagar por muchos pobres desgraciados!” Pues cada hombre rico piensa que es debido a su honor el oponerse a cualquier decreto aprobado en su ausencia, pero no considera que es debido a justicia el oponerse a cualquier mal que es promulgado en su presencia.

²⁴ El contraste entre estas prácticas y la teoría imperial se muestra por los cinco decretos en Cód. Theod. VIII. 11: “Que los heraldos de la buena fortuna pública no están para recibir regalos de los gravámenes públicos o de los pagos forzados”.

Por último, lo que han criticado en otros, ellos mismos después lo establecen en la ley, ya sea en venganza por el desprecio anterior o como prueba de su poder. Como resultado los más infelices pobres son como los hombres lejos en la mar, azotados por vientos conflictivos; están abrumados por las olas que rompen sobre ellos, ahora desde un lado, ahora desde el otro.

8. Pero seguramente, diréis, aquellos que son injustos en este sentido son conocidos por ser moderados y justos en otro, y expían su maldad en un asunto por su generosidad en otro. Pues en proporción a como cargan a los pobres con el peso de las nuevas indicciones, les sostienen profiriendo nuevos alivios; a medida que los hombres humildes son cargados con nuevos tributos, son aliviados con nuevos remedios.

Pero este no es el caso, porque la injusticia es igual en ambos, las exacciones y los remedios. Como los pobres son los primeros en recibir la carga, son los últimos en obtener alivio. Pues cuandoquiera que, como sucedió últimamente,²⁵ los poderes gobernantes han pensado para bien tomar medidas para ayudar a las ciudades en bancarrota a disminuir sus impuestos, en cierta medida, a la vez vemos sólo a los ricos dividir entre sí

el remedio concedido para todos por igual. ¿Quién, pues, recuerda a los pobres? ¿Quién convoca a los más necesitados y humildes para compartir en el beneficio común? ¿Quién permite que el hombre que es siempre el primero en llevar la carga sea incluso el último en recibir alivio? ¿Qué más puedo decir? Solamente que los pobres no son tenidos como contribuyentes en absoluto, excepto cuando el peso de los impuestos se impone sobre ellos; están fuera de las cifras cuando los remedios están siendo distribuidos.

Bajo tales circunstancias, ¿podemos creernos indignos de un severo castigo de Dios cuando nosotros mismos castigamos tan continuamente a los pobres? ¿Podemos creer que Dios no debe ejercer su juicio en contra de todos nosotros, cuando somos constantemente injustos? Pues, ¿dónde, o entre qué gente, existen estos males salvo sólo entre los romanos? ¿Quién comete tales graves actos de injusticia como nosotros? Tome los Francos, son ignorantes de este mal; los Hunos son inmunes a él; no hay nada de esta suerte entre los Vándalos, nada entre los Godos. Pues en el país godo los bárbaros están tan lejos de tolerar este tipo de opresión que ni siquiera los Romanos que viven entre ellos tienen que soportarlo. Por lo que todos los romanos de esa región tienen un solo deseo, que nunca tengan que regresar a la jurisdicción Romana. Es la oración unánime del pueblo Romano en ese distrito, que se les pueda permitir continuar llevando su vida presente entre los bárbaros.

Sin embargo, nos sorprende que los Godos no sean conquistados por nuestra resistencia, cuando los Romanos prefieren vivir entre ellos que en casa. No sólo no tienen nuestros parientes ningún deseo en absoluto de escapar de ellos hasta nosotros, sino que incluso nos dejan refugiarnos con ellos.

²⁵ Véase IV. 6 *supra*. Ningún escritor da más detalles sobre estas medidas, y estas no se mencionan en el Codex. La descripción de Salviano de los beneficios obtenidos por los ricos de los intentos de alivio, es confirmado por frases en el Cód. Theod. XII. 1.173, de 410 d.c.: “Para aliviar las fortunas de los curiales más pobres y frenar la opresión de los poderosos... Hágales que teman el conocimiento de tu poder y no se atrevan a hacer ningún intento de aliviar a los ricos y destruir a los necesitados.”

Tendría sentido preguntarme por qué todos los pobres y contribuyentes necesitados ²⁶ no siguen su ejemplo, a excepción de un factor que se lo impide, a saber, que no pueden transferir sus pobres posesiones y hogares, y sus familias. Pues, ya que muchos de ellos dejan sus diminutos campos y tiendas para escapar del pago forzoso de impuestos, ¿cómo podrían evitar el deseo de llevarse con ellos, si fuera de cualquier manera posible, la propiedad que se ven obligados a abandonar? No son capaces de hacer lo que probablemente preferirían, por lo tanto, hacen lo único que pueden. Se ponen bajo el cuidado y protección de los poderosos, se hacen a sí mismos rendidos cautivos de los ricos y así pasan bajo su jurisdicción. ²⁷ Aun así, no debería considerar esto como un procedimiento grave o impropio; por el contrario, debería alabar el espíritu público de los poderosos a los que los

pobres se confían, si no vendieran su patronazgo, si la defensa que pretenden dar a los pobres fuera debida a su humanidad y no a su codicia. Es una situación seria y grave, que los ricos hagan alarde de proteger a los pobres sólo con el fin de robarles, que defiendan a los desgraciados sólo a condición de hacerles más miserables todavía con esta defensa. Pues todos aquellos que parecen estar disfrutando de la protección, asignan a sus patronos la mayor parte de sus bienes antes de recibir ningún tipo de ayuda, y así la herencia de los hijos es destruida para que los padres puedan estar seguros.²⁶ La protección de los padres es asegurada con la mendicidad de los hijos. Mirad, pues, la ayuda y el patrocinio que proporcionan los poderosos: no hacen nada para el beneficio de aquellos que vienen bajo su cuidado, sino sólo para sí mismos. Alguna ayuda se concede a los padres durante su estancia, pero sólo a condición de que en el futuro los hijos perderán todo. Se trata de un mero proceso de venta, y algunos de los poderosos están seguros de exigir un precio muy caro por todo lo que ofrecen. Dije que era un proceso de venta, ¡Ojala que vendieran en el sentido ordinario del término, ya que en ese caso tal vez dejarían algo para el comprador! Pero este es un nuevo tipo de compra y venta; el vendedor no da nada y todo lo recibe, mientras que el comprador no recibe nada y pierde todo lo que tenía. Ahora prácticamente todos los acuerdos de venta tienen esta característica, que el elemento del deseo está en el lado del comprador, y el de necesidad en el del vendedor, ya que el comprador desea aumentar su sustancia y el vendedor disminuir la suya. Esto, sin embargo, es una manera insólita de negociación, en la que la propiedad de los vendedores aumenta mientras que no queda nada para los compradores, salvo pura mendicidad.

²⁶ Es decir, granjeros libres, no *coloni*, pues estos últimos no estarían sujetos a impuestos directos. El constante uso de diminutivos en referencia a su propiedad, *agelli*, *resculae*, *habitatiunculae*, muestra al tipo de pequeño granjero referido. El pasaje es muy importante, como un indicio de la existencia de pequeños propietarios independientes en la Galia en tiempos de Salviano.

²⁷ Véase Cód. Theod. XII. 1. 146 de 395 d.c.: “Hemos notado que muchos se esconden bajo la sombra de los poderosos para defraudar a su país de los pagos adeudados”; y, en general, Cód. Theod. XI. 24; *De patrociniis vicorum*. Un decreto de 319 d.c. (*ibid.* XI. 3. 1) reconocía que la causa de muchos atrasos en los impuestos era que “algunos hombres, aprovechando las necesidades temporales de los demás, toman posesión de las mejores fincas con la condición de mantenerles libres de impuestos, sin realizar sus pagos atrasados al fisco”.

²⁸ En Cód. Just. XI. 54. 1, 468 d.c., se hace un intento de evitar el patronazgo haciendo inválidos los testamentos con tales facilidades; en Cód. Theod. XI. 24. 4 tal patronazgo se establece sujeto a multas muy severas.

¡Qué cosa tan intolerable y monstruosa, una que los corazones humanos apenas pueden soportar, que casi no se puede soportar oír hablar sobre ello, el que muchos de los pobres desgraciados, despojados de sus

pequeñas tierras, después de haber perdido su propiedad, deban aún pagar impuestos por lo que han perdido! Aunque la posesión se haya perdido, la tasación no se cancela: ²⁹ están sin propiedad pero están abrumados por los impuestos. ¿Quién puede estimar este mal con imparcialidad? Los pobres infelices pagan impuestos a los invasores que se han abalanzado sobre sus fincas. Después de la muerte del padre, los hijos no tienen ningún derecho sobre las pequeñas granjas que en justicia deberían ser suyas, pero se ven obligados a pagar impuestos para ellos ruinosos. Como resultado de ello, ¿qué otra cosa se logra a través de esta gran maldad excepto que los hombres se quedan desnudos por el robo privado, mueren bajo las exacciones públicas, y los impuestos acaban con la vida de aquellos cuya propiedad ha sido tomada por saqueadores? ³⁰

Por lo tanto, algunos de quienes hablo, quienes son más perspicaces que el resto o se han agudizado por la necesidad, han perdido sus casas y fincas por tales usurpaciones, o han huido ante los recaudadores de impuestos, porque no pueden mantener sus propiedades, y buscan las haciendas de los ricos y grandes, para convertirse en sus *coloni*. ³¹

Aquellos que son impulsados por el terror a los enemigos, huyen a los fuertes,³² y aquellos que han perdido su inmunidad como hombres libres se refugian en algún asilo ³³ por pura desesperación. Así también estos hombres, quienes ya no son capaces de cuidar de la casa y condición de su nacimiento, se someten al humilde yugo de la servidumbre. Han sido reducidos a tal estado de necesidad, que son despojados no sólo de sus antiguas posesiones, sino también de su rango. Son exiliados no sólo de su propiedad sino de sus propias personas; perdiendo todo lo que de ellos era junto con su libertad, carecen de título alguno de sus tenencias y pierden los mismos derechos de libertad. ³⁴

9. Incluso esto pudiera por pura necesidad parecer de alguna manera tolerable, si no hubiera más desgracia después. Su suerte se hace más amarga por una injusticia todavía peor. Porque son recibidos como extraños; se convierten en nativos sólo en los términos de su condición presente.

²⁹ Salviano usa la palabra *capitatio*, la cual, como Haemmerle (*op. cit.* II. 11) señala, aquí debe ser equivalente a *iugatio*, no al impuesto de capitación o municipal.

³⁰ Para los intentos para remediar este mal, ef. Cód. Theod. XI. 3. 1-5, proveyendo un registro adecuado y el pago de los atrasos en las tierras adquiridas “de cualquier manera posible”.

³¹ Es decir, abandonan su estado de ciudadano de pleno derecho, y quedan vinculados a la tierra, no estando ya sujetos a los impuestos directos. Esto parecería una alternativa más dura que la anterior, pero las condiciones reales llevaron a Salviano a considerarlo como el camino más sabio.

³² Los *castella* ya se habían convertido en asilos o santuarios frecuentes en los territorios expuestos.

³³ Las iglesias habían adquirido el derecho de asilo anteriormente en manos de los templos paganos; cf. Cód. Theod. IX. 45.

³⁴ Compárese el comentario sobre su estatus en Haemmerle, *op. cit.* II. 19-25, donde el uso de Salviano de los términos *coloni* e *inquilini* como intercambiables es discutido.

Recordando el ejemplo de la malvada hechicera de la antigüedad, quien se dice que ha cambiado a hombres en bestias, podríamos decir que todos los que son recibidos en las granjas de los ricos son transformados como por pociones de Circe. Pues los dueños empiezan a considerar a aquellos a quienes han recibido como forasteros y extranjeros, como de su propiedad; convierten en esclavos a hombres que se sabe que son nacidos libres. ¿Nos extrañamos que los bárbaros sean capaces de capturarnos, cuando tomamos cautivos a nuestros hermanos? No es en absoluto extraño que nuestras haciendas estén siendo devastadas y destruidas. Durante mucho tiempo hemos estado ayudando con la opresión de la multitud a nuestra propia captura eventual, cayendo en cautiverio por nuestra esclavización de los demás. Mucho más tarde de lo que merecemos, sufrimos ya al fin el trato que hemos dado a los demás, y en las palabras de la Sagrada Escritura, comemos el trabajo de nuestras propias manos. ³⁵ Bajo el juicio de un Dios justo, estamos pagando lo que debemos. No mostramos ninguna piedad a los exiliados: he aquí, nosotros mismos estamos en el exilio; engañamos a vagabundos: he aquí, nosotros mismos, ahora vagabundos, a su vez somos engañados; nos aprovechamos de las circunstancias para arruinar a hombres nacidos libres: he aquí, nosotros mismos estamos comenzando a vivir en tierra ajena, y tememos la misma ruina.

¡Qué grande es la ceguera engañosa de las mentes pecadoras! Estamos sufriendo la condena del juicio de Dios, y aún no reconocemos que estamos siendo juzgados. ¡Algunos de los santos se extrañan de que algunos, los cuales hasta el momento no han sufrido tal destino, no se reformen con nuestro ejemplo! Ni siquiera aquellos de nosotros que ya hemos sido castigados por Dios, estamos siendo corregidos por los tormentos en justicia por nuestra maldad. ¡Qué orgullo intolerable es el nuestro! A pesar de que muchos están soportando el castigo que sus pecados requieren, nadie se digna a reconocer la causa de su problema. Las razones de nuestro orgullo son perfectamente obvias: a pesar de que al fin estamos sufriendo un poco, todavía no sufrimos como nos merecemos. Tan grande es la misericordia de Dios que no quiere que soportemos las completas penalidades de nuestras malas acciones, sino sólo una parte de lo que es debido; castiga a los malvados, pero no a la medida completa de su pecado. Desea que reconozcamos nuestras faltas cometidas, en lugar de soportar sus penas, a fin de que por su amorosa y saludable corrección pueda mostrarnos lo que nos merecemos sufrir, pero no infligirnos los azotes que nos merecemos. En esto sigue las palabras del bendito apóstol, que dijo: “¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, e ignorando que su benignidad te guía a arrepentimiento? Mas por tu dureza, y por tu corazón no arrepentido, atesoras para ti mismo ira para el día de la ira”. ³⁶

De verdad nuestras acciones se adaptan a las palabras del apóstol, porque Dios nos llama al arrepentimiento, pero atesoramos la ira; nos invita a recibir el perdón, pero todos los días amontonamos nuestras ofensas. Hacemos fuerza para que se interese por nuestras iniquidades; nosotros mismos armamos la ira divina contra

nosotros. Obligamos a Dios en contra de su voluntad a tomar venganza de nuestros crímenes monstruosos; apenas le damos alguna oportunidad de perdonarnos. Porque, si bien, no hay atisbo de injusticia que nunca pueda en él prender o aparecer, nuestras acciones son tales que si no tomara venganza de nuestros pecados, parecería ser injusto.

10. Seguramente, diréis, un hombre que una vez fue un pecador puede haber dejado de hacer el mal. ¿Hay algún fin del delito?

³⁵ Salmos 128. 2.

³⁶ Romanos 2. 4-5.

¿Renuncian los hombres antes a la vida que a la iniquidad? ¿Qué hombre no muere en sus malas actividades, para ser enterrado con sus pecados y crímenes? En verdad, se podría aplicar a tales hombres las palabras del profeta: “En su interior tienen que sus casas serán eternas, mas el hombre no permanecerá en honra: Es semejante a las bestias que perecen.” ³⁷ ¡Si fueran sólo como bestias! Sería al menos algo ganado, haberse extraviado debido a la mera bruta necedad. Haber pecado, no por ignorancia, sino en contra de Dios, es peor y merece una pena más grave. ¿Creen que este es el caso sólo de los laicos, y no incluso de algunos entre el clero? ¿Solamente con hombres mundanos, y no con muchos de los religiosos también, o más bien hombres dedicados a los vicios mundanos bajo el vacío alarde de la religión? Estos, sin duda, después de la culpabilidad vergonzosa de sus fechorías pasadas, se han ganado para sí mismos el nombre honorífico de la santidad. Han cambiado su profesión, pero no su verdadera forma de vida, y, pensando que el servicio de Dios depende de la costumbre más que de la acción, han cambiado sus vestimentas, pero no sus corazones. ¿Por qué piensan los hombres que su culpabilidad es menos odiosa, quienes, a pesar de que se dice que han llevado a cabo una especie de penitencia, no dejan sus viejos hábitos cuando ponen a un lado su antiguo estilo de vestir? Sus acciones en conjunto son tales, que hay menos razones para suponer que anteriormente han hecho penitencia por sus fechorías, que de que después se arrepintieron de su penitencia. Hay menos bases para pensar que se han arrepentido de sus malas vidas, que para pensar que desde entonces se han lamentado de su promesa de una buena.

Muchos hombres saben que estoy diciendo la verdad, y pueden incluso dar testimonio de mis palabras en su propia conciencia. Los principales entre estos son los religiosos, que han adquirido cierta reputación por un arrepentimiento general y ahora buscan nuevos honores, y compran poderes que antes carecían. Están tan ansiosos de ser no sólo hombres del mundo, sino más que mundanos, que lo que eran antes de su arrepentimiento no les es suficiente, a menos que ahora puedan llegar a ser mejores de lo que eran en el pasado. ¿No se arrepienten de su conversión?

Así, también se arrepienten esos hombres de su conversión y su breve pensamiento de Dios, quienes, absteniéndose de relaciones con sus esposas, no se refrenan en la invasión de la propiedad de otros hombres; quienes, profesando la continencia física, se desenfrenan en la incontinencia del espíritu. ¡Un extraño tipo de conversión, de verdad! No hacen lo que es permisible, pero cometen pecados prohibidos. Se abstienen de la legítima vida conyugal, pero no de la rapiña.

¿Qué vana ilusión es esta? Los pecados nos fueron prohibidos por Dios, no el matrimonio. Tus obras no se adaptan a tus convicciones; vosotros que os llamáis partidarios de la virtud no deberíais asociaros con el crimen. Lo que estáis haciendo es completamente absurdo; esto no es conversión a Dios, sino aversión de él. Si, como se rumorea, habéis dejado desde hace mucho tiempo las funciones incluso de legítimo matrimonio, ahora por fin abandonad vuestro pecado. Es verdaderamente justo que deberíais absteneros de delincuencia de todo tipo, pero si pensáis que esto es imposible difícil, al menos renunciar a vuestros pecados más grandes y monstruosos. Seguro, quien quiera que seáis, que los vecinos cuyas tierras colindan con la vuestras no pueden permanecer prósperos; seguro que los pobres no pueden soportar la vida cerca de vosotros; seguro que perseguís a los indigentes y saqueáis a los miserables; seguro que causáis aflicción a todos los hombres, a condición de que estén fuera de vuestro propio círculo: aun así, os lo ruego, por lo menos perdonad a vuestra propia familia.

³⁷ Salmos 49. 11-12.

Y si pensáis que es demasiado difícil y oneroso perdonar a todos los vuestros, entonces perdonad a aquellos que os hayan preferido no sólo a sus otros familiares y parientes, sino incluso a las personas más estrechamente ligadas a ellos y a sus muy amados hijos. Sin embargo, ¿por qué debería hablar de sus seres queridos y sus hijos, cuando os han preferido casi a su misma vida y esperanza? No hay nada digno de alabanza en esto, como todos los que han cometido el error ahora reconocen. Pero, ¿qué tiene eso que ver con vosotros, quienes incluso de sus errores os habéis aprovechado? Vuestra deuda con tales hombres es la mayor porque se equivocaron con la excesiva confianza en vosotros. Estaban verdaderamente cegados por la devoción, y en consecuencia señalados y censurados por todos; pero aun así, tenéis las mayores obligaciones para con ellos, ya que son culpados por todos debido al amor por vosotros.

11. ¿Con qué se puede comparar esto entre los Godos bárbaros? ¿Quién de ellos hiere a los que le aman, ataca a sus amigos, y corta las gargantas de sus seres queridos con su propia daga? Atacáis a los que os aman, cortáis las manos de los que os ofrecen regalos, matáis a vuestros amigos más cercanos, ¿y no teméis y tembláis? ¿Qué haríais si no hubierais sentido el presente juicio de Dios en la flagelación que acabáis de recibir? Aumentar la cuenta y constantemente agregar nuevos crímenes a vuestras antiguas fechorías. Pensad qué castigo os espera por vuestras peores obras, cuando incluso las faltas menores son castigadas normalmente por demonios. Contentaos ahora, rezo, robando a vuestros amigos y compañeros. Suficiente que los pobres hayan sido hostigados y los mendigos expoliados por vosotros, que casi nadie pueda mantenerse sin temblar en vuestra presencia, nadie pueda sentirse seguro. Los torrentes descendiendo de los riscos Alpinos, o las llamas impulsadas por el viento, se aguantan más fácilmente. Ni con tal muerte como ésta, para usar una figura bien conocida, mueren los marineros, devorados por la envolvente vorágine o por los perros proverbiales de Escila. Desalojáis a vuestros vecinos de sus pequeñas fincas, a aquellos más cercanos a vosotros de sus casas y

propiedades. ¿Podrías vosotros “habitar solos en medio de la tierra”,³⁸ como está escrito? Este es un fin que no podéis lograr. Aprovechad todo lo que podáis, ocupad por la fuerza todo lo que podáis, aún siempre encontrareis a un vecino. Considerad, por favor, a otros hombres, a los que incluso vosotros, voluntariamente o no, miráis con honor; considerad a otros, a los que incluso vosotros, voluntariamente o no, admiráis. Están por encima de los demás en honor, pero a su misma altura en su propia estimación; son mayores en su poder y menores en su humildad. Vosotros mismos, a quienes estoy hablando ahora, seguramente sabéis a quién me refiero, y vosotros de quienes ahora me quejo debéis reconocer a quién honro con esta alabanza. Sólo deseo que haya muchos que merezcan tal alabanza; la nobleza de un gran número podría curar a todos.

Pero supongamos que no deseáis recibir alabanza; decidme, ¿por qué queréis ser dignos de condenación? ¿Por qué no es nada más querido por vosotros que la injusticia, nada más agradable que la avaricia, nada máspreciado que la incautación de los bienes ajenos? ¿Por qué juzgáis nada más precioso que la maldad, nada más excelente que la rapiña? Aprended el verdadero bien de un pagano, que dice: “Uno debería estar protegido por la caridad y la buena voluntad, no por las armas.”³⁹

³⁸ Isaías 5. 8.

³⁹ Plinio *Panegírico* 49: “En vano se ha rodeado a sí mismo de terror, quien no estaba protegido con caridad; pues las armas son contestadas con armas.”

Así que vuestros delirios os llevan por mal camino; la maldad de vuestro corazón ciego y malvado os engaña. Si deseáis ser íntegros, ser poderosos, ser grandes, debéis superar a otros hombres no en mala voluntad, sino en honor. Una vez leí en alguna parte: “Nadie es malo, sino tonto; pues si fuera sabio, preferiría ser bueno.” Abandonad, por tanto, si podéis por fin regresar a la cordura, vuestra maldad, si deseáis sabiduría. Pues si tenéis el mínimo deseo de ser sabios o cuerdos, debéis descartar todo lo que habéis sido y cambiar por completo. Negaos a vosotros mismos para que no podáis ser negados por Cristo; abandonaos a vosotros mismos para que podáis ser recibidos por él; perdeos a vosotros mismos para no fallecer. Pues el Salvador dice: “cualquiera que perdiere su vida por causa de mí, éste la salvará.”⁴⁰ Por lo cual amad esta pérdida rentable, para que podáis alcanzar la verdadera seguridad. Porque Dios nunca os hará libres, a menos que primero os hayáis condenado a vosotros mismos.

⁴⁰ Lucas 9. 24.

Libro Sexto

Sobre la influencia ruinosa de los circos y los espectáculos

1. He estado tratando con personalidades durante mucho tiempo, y parecen haber excedido las reglas de la argumentación. Pues sin duda, el lector (si por Cristo alguien lee estas palabras escritas desde el amor a Cristo) está pensando o diciendo de mí: “Puesto que el tema que se está tratando es de carácter general, ¿de qué sirve amontonar tantas acusaciones en contra de una sola persona? Supongamos, porque es creíble, que el hombre del que habla es como él lo describe; aun así, ¿cómo puede ser obstruida la bondad de un hombre por la culpa de otro?, o, un punto de mucha mayor importancia, ¿cómo se daña la causa general por el crimen de una sola persona?”

El daño, de hecho, puedo probarlo con ejemplos claros. Por ejemplo, Achar ¹ una vez cometió prevaricación en el anatema, y la transgresión de un solo hombre fue la ruina de todos. David ordenó que se contara a los hijos de Israel, y el Señor castigó su culpa con la destrucción de todo el pueblo. ² Rabsaces habló con desprecio de Dios, y Dios castigó a ciento ochenta y cinco mil hombres, porque la lengua perversa de un hombre profano habló mal de él. ³ Por lo tanto, no estuvo exento de justicia que el bendito apóstol Pablo ordenara a un nocivo pecador que fuera expulsado de la iglesia y mostró el por qué dio esta orden, diciendo: “¿No sabéis que un poco de levadura leuda toda la masa?”⁴ A partir de esto vemos claramente que incluso un hombre malo muy a menudo provoca la destrucción de muchos. Tampoco esto es una injusticia. El lector debe reconocer que lo que he dicho anteriormente acerca de un hombre malo viene al caso, ya que leemos en las Escrituras que la ira de la Divina Majestad con mucha frecuencia ha sido prendida por causa de la culpa de un solo hombre. Pero mi argumento no está limitado por esta consideración, porque no necesitamos suponer que un hombre bloquee el camino de todos, ya que todos se están bloqueando unos a otros; no conviene considerar que todos están en peligro por uno, ya que todos ellos están en peligro por sus propias acciones. Pues todos los hombres están yendo de cabeza a la destrucción, o al menos, por decirlo un poco más suavemente, casi todos. ¿Dónde tienen tan buena fortuna los cristianos que el número de los malvados pueda ser menor que el número de los buenos, o en su defecto, ser simplemente equivalentes? ¡Qué lamentable y penosa es nuestra presente miseria! ¡Qué diferente es ahora el pueblo cristiano de su antiguo carácter! Desde la antigüedad, Pedro, el mayor de los apóstoles, castigó con la muerte la falsedad de Ananías y Safira. ⁵ El más bendito Pablo también expulsó a un hombre impío de la iglesia, para que no pudiera infectar a un gran número con su presencia. ⁶ Pero nosotros nos contentamos con tener un número igual de hombres buenos y malos. ¿Por qué debería decir que estamos contentos? Deberíamos más bien regocijarnos y bailar de alegría, si pudiéramos lograr un equilibrio parejo.

¹ Véase Josué 7, donde el nombre aparece como *Achân*.

² II Samuel 24.

³ Isaías 36-37.

⁴ I Corintios 5. 6.

⁵ Hechos 5.

⁶ I Corintios 5.

Mirad hasta qué abismos hemos caído, a qué estado nos han reducido si comparamos con la antigua gloriosa pureza del pueblo Cristiano que les mantenía a todos sin mancha, pues ahora pensamos que la iglesia se contentaría si contuviera incluso tanto bien como mal. ¿Cómo no podríamos considerarla bendita si la mitad de sus miembros estuvieran libres de culpa, ya que ahora nos lamentamos de que son casi todos culpables?

Dado que este es el caso, era inútil, inútil en efecto, hablar siempre de un hombre malo, inútil llorar por los crímenes de un hombre, ya que todos o casi todos requieren nuestras lágrimas y lamentaciones. Hay muchos que son de este tipo o que desean serlo, lo que no es menos incriminatorio, y que se esfuerzan con su celo por el mal para parecer culpables de los cargos. Dentro de esta consideración, incluso si su menor capacidad lleva a cabo menor mal, ellos mismos son tan malos como los demás, pues es su falta de capacidad y no su voluntad lo que les previene. Sus esperanzas son lo único que está bajo su propio control, y en estos son criminales; no ceden a nadie en su deseo de maldad, y en esto, en la medida de sus posibilidades, se esfuerzan por sobresalir. Aunque son diferentes estos dos casos, su rivalidad es como la de los hombres buenos, pues como los buenos desean superar a todos los demás en metas honorables, así los malos anhelan superarse en la depravación. Como la gloria de los hombres buenos crece diariamente mejor, aun así la gloria de los impíos llegar a ser peor; y como los mejores desean conquistar la altura de todas las virtudes, así los peores esperan llevarse la palma de todos los vicios. Para nuestra desgracia esto es particularmente característico de nosotros, los cristianos, ya que, como ya he dicho, creemos que la maldad es la sabiduría. De estos Dios habló en particular: “Destruiré la sabiduría de los sabios y desecharé la inteligencia de los entendidos.” ⁷ Cuando el apóstol clamó, “si alguno entre vosotros parece ser sabio en este siglo, hágase simple, para ser sabio”, ⁸ se refería a que si un hombre quiere ser sabio, debería ser bueno, ya que nadie es verdaderamente sabio a menos que sea verdaderamente bueno. Nosotros, por el contrario, a través de la malevolencia de nuestros espíritus perversos y nuestras “mentes depravadas”, para usar la frase bíblica, ⁹ rechazamos la bondad en favor del disparate. Amamos la corrupción más que la sabiduría, pensamos que nos convertimos diariamente en más sabios, a medida que aumenta nuestra depravación.

2. Sin embargo, ¿qué esperanza de mejoramiento hay en nosotros, les pregunto, quienes no estamos guiados hacia el mal por una opinión equivocada, sino nos esforzamos con todo el entusiasmo de nuestras naturalezas perversas en parecer constantemente cada vez peor? Esta es la razón por la que durante mucho tiempo he lamentado que somos mucho peores que los bárbaros, pues la ignorancia de la ley les excusa, mientras que nuestro conocimiento de ella nos acusa. Ellos prefieren el mal al bien

por la falta de experiencia de la verdad, porque no saben qué cosas son buenas; nosotros, por nuestro conocimiento de la verdad, sabemos muy bien qué cosas son buenas, [pero las consideramos inferiores a las malas de muchas] ¹⁰ maneras.

⁷ *Ibíd.* 1. 19.

⁸ *Ibíd.* 3. 18.

⁹ Romanos 1. 28.

¹⁰ Aquí hay una laguna en los MSS. He seguido la conjetura de Pauly para completar el sentido, pero me inclino a estar de acuerdo con Zschimmer, *op. cit.*, p. 35, en que la introducción abrupta del tema de los juegos indica una pérdida más sustancial en el texto.

En primer lugar, no hay casi ningún vicio o crimen que no acompañe a los juegos. ¹¹ En estos, el mayor placer es que los hombres mueran, o, lo que es peor y más cruel que la muerte, que les despedacen, que los vientres de las fieras se atiborren con carne humana; que los hombres sean comidos, para gran alegría de los presentes y el deleite de los espectadores, por lo que las víctimas parecen devoradas casi tanto por los ojos de la audiencia como por los dientes de las bestias. ¹² Para que tales cosas puedan tener lugar el mundo entero es saqueado; grande es el cuidado con el que la búsqueda se lleva a cabo y se perfecciona. Retiros escondidos son penetrados, barrancos sin caminos son buscados, bosques impenetrables atravesados, entre las nubes los Alpes son escalados, las profundidades de los valles son sondeadas, y con el fin de que la carne de los hombres pueda ser devorada por bestias salvajes, los últimos secretos de la naturaleza del mundo son revelados.

Mis oponentes objetan que esto no se hace todo el tiempo. Ciertamente, y es una excusa gloriosa para la maldad que no se lleve a cabo constantemente, ¡como si en cualquier momento fuesen apropiadas las acciones que dañan a Dios! ¿Están las malas obras bien hechas porque no se hagan sin cesar? Incluso los asesinos no siempre se emplean en el asesinato, pero siguen siendo asesinos cuando en realidad no están matando, pues sus manos están en todo momento manchadas con sangre. Los ladrones no roban todo el tiempo, pero no dejan de ser ladrones, porque cuando no están ocupados en el robo, sus mentes están ocupadas con él. Ciertamente, los hombres que obtienen placer con las peleas de animales de la arena no están de ninguna manera libres de la culpa envuelta en este tipo de espectáculos, incluso cuando no están exactamente mirándolos. ¿No disfrutarían mirándolos siempre si pudieran?

Tampoco es éste el único ejemplo posible de nuestros pecados, sino todavía hay otros mayores. Por ejemplo, ¿No alimentan ahora los cónsules incluso a las gallinas según la costumbre de los sacrílegos paganos? ¿No son aún los augurios buscados en el vuelo de las aves, y casi todas esas supersticiones mantenidas, las cuales incluso escritores paganos antiguos creían ridículas?

¹¹ La diatriba de Salviano en contra de los juegos ha sido una de las partes más citadas de su trabajo como Gregoire y Collombet notan (*Oeuvres de Salvien*, II, 476), esto fue muy utilizado por el clero de Francia en el siglo XVIII, especialmente como fuente para los sermones de la Cuaresma. La traducción Italiana por S. Carlo Borromeo (Milán, 1579) está exactamente titulada *Libro di Salviano Vescovo di Marsiglia contra, gli spettacoli ed altre vanità del mondo*. El tema fue uno sobre el que la mayoría de los Padres escribieron con vehemencia, y hay naturalmente un considerable grado de similitud en sus ataques. Los capítulos de Salviano sobre los espectáculos están quizás más cercanos a Tertuliano, *De spectaculis*, y a lo que Lactancio tiene que decir sobre el tema en diferentes secciones de su *Institutiones divinae*.

¹² Esta sentencia muestra que a pesar de todos los intentos de revisar la costumbre, los hombres todavía seguían siendo “arrojados a los leones” en la mitad del siglo quinto. Constantino en el año 325 d.c. decretó (Cód. Just. XI. 44): “Los espectáculos sangrientos en una época de paz civil y la tranquilidad doméstica no cumplen con nuestro favor, por lo cual prohibimos de modo absoluto la existencia de gladiadores.” Rittershausen acertadamente se pregunta si los espectáculos de hombres desgarrados y devorados por las fieras salvajes eran más adecuados para la paz civil y la tranquilidad que los combates de gladiadores.

¹³ Véase Minucio Félix *Octavius* 26.

Ahora cuando los mismos hombres que dan su nombre a los años, y con cuyos cargos los años mismos comienzan, hacen tales cosas, ¿vamos a creer que los años iniciados bajo estos auspicios pueden continuar su curso favorablemente? ¹⁴ Ojalá que estas acciones solamente pudieran contaminar a los cónsules que son responsables de ellas. Pero la situación es más desesperada porque mientras tales cosas se hacen con el consentimiento público, el honor de un número muy limitado se convierte en la culpa de todos, y por eso, a pesar de que sólo dos hombres son investidos cada determinado año, casi nadie en el mundo entero escapa de la infección.

3. Dejemos esto acerca de los juegos como suficiente, viendo que, como decís, no son llevados a cabo todo el tiempo. Hablaremos, en cambio, de obscenidades cotidianas. Éstas, las huestes de demonios las han ideado de tal manera y tan innumerables que incluso los corazones honestos y justos, aunque las puedan despreciar y pisotear algunas de ellas, sin embargo, apenas pueden encontrar una manera de vencerlas a todas por completo. De los ejércitos que van a participar en la batalla se dice que, o cortan con trampas los lugares por los que esperan que marchen las tropas del enemigo, o los plantan con estacas, o los llenan con espinas, de modo que incluso si algunas de sus trampas no logran atrapar una víctima, ninguno de los enemigos pueda dejar de ser atrapado. De la misma manera los demonios han preparado tantos señuelos traicioneros en esta vida para la raza humana, que a pesar de que uno escape a muchos de ellos, uno es finalmente capturado por uno u otro.

Y puesto que verdaderamente sería muy largo de contar todas estas trampas, es decir, los anfiteatros, las salas de conciertos, juegos, desfiles,

atletas, acróbatas, pantomimas y otras monstruosidades de las cuales uno se avergüenza hablar, ya que es una vergüenza incluso saber de tales maldades, solamente describiré los vicios de los circos y teatros. Pues los males que se realizan en estos son tales que nadie los puede mencionar, o incluso pensar en ellos sin contaminarse.¹⁵ Otros vicios como norma demandan sólo algunas partes de nuestro ser; por ejemplo, los pensamientos básicos afectan a la mente solamente, indecorosas miradas a los ojos, vergonzosos sonidos a las orejas, de manera que cuando alguno de estos ha ido por mal camino, el resto todavía puede estar libre de hacer el mal. Pero en los teatros ninguna parte de nuestro cuerpo está libre de culpa, porque nuestras mentes están contaminadas por los malos deseos, nuestros oídos por lo que oyen y los ojos por lo que ven, y todos estos son tan escandalosos que un hombre no puede ni siquiera describirlos sin la pérdida de la decencia.

¿Quién, sin herir su modestia, puede hablar de esas representaciones de actos viles, esas obscenidades de las palabras y la voz, esos movimientos vergonzosos y gestos asquerosos? El hecho mismo de que prohíban la descripción muestra qué gran pecado hay en todo esto. Algunos de los más grandes crímenes pueden ser nombrados y discutidos sin lesión en el carácter del orador, como el homicidio, el robo, el adulterio, el sacrilegio y otros parecidos; es sólo el vicio de los teatros que ni siquiera puede ser atacado sin la pérdida del pudor.

¹⁴ Ya en el siglo IV, las principales funciones de los cónsules de Roma habían llegado a ser la entrega de sus nombres al año oficial y dar juegos a la gente; por lo tanto, este ejemplo tiene una pertinencia añadida en la discusión de los juegos. Véase Séneca *De ira* III. 31, sobre la importancia del *consulordinarius* en comparación con los cónsules posteriores en el año, quienes estaban privados de esa inmortalidad para sus nombres, la cual hasta la adopción general de la era Cristiana fue realmente considerable.

¹⁵ Véase Séneca *Ep.* VII. 2: “Nada es tan ruinoso para el buen carácter como pasar el tiempo en cualquier espectáculo.”

Así que al acusar estos abusos viles y vergonzosos, el enjuiciador tiene una experiencia extraña, en la que, a pesar de que la honestidad del aspirante a acusador es incuestionable, no puede, sin el perjuicio de su honor, relacionarlos o atacarlos. Todos los otros males contaminan a quienes los hacen, no a aquellos que simplemente los ven o los oyen. Podéis, por ejemplo, oír a un hombre blasfemar, pero ya que vuestra mente desaprueba su sacrilegio, no estáis contaminados por esto. O si sucede que estáis presentes durante un robo, no sois repudiados por el acto, en tanto que es abominable a vuestros principios. Solamente las indecencias de los espectáculos involucran en esencia a los actores y al público de la misma culpa. Pues todos los que aprueban esas actuaciones y logran placer viéndolas, las llevan a cabo a través de su vista y aprobación. Para tales hombres las palabras del apóstol se aplican con una fuerza peculiar, ya que no sólo “los que hacen tales cosas son dignos de muerte”, sino también “aquellos que se complacen con los que las practican.”¹⁶

Por lo tanto, en estos panoramas de vicio todo el pueblo mentalmente comete fornicación, y cualquiera que ocurra venir al espectáculo casto,

vuelve a su hogar adúltero. Son culpables de esta fornicación no sólo cuando se van a casa, sino también cuando vienen al teatro, pues el mismo deseo de lo obsceno hace a un hombre infiel, el cual se apresura hacia un espectáculo impuro.

4. Veréis, pues, en qué acciones todos o la mayoría de los romanos participan. No obstante, nosotros, quienes practicamos tales cosas decimos que somos abandonados por Dios, a pesar de que nosotros mismos le estamos abandonando. Supongamos que nuestro Señor desearía cuidarnos a pesar de que no lo merecemos: ¿puede hacerlo? Viendo a incontables miles de cristianos a diario dedicando su tiempo a los espectáculos que representan actos vergonzosos. ¿Puede Dios mirarles en un momento así? ¿Puede Dios velar por los hombres que se están deleitando en los circos y pervirtiendo en los teatros? ¿O tal vez pensamos que es apropiado y deseable que cuando Dios nos vea en los circos y teatros, debería ver con nosotros lo que nosotros mismos vemos allí, y mirar con nosotros los escandalosos espectáculos que observamos? Una de las dos cosas debe suceder; o bien, si se digna a mirarnos, tiene que ver también nuestros alrededores, o si aparta los ojos de ellos, que seguramente lo hace, entonces debe apartarlos por igual de nosotros, quienes nos encontramos entre ellos.

A pesar de esto, continuamos sin interrupción haciendo las cosas a las que me refiero. ¿Acaso suponemos que, como los antiguos paganos, tenemos un dios de los teatros y circos? Pues construyeron los teatros y circos hace mucho tiempo porque creían que esas vanidades eran una delicia para sus ídolos.¹⁷ ¿Cómo les podemos imitar en esto, quienes sin duda sabemos que nuestro Dios odia tales cosas? Por supuesto, si supiéramos que estos espectáculos viles agradan a Dios, no podría haber ninguna objeción a que los lleváramos a cabo sin cesar. Pero si en nuestro corazón sabemos que Dios los aborrece y abomina, que como son la comida del diablo así también son una causa de la ofensa a Dios, entonces, ¿cómo podemos decir que adoramos a Dios en la iglesia, nosotros quienes siempre servimos al diablo en los juegos obscenos con el conocimiento completo, la comprensión y con intención deliberada?

¹⁶ Romanos 1. 32. (N.T. la segunda parte la traduzco según el original, similar a R.V. 1960, pero distinto a K.J.V. y Católica)

¹⁷ Véase Lactancio *Inst. div.* VI. 20.

¿Qué esperanza, me pregunto, tendremos delante de Dios, quienes le dañamos no por casualidad o por ignorancia, sino a la manera de los antiguos gigantes de quienes leemos que intentaban escalar los cielos en su loca ambición y subieron, por así decirlo, a las nubes? Así nosotros, por las lesiones que constantemente infligimos a Dios alrededor del mundo, como si de común acuerdo, estamos haciendo la guerra a los cielos.

Por lo tanto, ofrecemos a Cristo, ¡Oh monstruoso disparate!, ¡le ofrecemos a Cristo circos y mimos, y lo hacemos principalmente cuando recibimos algún beneficio de él, cuando algún signo de prosperidad nos es concedido por él, o una victoria sobre el enemigo se nos ha otorgado por su favor

divino! ¿Qué se diferencia esto de un hombre que hiere a un generoso benefactor, o responde a expresiones de cariño con hiriente abuso, o perfora con su daga los labios que buscan darle un beso? Les pregunto a todos los hombres ricos y poderosos de este mundo, ¿qué castigo piensan apropiado para un esclavo que trama el mal contra un buen y amoroso amo, que se pelea con un amo quien sólo merece el bien de su parte, y sólo devuelve malas palabras por la libertad que ha recibido. Sin lugar a dudas es culpable de la mayor maldad, quien devuelve mal por bien, cuando ni siquiera debería sentirse libre de devolver mal por mal. Pero esto es lo que hacemos nosotros quienes nos llamamos cristianos: alzamos a un Dios misericordioso contra nosotros con nuestros actos licenciosos, le insultamos con nuestros actos asquerosos cuando es propicio, le fustigamos con palabras abusivas cuando él nos habla suavemente.

5. A Cristo, ¡Oh monstruoso disparate!, le ofrecemos circos y mimos, a Cristo a cambio de sus ayudas, le ofrecemos las obscenidades de los teatros, a Cristo le dedicamos los espectáculos más viles como ofrendas de sacrificio. ¿Fue esta la enseñanza que nos ha dado el Salvador, encarnado para nuestra salvación? ¿Era esta su predicación, o la de sus apóstoles? ¿Para esto tuvo que soportar la humillación de la natividad humana y tomar sobre sí un origen vergonzoso en su nacimiento mortal? Para esto reposó en un pesebre, y los ángeles le sirvieron mientras allí yacía. Para esto quiso ser envuelto en pañales, y con ellos puestos gobernó los cielos; para esto colgó de la cruz, a quien el mundo temió mientras allí pendía. “Porque ya sabéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo,” dijo el apóstol, “que por amor de vosotros se hizo pobre, siendo rico; para que vosotros con su pobreza fuéis enriquecidos.” ¹⁸ “El cual, siendo en forma de Dios,” cito más adelante, “se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.” ¹⁹ Éstos, pues, son los preceptos que Cristo nos dio en el momento de su pasión. Un retorno glorioso le estamos haciendo por su sufrimiento, quienes, después de haber recibido la redención con su muerte, ¡le ofrecemos a cambio las vidas más vergonzosas! El bendito Pablo dijo: “Porque la gracia de Dios que trae salvación a todos los hombres, se manifestó. Enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo templada, y justa, y piamente, esperando aquella esperanza bienaventurada, y la manifestación gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo. Que se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad, y limpiar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras.” ²⁰

¹⁸ II Corintios 8. 9.

¹⁹ Filipenses 2. 6, 8.

²⁰ Tito 2. 11-14.

¿Dónde están los hombres que hacen esas cosas por las que el apóstol dice que Cristo vino? ¿Dónde están aquellos que huyen de los deseos mundanos? ¿Dónde están los que viven una vida justa y piadosa, quienes muestran en sus buenas obras que mantienen la esperanza bienaventurada y que viviendo vidas inmaculadas prueban que esperan el reino de Dios, ya

que se merecen recibirlo? “Nuestro Señor Jesucristo”, dijo Pablo, “se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad, y limpiar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras.” ¿Dónde está ese pueblo puro, esas personas aceptables, esa gente de buenas obras, ese pueblo de justicia? “Cristo”, dicen las Escrituras, “padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que vosotros sigáis sus pisadas”.²¹ Así que seguimos los pasos del Salvador en los circos; seguimos los pasos del Salvador en los teatros. ¿Es este el ejemplo que Cristo nos dejó? Leemos que lloró, no que se echara a reír. En ambos nos dio un ejemplo, pues el llanto es el remordimiento del corazón, la risa la corrupción de la rectitud. Por esta razón, dijo: “¡Ay de vosotros, los que ahora reís! porque lamentaréis y lloraréis.” y otra vez: “Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis.”²² Pero no consideramos que sea suficiente reír y regocijarse, a menos que nos regocijemos en el pecado y la locura, a menos que nuestra risa se mezcle con acciones impuras y vergonzosas.

6. ¿Quién puede describir este delirio nuestro, esta locura? ¿Somos realmente incapaces de disfrutar de nosotros mismos día a día, y de reír, sin necesidad de convertir nuestra risa y alegría en crimen? ¿O tal vez consideramos el disfrute sano inútil y no encontramos placer en la risa inocente? ¿Qué maldad es ésta, pregunto, y qué locura? Vamos a reírnos verdaderamente, regocijémonos incansablemente, y tan constantemente como les plazca, únicamente si lo hacemos con inocencia. ¿Qué disparate y locura es que pensemos que la risa y la alegría son despreciables a menos que involucren perjuicios para Dios! Ciertamente perjuicio, y uno muy grande. Los espectáculos implican una especie de apostasía de la fe, una violación grave del propio credo y de los sacramentos divinos. Pues, ¿cuál es la primera confesión de fe de los cristianos en el bautismo para su salvación? ¿Qué más que su voto de renunciar al diablo y a sus pompas y espectáculos y a sus obras? Así que en las palabras mismas de nuestra profesión de fe, los espectáculos y las pompas son las obras del diablo.²³ ¿Cómo, pues, oh Cristiano, ambicionarás después del bautismo los espectáculos, los cuales tú mismo confesaste que son obra del diablo? Una vez que has renunciado al diablo y a sus espectáculos, y por consiguiente como un ser racional e inteligente, debes reconocer que, al frecuentarlos de nuevo, estás volviendo al diablo. Pues has renunciado a ambos al mismo tiempo y declarado que son uno y el mismo. Si regresas a uno, regresas a ambos.

²¹ I Pedro 2. 21.

²² Lucas 6. 25, 21.

²³ Tertuliano hace una conexión similar entre *spectacula* y *pompa diaboli* en *De spectaculis* 4. Para sus otros usos de la frase, y su significado simbólico en general en este tiempo, el artículo de cf. P. de Labriolle, “Pompa Diaboli,” *Bulletin du Cange*, II (1926), 170-181. La palabra exacta *spectacula* no estaba incluida en el voto bautismal, pero en la interpretación de Salviano estaba inherente en la pompa y las obras del diablo. Así Tertuliano, en el pasaje antes citado, dice: “Si, pues, todo el aparato de los

espectáculos se prueba consistir en la idolatría, no hay duda de que nuestro voto de renuncia en la pila se refiere también a los espectáculos, los cuales están, por su idolatría, al servicio del diablo y su pompa y ángeles”.

Pues tus palabras fueron: “Renuncio al diablo, a sus pompas, a sus espectáculos y a sus obras.” ²⁴ ¿Qué sigue en tus votos bautismales? “Creo en Dios Padre todopoderoso y en Jesucristo, su Hijo.” Primero pues, renunciaste al diablo para que puedas creer en Dios, porque el que no renuncia al diablo no cree en Dios y, por tanto, aquel que regresa al diablo, abandona a Dios.

Asimismo, el diablo está presente en sus espectáculos y pompas, y por lo tanto cuando volvemos a los espectáculos del diablo, abandonamos nuestra fe Cristiana. Así, todos los sacramentos de nuestra creencia se rompen, y todo lo que sigue en el credo es sacudido y tambaleado; pues nada que sigue se mantiene intacto si la principal disposición ha caído. Dime entonces, tú que eres Cristiano, ¿cómo crees que estas manteniendo las últimas porciones del credo, cuyas primeras disposiciones has abandonado? Los miembros sin la cabeza no valen nada, y todo depende de sus propios primeros principios; éstos seguramente, si perecen, arrastrarán con ellos a todo lo demás a la destrucción. Si se quita el material principal, las otras partes o bien dejan de existir o si continúan son inútiles, ya que sin la cabeza nada puede subsistir.

Si alguno piensa que la maldad de los espectáculos es un asunto trivial, que considere bien todo lo que he dicho, y verá que en ellos no hay placer sino muerte. ¿Qué otra cosa es, sino la muerte, el haber perdido la fuente de la vida? Cuando son derribados los cimientos de nuestro credo, la vida misma es estrangulada.

7. Tengo que volver de nuevo a mi argumento tantas veces repetido, ¿qué tienen parecido a esto los bárbaros? ¿Dónde en sus tierras están los circos, donde están los teatros, donde esos otros vicios malvados que son la ruina de nuestra esperanza y salvación? Incluso si tuvieran tales cosas, por ser paganos, su error implicaría menos ofensa a lo que es sagrado, y menos culpa, pues aunque espectáculos como estos son impuros, aun así no incurrirían en la violación de un sacramento.

Pero en cuanto a nosotros, ¿cómo podemos responder en nuestro favor? Abrazamos el credo y lo derribamos. Estamos igualmente dispuestos a reconocer el regalo de la salvación y a negarlo. ¿Dónde está, pues, nuestro Cristianismo, cuando solamente recibimos el sacramento de la salvación ²⁵ a fin de que después de la caída de la gracia podamos pecar más gravemente que antes? Preferimos vanos espectáculos a las iglesias de Dios, despreciamos sus altares y honramos los teatros. Para concluir, amamos y honramos todo lo demás; sólo Dios, en contraste con los placeres del mundo, es vil a nuestros ojos.

Un caso en sí mismo, haciendo caso omiso de todo lo demás, prueba la verdad de mi argumento.

²⁴ Véase Isidoro, *Etymologiae* XVIII. 59: “Estos espectáculos de crueldad y vanidad fueron instituidos no sólo por los vicios de los hombres, sino también por las órdenes de los demonios. Por lo tanto, un cristiano no debería tener nada que ver con la demencia del circo, con la indecencia del teatro, con la crueldad del anfiteatro, con las atrocidades de la arena, con la voluptuosidad de los juegos. Pues aquel que prefiere tales espectáculos niega a Dios, siendo un traidor a la fe Cristiana, quien busca de nuevo a lo que una vez renunció en la pila; esto es, al diablo, sus pompas y sus obras.”

²⁵ Es decir, el bautismo.

Cuandoquiera que ocurre, como lo hace con demasiada frecuencia, que el mismo día que celebramos un día festivo de la iglesia y los juegos públicos, ²⁶ pregunto a la conciencia de todos, ¿cuál es el que reúne mayores multitudes de cristianos, las filas de asientos en los juegos públicos o el palacio de Dios? ¿Se aglomeran todos los hombres a las puertas del templo en preferencia al teatro, adoran las palabras del Evangelio más que las del escenario, las palabras de vida o de muerte, las palabras de Cristo o de un mimo? Sin lugar a dudas; nos gusta más lo que ponemos en primer lugar. Pues cualquier día que los juegos mortales tienen lugar, y cualquiera que sea el festival de la iglesia, no sólo los hombres que dicen ser cristianos dejan de venir a los servicios, sino que cualquiera que haya venido sin darse cuenta, si tiene la oportunidad de oír, mientras está en la iglesia, que se están dando juegos, al momento deja el edificio. El templo de Dios es despreciado con una prisa hacia el teatro; la iglesia se vacía y el circo se llena; dejamos solo a Cristo en el altar y agasajamos nuestros adúlteros ojos en los sucios espectáculos de los viles juegos. Así que, es con la mayor justicia que el Señor Dios nos dice: “Por vuestras obscenidades habéis sido desterrados en el destierro.” Y otra vez dice: “Los altares de esta comedia serán arrasados a la nada.” ²⁷

8. Por lo menos, diréis, se puede dar esta respuesta, que tales cosas no se hacen en todas las ciudades de los romanos. Cierto, e incluso voy a ir tan lejos como para decir que ahora no se está haciendo en todos los lugares donde se han hecho hasta la fecha. Por ejemplo, ningún espectáculo se da ahora en Maguncia, pero esto es debido a que la ciudad ha sido destruida y arrasada; ²⁸ ni en Colonia, ya que está invadida por el enemigo. Estos no se llevan a cabo en la más noble ciudad de Tréveris, que cuatro veces ha sido derribada por una destrucción repetida, ²⁹ ni finalmente en muchas otras ciudades de la Galia e Hispania. Entonces, ¡pobres de nosotros y nuestras iniquidades, pobres de nosotros y nuestras impurezas!

²⁶ Otro ejemplo del desprecio popular por los edictos imperiales. Cód. Theod. II. 8. 20, en el año 392 d.c., prohibió los circos los domingos excepto cuando el cumpleaños del emperador caía en ese día. Otro decreto, *ibíd.* II. 8. 23, de 399 d.c., prohibió los teatros, las carreras y todo tipo de espectáculos públicos, con la misma excepción. En 409 d.c. (*ibíd.* II. 8. 25), la prohibición se mantuvo incluso para el cumpleaños del emperador y los aniversarios de su gobierno. Pocos años después de la publicación del libro de Salviano, los emperadores Leo y Antemio en el Este (Cód. Just. III. 12. 9, 469 d.c.) infligieron fuertes sanciones por presenciar los

espectáculos en domingo, y sobre los funcionarios que deberían autorizar tales actuaciones “con el pretexto de asuntos públicos”.

²⁷ ¿Fuentes? Compárese con Isaías 16. 4 y 10. (N.T. Dejo el original, no coincide con K.J.V, Vulgata o Católica)

²⁸ Haemmerle, *op. cit.*, l. 27-28, expone la destrucción de Maguncia en 405-406 d.c. (véase Jerome, *Ep.* 123; Migne, PL, XXII, col. 1057), y la de Colonia entre 438 y 440, tal como está aquí conectado con el cuarto saqueo de Tréveris. Salviano, *Ep.* I, coincide con esto en su relato sobre el efecto en sus familiares del reciente saqueo de la ciudad.

²⁹ Las fechas de las cuatro destrucciones de Tréveris aquí mencionadas han sido muy discutidas con conclusiones muy diferentes. La *Gesta Treverorum* del siglo XII describió cuatro capturas de la ciudad, pero, comprendiendo desde la de los “Griegos” bajo Constante el Arriano en 380 d.c. a la de los Francos en 463, estas no se ajustan a las condiciones exigidas por el texto de Salviano. (N.T. Esta nota continua al final de la siguiente página)

¿Qué esperanza tienen las congregaciones Cristianas a los ojos de Dios cuando estos males dejan de existir en las ciudades romanas únicamente desde el momento en que las propias ciudades se han puesto bajo la subyugación de la jurisdicción de los bárbaros? Esta marca de vicio e impureza parece ser una característica natural de los romanos, un rasgo innato, pues donde quiera que haya romanos, estos males prevalecen. ¿Creen ustedes que esta es una acusación grave e injusta? Grave en verdad, si no tiene fundamento. Pero, ¿cómo puede dejar de ser falsa, ya que las actividades de las que he hablado, ahora sólo se están llevando a cabo en unas pocas ciudades romanas? La mayoría de nuestras ciudades, afirmáis, ahora no están contaminadas por la corrupción de estos vicios; a pesar de que son los mismos lugares que fueron los hogares de nuestra antigua maldad, aun así sus antiguas indulgencias han cesado.

Así que ahora debemos examinar esta cuestión, por qué esas ciudades todavía parecen ser las guaridas de los juegos, considerando que los juegos han cesado. Siguen siendo los hogares y lugares de permanencia del vicio vergonzoso porque todo tipo de actos viles hasta ahora se han promulgado en ellos. Además, la única razón para el cese de los juegos mismos es que no se pueden dar en la actualidad a causa de la miseria y la pobreza en la que vivimos. Que antes se hayan representado era debido a nuestra depravación; que ahora no se den a nuestra necesidad. Porque el colapso del fisco imperial y la mendicidad de la tesorería Romana no permiten que el dinero se derroche en asuntos triviales que no ofrecen retorno. Que los hombres despilfarran tanto como les plazca, arrojando su dinero en el fango; no pueden perder tanto como podían anteriormente, pues no tienen tanto que perder. Con respecto a nuestros deseos lascivos y a nuestros placeres básicos, ciertamente deberíamos tener más abundancia, aunque sólo sea para que fuéramos capaces de transmutar nuestra riqueza en vergonzosa mugre. Las cantidades despilfarradas en nuestra mendicidad son una indicación de lo que nos gustaría gastar si fuéramos ricos y magníficos. La perdición y la ruina de nuestra actual condición depravada es

que, a pesar de que nuestra pobreza no tiene nada más que perder, nuestras almas pecadoras anhelan más riqueza para derrochar.

No podemos, por tanto, consolarnos en absoluto con estos motivos, es decir, diciendo que las antiguas extravagancias ahora no se están cometiendo en todas nuestras ciudades. Pues la única razón de su abandono es que las ciudades donde fueron llevadas a cabo en el pasado ya no existen, o que en los lugares donde tales cosas se solían hacer, [faltan medios] ³⁰ para realizarlas.

²⁹ La reciente tendencia ha sido la de atribuir las cuatro capturas de la ciudad a los Francos, y establecerlas bastante próximas entre sí, enfatizando la frase *ter continuatis vicibus* en VI. 15 *infra*. Rudolph y Kenterich (*Quellen zur Rechts- und Wirtschaftsgebiete der rheinischen Stadte: kurtrierische Stadte: I. Trier*, Bonn 1915, 5-6) se inclinan a fechar la primera captura en el año 411-412 d.c., la segunda y la tercera en el período desde 412 a 416, y la cuarta en 427-428, fechas que se conectan bien con el relato de Salviano y con las condiciones locales. Las fechas anteriores y posteriores asignadas por algunos comentaristas, aunque adecuadas en lo que se refiere a la historia de Tréveris, son menos consistentes con las condiciones requeridas por la consideración de Salviano. Para los resúmenes de las diversas opiniones sobre este punto, véase Haemmerle, *Studia Salviana* I, 19-26. El mismo Haemmerle sugiere la fecha 406 d.c. como la del saqueo por los Vándalos, y 411-413, 418, 438-439 o anterior, como destrucciones Francas de la ciudad. Esta conjetura no está lejos de la de Rudolph y Kenterich.

³⁰ El texto está gravemente corrompido, y ninguna enmienda satisfactoria se ha propuesto. Las palabras entre paréntesis son suministradas sobre la base de la frase anterior.

Así, los espectáculos ya no son posibles en las ciudades donde fueron realizados anteriormente; como Dios mismo dijo a los pecadores a través de su profeta: “¿No se ha acordado Jehová, y no ha venido a su memoria? Y no pudo sufrir más Jehová a causa de la maldad de vuestras obras, a causa de las abominaciones que habíais hecho: por tanto vuestra tierra fue en asolamiento, y en espanto, y en maldición”. ³¹ Así, ha llegado a pasar que la mayor parte del mundo Romano se ha convertido en asolamiento, y en espanto, y en maldición.

9. ¡Ojalá que estas abominaciones sólo se hubieran cometido en la antigüedad y que la depravación romana por fin cesara dichas actuaciones! Entonces, tal vez, como está escrito, Dios sería misericordioso con nuestros pecados. Pero no actuamos como tal, para que lo haga. Constantemente añadimos males a los males y apilamos pecados sobre pecados, y aunque muchos de nosotros ya hayan perecido, buscamos completar nuestra propia destrucción. ¿Quién, decidme, viendo a otro hombre asesinado a su lado, no está aterrizado por sí mismo? ¿Quién puede ver la casa de su vecino arder y no trata de, por todos los medios a su alcance, evitar que la suya propia se incendie? Pero nosotros no sólo vemos a nuestros vecinos arder, ³² sino que sabemos que las llamas ya se han extendido sobre la mayor parte de nuestros propios cuerpos. ¿Qué maldad inenarrable es esta que estamos sufriendo? Estamos ardiendo,

ardiendo, digo, y sin embargo, no tememos las llamas que nos queman. Que los males cometidos anteriormente estén al fin disminuyendo, es el resultado de nuestras miserias, y no el fruto de un verdadero arrepentimiento.

Esto se prueba fácilmente; con sólo volver a nuestra antigua prosperidad, al instante veríais los viejos intereses en todas partes restaurados. Notad también esto: en lo que se refiere a los deseos de los hombres, aunque los juegos de hecho no se están dando en muchos lugares, sin embargo todavía existen como en la antigüedad, pues el pueblo Romano en todas partes desea disfrutarlos. Cuando nada más que la pura necesidad impide a un hombre una mala acción, el mero deseo de un acto vil es tanto a ser condenado como la acción. Porque si, como he dicho, de acuerdo con las palabras de nuestro Señor: “cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón”,³³ podemos entender que, si bien por necesidad no cometemos actos vergonzosos dignos de condenación, que, sin embargo, somos culpables sólo deseando cosas prohibidas.

¿Por qué debo mencionar el deseo? La mayoría de los hombres realmente hacen estas cosas cada vez que pueden. Cuando los habitantes de otras ciudades vienen a Rávena o Roma se unen a la plebe Romana en el circo, a la gente de Rávena en el teatro. Por tanto, nadie se puede considerar absuelto basándose en su distancia de los espectáculos. Todos están unidos en la infamia de sus acciones, quienes se unen entre sí en su deseo de hechos vergonzosos.

Sin embargo, nos congratulamos por la rectitud de nuestras costumbres, la rareza de nuestros vicios. Así que, seguiré con mis acusaciones más allá: no sólo los hombres todavía se rinden como antaño a la contaminación de esos juegos infames, sino que su culpabilidad en esto es mucho mayor que antes.

³¹ Jeremías 44. 21-22.

³² Baluze, refiriendo esta frase a la quema de Tréveris, de manera bastante gratuita, concluyó que Salviano no podría haber sido un nativo de esa ciudad.

³³ Mateo 5. 28.

Pues en el pasado los distintos miembros del mundo Romano florecieron sin impedimentos; la riqueza pública había hecho los almacenes inadecuados; los ciudadanos de todas las ciudades tenían abundancia de riquezas y placeres, y en medio de esa desbordante prosperidad la autoridad de la religión difícilmente podía ejercer la censura debida de la conducta. Luego, ciertamente, aquellos que explotaron los bajos deseos encontraron terreno fértil por todas partes, pero no hubo falta de riqueza para satisfacer su codicia; nadie se preocupó por los desembolsos y los gastos públicos, pues el costo no se sintió. El estado, de hecho, parecía una manera de buscar una oportunidad para derrochar lo que apenas podía seguir manteniendo. Así, la riqueza amontonada, que ya había comenzado a

superar los límites apropiados, proporcionó la abundancia para la fastuosidad aún en asuntos triviales.

Pero de la situación actual, ¿qué podemos decir? Nuestra antigua abundancia nos ha abandonado; los recursos de otros tiempos se han ido, y estamos en un estado miserable, pero no cesamos nuestras frivolidades. Aunque incluso los gaudes huérfanos suelen ser beneficiados con la pobreza, terminando el error de sus costumbres tan pronto como se han dilapidado su fortuna, parecemos ser una nueva clase de libertinos, en quienes la opulencia ha dejado de residir, pero la disipación persiste. Las causas de nuestra corrupción no residen como en otros hombres en tentaciones externas, sino en nuestros corazones, y nuestras mentes son la fuente de nuestra depravación, por lo que, [nosotros] no estamos [dispuestos] a enmendar nuestras costumbres con la pérdida de nuestra riqueza, sino que [continuamos]³⁴ pecando a través del amor a la maldad.

10. Aunque pueda haber mostrado suficientemente qué graves vicios tienen los Romanos, los cuales las tribus bárbaras no poseen, todavía añadiré muchos puntos que he omitido. Pero antes de continuar, permítanme que les recuerde que una falla de cualquier tipo que deshonre a Dios no debería en ningún sentido parecer un asunto trivial a nadie. Nunca es permisible deshonrar a un hombre ilustre y poderoso, y cualquiera que deshonre a tal persona es considerada culpable a los ojos de la ley y es condenada en su debido momento como responsable por la injuriosa acción. ¡Cuánto más difícil de expiación es la acusación de daño a Dios! La culpa del infractor siempre aumenta en proporción a la posición de la persona dañada, ya que necesariamente cuanto mayor es el carácter del hombre que sufre la acción abusiva, mayor es la culpa del hombre que comete tal acción. Por eso leemos en la ley que incluso aquellos que parecen haber cometido sólo una ligera ofensa contra las ordenanzas sagradas han sido, sin embargo, muy severamente castigados; con el fin de que podamos saber que no hay nada perteneciente a Dios que debería ser considerado sin importancia. Incluso lo que parecía ser una falta nimia se convirtió en una seria, en tanto en cuanto se trataba de un agravio al poder divino.

¿Qué hizo Uzza, el Levita de Dios, contra el mandamiento divino, cuando trató de sujetar el arca del Señor? No había ninguna ley establecida respecto a esto. Sin embargo, inmediatamente que la agarró, fue golpeado, al parecer, no porque hubiera hecho algo de manera impúdica o con una intención desobediente, sino que su mismo servicio fue desobediente porque excedió sus órdenes.³⁵

³⁴ El texto corrupto está aquí corregido de acuerdo con las conjeturas de Pauly.

³⁵ II Samuel 6. 6-7.

Cuando un hombre de los Israelitas había reunido leña en el Sabbath, fue abatido y matado por el juicio y la orden de Dios, verdaderamente el más gentil y misericordioso juez, y quien sin duda hubiera preferido perdonar en vez de matar, si la consideración de la severidad no hubiera superado la consideración de la misericordia. Pues un hombre imprudente pereció para salvar a muchos de perecer más tarde por falta de precaución.³⁶

Pero, ¿por qué hablo de individuos particulares? Los hijos de Israel en su viaje a través del desierto, porque anhelaban su costumbre de comer carne, perdieron un número de ellos. El deseo por la carne aún no se les había sido prohibido, pero Dios, creo, quería fomentar la observancia de la ley por medio de la supresión de los deseos rebeldes. Intentó que todo el pueblo aprendiera más fácilmente cuán sinceramente hay que evitar lo que Dios prohibió en sus escritos divinos, ya que incluso aquellos actos le agraviaron, los cuales todavía no los había prohibido por ley. ³⁷

Las mismas personas también murmuraron sobre las penurias que sufrieron, y por esta razón fueron castigados con las correcciones del Señor, no porque esté prohibido que un hombre gruñe ante las dificultades, sino porque sus murmullos estaban desagradando a Dios, en la medida en que parecían que le acusaban de causarles demasiado trabajo. De esto deberíamos aprender lo mucho que un hombre que goza de las bendiciones de la buena fortuna debe tratar de agradar a Dios, ya que ni siquiera está permitido quejarse de esos males que parecen dolorosos.

11. ¿Cuál es el propósito de estos ejemplos? ¿Simplymente que no hay nada que cause agravios a Dios que debiera parecer trivial? Porque estábamos hablando de los juegos públicos, que son verdaderamente burlas de nuestras esperanzas, burlas de nuestra vida. Mientras nos divertimos en los teatros y circos, perecemos, de acuerdo a la Palabra Sagrada, que dice: "Hacer abominación es como risa al insensato". ³⁸ Así también nosotros, cuando nos reímos en medio de los espectáculos escandalosos y vergonzosos, estamos cometiendo crímenes, y crímenes de no poca envergadura. Nuestro delito es el más digno de castigo por esta misma razón, que a pesar de que parece ser de una naturaleza de lo más trivial, es realmente pestilente y mortal en sus consecuencias. Hay dos males principales, por un hombre destruirse a sí mismo y por agraviar a Dios; ambos son cometidos en los juegos públicos, donde a través de espectáculos criminales y vergonzosos la eterna salvación del pueblo Cristiano se destruye por completo, y por medio de una superstición sacrílega se viola la majestad divina. No puede haber ninguna duda de que los juegos agravian a Dios, consagrados como están a los ídolos. Pues Minerva es adorada y honrada en los gimnasios, Venus en los teatros, Neptuno en los circos, Marte en la arena, Mercurio en la palestra, y de ese modo el culto supersticioso varía de acuerdo con el carácter de sus patrocinadores. ³⁹ Acciones impuras de todo tipo se llevan a cabo en los teatros; hay lujo lascivo en las palestras, inmoderado vicio en los circos, locura en las arenas. Por lo tanto, en espectáculos de este tipo, ni tentaciones ni vicios se encuentran solos. Es un sacrilegio que un cristiano se mezcle con esta superstición, participando en el culto a aquellos en cuyos festivales se deleita.

³⁶ Números 15. 32-36.

³⁷ *Ibíd.* 11.

³⁸ Proverbios 10. 23.

³⁹ Véase Tertuliano *De Spectaculis* 10-11.

Mientras que tal cosa es siempre lo suficientemente grave, se hace más intolerable cuando o bien nuestra adversidad o bien nuestra prosperidad, excediendo la medida ordinaria de nuestra vida, hace que nuestros actos sean más censurables. En la adversidad hay una doble necesidad de apaciguar a Dios, y en la prosperidad de evitar afligirle. Sin duda debe ser apaciguado cuando está enojado, y no debe ser ofendido cuando es favorable; pues nuestras adversidades vienen a nosotros a través de su ira, nuestra prosperidad a través de su favor. Pero hacemos todo al revés.

¿Cómo, preguntáis? Escuchad. En primer lugar, si ganamos por su misericordia, pues nosotros nunca vivimos de tal manera que nos merezcamos su favor, si, como digo, en cualquier momento ganamos por su misericordia, Dios nos da temporadas pacíficas, cosechas abundantes, tranquilidad rica en todas las cosas buenas y abundancia creciente más allá de nuestras esperanzas, entonces nos permitimos ser tan corruptos por la gran prosperidad y fortuna, nos permitimos ser tan depravados con modales insolentes, que nos olvidamos por completo de Dios y de nosotros mismos. Aunque el apóstol dice que todos los beneficios de la paz dada por Dios dependen de esto: “que vivamos quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad”,⁴⁰ el único uso que hacemos de la tranquilidad que nos da es vivir en la embriaguez y el lujo, en el desenfreno y la rapiña, en todo tipo de delincuencia y maldad. Vemos su agradable regalo de la paz como una oportunidad para el libertinaje, y tomamos la tranquilidad dada con su tregua como una oportunidad para pecar más libremente y con seguridad.

Por lo tanto, no somos dignos de los dones celestiales, quienes no hacemos un buen uso de la bondad de Dios, y sólo vemos oportunidades para el vicio en los desarrollos de las buenas obras. De ahí viene que la paz de la cual tanto abusamos va en contra de nosotros, y en realidad es perjudicial para nosotros, ya que la usamos para nuestro perjuicio. ¿Es esto digno de fe? Cambiamos la naturaleza misma con nuestra maldad, y las cosas buenas que Dios ha hecho como su regalo de amor para con nosotros, las volvemos malas con nuestras lascivas vidas.

12. Nosotros quienes somos corrompidos por la prosperidad, diréis, somos corregidos a través de la adversidad. La paz prolongada nos había hecho ingobernables, pero somos devueltos a la moderación por los conflictos. ¿En qué casos han comenzado a ser castos en la adversidad los habitantes de nuestras ciudades, quienes eran licenciosos en la prosperidad? ¿Cuándo ha cesado la embriaguez, la cual aumentó en el tiempo de nuestra paz y prosperidad, bajo los estragos del enemigo?

Italia ya ha sido devastada por muchos desastres: ¿han, por tanto, terminado los vicios de los italianos? La ciudad de Roma ha sido asediada y tomada por asalto:⁴¹ ¿han, por tanto, cesado los Romanos su loca blasfemia? Naciones Bárbaras han invadido los estados de la Galia: ¿han cambiado, por tanto, los crímenes de los Galos de carácter, en lo que respecta a sus malos hábitos?

⁴⁰ I Timoteo 2. 2.

⁴¹ Que la referencia aquí es al saqueo de Roma por Alarico en el año 410 d.c., se muestra claramente por el orden de los acontecimientos citados; si

se hubiera intentado, como asumen aquellos que usan este pasaje para probar que el libro de Salviano fue escrito después del año 455 d.c., para referirse al saqueo Vándalo, difícilmente se habría hecho el primero de una serie de eventos que terminan con la destrucción Vándala de Cartago, algunos años antes de su saqueo de Roma.

Tribus de Vándalos han entrado en los campos de Hispania: la fortuna de los Hispanos ha cambiado verdaderamente, pero no su corrupción. Por último, para que ninguna parte del mundo pudiera ser inmune a la destrucción fatal, las guerras han comenzado a cruzar los mares, han devastado y derrocado ciudades aisladas por las olas, en Cerdeña y Sicilia, los graneros imperiales. Habiendo, por así decirlo, cortado los canales vitales del imperio, capturaron África, que puede llamarse su corazón. ¿Y entonces qué? Al entrar los bárbaros en aquella tierra, ¿cesaron sus vicios, aunque fuera por el miedo? O, ¿puesto que incluso los esclavos más inútiles suelen ser reformados con el paso del tiempo, les condujo el terror a la modestia y la moderación? ¿Quién puede estimar correctamente este mal? Las armas de los bárbaros chocaron contra los muros de Cirta y Cartago ⁴² mientras la congregación Cristiana de la ciudad se entusiasmaba en los circos y se depravaba en los teatros. Algunos eran degollados fuera de los muros, mientras que otros todavía cometían fornicación dentro; parte de la gente era hecha prisionera por el enemigo fuera, mientras que la parte de dentro de la ciudad eran cautivos de sus propios vicios. Es difícil decidir cuál sufrió la peor desgracia. Los primeros de hecho eran cautivos externamente en la carne, los últimos en el interior de su alma. De los dos males mortales, es menor, pienso, para un cristiano soportar la cautividad del cuerpo que la del alma, de acuerdo con las enseñanzas del Salvador mismo en el Evangelio, que la muerte del alma es mucho más fatal que la del cuerpo. ⁴³

¿O tal vez creamos que aquellos hombres no estaban cautivos en su alma, quienes entonces se regocijaban en el momento de la cautividad de su pueblo? ¿No estaba cautivo en la mente y el corazón, quien se río en medio de los castigos de su pueblo, quien no sabía que su garganta estaba siendo cortada al tiempo que la de ellos, quien en sus muertes también murió? Fuera de los muros, como ya he dicho, y dentro de ellos también, se oía el estruendo de la batalla y de los juegos; las voces de los moribundos se mezclaban con las voces de los juerguistas; las voces de las personas asesinadas se confundían con las voces de los juerguistas; el clamor de la gente asesinada en la guerra difícilmente podía distinguirse del clamor de aquellos que gritaban en el circo. ¿Qué se logró con esto sino la aceleración de la destrucción de las personas que optaron por tal camino, aunque Dios quizás no deseara destruirlos todavía?

13. Estos lugares, sin embargo, están muy lejos, casi apartados en otro mundo, y parece irrelevante para la discusión cuando considero que incluso en mi propio país, ⁴⁴ en los estados de la Galia, casi todos los hombres de alto grado han empeorado con sus desgracias. Yo mismo he visto hombres de noble cuna y honor, aunque ya despojados y saqueados, ⁴⁵ aun así menos arruinados en fortunas que en moralidad; pues, aunque devastados y despojados como estaban, todavía les quedaban algunos de sus bienes, pero nada de su carácter. Eran mucho más hostiles a sí mismos que a los enemigos foráneos que, a pesar de que ya habían sido arruinados por los

bárbaros, ahora completaban su propia destrucción. Es triste contar lo que vimos allí; ancianos honrados, cristianos débiles, cuando la ruina de su estado ya era inminente, haciéndose a ellos mismos esclavos del deseo y la lujuria.

⁴² Genserico capturó Cartago en el año 439 d.c., después de diez años de control general Vándalo en África. Al clero ortodoxo se les dio la opción de la esclavitud o el exilio, al igual que a los nobles. La propiedad de la Iglesia fue entregada a los Arrianos.

⁴³ Lucas 9. 24-25.

⁴⁴ Esta frase fue pasada por alto por aquellos comentaristas que sostenían que Salviano nació en la provincia de África.

⁴⁵ Es decir, en el primer saqueo de la ciudad de Tréveris.

¿Cuáles son los primeros cargos de la acusación? ¿Qué eran honrados, viejos, Cristianos, o estaban en peligro? ¿Quién podría considerar que tales cosas deberían ser realizadas por hombres de edad incluso en la seguridad absoluta, o por jóvenes en una crisis, o en cualquier momento que sea por Cristianos? Se recostaban en los banquetes, olvidando su honor, olvidando la justicia, olvidándose de su fe y del nombre que llevaban. Eran los líderes del estado, saciados de comida, disolutos por la bebida, salvajes en el vocerío, mareados con las juergas, completamente fuera de sus sentidos, o más bien, ya que ésta era su condición habitual, precisamente en sus sentidos. A pesar de todo esto, lo que ahora tengo que decir es todavía peor: ni siquiera la destrucción de sus ciudades puso fin a sus excesos. La ciudad más rica de la Galia fue tomada por asalto no menos de cuatro veces. ⁴⁶ Es fácil reconocer la ciudad de la que hablo. La primera cautividad sin duda debería haber sido suficiente para remendar las costumbres de los ciudadanos, para que la renovación de sus pecados no hubiera renovado la destrucción. Pero, ¿que siguió? La historia es increíble. La constante repetición de desgracias en esa ciudad aumentó sus crímenes. Al igual que el monstruo fabuloso cuyas cabezas se multiplicaban conforme eran cortadas, ⁴⁷ así también en la más excelente ciudad de la Galia, la maldad cobró fuerza a partir de los mismos golpes que la castigaron. Se habría de esperar que el castigo pretendiera acabar con los crímenes de su gente, obró, en cambio, como generador del vicio. ¿Y después qué? Con la multiplicación diaria de un enjambre de males, se ha llegado a tal punto que la ciudad podría existir más fácilmente sin habitantes que cualquiera de sus ciudadanos pudiera hacerlo sin crimen.

Suficiente, pues, sobre esta ciudad. ¿Qué hay de otra no muy lejana, pero casi igual en magnificencia? ⁴⁸ ¿No ha sufrido las mismas ruinas de fortunas y moral? Aparte de todo lo demás, cuando estaba totalmente desmoralizada por los dos principales males comunes a todas, la avaricia y la embriaguez, finalmente llegaron a un estado tal de rabiosa gula por el vino, que los mismos gobernantes de la ciudad no se levantaron de sus banquetes cuando el enemigo realmente estaba entrando por las puertas. Dios quiso dejarles claro por qué perecieron, ya que en el momento de su desastre final, estaban llevando la misma vida por la cual habían llegado a la ruina.

⁴⁶ La referencia a Tréveris es obvia. Esta estimación de la ciudad se apoya en el testimonio general de los escritores de principios del Imperio. Ausonio coloca a Tréveris en el cuarto lugar en su *Ordo urbium clarissimarum*, el primero asignado a Roma, el segundo a Constantinopla y Cartago, y el tercero a Antioquía, así que Tréveris es sólo superada por Roma en el oeste de Europa. La elección de la ciudad como la sede del prefecto del pretorio de la Galia es un indicador significativo de su preeminencia. Véase también Cód. Theod. XIII. 3. 11, *De medicis et professoribus* (376 d.c.): “Para la más gloriosa ciudad de Tréveris hemos pensado que lo mejor es hacer una asignación un tanto más abundante, que treinta *annonae* se paguen a un maestro de retórica, veinte a un maestro de gramática Latina, y doce a uno de Griega, si se puede encontrar uno digno.”

⁴⁷ Es decir, la hidra de Lerna. Los trabajos de Heracles eran un tema popular para los versos ligeros; cf. Ausonio *Monosticha de XII aerumnis Herculis*.

⁴⁸ Brouwer, *Antiquitatum et Annalium Treverensium libri XXV* (1671), V. 14, p. 275, identificaba esta ciudad como Maguncia, que parece encajar mejor que Metz o Colonia, en la descripción de la ruina total. En VI. 8 *supra*, Salviano mencionó a Maguncia especialmente como habiendo sido destruida, mientras que a Colonia sólo se refirió a ella como completamente del enemigo. Por el contrario, Haemmerle, *op. cit.*, I. 18, sigue a Baluze en la identificación de la ciudad aquí mencionada con Colonia.

Yo mismo vi allí espectáculos lamentables, sin distinciones entre los jóvenes y los ancianos. La frivolidad y la grosería eran de todos por igual; todos los vicios reinaban a la vez, extravagancia, borracheras, desenfreno, toda la gente disfrutando junta. Bebían, apostaban, cometían adulterio. Hombres viejos y honrados se entusiasmaban de manera desenfrenada en sus banquetes; hombres ya casi demasiado débiles para vivir se probaban poderosos en sus copas; hombres demasiado débiles para caminar eran fuertes en el beber; aquellos cuyos pasos se tambaleaban eran bailarines ágiles. ¿Qué más se puede decir? A través de todo lo que he contado llegaron a estar tan degradados que las palabras de la Sagradas Escrituras se hacían realidad en ellos: “Vino y mujeres pervierten a los inteligentes”. ⁴⁹ Porque mientras beben, juegan a los dados, violan y hacen el loco, los hombres comienzan a negar a Cristo. Después de todo esto, ¿nos asombramos de que los hombres, los cuales desde hace mucho tiempo han experimentado la ruina moral, sufran la ruina de sus fortunas? Que nadie piense que tal ciudad pereció solo en el momento de su destrucción física, pues las obras de su gente habían traído la ruina mucho antes de su muerte.

14. He narrado el destino de las ciudades más famosas. ¿Qué hay de otras muchas en las diversas partes de la Galia? ¿No han caído, también, debido a similares vicios por parte de sus ciudadanos? Todos estaban tan completamente poseídos con sus crímenes que no temían ningún peligro, que conocían de antemano el del cautiverio y no lo temían. El miedo, de hecho, fue arrancado de estos hombres pecadores para evitar el ejercicio de la precaución. Por lo tanto, aunque los bárbaros se establecieron casi al alcance de su vista, los hombres no sintieron miedo, las ciudades quedaron sin vigilancia. Tal era la ceguera de sus corazones, o más bien de sus

pecados, que aunque, sin duda, nadie deseaba morir, nadie hizo nada para protegerse de la muerte. Todo estaba en las garras de la despreocupación y la pereza, la negligencia y la gula, la embriaguez y el sueño, como se ha escrito de tales hombres: “porque un profundo sueño enviado de Jehová había caído sobre ellos.”⁵⁰ Un sueño profundo en verdad cayó sobre ellos para que la destrucción pudiera seguir de inmediato. Pues cuando, como está escrito, la iniquidad de un pecador está llena⁵¹ y está a punto de morir, el conocimiento previo es arrancado de él, para que no pueda escapar a su destino. Pero basta de esto. He dejado mi tesis suficientemente clara, creo, ni siquiera en el momento de mayor peligro terminaron los vicios de las personas antes del real derrocamiento de sus ciudades.

15. Tal vez estas cosas hayan ocurrido en el pasado, pero ahora han llegado a su fin, o lo harán en algún momento futuro. ¡Sí, sin duda, si hoy cualquier ciudad o provincia, que haya sido castigada por el azote de Dios o devastada por el enemigo, apareciera humillada, convertida y enmendada; si prácticamente todos los que portan el nombre Romano no prefirieran la muerte a la reformación, el final de su vida al final de sus vicios! Esto se puede comprobar rápidamente con el ejemplo de la mayor ciudad de la Galia, tres veces destruida por capturas sucesivas,⁵² y a pesar de ello, cuando toda la ciudad había sido reducida a cenizas, su maldad se incrementó, incluso después de su destrucción.

⁴⁹ Eclesiástico 19. 2.

⁵⁰ I Samuel 26. 12.

⁵¹ Génesis 15. 16.

⁵² Esta frase ofrece cierto apoyo a la adopción de las fechas para las tres primeras capturas de la ciudad, cercanas en el tiempo unas de otras: c.f. nota 29 *supra*.

Aquellos a los que el enemigo no había matado cuando saquearon la ciudad, se vieron desbordados por el desastre después del saqueo; estos, quienes habían escapado de la muerte en la captura, no sobrevivieron la ruina que siguió. Algunos murieron resistiendo a la muerte con heridas profundas, otros fueron quemados por los incendios del enemigo y sufrieron torturas, incluso después de que se apagaran las llamas. Algunos perecieron de hambre, otros de desnudez, algunos deteriorándose, otros paralizados por el frío, y así todos por igual con diversas muertes se apresuraron a la meta común.

Peor aún, otras ciudades sufrieron por la destrucción de esta única ciudad. Allí todos estaban alrededor de los cuerpos desgarrados y desnudos de ambos sexos, una vista que yo mismo sufrí. Estos eran una contaminación a los ojos de la ciudad, mientras yacían allí lacerados por las aves y los perros. El hedor de los muertos trajo la peste a los vivos: la muerte exhaló muerte. Así, incluso aquellos que habían escapado a la destrucción de la ciudad, sufrieron los males que surgieron de la suerte de los demás.

¿Qué siguió a estas calamidades? ¿Quién puede narrar tal locura absoluta? Los pocos hombres de rango que habían sobrevivido a la destrucción exigieron a los emperadores ⁵³ circos como el remedio soberano para una ciudad en ruinas. ¡Ojala, que aquí y ahora se me concediera la elocuencia suficiente para hacer frente a este acontecimiento espeluznante, que pudiera haber al menos tanta virtud en mi queja como pesar en su causa! ¿Quién puede incluso decidir qué merece la acusación fundamental en la historia, la irreverencia o la estupidez, la extravagancia o la locura? En estos términos consiste todo. ¿Qué es más irreverente que una petición que daña a Dios? ¿Qué es más estúpido que no tener en cuenta tu petición con atención? ¿Qué mayor prueba de la extravagancia desesperada como desear lujos en un tiempo de duelo general? ¿O más demente que estar en medio de los males sin ninguna comprensión de ellos?

Entre estos, sin embargo, la locura es el menos culpable, pues la voluntad no es a culpar cuando el pecado se comete por medio de pura locura. Por lo tanto, aquellos de quien hablo merecían la mayor culpa, ya que, aunque en su sano juicio, actuaron sin sentido. ¿Habéis, Oh ciudadanos de Tréveris, anhelado los circos cuando habéis sido saqueados y capturados, después de la masacre y el derramamiento de sangre, después de los azotes y el cautiverio, y la destrucción reiterada de vuestra ciudad en ruinas? ¿Qué es más lamentable que esta estupidez, más grave que esta locura? Confieso que pensé que erais de lo más desdichados cuando estabais sufriendo la destrucción, pero ahora veo que sois más desdichados cuando exigís espectáculos públicos. Al principio pensé que solamente habíais perdido vuestra propiedad material en la captura de la ciudad; no sabía que habíais perdido también vuestra inteligencia y el control de vuestros sentidos. ¿Vosotros, entonces, pedís teatros y demandáis circos a nuestros emperadores? ¿Para qué circunstancias, pregunto, qué personas y qué ciudad?

⁵³ Haemmerle, *op. cit.*, l. 22-23, señaló la importancia de este plural para fechar el tercer saqueo de Tréveris, ya que la norma conjunta de Honorio y Constancio, 420-421 d.c., era la única fecha posible antes de la retirada de Salviano a Lérins, cuando podría haber habido dos *imperatores* en Occidente, a los cuales se podría haber hecho tal apelación. De ahí que el tercer saqueo de la ciudad debe haber tenido lugar alrededor del 420. Sugiere, además, que el pueblo de Tréveris esperaba que los circos atrajeran a más residentes para la reconstrucción de la ciudad.

Una ciudad quemada y destruida, un pueblo cautivo y asesinado, quienes han perecido o llorado a sus muertos; una ciudad de la que nada sobrevive, sino pura calamidad, cuyo pueblo está totalmente ansioso en su dolor, agotado por las lágrimas, postrado en el duelo, por lo que es difícil decir si la suerte de los vivos o la de los muertos es peor de soportar. Son tan grandes las miserias de los sobrevivientes que superan la mala fortuna de los muertos.

Entonces, ¿ambicionas los espectáculos públicos, oh ciudadano de Tréveris? ¿Dónde, suplico, se os van a dar? ¿Sobre las piras y las cenizas, los cuerpos y la sangre de los muertos? Pues, ¿qué parte de tu ciudad está

libre de estos? ¿Dónde no ha sido la sangre derramada, dónde no están esparcidos los cuerpos y los miembros mutilados? En todas partes la apariencia de la ciudad traiciona su captura, en todas partes están el horror del cautiverio y la imagen de la muerte.⁵⁴ Los restos de las más infelices de las gentes reposan en las tumbas de sus muertos, y sin embargo pides circos; la ciudad está ennegrecida por el fuego, sin embargo, adoptas un semblante festivo; todas las cosas lloran, ¡pero tú te regocijas! Más aún, con tus placeres infames provocas a Dios, y con tus viles supersticiones despiertas su ira divina. ¿Puede haber alguna duda de que una vez que tal destino te ha acontecido, y la triple destrucción no te ha corregido, ampliamente mereces perecer en la cuarta?

16. He realizado la crónica anterior, de alguna manera en todo detalle, para probar que hemos soportado todos nuestros sufrimientos no gracias al fracaso de la providencia de Dios, o debido a su abandono, sino a causa de su justicia y juicio; una dispensación muy justa y digna retribución; y que ninguna parte, cualquiera que sea, del mundo y del nombre Romano, a pesar de haber sido enormemente castigada por las aflicciones enviadas desde el cielo, nunca ha sido corregida. Así demostramos que no nos merecemos disfrutar de la prosperidad, ya que no somos corregidos por la adversidad.

Buenos regalos se nos dan de vez en cuando, sin embargo, seguimos siendo indignos. El buen Dios, como el padre más indulgente, a veces permite que seamos humillados por nuestros pecados, pero no aguanta que seamos afligidos prolongadamente. Así que a la vez que castiga a sus hijos con la adversidad, de acuerdo con su disciplina, les favorece con la paz, de acuerdo con su misericordia. Igual que los mejores y más hábiles médicos administran diferentes curas para varias enfermedades y socorren a algunos con dulzura, a otros con drogas amargas; curan ciertos males con la cauterización, otros con calmantes cataplasmas; emplean cirugía despiadada con algunos, pero vierten aceite curativo sobre otros; buscando el mismo buen estado de salud por medio de completamente diferentes curas: así también nuestro Dios, cuando nos reprime con los golpes más severos, busca curarnos por medio del cauterio y la cirugía; cuando nos favorece con buena fortuna, nos está ofreciendo aceite calmante y cataplasmas; pues, por medio de diferentes tratamientos desea restaurarnos a todos nosotros a la misma buena salud.

El tratamiento agradable, generalmente, corrige incluso a los esclavos más incorregibles cuyo castigo ha fracasado en reformar, y la bondad amansa a aquellos a quienes el látigo no hizo sumisos a sus amos. Los bebés, también, y casi todos los niños obstinados, a quienes las amenazas y los golpes no les hacen sumisos, son a menudo llevados a la obediencia con golosinas y palabras cariñosas. Por lo tanto, debemos darnos cuenta de que somos más inútiles que los peores esclavos, y más estúpidos que los niños tontos, ya que los tormentos no nos corrigen como hacen con los malos esclavos, ni los mimos nos convencen como hacen con los niños traviesos.

⁵⁴ Frase de Virgilio, *imago mortis* (*Eneida* II.360).

17. Creo que ahora he probado suficientemente que el castigo no ha corregido a ninguna parte del pueblo Romano; queda por demostrar que ni

los regalos, ni las dulces palabras de Dios nos corrigen. ¿Cuáles son, pues, los regalos y las dulces palabras de Dios? ¿Qué, verdaderamente, sino nuestra paz y tranquilidad, la calma de la prosperidad que acompaña a nuestras esperanzas y deseos? Permítanme darle un ejemplo concreto, ya que el caso lo exige.

Cuando estamos asustados, en la miseria y en peligro, cuando las ciudades son asediadas por el enemigo o las provincias devastadas, o los miembros del estado dañados por cualesquiera otras adversidades, y ofrecemos oraciones y votos a las huestes celestiales en busca de ayuda, entonces, si con el ayuda de la divina misericordia nuestras ciudades son salvadas, la devastación finalizada, los ejércitos hostiles derrotados y todo temor erradicado por la gracia de Dios, ¿qué es lo que hacemos inmediatamente? ¿Nos esforzamos para recompensar a nuestro Señor Dios con nuestra adoración, honor y reverencia por los beneficios que hemos recibido de sus manos? Pues esto es la acción justa y de acuerdo con las costumbres humanas, que aquellos que nos dan regalos deben recibir una adecuada respuesta a cambio de estos. Esto, pues, tal vez lo hagamos, dando a Dios la recompensa en forma humana, y dando un buen retorno por el bien que hemos recibido de él.

Así, corremos a la vez a la casa del Señor, y nos postramos en el suelo, le suplicamos, nuestra alegría mezclada con lágrimas, y engalanamos su puerta, con, votivas guirnaldas, adornamos sus altares con regalos, y puesto que nosotros mismos estamos preparando una fiesta de regalos para él, transferimos la alegría de nuestro semblante también a sus templos. O por lo menos, un acto no menos agradable para él, renunciamos a los vicios de nuestras vidas anteriores, obsequiamos buenas obras como un sacrificio para él, y ofrecemos una nueva conversión a cambio de nuestras nuevas alegrías. Por último, declaramos una guerra santa contra toda impureza, rechazamos la locura del circo, maldecimos la vileza de los espectáculos en el teatro, juramos una nueva vida al Señor y, para obtener su protección para siempre, nos dedicamos a Dios.

18. Aunque todo lo que he descrito se debe dar a Dios por sus recientes beneficios, consideremos lo que realmente hacemos. Los hombres corren a la vez a los juegos, salen disparados a su antigua locura, la gente entra a raudales en los teatros, todo el pueblo se amotina locamente en los circos. Dios nos da buenos regalos para asegurar nuestros méritos, pero nosotros, tan a menudo como recibimos sus beneficios, multiplicamos nuestros crímenes. Con su misericordia nos llama a la justicia, pero nos precipitamos en la maldad; con su misericordia nos llama al arrepentimiento, pero nos apresuramos a la destrucción; nos llama a la castidad, pero nos apresuramos a la impureza. Una respuesta noble que hacemos a sus santos favores, reconocemos y honramos sus dones noblemente, ¿quién devuelve la bondad que hemos recibido de él con una medida igual de injusticia! ¿No es esto un agravio a nuestro Dios, o puede cualquier agravio ser menos merecido, [cuando] lo necesario es un gran y frecuente [agradecimiento] en su lugar? ⁵⁵

Pero, ya que la mácula de la maldad ha arraigado en nuestra naturaleza, no podemos dejar de ser presa de los vicios, a no ser que dejemos de vivir en absoluto, ¿qué esperanza de bien, pues, hay en nosotros? Aquellos que

pecan por ignorancia se corrigen cuando se enteran de su error; aquellos que no conocen la verdadera religión comienzan a cambiar su forma de vida cuando cambian su fe.

⁵⁵ La laguna indicada por Halm es satisfecha de acuerdo con la conjetura de Pauly.

Por último, aquellos que se echan a perder por el exceso de abundancia y seguridad, como he dicho, cesan su depravación cuando ya no están seguros. No nos equivocamos por ignorancia, ni tampoco estamos fuera de la verdadera religión, ni corrompidos por la prosperidad y la seguridad: todo lo contrario. Conocemos la verdadera religión, por lo que la ignorancia no puede servirnos como excusa; nos falta la paz y la riqueza de nuestros viejos tiempos; todo lo que teníamos nos ha sido arrebatado o cambiado, sólo nuestros vicios se han incrementado. Nada queda de nuestra antigua paz y abundancia, pero sí nuestros crímenes, que han provocado el cese de nuestra prosperidad. ¿Dónde están ahora los antiguos recursos y honores de Roma? Los Romanos eran en la antigüedad los más poderosos de los hombres, ahora son débiles; en la antigüedad eran temidos, pero ahora viven en el miedo; las naciones bárbaras les rendían tributo, pero ahora son tributarios a estas mismas naciones. ⁵⁶ El enemigo nos vende la misma luz del día; casi toda nuestra seguridad es adquirida por un precio. ¡Ay de nuestras desgracias! ¡Hasta dónde hemos llegado! Por esto le damos las gracias a los bárbaros, porque nos permitan rescatarnos por un precio. ¿Qué podría ser más abyectamente miserable que vivir en tales condiciones? Sin embargo, después de todo esto, pensamos que estamos vivos, ¡nosotros cuyas vidas dependen del tributo! Incluso nos hacemos a nosotros mismos adicionalmente ridículos pretendiendo que el oro que pagamos es simplemente un regalo. Lo llamamos un regalo, sin embargo, es realmente un rescate; pero un rescate pagado en términos inusualmente duros y miserables. Cuando los cautivos han sido redimidos, ganan su libertad, mientras que nosotros pagamos rescate constantemente y nunca somos libres. Los bárbaros negocian con nosotros como aquellos amos que contratan a esclavos asalariados cuyos servicios no son necesarios. De la misma manera, nosotros nunca estamos libres de los pagos debidos: pagamos el rescate constantemente con el fin de tener el privilegio de continuar pagando interminablemente.

⁵⁶ Desde principios del Imperio se había pagado homenaje a los bárbaros a cambio de garantías de integridad de la frontera: a partir del siglo IV tales tributos llegaron a ser cada vez más debidos a la debilidad, en lugar de a la política, hasta que alcanzó la condición que Salviano describe aquí.

Libro Séptimo

Donde el vicio romano se contrasta con la virtud vándala

1. Mi descripción, al final del libro anterior, de la debilidad y la miseria de los Romanos, puede parecer estar en desacuerdo con mi proposición general. Admití que las mismas personas que, como los paganos, conquistaron y gobernaron el mundo, están siendo conquistados y esclavizados ahora que se han convertido en Cristianos. ¿No es esta una clara evidencia del abandono de Dios de los asuntos humanos? La acusación es fácilmente refutada con lo que dije hace mucho tiempo sobre las naciones paganas. Aquellos que conocen la ley de Dios y la ignoran, son más culpables que aquellos que no la observan por falta de conocimiento.

Sin embargo, si Dios quiere, ya que hemos llegado a un punto en nuestra empresa en el cual algo debería decirse sobre los antiguos Romanos, probaremos, con la ayuda de Dios, que el favor, que les concedió en el pasado, era tan justo como es su presente severidad para con nosotros, y que su ayuda hacia ellos en tiempos pretéritos fue tan plenamente merecida como ahora es nuestro castigo. ¹

¡Ojalá que este mismo castigo fuera de beneficio para nosotros! Mucho más difícil y más grave que el castigo es el hecho de que ninguna enmienda le sigue. El Señor nos quiere curar con su castigo, pero la mejoría no se produce. ¿Cómo podemos explicar este mal? El ganado y los rebaños se curan con cirugía; cuando los órganos enfermos de mulas, asnos y cerdos han sido cauterizados, reconocen el efecto curativo del fuego, y de pronto, cuando la corrupción de las partes infectadas se ha quemado o cortado, carne viva crece en lugar del tejido muerto. Pero nosotros somos quemados y cortados, y aun así no somos curados por las herramientas del cirujano o el fuego de la cauterización. Y lo que es más grave, tal cuidado nos hace aún peores. No es mera casualidad que suframos el mismo trato que los rebaños y el ganado, afectados por enfermedades incurables. Pues en todas partes del mundo, ya que la atención curativa que se nos da no tiene ningún efecto, nuestras vidas están siendo finiquitadas con la muerte y la destrucción. De hecho, para no repetir lo que ya dije hace algún tiempo, ¿cómo podemos definir estos trastornos, excepto diciendo que estamos al mismo tiempo viviendo en la miseria y en el lujo? Suponiendo que el lujo es el vicio de los afortunados (aunque nadie puede ser a la vez infame y feliz, ya que no hay verdadera felicidad sin honor), suponiendo que estos son los vicios de una larga paz y seguridad abundante, entonces, ¿por qué se encuentran donde ya no hay paz o seguridad? En casi todo el mundo Romano, la paz y la seguridad han cesado. ¿Por qué sólo sobreviven los vicios que engendran? ¿Quién puede tolerar el libertinaje en un hombre necesitado? El desenfreno en la pobreza se gana el mayor reproche, y un sujeto despreciable es más fuertemente censurable si su condición es miserable.

El mundo Romano entero es al mismo tiempo miserable y voluptuoso. ¿Qué hombre pobre es también lascivo? ¿Qué hombre aguardando el cautiverio piensa en el circo? ¿Quién ríe a la sombra de la muerte? Aun así, en el temor del cautiverio, continuamos frecuentando los juegos, y ensombrecidos por el miedo a la muerte, reímos.

¹ Puesto que esta promesa no se lleva a cabo, aquí encontramos una clara indicación de que el libro de Salviano o bien no fue terminado, o desde entonces ha sido manipulado. La forma de su prueba planeada sobre la cuestión planteada puede conjeturarse a partir de su descripción en el libro I. 10 sobre las virtudes de los antiguos Romanos.

Se podría pensar que todo el pueblo Romano se hubiera impregnado de hierbas Sardónicas: ² se están muriendo, pero se ríen. Así que en casi todas partes del mundo las lágrimas siguen próximas a nuestra risa; y el dicho de nuestro Señor nos viene al dedo en nuestros tiempos presentes: “¡Ay de vosotros, los que ahora reís! porque lamentaréis y lloraréis.” ³

2. El extenso tiempo que he dedicado a hablar del carácter vergonzoso de los espectáculos públicos, puede haber dado lugar a que supongáis que la abstinencia de los bárbaros de este vicio particular nuestro es su único punto de superioridad moral respecto a nosotros, puesto que no estamos contaminados por el delito de la lujuria carnal y la inmundicia de la fornicación mortal. Comparemos también pues, si les parece, a los romanos a este respecto con otras naciones. Ciertamente, no puedo pensar en nadie mejor con quien compararnos que justamente con aquellos que Dios ha puesto en el mismo seno del estado, y hecho dueños y señores del territorio Romano. Aunque no había absolutamente ninguna razón para cuestionar su juicio a cerca de esto, aun así, dado que nos ha quitado la mejor parte de nuestro territorio y se la ha dado a los bárbaros, veamos si parece haber ejercido justicia en esta transferencia.

Nadie duda de que los Aquitanos y los Nuevos Pueblos ⁴ tuvieran la misma médula de las provincias de la Galia, ricas en toda clase de fertilidad, y no sólo en fertilidad, sino en otras cualidades a veces consideradas por encima de ésta, encanto, belleza y lujo. Casi todo ese distrito todavía está cubierto con viñas plantadas cerca unas de otras, prados con flores, campos arados, frutales, bosques encantadores, fuentes que brotan, corrientes de agua o campos de cereales ondulados por el viento, por lo que los dueños y señores de la tierra parecen realmente haberse apoderado más que de una porción de suelo una copia del paraíso. ¿Qué conclusión se puede sacar de todo esto? Sin duda esos hombres deberían haber sido más fervientes en el servicio a Dios, a quienes había enriquecido especialmente, siendo el testimonio más profuso de su favor. ¿Qué puede ser más correcto y apropiado que aquellos, a quienes su Señor parecía especialmente haber favorecido con sus dones, hicieran un ferviente esfuerzo para complacerle con su culto religioso, sobre todo porque Dios no nos impone pesadas o gravosas demandas? Pues no nos llama a arar o azadonar, cavar la tierra o preparar el terreno para la vid, ni, en definitiva, obtiene de sus esclavos lo que requerimos de los nuestros. ¿Qué es lo que él mismo dice? “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os haré descansar.

Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga.”⁵

Así que vemos que el Señor no nos llama a trabajar, sino a descansar. ¿Qué obtiene de nosotros, qué es lo que nos ordena ofrecerle, salvo guardar la fe, la castidad, la humildad, la sobriedad, la misericordia y la santidad? Todo esto sin duda no nos carga, sino que nos adorna.

² Una de las más conocidas de las antiguas expresiones proverbiales; cf. Isidoro, *Etymologiae* XIV. 6 40: “las hierbas recordadas por muchos escritores y poetas, las cuales contraen las mandíbulas de los hombres y los mata mientras parecen reír”.

³ Lucas 6. 25.

⁴ Los habitantes de Novempopulania, la provincia suroccidental de la Galia, entre Aquitania e Hispania.

⁵ Mateo 11. 28-30.

Esto no es todo; adornan nuestra vida presente hasta el final para que adornen aún más la vida por venir. ¡Oh buen y amoroso señor, de inestimable misericordia! ¡Nos ha dado los dones de la religión en el tiempo presente para más tarde recompensarnos con los dones que ahora nos da! Luego todos los Aquitanos deberían haber cultivado estas virtudes, y de hecho, como he dicho antes, deberían haber hecho más esfuerzos especiales en esta dirección, ya que habían recibido los dones especiales de Dios. ¿Qué resultó de su prosperidad? ¿Qué sucedería obligatoriamente? ¿No fue exactamente lo contrario de lo que debería haber ocurrido? En todas las provincias de la Galia estos hombres, quienes son primeros en riqueza, son los primeros también en el vicio: en ningún lado es el placer más vergonzoso, la vida más viciosa, o los estándares morales más corruptos. Este es el retorno que han dado a Dios por sus dones sagrados, que en lo que con su generosidad les había atraído a él, con su abuso habían conseguido despertar su ira.

3. ¿O quizás es esto falso, y son debidas a la envidia todas mis afirmaciones, más que a la verdad? No voy a utilizar el método de prueba que algunos hombres emplean en los tribunales, presentado como testigos a extraños o personas no aptas para testificar por cualquier otra razón. Interrogaré a los mismos hombres por los que estas cosas han sido hechas. Si me niegan habré hablado falsamente. Ellos confiesan, y de hecho, lo que es mucho más grave, confiesan sin ninguna pena aparente. Por ahora, en su confesión tienen la misma actitud que en su comisión de la falta. Al igual que entonces, no tenían vergüenza de realizar actos vergonzosos, por lo que ahora en absoluto se arrepienten de haberlos realizado. Ciertamente, debemos hacer una excepción para un muy pequeño número de hombres distinguidos por su santidad, quienes, como uno de ellos ha dicho, “han dado su riqueza para redimir sus crímenes.”⁶ Con estos hombres debemos hacer una excepción, los cuales, creemos, en realidad sólo eran culpables de delitos menores, incluso en medio de los enredos casi universales de vicio, y que merecieron la conversión por el poder divino de Dios. Bien, a alguien a quien se le sigue otorgando favor, no

ha sido completamente injurioso con su amo en sus acciones. ¿Qué más puedo decir? Creo que un hombre, a quien Dios ha convencido al fin para que cese de su maldad, siempre ha tenido en cuenta a Dios, aun en medio de su error.

El resto, no obstante, al menos la gran mayoría y los más nobles, son todos muy parecidos: la intemperancia de todos es un torbellino devorador, su vida un burdel. ¿Por qué debería hablar de los burdeles? Incluso aquellos que pienso son menos malos que los hombres de los que hablé. Pues las prostitutas en éstos no han experimentado el enlace matrimonial, y por tanto no profanan lo que no conocen; sus vidas desvergonzadas requieren expiación, es cierto, pero no son responsables de la acusación de adulterio. Añádase a esto que este tipo de guaridas son pocas, y pocas las prostitutas que se han condenado a sí mismas a la vida más infeliz en ellas. Entre los Aquitanos, por otro lado, ¿Qué ciudad, en sus barrios más ricos y elegantes, no era prácticamente un burdel? ¿Qué hombre rico y poderoso no vivía en el vicio lujurioso? ¿Quién de ellos no se hundió en el abismo de las asociaciones más sórdidas? ¿Quién honró a su esposa con una fiel observancia de los votos del matrimonio?

⁶ Véase Paulino de Nola *Ep.* 33. 3. El pasaje fue identificado por C. Weyman, "Salvianus und Paulinus von Nola," *Historisches Jahrbuch* XV (1894), 372-373. Este es el único caso en el que Salviano da una pista sobre la identidad personal de una de las raras excepciones que hace al vicio general de los hombres prominentes; difícilmente podría haber elegido a alguien más apropiado.

Es más, en cuanto a la resistencia pasiva de su lujuria, ¿quién entre ellos no redujo a su mujer a la condición de sus sirvientas, y degradó tanto el sacramento del santo matrimonio que ninguna mujer en la casa parecía más despreciable por la conducta de su marido que aquella que se convertía en principal por la dignidad del matrimonio?

4. Quizás, alguien esté pensando que lo que digo no es estrictamente exacto; pues las matronas del sur de la Galia siguieron ejerciendo sus derechos y manteniendo el honor y el poder como dueñas de sus hogares. Eso es cierto. Muchas de ellas verdaderamente mantuvieron incólume su derecho de gobierno, pero apenas ninguna mantuvo sus derechos de matrimonio impolutos. Nuestro objetivo actual de la investigación no es el poder de las mujeres, sino la infame conducta de sus maridos. Sin embargo, ni siquiera debería decir que las matronas mantuvieron su poder ileso, ya que una mujer que no ha mantenido sus derechos conyugales seguros e inviolados, no ha mantenido sus derechos plenos de dominación. Cuando el amo de la casa actúa como esposo de las criadas, la ama no está muy alejada de la humilde posición de esclava. ¿Quién de los hombres ricos de Aquitania no actuó así? ¿Quién de ellos no ha sido considerado por sus doncellas desvergonzadas, y con buena razón, o como adúltero o esposo? Pues, como dijo el profeta: "Como caballos bien hartos fueron a la mañana, cada cual relinchaba a la mujer de su prójimo."⁷ Aquellos de quienes hablaba quizás pecaron menos gravemente, y, creo, con menos intención de mal que lo hicieron nuestros

hombres. Los Aquitanos precisamente se semejaron más a los caballos de posta: relinchaban no detrás de unas pocas mujeres simplemente, sino detrás de todas sus sirvientas domésticas, es decir, detrás de sus propias manadas, y, como éstas; las bestias llaman a los sementales de la manada, se crecen lascivos con el calor de su pasión embriagadora, y atacan a cualquier mujer primero expuesta a la embestida de su lujuria desvergonzada. Dado que este es el caso, ¿pregunto a los sabios qué tipo de familias creen que se encontraban donde tales hombres eran las cabezas de los hogares? ¿Qué corrupción piensan que habría entre los esclavos, donde había tal gran vicio entre los amos? Porque si la cabeza está enferma, ninguna parte del cuerpo está sana, y ningún miembro cumple sus funciones cuando la parte dominante no está funcionando. Además, la relación del amo con su casa es la de la cabeza con el cuerpo, su vida misma, disponer las condiciones de vida para todos sus miembros. El aspecto más lamentable del asunto es que todos siguen más fácilmente el peor ejemplo, y las malas compañías corrompen más fácilmente las buenas costumbres que las buenas corrigen las malas. Es más, dado que los cabezas de familia, incluso los buenos y honorables, no pueden hacer buenos a sus esclavos, ¿en qué crees que se convierte la moralidad familiar cuando el propio amo es un ejemplo de lascivia? Y sin embargo, en tal caso, no sólo tenemos un ejemplo de inmoralidad, sino una especie de necesidad forzada, ya que las mujeres esclavas se ven obligadas a obedecer a sus amos lascivos en contra de su voluntad, y los deseos de los que tienen poder es la compulsión de sus súbditos. De esto podemos ver cuán grande era la suciedad del vicio desvergonzado, cuando a las mujeres sometidas a los más depravados de los amos, no se les permitía ser castas, incluso cuando lo desearan.

5. Puede ser difícil, pensareis, probar esto, y no es probable que se encuentren rastros que se conserven de la pasada depravación y lujuria. Veamos, pues, cuántos de estos hombres, a pesar de que ya no tengan ningún país, y vivan como indigentes en comparación con su riqueza pasada, son realmente peores que antes. Son peores, no sólo en cuanto a que continúan viviendo como lo hacían antes, sino en el hecho mismo de que sus crímenes nunca cesan.

⁷ Jeremías 5. 8.

De hecho, sus malas acciones, aunque no peores que antes en carácter, son más numerosas; por lo tanto, a pesar de que no existan nuevas estrategias que procuren novedad a sus pecados, el número de sus fechorías aumenta.

Añádase a esto que, como he dicho, son los hombres de edad, y los pobres, quienes viven de tal manera; pues cada uno de estos puntos aumenta el mal. Seguramente es menos chocante para los hombres jóvenes y ricos pecar. Pero, ¿qué esperanza de curación existe para los hombres que no se apartan de sus vicios por costumbre, ya sea por una miserable pobreza o por la edad extrema? Algunos de ellos, supongo, confían en una estúpida garantía de larga vida o la intención de penitencia final; ¿no es un extraño prodigio que los hombres se entregaran al vicio, incluso en el momento mismo de muerte? Siendo este el caso, ¿qué más se puede decir? Añado un punto más, no obstante, que muchos están viviendo de esta manera hoy en

día, incluso entre los enemigos, y sujetos cautivos al miedo cotidiano y al peligro, y aunque era a causa de la maldad excesiva de sus vidas el que Dios les entregara a las manos de los enemigos, no abandonan su vicio ni siquiera entre los bárbaros.

6. Tal vez aquellos, entre los cuales ahora viven, son de tal carácter que estos vicios les agradan, y serían de lo más seriamente ofendidos si vieran a los Romanos vivir castamente en medio de sus vicios. Si esto fuera lo fácil, aún la maldad de los demás no nos debe hacer malos. Debería ser de más importancia, a los ojos de todos los hombres, ser bueno por su propia cuenta, que ser malos para otro. Deberíamos esforzarnos por agradar a Dios con nuestra rectitud en lugar de a los hombres con nuestros vicios. Por consiguiente, incluso si un hombre vive entre bárbaros impuros, debe buscar la castidad, que es de servicio para él, en lugar de la lascivia, que agrada a sus enemigos lujuriosos. Pero tenga en cuenta un punto que sirve para aumentar nuestra culpa: entre los bárbaros castos nosotros mismos somos incastos.⁸ Diré aún más; los propios bárbaros se sienten ofendidos por nuestros vicios. Entre los Godos a nadie se le permite disfrutar de la fornicación; sólo a los Romanos en su tierra, por prerrogativa nacional y titular, se les permite este vicio. ¿Qué esperanza pues, pregunto, tenemos ante los ojos de Dios? Nos encanta el vicio, mientras que los Godos lo execran; huimos de la pureza, mientras que ellos la aman; la fornicación para ellos es un vicio peligroso, pero para nosotros un signo de honor. ¿Pensamos que podemos estar ante Dios, pensamos que podemos alcanzar la salvación, cuando todos los crímenes de la impureza, todo vicio vergonzoso, son cometidos por los Romanos y censurados por los bárbaros? En este punto, pregunto a quienes nos consideran mejores que los bárbaros, ¿cuáles de estos males son cometidos incluso por unos pocos de los Godos, y cuáles de ellos no son cometidos por la totalidad o casi la totalidad de los Romanos? Aun así, nos asombramos de que las tierras de los Aquitanos y de todos nosotros, se las haya dado Dios a los bárbaros, aunque esos mismos bárbaros estén purificando ahora con su castidad los lugares contaminados con la fornicación de los Romanos.

7. ¿Es este caso único en Aquitania? Pasemos a revisar también otras partes del mundo, y no hablemos exclusivamente de los Galos. ¿No han destruido los mismos delitos o mayores las provincias de Hispania? Incluso si la ira divina hubiera entregado estas tierras a otros bárbaros, cualesquiera su nombre, los enemigos de la castidad en ellos habrían sufrido torturas dignas de sus vicios. Pero como una evidencia adicional de la condena de su desvergüenza, fueron entregados a manos de los Vándalos, los más púdicos de los bárbaros.

⁸ La castidad de los Germanos había sido durante mucho tiempo una tradición en Roma; cf. Tácito *Germania* 19.

En el cautiverio de Hispania, Dios quiso dar una prueba doble de su odio hacia la lujuria carnal y de su amor a la castidad, cuando puso a los Vándalos al mando únicamente a causa de su castidad preeminente, y sometió a los Hispanos a éstos únicamente a causa de su incomparable lujuria. ¿Qué quiero decir con esto? ¿No había en todo el mundo bárbaros más fuertes a los que las tierras hispanas podrían haberse entregado? Muchos, sin duda, es más, todos ellos eran más fuertes, si no

me equivoco.⁹ Pero entregó al pueblo de Hispania al más débil de los enemigos expresamente para demostrar que no era la fuerza, sino el mérito de los Vándalos el que conquistó, y que no estábamos siendo arrollados por el poder de nuestros enemigos, quienes entonces parecían de lo más anti heroicos, sino sólo por la maldad de nuestros vicios, así el dicho del Señor a los Judíos se pudo cumplir en nosotros: “Conforme a su inmundicia y conforme a sus rebeliones hice con ellos: y de ellos escondí mi rostro.”¹⁰ En otro lugar hablando a la misma gente, dijo: “Jehová traerá sobre ti gente de lejos. . . Con las uñas de sus caballos hollará todas tus calles; a tu pueblo matará a cuchillo”.¹¹

Así que todo lo que el Señor dijo se ha cumplido en nosotros, y nuestro castigo ha reivindicado la fuerza de sus palabras divinas.

8. Dado que la mayoría de las naciones bárbaras han bebido sangre Romana y desgarrado nuestra carne, podemos preguntarnos por qué especialmente al poder de aquellos, una vez considerados los más cobardes de los enemigos, el Señor ha entregado los mayores recursos del estado y de las personas más ricas que llevan el nombre Romano. Por qué sino, verdaderamente, excepto para hacernos reconocer, como ya he dicho antes, que el resultado dependía en los méritos, no en la fuerza, y que esto sirviera para confundirnos y castigarnos, el que fuéramos entregados al poder de los más débiles, y tuviéramos que reconocer la corrección de la mano de Dios en el hecho de que no el más valiente, sino el más despreciado de nuestros enemigos nos venciera. Pues leemos que siempre que Dios ha querido que los hombres vieran claramente sus grandes obras, la acción se ha realizado por medio de unos pocos hombres, de hombres de la clase más baja, para que su trabajo, hecho por la mano divina, no se pudiera atribuir al poder humano.

Así, de hecho, Sísara, el capitán ante el que el ejército Hebreo tembló, fue abatido por una mujer;¹² la mano de una mujer mató a Abimelech, el destructor de ciudades,¹³ y las hordas acorazadas de los Asirios fueron derrotadas con la ayuda de una viuda. Por no hablar sólo de mujeres, ¿no deseó el Señor que Ben-adad, rey de Siria, a quien treinta y dos reyes y ejércitos de similares proporciones servían, así como un sinnúmero de miles de su propio pueblo, fuera conquistado por unos pocos sirvientes, para que el mismo Dios pudiera ser reconocido como el autor de tan gran victoria?¹⁴

⁹ No fue sino hasta la captura y saqueo realizado por Genserico de Cartago, y más tarde de Roma, que los Vándalos a ojos de los Romanos tomaron el carácter que desde entonces hizo su nombre proverbial.

¹⁰ Ezequiel 39. 24.

¹¹ Deuteronomio 28. 49; Ezequiel 26. 11.

¹² Jueces 4.

¹³ *Ibíd.* 9. 53.

¹⁴ I Reyes 20.

También a Gedeón se le ordenó luchar con unos pocos hombres contra los Madianitas, quienes, como relata el Libro de los Jueces, habían llenado toda

la tierra como si fueran langostas, no porque no tuviera más en su ejército, sino que se le prohibió conducir a muchos hombres a la batalla por temor a que al ser una multitud pudieran reclamar la victoria como propia. Cuando Gedeón había reunido treinta mil hombres armados, el Señor le habló así: “El pueblo que está contigo es mucho para que yo de a los Madianitas en su mano”. ¹⁵ ¿Y que siguió? Dejó a Gedeón, para luchar contra innumerables miles de bárbaros, sólo trescientos hombres. De hecho, mandó que la fuerza de los soldados se redujera a un número tan escaso con el fin de que su falta de hombres pudiera impedir cualquier demanda de crédito por una victoria divinamente ganada. El por qué hizo esto, el Señor mismo lo declaró muy claramente: “porque no se alabe Israel contra mí, diciendo: Mi mano me ha salvado.”

Que escuchen todos los malvados, digo, que escuchen todos los presuntuosos, y todos los que sobresalen en poder; que todos los hombres oigan lo que el Señor dice: “porque no se alabe Israel contra mí, diciendo: Mi mano me ha salvado.”

9. Que todos los hombres oigan, repito, quienes profieren blasfemias contra el Señor, que oigan todos los que ponen su confianza en el hombre. Dios declara que todos los hombres que presumen creer que pueden ser liberados por su propio poder, hablan en contra de él. ¿Quién entre los Romanos no sostiene esta opinión? ¿Quién hay entre nosotros que no blasfeme en este sentido casi constantemente? Es de conocimiento común que el estado ya no tiene fuerza ninguna, pero ni siquiera ahora reconocemos gracias a quien todavía vivimos. Cada vez que Dios nos da un grado de prosperidad más allá de nuestras esperanzas y méritos, un hombre lo atribuye al destino, otro al azar, otro a la estrategia de nuestros líderes, otro a su visión de futuro, otro a la administración, otro a su patrón, pero ninguno a Dios.

Sin embargo, nos asombramos de que la mano divina no pueda darnos algunas cosas que deseamos, aunque le negamos el crédito por lo que nos ha dado en el pasado. ¿Qué hacemos sino esto, cuando atribuimos las cosas buenas que nos da al funcionamiento ciego del azar, a la capacidad de nuestros líderes, o a cualquier otra agencia de menor importancia? Siguiendo tales argumentos, debemos agradecer a la tierra por nuestras cosechas anuales, a los viñedos por la vendimia, al mar por las capturas de peces, a los bosques por la madera que cortamos, a las ovejas por nuestra ropa, y otras bestias por la carne con la que nos llenamos. ¿Qué sentido tiene nuestra voluntad de dar gracias a Dios por sus otros regalos, cuando le negamos la gratitud por sus mayores beneficios? ¿Qué hombre de nuestra condición estaría satisfecho con otro que le diera las gracias por un favor menor, si le hubiera negado el crédito por sus mayores regalos? Así que aunque no podamos dar gracias a Dios dignamente, nos quedaremos cortos respecto a lo que le debemos si sólo le estamos agradecidos por los recursos de vida diaria, y al negarle nuestra gratitud por ayudarnos en tiempos difíciles, liberarnos en medio de peligros y preservarnos con su protección constante cuando nos encontramos en medio de naciones bárbaras.

No le consideran así los Godos o los Vándalos, siendo mejores en este aspecto que nosotros mismos, aunque formados por maestros heréticos. Sin

embargo, tengo motivos para sospechar que ciertos hombres se sienten ofendidos con lo que digo. Dado que la verdad debe prevalecer sobre el miedo a ofender, lo diré a pesar de todo, y lo diré repetidamente: así no actúan los Godos o los Vándalos, pues cuando se encuentran en peligro, suplican la ayuda de Dios y llaman a su prosperidad el don de su amor divino.

¹⁵ Jueces 7. 2.

De hecho, nuestra desgracia en la última guerra dio testimonio de esta diferencia entre nosotros. Pues los Godos, debido al miedo, pusieron su esperanza en Dios, y nosotros, debido a la presunción, pusimos la nuestra en los Hunos. Los Godos buscaron la paz, y nosotros la negamos; ellos enviaron a obispos para llegar a un acuerdo, y nosotros les rechazamos; ellos honraron a Dios, incluso en la persona de sacerdotes extranjeros, y nosotros le despreciamos en la nuestra. ¿No estuvo el resultado de estos eventos en consonancia con las acciones de cada lado? A ellos, en las profundidades del miedo, les fue dada la palma de la victoria; a nosotros, en la altura de la confianza, nos fue dada la confusión, por lo que las palabras de nuestro Señor fueron claramente ejemplificadas en nosotros y en ellos: “Porque cualquiera que se ensalza, será humillado; y el que se humilla, será ensalzado.” ¹⁶ A ellos les fue dado ensalzamiento por su humildad y a nosotros humillación por nuestro orgullo.

10. El general de nuestros ejércitos aprendió esto cuando entró como cautivo en la misma ciudad del enemigo de la cual se había jactado que entraría ese mismo día como vencedor. ¹⁷ Probó ciertamente las palabras del profeta: “Pues el camino de un hombre no es suyo, ni está en su poder caminar y enderezar sus pasos.” ¹⁸ Ya que pensaba que sus acciones estaban bajo su propio control, no podía ni enderezar sus pasos, ni encontrar el camino a la seguridad. Así leemos: “El derrama menosprecio sobre los príncipes, y les hace andar errados, vagabundos, sin camino. . . Córranse como aguas que se van de suyo: en entesando sus saetas, luego sean hechas pedazos.” ¹⁹ En él, en efecto, además de su desgracia real, el presente juicio de Dios se demostró con claridad. Soportó todos los sufrimientos los cuales había alardeado que infligiría a otros. Porque al confiar en que el enemigo pudiera ser tomado sin la ayuda y el consentimiento de Dios, se capturó a sí mismo; clamó presciencia y sabiduría, y se encontró con la desgracia por su presunción; él mismo ha llevado las cadenas que preparó para otros.

¿Qué prueba más clara, pregunto, podría haber habido del juicio de Dios, que el general que se jactaba del saqueo, debería ser considerado como botín; que él, quien contaba con su triunfo ya ganado, sería dirigido en el triunfo de otro, rodeado, secuestrado, y atado, sus brazos torcidos detrás de la espalda; que vería esas manos, de cuyas proezas se jactó, atadas; que se convertiría en un espectáculo para las mujeres y los niños, vería bárbaros burlándose de él, soportaría la mofa de ambos sexos, y aunque su mayor orgullo era su valentía, conocería la muerte de un cobarde? ¡Ojalá que esto pueda haber sido una cura rápida por su malhacer, sin sufrir por más tiempo! Pero, como corresponde a la grandeza de su castigo, consumido por los días de su cautiverio y por la angustia prolongada de una prisión bárbara, ²⁰ fue reducido a tal miseria que despertó la compasión del

enemigo, y esto, la mayoría de los hombres, lo creen más difícil y más amargo de aguantar que la propia prisión.

¹⁶ Lucas 14. 11.

¹⁷ Litorius había sido puesto al mando en la Galia por Aecio. Confiado excesivamente por su éxito en Narbona, emprendió el asedio a Toulouse en el año 439 d.c., entonces la capital Gótica, con la ayuda de auxiliares Hunos, pero fue derrotado y capturado.

¹⁸ Véase Proverbios 16. 9; 20. 24.

¹⁹ Salmos 107. 40; 58. 7.

²⁰ Idacio (*Chronicon* 439 d.c.) da una versión diferente: “Él mismo fue herido y capturado, y después de unos días fue asesinado.” Su paganismo notorio y dependencia en los adivinos hicieron a Litorius un ejemplo de contraste particularmente apto en oposición a la piedad del rey bárbaro.

¿Por qué ocurrieron estas cosas? Seguramente porque, como ya he indicado, el enemigo era humilde ante Dios, mientras que nosotros éramos rebeldes; creían que la victoria residía en su mano, nosotros que residía en la nuestra; una concepción sacrílega y malvada que convierte nuestro pecado en mucho peor y más perjudicial para nosotros. Por último, conocemos de un reporte auténtico que el mismo rey del enemigo ²¹ yacía en cilicio y rezó hasta el mismo día del conflicto; cuando la batalla era inminente yacía en la oración, y se levantó sólo para luchar. Antes de que asumiera el mando en la batalla, combatió en la oración, y así salió a la lucha con la confianza en una victoria ya ganada con sus oraciones.

11. Por otra parte, la experiencia de los Vándalos no fue diferente: cuando nuestro pueblo fue en contra suya en Hispania y tenía tanta confianza en una victoria completa como la que habían tenido recientemente contra los Godos, el mismo orgullo desmesurado les hundió en la misma desastrosa ruina. ²² Entonces, las palabras del profeta se cumplieron en nuestro ejército: “Jehová desechará tus confianzas, y en ellas no tendrás buen suceso.” ²³

Pues confiamos en nuestra propia sabiduría y fuerza frente al mandato del Señor, quien dijo: “No se alabe el sabio en su sabiduría, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábase en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme, que yo soy Jehová”. ²⁴

Así que no se nos ha conquistado sin merecerlo, porque el enemigo buscó mejor ayuda que nosotros. Mientras que nos enorgullecíamos de armas y auxiliares, en el lado del enemigo el Libro de la Ley Divina se nos oponía. En su beneficio, sobre todo, el miedo y el terror a los Vándalos era frecuente; en nuestra contra, la Palabra Divina; y para aquellos que venían en rivalidad contra ellos, los escritos del Libro Sagrado, que pueden decirse la voz misma de Dios. En este punto pregunto: ¿quién de entre nosotros alguna vez hizo esto?, o ¿quién no hubiera sido ridiculizado si hubiera pensado que esto se debería hacer? Habría sido despreciado ciertamente, como casi todos los actos religiosos son hechos mofa entre nosotros. Entonces, ¿qué valor puede tener para nosotros nuestra reivindicación de un título religioso, para qué sirve decir que somos católicos, para jactarse de que poseemos la

verdadera fe, para menospreciar a los Godos y a los Vándalos, denigrándoles como herejes, cuando estamos viviendo en una verdadera depravación herética? Las palabras de la Escritura Divina dirigidas a los Judíos, que confiaban en la ley, son de lo más apropiadamente aplicables a nosotros: “¿Cómo decís: Nosotros somos sabios, y la ley de Jehová es con nosotros?... No fieis en palabras de mentira, diciendo: Templo de Jehová, templo de Jehová, templo de Jehová es éste. Mas si mejorareis cumplidamente vuestros caminos y vuestras obras; ni oprimiereis al peregrino, al huérfano, y a la viuda, ni en este lugar derramareis la sangre inocente; os haré morar en este lugar, en la tierra que di a vuestros padres para siempre.”²⁵

²¹ Teodorico I, rey de los Visigodos.

²² En el 432 d.c., cuando Bonifacio y Castino estaban llevando a cabo la guerra en Hispania contra los Vándalos con un ejército en gran parte Godo, los celos entre los dos líderes condujo a una desastrosa derrota de los Romanos en la batalla, cuando los Vándalos casi habían llegado al punto de rendirse debido a la hambruna. La derrota puso fin a la dominación Romana en Hispania.

²³ Jeremías 2. 37.

²⁴ Jeremías 9. 23-24.

²⁵ *Ibíd.* 8. 8; 7. 4-7.

Con esto seguramente se demuestre que si no enmendamos nuestros caminos, es inútil que hagamos alarde de nuestras reivindicaciones del Catolicismo.

Suficiente se ha dicho ya sobre esto, y quizá deba decirse más posteriormente, aunque no parece haber necesidad de discutir este punto más, ya que el juicio de Dios se manifiesta constantemente. La historia reciente muestra su veredicto, tanto sobre nosotros como sobre los Godos y los Vándalos; ellos aumentan diariamente mientras que nosotros disminuimos; ganan poder mientras que nosotros somos humillados; florecen y nosotros nos marchitamos. Así que las palabras de las Sagradas Escrituras concernientes a Saúl y David verdaderamente también se nos pueden decir a nosotros: “mas David se iba fortificando, y la casa de Saúl iba en disminución.”²⁶ Porque el Señor es justo, como dice el profeta: “Él es justo y sus juicios son rectos.”²⁷

12. Se nos juzga por el siempre presente juicio de Dios, y así una raza de lo más degenerada se ha despertado para lograr nuestra destrucción y vergüenza. Van de un lugar a otro, de ciudad en ciudad, y destruyen todo. Primero salieron en tropel de su tierra natal y entraron en Germania, que se encontraba la más cercana a ellos, un país llamado bárbaro, pero bajo el control Romano. Después de su destrucción, el país de los Belgas estalló en llamas, después las ricas haciendas de los lujosos Aquitanos, y después de éstos todo el conjunto de las provincias de la Galia. No obstante, esta ruina se extendió gradualmente con el fin de que, mientras una parte estaba siendo visitada con la destrucción, otra pudiera ser reformada con su ejemplo.²⁸ Pero, ¿cuándo ha habido alguna enmienda entre nosotros?, o ¿en qué parte del mundo Romano, cualquiera que sea su aflicción, se

corrige por ella? Como leemos: “Todos declinaron, juntamente se han corrompido”.²⁹ Y de igual manera el profeta clamó al Señor, diciendo: “Azótalos, y no les dolió; consumírtelos, y no quisieron recibir corrección; endurecieron sus rostros más que la piedra, no quisieron tornarse.”³⁰

La situación presente muestra cuan verdaderamente esto nos es aplicable. La Galia soportó larga devastación; ¿emendó Hispania, su vecino cercano, sus caminos? No inmerecidamente, ya que no mostraron miedo cualquiera, y no reforma, el pueblo de Hispania comenzó a incendiarse con las llamas por las que fueron consumidos los Galos.³¹ El peor y más malvado aspecto de todo esto es, como he dicho antes, que los incendios que, para hablar en sentido figurado, consumieron los cuerpos de estos hombres pecadores, no quemaron sus vicios.

²⁶ II Samuel 3. 1.

²⁷ Salmos 119. 137.

²⁸ La *Germania* en esta consideración era, por supuesto, el distrito militar Romano a lo largo del Rin. Las pausas en el curso de la invasión son naturalmente explicadas por la costumbre de las tribus Germánicas de “continuar con el arado sus conquistas por la espada”.

²⁹ Salmos 14. 3; 53. 3.

³⁰ Jeremías 5. 3.

³¹ La consideración de Osorio sobre la conquista Vándala de Hispania proporciona un análogo para la estimación de Salviano sobre los bárbaros (*Historia adv. paganos* VII. 40. 10): “Después de graves destrucciones de propiedades y hombres, de las cuales ellos mismos ahora se arrepienten, echaron suertes y distribuyeron la tierra, y siguen viviendo con su posesión”.

Así, Dios se ha visto obligado por nuestros crímenes a esparcir las fuerzas del enemigo como un flagelo por nuestros pecados, de un lugar a otro, de una ciudad a otra, y enviar naciones surgidas casi desde los confines de la tierra, incluso a través del mar, para castigar los crímenes de nuestro pueblo en África. ¿Por qué se dio esto? Habiendo sido impulsados adelante desde su propio país, ¿no podían los Vándalos haberse mantenido dentro de los estados de la Galia? ¿Podía el miedo haber evitado que estas tribus permanecieran allí, quienes ya habían devastado toda la tierra sin oposición nuestra? Pero supongamos que tenían motivo de alarma en la Galia, ¿por qué deberían haber temido asentarse y permanecer en Hispania, donde habían aplastado por completo a nuestros ejércitos en la batalla, donde ya eran triunfalmente victoriosos, habiendo alcanzado tal altura de valor como para saber que, después del proceso en una guerra largamente anticipada, la fuerza del Estado Romano, incluso con los refuerzos bárbaros, no podía igualar la suya?

13. Se podían haber quedado allí, pues, y no tenían miedo, pero seguramente la mano celestial que los había arrastrado hasta allí para castigar los vicios de los Hispanos, les obligó también a cruzar el estrecho

para devastar África. De hecho, ellos mismos confesaron que no actuaron por su propia voluntad, pues fueron conducidos y urgidos por mandato divino. De esto podemos aprender cuán grandes son nuestras malas acciones, ya que para destruirnos y castigarnos, los bárbaros son obligados a moverse en contra de su voluntad, siguiendo las palabras del devastador de la tierra de Israel, el rey de los Asirios, cuando dijo: “¿Y por ventura vine yo ahora a esta tierra para destruirla sin Jehová, Jehová me dijo: Sube a esta tierra para destruirla? ³² Y en otro lugar la Sagrada Palabra dice: “Por tanto, así ha dicho Jehová de los ejércitos: He aquí enviaré yo, a Nabucodonosor³³ rey de Babilonia, mi siervo, y traeré los contra esta tierra, y vendrá, y herirá la tierra de Egipto”. ³⁴

De esto podemos conocer que todas las cosas que son afligidas, son verdaderamente castigadas por el juicio de Dios; su derrocamiento, sin embargo, como muchas veces he comentado, se debe al pecado. Así que todo lo que se hace por causa del pecado no debe ser atribuido a Dios, ya que un hecho se atribuye con razón a esa causa que ha hecho que sea inevitable. Por ejemplo, un asesino condenado a muerte por el juez, en realidad es castigado por su propio crimen; un ladrón o un hombre que ha cometido un sacrilegio se consume no por las llamas que queman su cuerpo, sino por su propio pecado. Por consiguiente, vemos que los Vándalos no cruzaron a África a causa de la severidad de Dios, sino a causa de los pecados de los Romanos en ese país. Por su grave y largamente continuada iniquidad, estas personas estaban obligando a los Vándalos a venir antes de que de hecho partieran de su tierra natal. Por tanto, debemos entender que únicamente la misericordia de Dios pospuso el castigo por tanto tiempo merecido, y que sus fechorías y crímenes al fin les trajeron a estas personas pecadoras el castigo que merecían. ¿O vamos a creer que no merecían su suerte? ¿Han merecido cualesquiera otras gentes más la ruina que éstas, en las que han florecido a la vez todos los tipos de lujuria vergonzosa e indecente?

³² Isaías 36. 10.

³³ También *Nabukudirriusur* o *Nabushadrezzar*.

³⁴ Jeremías 25. 8-9; 43. 11.

Pues el resto del mundo, aunque atado por algunos vicios vergonzosos, tiene alguna virtud que aún permanece: los hombres que están sujetos a la embriaguez están libres de la maldad; aquellos que viven en una fiebre de lujuria no sufren de rabiosa avaricia; finalmente, muchos que son acusados de incontinencia física son elogiados por la simplicidad de sus mentes. Sin embargo, entre los pueblos de África, con pocas excepciones, no encontraréis a nadie con igual medida de bien y de mal, pues casi toda la población es mala. Así, la pureza de su naturaleza original ha sido excluida y sus vicios, por así decirlo, han creado un nuevo carácter entre ellos.

14. De hecho, aparte de unos pocos siervos de Dios, qué era sino una casa de vicio todo el territorio de África, como la olla de bronce de la que el profeta dijo: ¡Ay de la ciudad de sangres, de la olla no espumada, y cuya

espuma no salió de ella!” ³⁵ Comparó la ciudad, como vemos, a una olla y su iniquidad a la sangre, para que sepamos que la iniquidad de la población de una ciudad es como la sangre hirviendo en una olla de bronce. Y de nuevo, no muy diferente de este otro dicho de la Palabra Sagrada: “Hijo del hombre, la casa de Israel se me ha tornado en escoria: todos ellos son metal, y estaño, y hierro, y plomo, en medio del horno; escorias de plata se tornaron. Por tanto, así ha dicho el Señor Jehová: así os juntaré en mi furor y en mi ira, y haré reposar, y os fundiré.” ³⁶

¿Cómo son fundidos los muy distintos metales, que las Escrituras han nombrado, juntos en un horno? Seguramente que en la diversidad de los metales son figuradas las diferentes cualidades de los hombres. Así, incluso la plata, que es un metal de la clase más noble, es fundida en los mismos fuegos que el resto, porque los hombres han degradado los dones de sus naturalezas más nobles con sus vidas degeneradas. Aun así, leemos que el Señor habló también acerca del rey de Tiro, a través de su profeta: “Hijo del hombre, levanta endechas sobre el rey de Tiro, y dile: Así ha dicho el Señor Jehová: Tú echas el sello a la proporción, lleno de sabiduría, y acabado de hermosura. En Edén, en el huerto de Dios estuviste: toda piedra preciosa fue tu vestidura; el sardio, topacio, diamante, crisólito, el zafiro, carbunclo, y esmeralda”. ³⁷ Y vuelve a decir: “Has adquirido oro y plata en tus tesoros; con la grandeza de tu sabiduría en tu contratación has multiplicado tus riquezas”. ³⁸ ¿No parece que todas estas cosas se hayan dicho expresamente de los pueblos de África? ¿Dónde están los tesoros más grandes, donde está el mayor comercio, donde se encuentran los almacenes más repletos? “Oro y plata en tus tesoros”, dice, “has multiplicado tus riquezas”. Añado más: África fue una vez tan rica que la abundancia de su comercio pareciera haber llenado no sólo sus propios tesoros, sino también los de todo el mundo.

¿Qué dijo el profeta a continuación? “Enaltecióse tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu resplandor: yo te arrojaré por tierra”. ³⁹ ¿Cómo se aplica esto al poder de África?, y ¿cómo parece que esa tierra haya sido postrada en el suelo? ¿Cómo salvo que cuando perdió la altura de su antiguo poder, también perdió su honor casi celestial? “Yo pues saqué”, dijo el profeta, “fuego de en medio de ti, el cual te consumió”. ⁴⁰

³⁵ Ezequiel 24. 6.

³⁶ *Ibíd.* 22. 18-20.

³⁷ *Ibíd.* 28. 12-13.

³⁸ *Ibíd.* 28. 4-5.

³⁹ *Ibíd.* 28. 17.

⁴⁰ *Ibíd.* 28. 18.

¿Qué podría ser más cierto que esto? El fuego del pecado prosiguió desde en medio de su iniquidad, y devoró la felicidad de otros tiempos. “Todos los que te conocieron de entre los pueblos, se maravillarán sobre tí”. ⁴¹ Podríamos pensar que esta frase no se les aplicó, si no fuera porque la destrucción de África es el pesar de la raza humana. “En espanto serás,” dijo el profeta, “y para siempre dejarás de ser.” ⁴² Es de sobra conocido que

todo en esa provincia ha sido completamente destruido; todo lo que podemos hacer es evitar que los males que ahora están siendo castigados sean continuados por siempre.

15. ¡Que Dios en su misericordiosa bondad no permita esto! En efecto, en lo que se refiere a los merecimientos por nuestros crímenes, no hay ninguna razón por la que no debería. ¿Qué delitos no son constantemente cometidos allí? No voy a hablar de todos ellos, pues su enormidad es tal que no pueden ser conocidos o discutidos. Voy a hablar principalmente de la naturaleza obscena de sus indecencias, y, lo que es más grave aún, de sus actos de sacrilegio. Paso por alto su insana codicia, un vicio compartido por toda la raza humana; paso por alto su inhumana avaricia, una malvada característica de la mayoría de los Romanos; dejemos sin mencionar su embriaguez, ya que es común a nobles y bajos por igual; omitamos el orgullo engreído, pues esto es así sobre todo en la provincia de los ricos, los cuales quizás pensarán que estarían perdiendo alguno de sus merecidos derechos si alguien más quisiera reclamar alguna participación en ello. Por último, dejemos que casi toda la maldad que implica fraudes, falsificaciones y perjurios sea pasada por alto, pues ninguna ciudad Romana estuvo alguna vez libre de estos males. Aún este crimen era prerrogativa especial de todos los pueblos de África. Porque así como la suciedad de un barco se lava hacia las aguas de pantoque en sus profundidades, así los vicios parecen haber fluido desde todo el mundo hacia sus hábitos. No sé de ninguna maldad que no abundara allí, mientras que incluso las naciones paganas y bárbaras, aunque tenían malvadas costumbres especialmente características de sus propias razas, aún así no merecían reproche por todas las cosas. La raza de los Godos es traicionera pero casta, los Alanos impúdica, pero no traicionera; los Francos son mentirosos pero hospitalarios, los Sajones son salvajes en su crueldad, pero admirables por su castidad; para concluir, todas las razas tienen sus propios vicios peculiares acompañados de sus propias buenas cualidades. Sin embargo, entre los pueblos de África, prácticamente sin excepción, no hay más que maldad. Si la inhumanidad es el tema de nuestra acusación, son inhumanos; si la embriaguez, son borrachos; si la falsedad, son los más falsos; si el engaño, son insuperables en la falsedad; si la codicia, son incomparablemente codiciosos; si la perfidia, la suya es sin igual. Su impureza y blasfemia no se deben confundir con estos otros pecados, ya que en los males de los que he hablado más arriba han superado los vicios de otras naciones, pero en éstos se han superado a sí mismos.

16. Para hablar primero de su impureza, ¿quién no sabe que toda África siempre ha flameado con las antorchas de la obscenidad, por lo que se podría pensar que no es una tierra o lugar perdurable de los hombres, sino un Etna de incendios inmundos? Como el Etna siempre ha hervido con ciertas llamas internas de calor implantadas en él por la naturaleza, así también lo ha hecho África con los fuegos abominables de la fornicación. No deseo que sólo creáis mis palabras en este asunto, sino que busquéis corroboración en todo el género humano. ¿Quién puede negar que todas las gentes de África son impúdicas, a no ser que hayan sido convertidos a Dios y cambiados por su fe religiosa?

⁴¹ *Ibíd.* 28. 19.

⁴² *Ibíd.* 28. 19.

Sin embargo, esto es tan raro y extraño como ver un Cayo que no es un Cayo, o un Seius que no es un Seius. ⁴³ Es tan inusual y poco común para un Africano no ser casto como no ser un Africano.

Tan general es el vicio de la impureza entre ellos que quien deja de ser indecente ya no parece ser un Africano. No discutiré sobre las ciudades individuales, ni hablaré de todas las diferentes localidades, por temor a parecer que busque ejemplos con demasiada curiosidad. En cambio, me contentaré con una ciudad, la principal de todas las ciudades de esa tierra, y de cierta manera la madre de todas ellas, la eterna rival de la ciudadela de Roma, antigua en armas y coraje, después en esplendor y dignidad. Es Cartago de la que hablo, el mayor rival de la ciudad de Roma, y una especie de Roma en el mundo Africano; ella sola basta como ejemplo y testimonio de mis palabras, ya que ha contenido dentro de sí la gobernanza y todos los recursos del arte de gobernar en el mundo.

Allí se podían encontrar todas las dependencias de las oficinas públicas, escuelas de artes liberales, los estudios de los filósofos, escuelas de formación en idiomas y ética; había también las fuerzas militares y los poderes que controlan el ejército, estaba la oficina del procónsul, desde luego el juez diario y gobernante de la provincia, de nombre, de hecho, procónsul, pero en poder realmente un cónsul; finalmente, allí estaban los administradores de las propiedades del estado, sus honores diferentes unos de otros en rango y nombre, procuradores, como los llamaría, de las calles públicas y cruces de caminos, rigiendo todos los barrios de la ciudad y todos los sectores de la población. Con esta ciudad deberíamos estar contentos como ejemplo de las demás, y como prueba de su condición, por lo que después de haber visto el carácter de la ciudad donde los funcionarios han sido siempre del más alto grado, podamos inferir cómo eran esas otras ciudades que tenían la supervisión de hombres menos honorables.

En este punto, casi me arrepiento de mi promesa hecha anteriormente, de omitir casi todos los vicios de la gente de esta provincia, y de hablar sobre todo de sus obscenidades y blasfemias. Porque veo la ciudad rebosante de vicio, hirviendo con toda clase de iniquidad, llena verdaderamente de personas, pero incluso más llena de deshonor, llena de riquezas, pero todavía más llena de vicio; hombres que se esfuerzan por superarse unos a otros en la depravación y la lujuria, algunos compitiendo con sus compañeros en rapacidad, otros en indecencia. Algunos son lánguidos con el vino, otros están hinchados por los banquetes, algunos adornados con guirnaldas de flores, otros untados con ungüentos, todos perdidos por diversas formas de libertinaje, pero hundidos en el mismo error mortal. No todos, ciertamente, estaban intoxicados de embriaguez, pero todos estaban borrachos de sus pecados.

Se podría juzgar a tal pueblo como carente de cordura, sin plena posesión de sus sentidos, ni constantes en la mente ni en el modo, atacándose unos a otros en tropel como borrachos. Ahora también debemos tener en cuenta otro cargo de un grave cariz, distinto a este en su naturaleza, pero no diferente en gravedad, a menos que su grandeza lo ponga en una clase

diferente. Me refiero a las proscipciones de huérfanos, las aflicciones de las viudas y la crucifixión de los pobres.

⁴³ Cayo y Seius aparecen con frecuencia como el John Doe y el Richard Roe de los autores latinos. Cayo es más comúnmente utilizado, tal vez por el *Ubi tu Gaius, ego Gaia* (N.T. *si tú Gaio, yo Gaia*), de la ceremonia de matrimonio. En Cód. Just., Ticio se utiliza en lugar de Seius. Tertuliano utiliza Cayo Seius y Lucio Ticio; cf. *Ad nationes* l. 4.

Todos ellos se quejaron diariamente a Dios, y oraron por el fin de sus sufrimientos. Pero, lo que es peor, a veces eran impulsados por sus amargos problemas incluso a orar por la llegada del enemigo. ¡Estos ahora por fin han obtenido el privilegio de Dios de soportar con el resto tal ruina por parte de los bárbaros como anteriormente sólo la habían sufrido por parte de los romanos!

17. Pero pasemos sobre estas cuestiones, ya que en la práctica pueden ser análogas en todas las partes del mundo Romano, y prometí mencionarlas solo brevemente. En cuanto a la castidad y la impureza que he estado discutiendo, ¿no serían suficientes éstas por sí mismas para destruir África? ¿Qué parte del estado no estaba llena de indecencia, qué calle o vereda no era un lugar de vergüenza? La lujuria así había aislado la mayor parte de los cruces y calles con sus trampas, y las había enredado con sus redes, para que incluso aquellos que aborrecían por completo tales vicios apenas pudieran evitarlos. Sería posible compararlos con los bandidos acechando en emboscada y arrebatando su botín de los transeúntes; así se cubrían en los caminos, las carreteras sinuosas y caminos con sus trampas muy juntas, para que casi nadie pudiera ser lo suficientemente prudente para no caer en alguna de sus trampas traicioneras, por muchas de las que se escapara. Todos los ciudadanos apestaban, si se me permite la expresión, con el hedor de la lujuria, todos inhalaban los olores fétidos de su mutua impureza. Sin embargo, esta condición horrible no inspiró ninguna repugnancia en ellos, pues la misma plaga les había infectado a todos. Se podría pensar en la ciudad como un sumidero de lujuria y fornicación, como el lodo recogido de las heces de todas las calles y alcantarillas. ¿Qué esperanza podía haber en un lugar así, donde, a excepción del templo del Señor, no había nada que ver, sino la suciedad?

Sin embargo, ¿por qué debería exceptuar el templo de Dios? La iglesia estaba, desde luego, completamente bajo el cuidado de los sacerdotes y el clero, de los que prefiero no hablar. Estoy atado por la reverencia hacia el ministerio de mi Señor, y creo que sólo esos hombres quienes sirvieron en los altares preservaron su pureza, como leemos que Lot se quedó solo en la montaña cuando la gente de Sodoma pereció. En cuanto a las personas, sin embargo, ¿quién entre esos incontables números era casto? ¿Casto, dije? ¿Quién no era culpable de fornicación o adulterio, y de eso también sin cesar? Por lo tanto, tengo que clamar de nuevo, ¿qué esperanza podía haber en aquella gente? Un adúltero a veces contamina una congregación de la iglesia entera, pero allí difícilmente podrías encontrar un hombre casto entre miles si buscas lo más diligentemente, incluso en la iglesia.

Tengo mucho más que decir que esto. ¡Ojala que aquello que acabo de decir incluyera toda la acusación, y que estos hombres en su indecencia se hubieran contentado con satisfacer su lujuria con la fornicación de sólo mujeres caídas! Su culpa era todavía más grave y perversa que esta, pues casi todos los vicios, de los cuales el bendito apóstol Pablo se quejaba tan amargamente, existían en África. “Y del mismo modo también los hombres, dejando el uso natural de las mujeres, se encendieron en sus concupiscencias los unos con los otros, cometiendo cosas nefandas hombres con hombres, y recibiendo en sí mismos la recompensa que convino a su extravío. Y como a ellos no les pareció tener a Dios en su noticia, Dios los entregó a una mente depravada, para hacer lo que no conviene”.⁴⁴ ¿No fue de las razas bárbaras y salvajes de las que el bienaventurado Apóstol habló? No verdaderamente, sino de nosotros, es decir, expresamente de los Romanos, a quienes ahora de hecho la gente de África, ya que no fueron capaces antiguamente de vencerles en fuerza y poder, les han superado en el único aspecto que les permitieron, a saber , en la lujuria.

⁴⁴ Romanos 1. 27-28.

Cualquiera que crea que tiene el derecho de estar enojado con mis palabras, más bien debería estar indignado con el apóstol, pues lo que he dicho del carácter de los habitantes de África, ya lo dijo él una vez de sus maestros, los Romanos.

18. Tal vez los vicios de los que os hablé estaban escondidos, o los hombres a cargo de la moral pública en diferentes lugares se ocuparon de que la difusión de este tipo de delitos no debiera empañar los ojos de la gente. Si esto se hubiera hecho, aunque muchos habrían sido contaminados por las acciones mismas, no todos habrían resultado heridos con la visión y el pensamiento de éstas. Por muy vergonzoso que un vicio sea, como regla no merece plena credibilidad cuando es cometido en secreto. Pero cometer los pecados más grandes y no sentir vergüenza por lo que uno ha hecho, demanda censura más allá de los propios pecados. ¿Qué mayor prodigioso mal se podría haber realizado allí? En una ciudad Cristiana, en una iglesia la cual los apóstoles fundaron con sus enseñanzas,⁴⁵ cuyos mártires habían coronado con su pasión, los hombres tomaron sobre sí las funciones de las mujeres, sin ningún tipo de pudor para encubrir su acción, sin el escudo de la modestia; como si su pecado fuera demasiado leve si sólo los autores de estos males se mancharan con ellos, a través del conocimiento público de su vicio se convirtió en el mal hacer de toda la ciudad. La ciudad entera vio esto y lo sufrió, los jueces lo vieron y lo toleraron, la gente lo vio y aplaudieron, y así cuando la comunión en la lujuria vergonzosa se extendió a través de la ciudad, el consentimiento general lo hizo común a todos. Pero, diréis, quizás hubo al fin un cese del mal y alguna enmienda de los errores. ¿Quién podría creer o siquiera escuchar tranquilamente que los hombres fueron convertidos en una pasividad femenina no sólo en sus funciones naturales, sino incluso sus aspectos, sus pasos, sus ropas y todo lo característico del sexo masculino, y la apariencia? Tan completamente fue revertida la naturaleza en ellos que, aunque nada debería ser más vergonzoso para los hombres que parecer tener características

femeninas, ⁴⁶ nada parecía a algunos de estos hombres más vergonzoso que parecer en ningún aspecto masculinos.

19. Pueden argumentar que esta desgracia fue únicamente la de unos pocos hombres, y lo que no fue perpetrado por la mayoría no podía herir a todos. De hecho, ya he dicho anteriormente que muy a menudo entre el pueblo de Dios el crimen incluso de un solo hombre ha sido la ruina de muchos, como cuando el pueblo fue traicionado por el robo de Achar, una peste surgió de los celos de Saúl, y una plaga vino de la numeración de las personas por el bendito David. Pues la iglesia de Dios es como un ojo. Si incluso una pequeña mota cae en los ojos, ciega toda la vista; así que, si incluso unos pocos hombres en el cuerpo de la iglesia actúan indecentemente, oscurece toda la luz de la iglesia. Por tanto, el Salvador llamó a la parte principal de la iglesia su ojo, diciendo: “La lámpara del cuerpo es el ojo: así que, si tu ojo fuere sincero, todo tu cuerpo será luminoso: Mas si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo será tenebroso.” ⁴⁷ Y por consiguiente el apóstol preguntó: “¿No sabéis que un poco de levadura leuda toda la masa?” ⁴⁸

⁴⁵ Tertuliano, él mismo oriundo de África, no incluye Cartago en la lista de las iglesias apostólicas (*Liber de praescriptionibus* 32), pero en la época de Salviano la iglesia ortodoxa de África reclamó un origen apostólico en su controversia con los Donatistas, y era natural que Salviano aceptara su reivindicación.

⁴⁶ Véase Tertuliano *De idololatria* 16: “Finalmente, no encuentro ningún tipo de ropa censurada por Dios, excepto la femenina cuando es usada por un hombre.”

⁴⁷ Mateo 6. 22-23.

⁴⁸ I Corintios 5. 6.

No debería decir, sin embargo, que existía en África poco de este mal, sino demasiado; no es que la mayoría de la gente de allí fuera afeminada, sino que el afeminamiento de los pocos fue la corrupción de los muchos. Aunque sean pocos los que viven vergonzosamente, habrá muchos que estén manchados con la suciedad de los pocos. Como una prostituta que hace que muchos cometan fornicación, así los abominables enlaces de los pocos afeminados infectan a la gran mayoría de las personas.

Tampoco sé cuál de ellos es peor a los ojos de Dios, ya que en las Sagradas Escrituras son condenados por un solo y mismo decreto. “Ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los robadores, heredarán el reino de Dios”, ⁴⁹ dijo el apóstol. Esto convierte en más lamentable y deplorable que tal pecado pareciera ser la maldad de toda la ciudad, y que el honor del nombre Romano se marcara con la infamia de tal prodigiosa maldad. Los hombres hicieron uso de la vestimenta de las mujeres e hicieron sus pasos más remilgados que los de las mujeres; trabajaron para sí mismos las señales de una impureza monstruosa y ataviaron sus cabezas con las envolturas de velos femeninos. Y esto lo hicieron públicamente en una ciudad Romana, ¡la más grande y más famosa ciudad en esa región! ¿No era esto una vergüenza para el poder romano, que permitiera cometerse

abiertamente el mal más execrable en el mismo seno de la República? Un gran y fuerte poder, capaz de prevenir el crimen más grande, aprueba las acciones que con pleno conocimiento padece su realización, porque el que tiene el poder de prohibición, sanciona cualquier acción que no previene.

20. Una vez más, impulsado por mi pesar, pregunto a los que estén enojados con mis palabras, ¿en qué naciones bárbaras tales cosas han sido en algún momento hechas o permitidas con impunidad general? Finalmente, para salvar la necesidad de una discusión o investigación más larga sobre este punto, compararemos a los presentes devastadores de África con las personas a quienes conquistaron. ¿Qué acciones de este tipo han sido realizadas por los Vándalos? Seguramente los Bárbaros, engreídos de orgullo, hinchados con la victoria, acomodados por la abundancia de riquezas y lujos, habrían sido cambiados por su inusual buena fortuna y prosperidad, por muy castos y continentes que siempre hubieran sido antes. Habían entrado, como está escrito en las Escrituras, en “una tierra que destila leche y miel”,⁵⁰ una tierra fértil, tan rica en todos los manjares que era casi intoxicante en su abundancia. En estas condiciones no sería motivo de sorpresa que una tribu bárbara se explayara licenciosamente donde la naturaleza misma parece desenfrenada. ¿Quién dudaría que los Vándalos, al entrar en tal país, se sumergirían en todo tipo de vicio asqueroso y sucio? O, para decirlo de forma más moderada, que al menos copiarían el comportamiento constante de los pueblos de África, en cuya provincia habían entrado. De hecho, si eso fuera todo lo que hicieron, merecerían ser juzgados lo más continente y moderadamente, a quienes la buena fortuna no les había hecho más corruptos. Pues, ¿con qué frecuencia te encuentras a un hombre sabio a quien la prosperidad no cambia, cuyos defectos no aumentan con su fortuna? Es cierto que los Vándalos hubieran sido de los más templados, si ellos, los vencedores, meramente se hubieran parecido a los sujetos que tenían en cautiverio. En tal gran abundancia de riqueza y lujo, sin embargo, ni uno de ellos se volvió afeminado. ¿Os parece poca cosa? Ciertamente, los Romanos de noble cuna hicieron del afeminamiento una práctica regular.

⁴⁹ *Ibíd.* 6. 9-10.

⁵⁰ Éxodo 13. 5.

¿Qué más tengo que añadir? Ni uno solo de los Vándalos fue contaminado por el incesto de los Romanos afeminados en su entorno. Ciertamente, por mucho tiempo el afeminamiento había sido considerado por los Romanos como una virtud y no un vicio, y esos hombres se creían modelos de fuerza viril que habían dejado a otros los usos más básicos. Por esta razón, los niños acompañantes, que una vez seguían a los soldados, tenían el privilegio de ser utilizados vergonzosamente como mujeres, y eran dados como recompensa por los buenos servicios prestados en campaña, ya que habían demostrado ser hombres valientes. ¡Qué crimen era este! Tales fueron las acciones de los Romanos, y no los Romanos de la actualidad; no obstante, para no acusar a los hombres de la antigüedad, no eran los antiguos Romanos, sino aquellos que ya se habían convertido en corruptos y disolutos, no estando ya a la altura de su reputación anterior, sino asemejándose a los Griegos más que a los Romanos. Por lo tanto, como ya he dicho muchas veces antes, no debería causar ninguna sorpresa que el

Estado Romano está sufriendo largamente lo que por mucho tiempo ha merecido.

21. Este vicio comenzó entre los Romanos antes del Evangelio de Cristo, pero que no hubiera cesado después de que el Evangelio se predicara entre ellos es aún más grave. Después de recordar este hecho, ¿quién puede dejar de admirar a los Vándalos? Entraron en las ciudades más ricas, donde tales vicios eran comunes, y se apoderaron de las riquezas de los hombres disolutos, de tal manera que rechazaron sus costumbres corruptas y ahora poseen y usan esas cosas que son buenas, y evitan la influencia degradante de las que son malas.⁵¹ Esto debería ser suficiente para su alabanza, incluso si no añadiera nada más; porque han abominado los actos ilícitos de los hombres. Aún más notable es que también se han abstenido de la corrupción de las mujeres; han rehuido las guaridas del mal y los burdeles, han evitado uniones ilícitas y la compañía de las ramera. ¿Puede ser creíble que los Romanos permitieran estas cosas y los Bárbaros las abominaran? ¿Hay algo más que decir después de esto? En efecto, lo hay, y mucho más. Que hubieran evitado acciones repugnantes es la parte menos importante; pues un hombre puede aborrecer actos vergonzosos sin abolirlos. Su gran y singular mérito es que no sólo ellos mismos evitaron la contaminación por esta mancha, sino que tienen cuidado de que los demás no se contaminen. Verdaderamente, un hombre es algún tipo de guardián del bienestar humano cuando no sólo se esfuerza por ser bueno el mismo, sino que también se esfuerza para lograr que otras personas puedan dejar de ser malos.

De lo que he hablado es una gran cuestión, sin duda, grande y de importancia preeminente. ¿Quién podría creer que los Vándalos en las ciudades Romanas cometieron tales pecados? El vicio sexual ha sido completamente abolido por ellos. ¿Cómo se eliminó? No como algunos delitos acostumbran a ser prohibidos por los Romanos, que decretan que no habrá robo, y se apresuran a robar; quienes decretan que no habrá adulterio, y son los primeros en cometerlo. Sin embargo, vagamente debería decir que cometen robo, porque lo de ellos no es mero robo, sino asalto en caminos. Un juez castiga un pequeño robo de otro, aunque él mismo es un ladrón: castiga la rapiña, aunque él mismo es culpable del mismo delito; castiga al asesino, aunque él mismo maneja una espada; castiga a aquellos que rompen puertas y cerrojos, aunque él mismo destruye ciudades; castiga a aquellos que roban en las casas, aunque él mismo le roba a las provincias.

⁵¹ Que Salviano habló demasiado pronto es sugerido por Procopio *Be Bello Vandalico* II. 6. Su descripción de los hábitos de los Vándalos “desde el momento en que lograron la posesión de Libia” incluye todos los lujos y vicios que Salviano cree que rechazaban.

Ojalá esto sólo fuera cierto de aquellos establecidos en posiciones de poder y para los que el honor mismo, el cual les es conferido, da cierto derecho a llevar a cabo sus robos; es aún peor y más intolerable que incluso los ciudadanos privados hagan lo mismo, es decir, los hombres que han ocupado previamente altos cargos. El honor, que una vez se les había

otorgado, les da tanta ventaja que pueden mantener para siempre el derecho legal para saquear. Así que incluso cuando han dejado de ejercer el poder público administrativo, no dejan de gozar del derecho privado al saqueo. Así, el poder que tenían como jueces es más débil que el que tienen como ciudadanos privados, pues en el primer caso estaban seguros de que para suplirlos serían nombrados sucesores, pero ahora no tienen sucesores.

¡Vean cuánto valor tienen los decretos legales, qué beneficio obtenemos de la aprobación de las ordenanzas, que los hombres que más las desprecian son quienes las administran! Los humildes y los pobres se ven obligados a obedecer, los pobres se ven forzados a acceder a las órdenes de sus superiores, y si fracasan en su obediencia, son castigados. La misma regla se observa en este caso como en el de los impuestos: los pobres son los únicos en obedecer los decretos públicos, ya que sólo ellos pagan los impuestos. Así, en las mismas leyes y en la ejecución de la justicia, la injusticia es lo más criminalmente realizada, ya que los hombres inferiores están obligados a observar como sagradas las leyes que sus superiores pisotean continuamente bajo sus pies como si no tuvieran ninguna importancia.

22. La indignación me ha llevado a exceder un poco el orden fijado de mi discurso; ahora volvamos al tema original. He dicho que las ciudades de África estaban llenas de vicios monstruosos, y sobre todo la reina y señora de todas ellas, pero que los Vándalos no estaban contaminados. ¡Cuan distintos de los romanos: estos bárbaros se probaron a sí mismos en la limpieza de las manchas de nuestra desgracia! Pues han removido de todas las partes de África el vicio de la afeminación, incluso han aborrecido relaciones sexuales con prostitutas, y no sólo lo han rechazado o eliminado por el momento, sino que han hecho que absolutamente deje de existir. ¡O cariñoso Maestro, oh buen Salvador! ¡Cuánto lleva a cabo el deseo de disciplina con tu ayuda, a través del cual los vicios de la naturaleza se pueden cambiar, como así ha sido con los vándalos! Veamos cómo se han cambiado, ya que es importante no sólo mostrar los resultados de la acción, sino también el método por el cual se hizo efectiva. Es difícil remover la lascivia con una palabra o una orden, a menos que haya sido eliminada de facto, y el tener decencia exigido con una orden, a menos que no haya sido impuesta antes. Sabiendo que esto es cierto, eliminaron el libertinaje, preservando a los libertinos; no mataron a las mujeres desafortunadas, para que no manchara su prevención del vicio con la crueldad, y pecar ellos mismos en el acto mismo de la destrucción de los pecados que deseaban abolir. Pero corrigieron a los que herraban de tal manera que el cambio fuera una medicina, no una pena. Ordenaron y obligaron a todas las prostitutas a casarse; transformaron a las ramerías en esposas, haciendo realidad la palabra y el mando del apóstol que cada mujer debe tener su marido y cada hombre su esposa,⁵² para que, teniendo en cuenta que la incontinenencia no puede ser restringida sin una cierta indulgencia permisible de la carne, el deseo sexual pueda tener esta legítima salida sin lujuria pecaminosa. En esto, de hecho, la provisión se hizo no sólo para que las mujeres que no podían vivir sin maridos los tuvieran, sino también para que a través de sus protectores domésticos, aquellas que no supieran cómo protegerse a sí mismas estuvieran a salvo. Mientras que el vínculo matrimonial constantemente les unía, incluso si la falta de castidad habitual

de sus vidas anteriores les tentaba a pecar, la tutela de sus maridos evitaría que fueran por el mal camino.

⁵² I Corintios 7. 2.

Los Vándalos también incluyeron requisitos severos de castidad para evitar la lujuria, coaccionando la lascivia con la espada, con el evidente propósito de preservar la castidad de ambos sexos con el afecto conyugal en el hogar, y con el temor de las leyes en público. Así, la pureza descansaría sobre una doble base de amor en el hogar y de temor fuera. Además, las leyes que poseían no eran en absoluto como los decretos que eliminaban una parte de la maldad sin impedir toda su obscenidad, o como esos decretos Romanos que separan a los adúlteros de las esposas de otros hombres, pero les dejan libre acceso a las mujeres solteras, prohibiendo el adulterio y fomentando al mismo tiempo casas de mala fama. ⁵³ Estos parecían haber temido que los hombres serían demasiado castos y puros si el vicio sexual fuera totalmente prohibido. No son como aquellos de los que hablamos, quienes han prohibido una vida disoluta así como el adulterio, que desean que las mujeres sean mujeres sólo para sus maridos, y los hombres puedan ejercer sus funciones masculinas solamente con sus esposas; quienes no permiten que los deseos sexuales se alejen más allá de la cama de matrimonio, sino ordenan sus leyes según el patrón de la ley divina, de modo que piensan que nada es permisible para ellos en esta materia si para Dios tampoco lo es. Así que creen que a ningún hombre le pueden dar licencia para hacer algo que no esté permitido para todos por el poder divino.

23. Sé que lo que digo les puede parecer a algunos intolerable, pero debo tratar estas cuestiones a la luz de la razón, sin predicar prejuicios personales. ⁵⁴ Que cualquiera que esté enojado con lo que digo me conteste a esto, ¿no ha sido Sócrates siempre considerado el más sabio de todos los hombres, y lo mismo también bajo el testimonio del demonio de Delfos, quien podría ser llamado el príncipe de los filósofos, ya que era el príncipe de los demonios? Consideremos, pues, qué leyes decretó Sócrates acerca de la castidad y lo que esos hombres de los que hemos estado hablando han ordenado al respecto.

Sócrates dijo: “Que ningún hombre tenga una mujer para sí, pues el matrimonio debe ser común a todos; por lo que habrá una mayor armonía entre los estados, si todos los hombres tienen relaciones sexuales indiscriminadamente con todas las mujeres, y todas las mujeres con todos los hombres, y si todos los hombres se convierten en esposos de todas las mujeres, y todas las mujeres esposas de todos los hombres.” ⁵⁵ ¿Alguna vez hemos conocido a algún loco, o a cualquier poseído o fuera de sus sentidos por cualquier tipo de locura, decir tal cosa como esta? Diréis, oh jefe de los filósofos, que por los términos de esta ordenanza, todos los hombres serán los esposos de todas las mujeres, y todas las mujeres las esposas de todos los hombres, y todos sus hijos la descendencia de todos los progenitores. Pero sostengo que ningún hombre sería entonces el marido de ninguna mujer, ninguna mujer la esposa de ningún hombre, y ningún niño la descendencia de ningún progenitor, pues donde todos son promiscuos y están confundidos, nadie puede reclamar nada como suyo propio.

⁵³ Nótese la redacción en Cód. Theod. IX. 7.1 (326 d.c.): "...esas mujeres, la vileza de cuyas vidas les han probado indignas de la protección de la ley."

⁵⁴ Compárese con este capítulo a Lactancio *hist. div.* III. 21.

⁵⁵ La fuente última de este pasaje es, por supuesto, Platón *República* V. 457; no está claro a través de qué canal Salviano lo obtuvo. No parece que hubiera leído Griego, y el Latín del párrafo no sugiere que fuera de Cicerón *De res publica* como fuente directa. Fue, sin embargo, un tema muy conocido, y pudiera haber sido un tema para ejercicios retóricos en las escuelas.

Y algunos hombres dicen que no era suficiente para el más sabio de los filósofos enseñar a otros este tipo de ideas, sino que debía llevarlas a cabo por sí mismo, entregando a su esposa a otro hombre, al igual que el Romano Catón, ese segundo Sócrates de cuna italiana, quien en verdad lo hizo. ⁵⁶ Mirad, pues, los ejemplos que nos dan la sabiduría Romana y Ática; por lo que en sus manos estaba, convirtieron a todos los maridos en alcahuetes de sus esposas. Sin embargo, Sócrates superó al resto, pues escribió libros sobre el tema, y entregó sus ideas vergonzosas a la posteridad. ⁵⁷ Así que tenía una razón más para la gloria de sus enseñanzas; en lo que se refería a sus principios, hizo del mundo un burdel. Se dice que fue condenado injustamente por los jueces. Eso es cierto, ya que habría sido mejor para todo el género humano condenar a un hombre por predicar tales doctrinas. Sin duda, estas le han condenado. Dado que, ciertamente, por lo que conlleva esta teoría, todos han repudiado sus doctrinas, todos le han condenado no sólo por la autoridad de la sentencia dictada en el juicio, sino aún más por su elección de una forma de vida, y con razón.

Ahora comparemos por medio de sus estatutos a aquellos hombres a quienes Dios ha ordenado recientemente gobernar en África. Sócrates decretó que nadie debería tener una mujer para sí, ellos que nadie debería tener una que no fuera la suya. Deseaba que todas las mujeres se sometieran a todos los hombres, ellos que ninguna mujer debería conocer a otro hombre excepto a su esposo. Deseaba una generación mixta y promiscua, ellos una puramente nacida y regulada. Ordenó que todas las casas fueran de mala reputación, y ellos que tales no existieran. Trató de construir mancebías en cada morada, ellos las erradicaron incluso de ciudades enteras. Deseó que se prostituyeran todas las doncellas, ellos convirtieron a las prostitutas en castas.

¡Ojalá que el error de Sócrates hubiera sido sólo suyo, y no el de muchos, o incluso la mayoría de los Romanos! Estos siguen los preceptos de Sócrates en este asunto incluso sin aceptar sus enseñanzas en nada más, pues muchos hombres tienen más de una esposa cada uno, y un sinnúmero de mujeres tienen muchos maridos cada una. ¿No están todas nuestras ciudades llenas de antros de vicio, y apestan con casas de mala fama? Cuando dije todas, quería decir, por supuesto, las más nobles y elevadas, pues tal es la prerrogativa de la dignidad y el honor en nuestras grandes ciudades, las cuales destacan sobre las demás tanto en indecencia como lo hacen en tamaño.

¿Qué esperanza, os pregunto, puede haber para el Estado Romano cuando los bárbaros son más castos y puros que los Romanos? Lo que digo es demasiado poco: ¿qué esperanza de vida o de perdón, pregunto, podemos tener ante los ojos de Dios cuando vemos la castidad en los bárbaros y aun así no estamos dispuestos a ser castos nosotros mismos? ¿No deberíamos sentir vergüenza y confusión por esto? Ya entre los Godos no encontrareis a nadie impuro excepto a los Romanos, a nadie impúdico entre los Vándalos, excepto a los Romanos.

⁵⁶ El *locus classicus* para esto es Lucan *Be bello civil* II. 329-333, del que Agustín (*Bon. coniug.* 21) extrajo claramente su ejemplo de Catón el Joven, entregando su esposa Marcia a un amigo “para llenar la casa de otro con hijos.” Véase Souter, *Classical Review*, XIV (1900), 164. Este era un popular *exemplum*, sobre todo entre los escritores Cristianos, como se demuestra por H. Kohl, *De scholasticarum declamationum argumentis ex historia petitis* (Paderborn, 1915), p. 104.

⁵⁷ Salviano aquí confundió a Sócrates con los “Diálogos Socráticos” de Platón.

Ha logrado tanto el deseo de castidad efectuado por los bárbaros, conseguido tanto la severidad de su código moral, que no sólo son ellos mismos castos, sino, a pesar de que sea tan nuevo y extraño un evento que resulte casi increíble, incluso han hecho a algunos Romanos castos.

Si mi fragilidad humana me lo permitiera, me gustaría gritar más allá de mis fuerzas, para que mi voz viajara a través de todo el mundo: Avergonzaos, oh pueblo romano por doquier, avergonzaos de la vida que lleváis. No hay ciudades que estén libres de guaridas del mal, no hay ciudades en ningún lugar que estén libres de indecencia, excepto aquellas en las que los bárbaros han empezado a vivir. Luego, ¿nos preguntamos por qué somos miserables, quienes somos tan impuros? ¿Por qué somos conquistados por el enemigo, quienes somos superados por ellos en honor? ¿Por qué poseen nuestras propiedades, quienes abjuramos de nuestra maldad? No es ni la fuerza natural de sus cuerpos la que les hace conquistar, ni la debilidad de nuestra naturaleza la que nos hace propensos a la derrota. Que nadie piense o se persuada a sí mismo de lo contrario; únicamente son nuestras vidas viciosas las que nos han conquistado. ⁵⁸

⁵⁸ Compárese con Agustín *Sermo de tempore barbarico* (Migne, PL, XL, col. 703): “Ni por el enemigo, ni por los bárbaros, sino por su propia acción son todos los hombres asesinados en sus almas al ver, consentir y no prevenir. Todos hemos morado tranquilos, y tanto en cuanto no deseemos que la perversa paz de nuestro estado sea perturbada, no recibiremos la verdadera paz que nos merecemos. Despreciamos preservar la paz de una buena vida, y así la paz de nuestro tiempo ha llegado a su fin.”

Libro Octavo

Que los pecados de los romanos son los únicos responsables de su ruina

1. Creo, mas bien, estoy seguro, que la gran extensión de mi argumento despertará disgusto en muchos, especialmente porque reprocha nuestras vidas viciosas. Pues la mayoría de los hombres desean alabanza, y ninguno disfruta la censura. Peor que esto, por muy malo que un hombre sea, por muy libertino, preferiría ser alabado falsamente que con razón reprobado, y prefiere ser engañado con la burla de la falsa alabanza que curado por las admoniciones más saludables. Dado que esto es cierto, ¿qué debemos hacer? ¿Hay que adherirse a la voluntad de los hombres perversos? O si desean que una alabanza vacía les sea conferida, ¿es apropiado proferir elogios absurdos y sin sentido? Sin duda hay que considerar que, ya que los hombres de honor no deberían burlarse ni siquiera de aquellos que así mismos desean ridiculizarse, no deberían alabar con mentirosas frases a aquellos que anhelan ser adornados con elogios, por falsos que fueren. ¹ No debemos tener en cuenta las preferencias de los individuos, sino más bien lo que para nosotros es apropiado decir, sobre todo porque el profeta dijo: “¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo; que ponen lo amargo por dulce, y lo dulce por amargo!” ²

Debemos aferrarnos a la verdad por todos los medios, para que lo que una cosa es de facto, también lo pueda ser en las palabras, y aquellas que contienen dulzura llamarlas dulces, y aquellas que contienen amargura, amargas. Esto es lo más necesario en la presente discusión de un asunto sagrado, cuando muchos convierten nuestros pecados en causa de ira contra Dios, y los hombres tratan de evitar parecer dignos de acusación acusándole primero a él. Cuando blasfemamente le llaman descuidado y negligente de los asuntos humanos, y dicen que no gobierna de acuerdo a justicia, o que ni siquiera gobierna en absoluto, ¿qué otra cosa hacen sino acusar a Dios de pereza, abuso e injusticia? ¡Ay de la ceguera de la locura humana! ¡Ay de la locura de la audacia insensata! Es Dios, oh hombre, al que llamas descuidado y negligente. Si agredieras a cualquier hombre nacido libre con tales calumnias, serías acusado ante la ley de abuso malicioso; si atacaras a un hombre ilustre o eminente, serías condenado en los tribunales. Tales calumnias son principalmente lanzadas a los pupilos despilfarradores; es el término especial para los jóvenes libertinos, llamarles derrochadores, descuidados y negligentes para con su propiedad. ¡Qué sacrílegas palabras! ¡Qué profano descaro! Utilizamos tales términos para con Dios, los cuales sólo emplearíamos con hombres de la clase más degradada. Sin embargo, este no es todo el abuso que recibe: como he dicho antes, los hombres incluso le tildan de injusto. Si decimos que no nos merecemos nuestros sufrimientos y no somos dignos de soportar nuestras desgracias actuales, seguramente estamos llamando a Dios, quien nos manda aguantar males inmerecidos, injusto. Diréis, por contra, que no los ordena, sino que simplemente permite que los soportemos. Supongamos

que concedemos este punto, todavía me pregunto, ¿qué gran diferencia hay entre ordenar y permitir que ocurra?

¹ Compárese con Sidonio *Ep.* VIII. 10: “Si hubieras tenido alguna consideración por mi modestia, habrías tenido en cuenta el dicho de Símaco: como la verdadera alabanza adorna, la falsa alabanza reprueba.” El dicho no se encuentra en los escritos de Símaco, pero Gregoire y Collombet lo cita como utilizado por Cesáreo de Arles en su 25ª homilía a los monjes de Lérins, la cual he sido incapaz de trazar, y por el Papa Pelagio I en una carta a Sapaudus, obispo de Aries, como el dicho de un *vir doctissimus*.

² Isaías 5. 20.

Pues él, quien sabe que soportamos tales desgracias y puede evitarnos sufrirlas, demuestra más allá de toda duda que debemos aguantar cualquier cosa que permita. A partir de esto se pone de manifiesto que su aquiescencia es parte de su juicio, y que estamos soportando una sentencia del cielo. En tanto que todas las cosas están sujetas a la autoridad sagrada y la voluntad de Dios lo gobierna todo, cualesquiera que sean los males y castigos que soportamos a diario, son la censura de su mano divina, censura la cual, de hecho, constantemente despertamos y encendemos con nuestros pecados. Encendemos el fuego de la ira celestial y suscitamos las llamas que nos queman, por lo que las palabras del profeta con razón se pueden usar contra nosotros por cuanto continuemos soportando tales males: “andad a la luz de vuestro fuego, y a las centellas que encendisteis”.³ De esto vemos que de acuerdo con la frase sagrada cada pecador está preparando para sí mismo el sufrimiento que soporta. Ninguna de nuestras desgracias puede ser atribuida a Dios; somos los autores de nuestra propia miseria. Pues Dios es clemente y misericordioso, y, como dicen las Escrituras, no desea que nadie perezca o sea dañado. Así que cualquier cosa que se hace en contra nuestra es causa de nuestras propias acciones; no hay nada más cruel hacia nosotros que nosotros mismos; nosotros, afirmo, nos estamos torturando a nosotros mismos, incluso contra la voluntad de Dios.

Pero, en verdad, parece que me estuviera contradiciendo a mí mismo; mientras que antes dije que somos castigados por Dios a causa de nuestros pecados, ahora digo que nos estamos castigando a nosotros mismos. Ambas son ciertas; verdaderamente somos castigados por Dios, pero le obligamos a castigarnos. En la medida en que causamos nuestro propio castigo, ¿quién puede dudar de que nos estemos castigando a nosotros mismos con nuestros crímenes? Pues cualquiera que dé motivo para su castigo, se castiga a sí mismo, según el dicho: “Y detenido será con las cuerdas de su pecado.”⁴ Si los hombres malvados son detenidos con las cuerdas de sus pecados, sin duda todo pecador se detiene a sí mismo cuando peca.

2. Puesto que ya he hablado largo y tendido de la falta de castidad de África, permítanme ahora hablar brevemente de sus blasfemias, pues el paganismo de la mayoría no ha tenido interrupción. Ciertamente han confinado su crimen nativo dentro de sus propias paredes, por supuesto me refiero a ese demonio “Celestial” de los Africanos,⁵ al cual supongo que los paganos de la antigüedad le otorgaron tan biensonante título con el fin de

que al menos tuviera un nombre, ya que no tenía la divinidad, y al carecer de cualquier virtud derivada del poder real, ganara el honor con su designación. ¿Quién de ellos no ha sido iniciado en el culto de ese ídolo? ¿Quién no ha sido consagrado a él por su propia familia y cuna? Me refiero a los hombres que son paganos tanto por profesión y nombre como en su forma de vida, y cuyo nombre indica su error pagano. El paganismo es sin duda más tolerable y menos malvado en los hombres abiertamente paganos; el peligro más mortal reside en el hecho de que muchos que han dado sus votos a Cristo siguen entregando su verdadera devoción a ídolos. Pues, ¿no pasaron aquellos que se llamaban cristianos de adorar a Cristo a adorar a la “deidad Celestial”, o, lo que es mucho peor, adorarla incluso antes de que le rindieran sus devociones? ¿Quién de ellos no cruzó el umbral del Señor impregnado del olor de sacrificios demoníacos y ascendió al altar de Cristo apestando a impureza de los mismos demonios?, por lo que sería menos monstruoso no venir en absoluto al templo del Señor que venir de tal manera.

³ *Ibíd.* 50. 11.

⁴ Véase Proverbios 5. 22.

⁵ Es decir, la diosa Tanit, frecuentemente llamada *Dea Caelestis* por los autores Latinos.

Pues un cristiano que no viene a la iglesia es culpable de negligencia, pero uno que viene de tal modo es culpable de sacrilegio. Es más fácil expiarse por no honrar a Dios que por insultarle directamente. Por tanto vemos que cualquiera que haya actuado así no ha honrado a Dios, sino que le ha deshonrado. De algún modo, incluso la atención que debían prestar a la iglesia de Dios la han prestado a un ídolo, porque aquello a lo que se le otorga prioridad gana en honor a aquello que es relegado a un segundo lugar. ¡Mirad, pues, la fe de los Africanos, y especialmente la de los más nobles entre ellos! ¡Ved lo que han sido su religión y su Cristianismo! Era menosprecio a Cristo cuando los hombres les llamaban Cristianos. Aunque el apóstol clamó: “No podéis beber la copa del Señor, y la copa de los demonios: no podéis ser partícipes de la mesa del Señor, y de la mesa de los demonios”, ⁶ no fue suficiente para ellos beber la copa del Señor con la copa de los demonios, sino que tenían que tomar esta última en primer lugar. No era suficiente para ellos igualar la mesa de los demonios con la mesa del Señor, sino que vinieron al templo de Dios nada más terminar la adoración de supersticiones infames, y exhalaban en los santos altares de Cristo el pestilente miasma del mismo espíritu diabólico.

3. Pero, diréis, que no todos hacen estas cosas, sólo los más elevados y poderosos son culpables de estos males. Suponed que estoy de acuerdo con esto. Aun así, ya que la mayor parte de la ciudad se compone de los hogares más ricos y más poderosos, podéis ver que toda la ciudad estaba contaminada por la superstición sacrílega de unos pocos grandes hombres. De hecho, nadie puede dudar de que todos los hogares son como los amos que los gobiernan o peor, ¡y por lo general peor! Por lo tanto, ya que incluso los buenos amos como regla general tienen malos esclavos, es fácil decidir qué tipo de hogares eran todos ellos, en los que las mentes

serviles, ya resueltas al mal, se hicieron más viciosas por la maldad de sus amos.

Supongamos, por el placer de razonar, que lo que hemos dicho sólo fuera cierto de todos los más poderosos y nobles. ¿Serían los otros vicios, que eran comunes a nobles e innobles por igual, menos graves? Me refiero al odio y abuso de todos los hombres santos, pues sin duda se trata de una especie de sacrilegio el odiar a aquellos que adoran a Dios. Así como el hombre que hiere a nuestros esclavos igualmente nos daña, y el hombre que azota a los hijos de otro tortura el afecto del padre con el sufrimiento de sus hijos, cualquier persona que daña a un siervo de Dios desobedece la majestad divina, como dijo el Señor a su apóstol: “El que os recibe a vosotros, a mí recibe; y el que a vosotros desecha, a mí desecha”.⁷ Nuestro Señor, el más amable y amoroso, compartió su honor y desgracia por igual con sus siervos, a fin de que nadie que hiriera a un siervo de Dios pensara que sólo el hombre fue herido por su acción, ya que la lesión a Dios, sin duda, se confundiría con el daño infligido a sus seguidores. De esto Dios nos dio prueba, de acuerdo con su amor más indulgente, con estas palabras: “porque el que os toca, toca la pupila de mi ojo.”⁸ Para expresar la ternura de su amor, utilizó la parte más tierna del cuerpo, para que pudiéramos entender claramente que se hiere a Dios con un desprecio tan leve a sus santos como el toque necesario para dañar la vista. Así que la gente de África hirió y odió a los siervos de Dios, y a Dios mismo en ellos.

⁶ 1 Corintios 10. 21.

⁷ Mateo 10. 40; Lucas 10. 16.

⁸ Zacarías 2. 8. (N.T., en lugar de la cita bíblica, mantengo la traducción del original, ya que expresa mejor el significado pretendido por Salviano)

4. Pero tal vez se pregunten lo siguiente: “¿De qué manera se manifestó su odio?” De la misma manera, por supuesto, en que el odio de los Judíos a Cristo también se manifestó cuando le dijeron: “tú eres Samaritano, y tienes demonio”,⁹ cuando se burlaban de él y le maldijeron, cuando le menospreciaron en su cara y crujieron sus dientes sobre su cabeza. Y por consiguiente el Salvador mismo también dice en los Salmos: “Todos los que me ven, escarnecen de mí; estiran los labios, menean la cabeza”.¹⁰ Y en otro lugar dice: “Cada día he sido escarnecido; cada cual se burla de mí, crujendo sobre mí sus dientes.”¹¹ Así es el odio demostrado por los Africanos hacia los monjes, es decir, hacia los siervos de Dios, porque se burlaron de ellos y les maldijeron, porque les atacaron y les execraron, porque hicieron en su contra prácticamente todo lo que la maldad de los Judíos ideó contra nuestro Salvador, antes de que, de hecho, derramaran su sangre divina. Pero, diréis, que no mataron a los santos, mientras que leemos que los Judíos sí lo hicieron.

Ya sea que les mataran o no, yo no lo sé; no hago afirmaciones al respecto, pero sin embargo, ¿cuán gran defensa a su favor es que el único elemento de la persecución pagana que faltó fue el final mismo de la persecución? Supongamos que los santos no fueron asesinados allí; entonces, ¿qué debemos hacer con el hecho de que aquellos que odian con

el deseo de matar, no están tan lejos de matar?, sobre todo porque el mismo Señor dice: "Cualquiera que aborrece a su hermano (sin causa), es homicida."¹²

Sin embargo, no fue sin causa que persiguieran a los siervos de Dios. Pues, ¿quién puede decir que fue sin causa, al ver que estos hombres diferían de ellos en todas las características de sus vidas y costumbres, que en ellos no vieron nada que fuera suyo, ya que todo era de Dios? La mayor causa de discordia es la diversidad de intereses, ya que es casi o del todo imposible que un hombre pueda amar en otro aquello con lo que está en desacuerdo consigo mismo. Así que fue no sin causa, como ya he dicho, que odiaran a aquellos en quienes veían todo hostil y enemigo para con ellos. Pues vivieron en la maldad constante, mientras que los santos en la inocencia constante; ellos vivían en la lujuria, éstos en la castidad; ellos en las guaridas de los malvados, éstos en los monasterios; ellos casi constantemente con el diablo, y éstos incesantemente con Cristo. No fue sin causa que dentro de las ciudades de África, y especialmente dentro de los muros de Cartago, un pueblo, tan infeliz como infiel, apenas pudiera mirar a un hombre blanco y con atuendo de monje, su cabellera cortada incluso hasta la piel desnuda, sin injuriar y maldecir. Y si alguna vez cualquier siervo de Dios, desde los monasterios de Egipto, desde los lugares sagrados de Jerusalén o desde los retiros santos y venerables del desierto, llegó a esa ciudad en el desempeño de su misión sagrada, tan pronto como se aparecía a la gente, se encontraba con injurias, sacrilegio y maldiciones. Tampoco esto fue todo, fue desollado por la burla vil de los hombres disolutos y por la burla chismosa de la más ordinaria estofa; de modo que si cualquier hombre desinformado de estas cosas presenciara la escena, no pensaría que se estaban mofando de un hombre, sino que algún extraño e inaudito monstruo estaba siendo expulsado de la ciudad.

⁹ Juan 8. 48.

¹⁰ Salmos 22. 7.

¹¹ Jeremías 20. 7; Salmos 35. 16.

¹² 1 Juan 3. 15. (N.T., entre paréntesis como aparece en el original, y no en K.J.V. o Católica)

5. Consideren la fe de los Africanos y especialmente la de la gente de Cartago. Era más seguro para los apóstoles de la antigüedad entrar en las ciudades de los paganos, donde esas asambleas salvajes y bárbaras tenían menos odio hacia su llegada y presencia. El recipiente sagrado de la elección, el apóstol Pablo, habló de la adoración y la majestad de un Dios, y el pueblo de los Atenenses, por más supersticiosos que fueran, le escucharon pacientemente.¹³ Además, el pueblo de Licaonia se maravilló tanto con los apóstoles que, viendo su fuerza divina, pensaron que no eran hombres.¹⁴ Pero en Cartago a los siervos de Dios apenas se les permitía aparecer en las calles y plazas públicas sin burla y blasfemia. Algunos hombres piensan que esto no era persecución porque no fueron realmente asesinados. Sabrán que los bandidos tienen un proverbio que dice que aquellos a los que perdonan les deben sus vidas.¹⁵ Pero en Cartago este

beneficio se debió menos a los hombres que a las leyes, pues las leyes de las Doce Tablas prohibían que un hombre fuera condenado a muerte sin juicio. Por lo tanto, vemos que el poder de la religión del Señor era realmente grande, dado que únicamente gracias a que estaban defendidos por la ley pagana, sus siervos podían escapar de la muerte a manos de los Cristianos. Sin embargo, nos asombramos de que ahora tales Cristianos estén sufriendo a manos de los bárbaros, cuando ellos mismos infligieron un tratamiento bárbaro a los santos.

Así que Dios es justo y sus juicios son correctos, pues, como dicen las Escrituras: “que todo lo que el hombre sembrare, eso también segará.” ¹⁶ Dios parece haberse referido a la maldad de la gente de África, cuando dijo: “pagadle según su obra; conforme a todo lo que ella hizo, haced con ella: porque contra Jehová se ensoberbeció, contra el Santo de Israel.” ¹⁷ ¡Sorprendámonos pues, y enojémonos ¹⁸ ya que ahora soportan algunos pocos juicios a manos de los hombres! Su conducta para con Dios ha sido mucho peor que cualquier tratamiento que hayan recibido, sobre todo si se comparan sus sufrimientos y sus fechorías con la debida consideración de la distinción entre las personas afectadas. ¹⁹

¹³ Hechos 17. 16-34. Difícilmente espera uno encontrarse a la Ecclesia Ateniense citada como un ejemplo de una asamblea salvaje y bárbara.

¹⁴ Hechos 14.

¹⁵ Véase Cicerón *Or. Philippica* II. 3. 5.

¹⁶ Gálatas 6. 7.

¹⁷ Jeremías 50. 29.

¹⁸ Aquí Pauly inserta el negativo *mínime*, para el cual los MSS no dan ninguna autoridad. Lo he omitido como innecesario; sin él la frase proporciona un ejemplo característico de la ironía de Salviano. Véase H.K. Messenger, *op. cit.*, sec. 48.

¹⁹ Aquí termina el texto como se conserva en los MSS. Ahora no puede ser determinado si los capítulos siguientes se han perdido o si el autor dejó su obra inacabada. En vista, sin embargo, de los muchos años entre la composición del libro y la muerte de Salviano, la primera alternativa parece ser la más probable.